

**Jambo
Bwana**

Jambo Bwana

José Ignacio
Pardo de Santayana

Fundación Zoo de Santillana

© 2016, José Ignacio Pardo de Santayana

© De esta edición:
2016, Fundación Zoo de Santillana
Avda. del Zoo, 2.
39330 Santillana del Mar
Cantabria
Teléfono: 942818125
Fax.: 942818365
info@fundacionzoodesantillana.org
www.fundacionzoodesantillana.org

Proyecto gráfico: Fundación Zoo de Santillana

1ª edición julio de 2016

ISBN: 978-84-608-9429-2

Depósito legal: SA-397-2016

Impreso en España por: Artes Gráficas Quinzaños S.L (Cantabria)

Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en parte ni en el todo, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la Fundación Zoo de Santillana.

AGRADECIMIENTOS

El hecho de escribir este libro y el hecho de que quien lo lea no desee estrangularme, ha sido posible gracias a varias personas que han paliado mis múltiples defectos y corregido mis errores en muchos aspectos.

Cuando comencé a escribir me consideraba un analfabeto informático, eso sí, a mucha honra pues lo era voluntariamente y a conciencia, y me aprovechaba de las personas que trabajan para mí y que suplen estas carencias.

Ahora ya no puedo presumir de ser especie en peligro de extinción, pues he pasado por necesidad de la categoría de “Analfabeto” a la de “Vulnerable”, o sea, “solo” semianalfabeto informático. A mi pesar he tenido que aprender ciertos rudimentos que me han sido muy necesarios, como encender y apagar el ordenador, y algunos otros procesos más complejos (hace unos meses me descubrieron la increíble opción de “copiar/pegar”).

Todo esto ha sido posible gracias a varias personas:

Maribel, por su proximidad. Ha escuchado pacientemente lo que le leía y me ha dado muchos consejos. Además me prestó su cuaderno de viaje, lo que, a pesar de atentar contra su privacidad, me ha permitido transcribir parte de sus escritos y me ha servido para situar algunos hechos ya confusos en mi mente.

Hubo una espontánea que se cruzó en mi camino, gracias a que al leer uno de mis libros descubrió alguna pifia

que otra, y se ofreció para ayudarme con la corrección gramatical en un futuro. Tardé solo un mes en mandarle un legajo con veinte años de antigüedad... pero esa es otra historia. Esta espontánea que arrasaría en un concurso de descubrir errores, es además farmacéutica, actúa en un conjunto de versiones de Pop-Rock y se llama Sara Estébanez.

Ha trabajado el texto y descubierto cosas increíbles para mí, como por ejemplo que ya no tenía barba en mi primer viaje a África (a pesar de haberlo mencionado en el capítulo I) y que, en contra de lo que yo creía y escribí, “Seven eleven”, no es una especie de tónica sino una cadena de tiendas. Sirvan estos dos como muestra. Gracias a Sara podré presentar este libro sin ruborizarme.

Por otra parte, agradecer la labor de Mirian Chocán, empleada en el Zoo. No solo ha leído las pruebas, sino que ha cortado, pegado, rebuscado, ordenado y numerado cientos y cientos de fotos durante horas y horas con una paciencia infinita, hasta poner cada una en su lugar. Ha sido un esfuerzo que no pude imaginar cuando comencé, porque el manejo y selección de tanto material ha sido, créanme, muy trabajoso.

Mirian y Sara o Sara y Mirian, han hecho posible que este libro se terminara felizmente. Por eso mi agradecimiento más sincero.

Agradezco asimismo su ayuda a todos aquellos que han pasado cerca de mi “Despacho Oval”, que así llaman al lugar donde me siento a escribir o me dedico a “ejecutar” a Mozart o Beethoven (mi arte interpretativo no da para más), rodeado de doscientas cincuenta cajas repletas de insectos, partituras de violín, y papeles varios. Gracias a quienes han padecido que les leyera algún capítulo, como por ejemplo mi sobrina María, sin olvidar a mi sobrina Andrea y a su marido Joseba, que es a su vez veterinario del Zoo.

Y por supuesto, gracias a todos los familiares que nos han acompañado en los viajes y con los que hemos compar-

tido estas aventuras disfrutando juntos de ese continente que produce adicción: mis hermanas Marisa y Concha; mi cuñado Pablo; nuestros sobrinos Andrea, Ignacio y Beatriz; los primos de Maribel, Conchi y Manolo, que son con quienes más hemos viajado.

Y gracias a nuestros amigos, por orden de viajes para que nadie se moleste: Francisco Ballester, “adjunto” a la dirección por su insistencia en acompañarnos; Lola Bermejo y Tino Carmona; Pilar Larios y Julio Pozueta, y sus tres hijos: Julio, Álvaro y Elena; Mon Bustamante; Luis Corominas y Pilar; Neluco Movellán; Mareke Hammelin y Carlos Arce; Merlijn Brenninkmeijer; María Movellán y Alfonso Montojo; Carmen Canales y Hermann Díez del Sel; Estela Ballester, y por último mi harén particular: Victoria Gavilán, y las hermanas Mercedes y Blanca Cabello.

A todos ellos mi más sincero agradecimiento por su compañía. Sin su cooperación no habrían existido estas historias. ¡Ah!... y por supuesto al “Piazolagarto” desconocido.

Un abrazo.

P.D. La unidad de peso “Stone”, según el profesor de inglés, se sigue utilizando y equivale a 6,5 Kilos aproximadamente.

Índice

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I.	
Primer viaje a Kenia, 1993	20
CAPÍTULO II.	
Tanzania, 1998.....	71
CAPÍTULO III.	
Con los Pozueta, 1999	93
CAPÍTULO IV.	
¡Al delta del Okavango!, 2002	117
CAPÍTULO V.	
Nos vamos a Zambia, 2003	141
CAPÍTULO VI.	
Volvemos a Kenia, 2004. Un viaje perfecto	171

CAPÍTULO VII.

Kenia con jóvenes, 2005 215

CAPÍTULO VIII.

Los auténticos “safaragüis”. Kenia 2006 239

CAPÍTULO IX.

Kenia 2007: sorpresas animales... y humanas 261

CAPÍTULO X.

Kenia 2008: sin novedad en el frente 291

CAPÍTULO XI.

“La piccola signorina”: Kenia 2009 315

CAPÍTULO XII.

Despedida de África. Kenia 2010 343

EPÍLOGO 371

Introducción

Todo debe tener una justificación en la vida y esta obra no puede ser una excepción.

He leído algún libro de viajes por África y desde mi punto de vista adolecen de exceso de geografía, etnografía e historia. En cambio, sobre todo en los libros que narran viajes al sur del continente negro, noto en ellos la falta de referencias a la vida silvestre que, curiosamente, es el motivo más generalizado de visitar sus países.

A lo largo de dieciocho años he viajado en doce ocasiones a esos paraísos de la naturaleza. En total he dedicado cerca de medio año de mi vida a mirar a través de unos prismáticos o del objetivo de una cámara hacia los pobladores no-humanos de esa zona del planeta. Y más de cuarenta mil veces he disparado en su dirección mis máquinas de fotos, con más o menos éxito, todo hay que decirlo.

El haber vivido reiteradamente esta experiencia no me exime de ninguna responsabilidad sobre las tonterías y errores que puedan contener estas páginas y tampoco me confiere ninguna autoridad para lanzarme a esta aventura más o menos literaria. Pero eso sí, me atenúan en parte la vergüenza y el pudor y me permiten revivir muchos momentos curiosos que quiero compartir con quien los lea.

Confieso que siempre soñé con publicar un libro con parte de mis fotos —aunque sin duda haya millones y millones mejores y más bonitas colgadas en la red— pero el hecho

de que un buen libro de imágenes fuera tan caro de editar me hizo desistir desde el primer momento.

Afortunadamente hoy en día las cosas han cambiado. Al igual que sucede con los coches, los avances tecnológicos permiten hacer un híbrido entre el libro puro, el álbum de fotos y el documental. Esto me dio la idea de mezclar lo viejo —el papel— con lo nuevo, el *pen drive*. De esta forma a través de una memoria USB con cientos de fotos, el lector podrá revivir las historias escritas, al tiempo que ve en las imágenes a muchos de los auténticos protagonistas. ¡Y todo *low cost!*

Decidido el formato, sólo quedaba ponerse manos a la obra. A pesar de tener buena memoria para los recuerdos lejanos, he tenido que recurrir a mi entorno más próximo para completarlos y poner al día muchas otras vivencias.

Reconozco que he encontrado mucha ayuda en el diario de viajes de mi esposa, Maribel. Allí figuraban hoteles, horarios, menús, animales que la sorprendieron... datos que ella misma, con santa paciencia, ha extraído para mí. Además de proveerme de nombres concretos me ha aportado una visión nueva, captada por una sensibilidad femenina, en ocasiones tan distinta de la de un hombre. Los comentarios tomados de ese diario aparecen reproducidos en cursiva, para evitar confusiones.

Se dice que una imagen vale más que mil palabras, así que unas decenas de miles de fotografías dan para mucho. Revisándolas, y pese a haber perdido una parte importante en un “accidente informático”, he refrescado fácilmente mi memoria. Además, las imágenes captadas desde 2002 tienen asociada una huella digital con la fecha y la hora en que fueron tomadas, lo que me sirve como guion y me facilita la cronología.

Y, por último, las consultas telefónicas a nuestros compañeros de viaje me han aclarado y sacado de dudas en los casos más difíciles.

Con todo este bagaje informativo y una cantidad importante de osadía, me lanzo a viajar otras doce veces por las reservas africanas, aunque solo lo haga con el espíritu. El cuerpo lo mantengo en mi despacho.

Un aviso imprescindible: a la hora de leer este libro es muy importante encajar sus dos partes a la perfección. Una de ellas, el texto, hace referencia a las fotos, que constituyen la segunda. Por ello recomiendo encarecidamente utilizar las dos simultáneamente: leer el texto en papel o en versión digital mientras se miran las fotos de la memoria USB en el televisor o en la pantalla del ordenador. De esta forma se pueden seguir paso a paso las vivencias que, a través de estas páginas y fotos, deseo de todo corazón compartir con los lectores.

Y ahora, algunos datos que dan idea de la preparación de este libro, que no ha sido precisamente coser y cantar.

Comencé a escribir estos viajes un día de primeros de diciembre como un entretenimiento para pasar el aburrido invierno, pero poco a poco me fue absorbiendo y fue escapando a mi control hasta convertirse en un reto al que no me quedó más remedio que enfrentarme.

Cuando llevaba escritas unas ciento cincuenta páginas, nuestro amigo Bryan, profesor de inglés, me hizo la siguiente sugerencia.

—¿No has pensado en incluir fotos de tus viajes? —La idea me pareció excelente, pero me obligó a replantear el proyecto. Desenterré, además de mis recuerdos, unas decenas de miles de fotografías, entre ellas más de mil de las antiguas diapositivas. Desgraciadamente, una avería en un disco externo se había llevado por delante todas las de 2004, acompañadas de las de otros viajes y algunas más difíciles de ubicar.

Este cambio de planteamiento me obligó a recomenzar. ¡Otra vez al principio! Cuando el cinco de enero estaba ya en el folio 243, no sé qué tecla pulsé, que solo aparecía en la pantalla de mi ordenador una página con una única palabra:

Jirafa. Eso sí, en negrita. Me puse tan nervioso que pulsé guardar y todo voló.

Por suerte, a Lucía, bióloga y cuidadora del Zoo, le había pasado el archivo en un *pen drive* y yo tenía copia de seguridad de unos días atrás. Pero perdí los últimos cambios, unas cuarenta hojas, con la agravante de que no eran las últimas sino modificaciones aquí y allá que tuve que reconstruir, lo que me llevó mucho tiempo.

Cuando ya estaba acabando con la escritura, ordené todo el material utilizado y entre aquel barullo de mi mesa aparecieron tres CDs, con mil setecientas fotografías del año 2004, capítulo que ya tenía escrito apoyándome en fotos de personas tomadas por Francisco y su hija Estela. Como en mi nuevo arsenal estaban varias de las instantáneas más bonitas y curiosas de todos mis viajes, borré el texto y me enfrenté a dos semanas más de trabajo.

Cuando ya lo daba casi por concluido, una incomodidad latente que comenzó a mitad del libro y que página a página se iba acentuando, me hizo comenzar a escribir en la página 321:

“Llegado a este punto, siento la necesidad de expresar una opinión muy personal, porque ya no lo resisto más...” Y vuelta a modificar el texto. ¿Cuál fue el problema? Qué nombre utilizar para cada ave.

Tradicionalmente, desde que tengo uso de razón —de lo cual hace desgraciadamente una barbaridad de años— muchos pájaros africanos importados para vender en pajarerías y en el Rastro madrileño tenían nombres en castellano, asumidos por todos los “pajariteros”: Picos de Coral, Margaritas, Azulitos, Cantores de África, Tórtolas Máscara de Hierro, Viudas Dominicanas y un largo etcétera.

Al aparecer internet muchos pájaros han sido rebautizados por personas que desconocían este dialecto de los “pajariteros”, con nombres derivados de cualquiera de sus cualidades o traducidos del inglés con aportaciones imaginativas.

Desde que comenzó a editarse, hace veinte años más o menos, el “Handbook of the Birds of The World”, todos los pájaros del mundo tienen ahora un nombre castellano más postizo que la melena de Yul Brynner, que fue un actor ruso nacionalizado norteamericano y más calvo que una bola de billar. Son nombres para salir del paso, la mayoría de los cuales nadie usa ni usará. Por eso cuando utilizo uno que extraigo de ese libro siento que estoy engañando al lector, porque en el África anglosajona los nombres que funcionan son en inglés, que es el idioma que allí se habla. Para los que pertenecemos en parte a este mundillo ornitológico nos son más prácticos los nombres ingleses o los científicos, problemas aparte, porque los científicos también los tienen.

Por todo esto me cuesta recurrir al nombre castellano y cuando lo hago me encuentro ante la disyuntiva de si utilizar el de los “pajariteros” —el más antiguo y con mayor difusión en su sector de pájaros, el de internet —anterior a la reciente salida de los últimos volúmenes del *Handbook*— o el de esta magnífica obra. U otro que traduzca yo literalmente del inglés... o que tenga el capricho de imponer al ave.

Por otra parte no debería prescindir del nombre científico ni del inglés, porque son los que tienen utilidad cuando se viaja a esos países. Si se compra una guía de aves locales, indefectiblemente estará en ese idioma. ¿Qué hacer? ¿Pongo cinco denominaciones para dejar a todo el mundo contento, o me lo salto a la torera?

Ahora, cuando tengo escritos nombres de todo tipo y estoy al final, voy a rebobinar y voy a hacer, en beneficio del lector, una limpieza de todo lo que considere superfluo, dejando en cada caso el nombre a mi juicio más conveniente. Y que nadie se moleste por eso, porque, sencillamente, lo que quiero es evitar una nueva “Torre de Babel” (El que no sepa lo que fue la historia de esa famosa torre, que busque en internet o en una Historia Sagrada de mis años jóvenes).

Aconsejo a aquel que viaje a África y quiera identificar algún pájaro que se compre una guía de allí... ¡y a trabajar! No veo práctico llevarse en el avión los dieciséis tomos del *Handbook*, cada uno de los cuales cuesta unos doscientos euros y pesa más de dos kilos, y que también están en inglés, salvo un nombre en castellano por cada ave.

ÁFRICA

¿Quién no ha soñado con un viaje de aventura al África negra? A la auténtica, la emblemática, la de *Mogambo*, la que está del lado de allá del Sahara. ¿Acaso alguien no ha imaginado cómo le quedaría un precioso salacot sobre su cabeza? ¿Quién no ha sentido un cierto miedo cuando ese sueño está a punto de convertirse en realidad?

Ese primer viaje es el más emocionante y el que más recuerdos arremolina en la mente del aventurero. No comienza el día de la partida sino meses antes con unos preparativos que, a menudo en los últimos tiempos, van acompañados por los de una boda. Porque de Luna de Miel ya no se viaja a Burgos o Bilbao, como antaño hicieron nuestros padres y abuelos. Bien al contrario: con una ya amplia experiencia prematrimonial, muchos de los recién casados se embarcan en la aventura africana. Y conste que no lo digo por experiencia propia, sino por las abundantes parejas de españoles en Viaje de Novios con las que me he topado en mis numerosos viajes.

El novato se lleva su primera sorpresa cuando le comunican en Sanidad Exterior que hay que vacunarse por obligación contra la fiebre amarilla, y por devoción contra el tétanos. Algunos se emocionan y ya, de paso, se pinchan por afición contra el tífus, el cólera y, si estuviese disponible, contra la fiebre aftosa del ganado bovino.

En principio, la única obligatoria —cada país tiene sus reglas al respecto y pueden cambiar por motivos sanitarios—

es la de la fiebre amarilla, que tiene validez para diez años, con lo que si a uno le gusta el continente negro, se puede “jartar” de visitarlo sin pasar por el suplicio de la vacuna. Dicho sea de paso y antes de que algún lector se desanime, no es dolorosa, no suele producir reacción y es de muy módico precio. Y lo bueno es que no se extravía entre el variopinto equipaje que suele acompañarnos, pues la llevamos “tan dentro de mí...” como la letra de aquella canción de la que no recuerdo ni al autor, ni la música, ni la letra (espero que mis pequeñas aventuras africanas hayan dejado más huella en mi marchito cerebro que esa cancioncilla).

Cuando ya están los pasaportes en orden, sacados los pasajes, comprados los repelentes de insectos, el inevitable sombrero color *beige* a la última moda de Nairobi y el *short* que nos convertirá por unos días en auténticos Clark Gable de película, nos vamos derechos a la farmacia. Allí nos aprovisionamos del Malarone[®] que evitará que los mosquitos nos transmitan el paludismo o malaria que tantos estragos produce entre la población nativa de ese continente. ¡Ya estamos listos para volar!

El primer periplo del novato suele ser estándar: nueve días, siete noches y vuelta al trabajo. Este modelo me recuerda a los viajes que contaba Gila de cinco días visitando siete capitales europeas. Personalmente recomiendo un poco más de tiempo: entre diez días y dos semanas es lo perfecto. Si no le sacas a África su jugo en ese tiempo es que no te ha gusta esa tierra, y punto. Es que eres un bicho raro, de asfalto hasta la médula, y has descubierto que no te llena tanto este continente como el humo de los escapes de tu ciudad.

Por el contrario, si como es lo habitual surge entre ti y África el flechazo, tendrás tiempo de saborearlo... y querrás volver.

Solo una vez me decepcionó una África y no pude congeñar con ella. Era una chica con ese nombre que vivía hace un montón de años en el madrileño paseo de Rosales. Por suerte para mí no tuvo la mínima repercusión mi futuro viajero.

CAPÍTULO I

MI PRIMER VIAJE A KENIA, 1993

Nuestro primer viaje a Kenia estaba programado para septiembre de 1980 y resultó maravilloso, les recomiendo que hagan uno igual. El único fallo fue que a última hora sufrió un pequeño cambio, y en vez de en Nairobi aterrizamos en el aeropuerto de Colombo, en Sri Lanka, y diez días más tarde en el de Malé en las islas Maldivas y de allí a la isla de Bandos, donde disfrutamos siete días de los arrecifes de coral más bonitos que pueda alguien imaginar. Como les digo: un viaje maravilloso.

El terminar en un destino tan azaroso no me pareció en absoluto sorprendente, pues tenía los “antecedentes penales” de seis meses antes, en marzo. Cruzábamos Madrid camino de las pistas de esquí de Granada cuando descubrimos una oferta imposible de rechazar... y acabamos en el aeropuerto de Sofía en Bulgaria. Muy cerca de esta capital, en el monte Vitosha y con los esquís en los pies, me llevé por delante a varios abetos que se me atravesaron.

La segunda convocatoria para viajar a Kenia hubo de esperar hasta 1993, trece años después de la primera. El viaje sería de catorce días de duración, desde el 21 de septiembre hasta el 4 de octubre.

Con todos los pinchazos repartidos por nuestras anatomías, volamos en grupo familiar con algún que otro acompañante, como hacen las grullas en sus viajes migratorios. Además de un servidor constituían el grupo Maribel —mi

mujer—, mi hermana Marisa, su hija Andrea de catorce años y futura bióloga del Zoo (todavía no conocía su destino), su hermano Ignacio de trece, algunos amigos de la familia —Lola Bermejo y Tino Carmona— y por último Francisco Ballester.

Con la emoción de la aventura, los vuelos, como no podía ser de otra forma, se nos pasaron volando. Aterrizamos felizmente en el aeropuerto de Nairobi, de nombre Jomo Kenyatta en honor de aquel distinguido político, primer presidente de una nueva Kenia escindida del Reino Unido. Exactamente su independencia se logró el 12 de septiembre de 1963 tras años de dura lucha del grupo guerrillero Mau Mau.

La primera impresión al llegar del impoluto Heathrow al no tan impoluto Jomo Kenyatta fue un poco desconsoladora.

Tras los trámites de la aduana, mientras esperábamos la salida de nuestros equipajes que misteriosamente llegaron íntegros, realizamos el imprescindible cambio de una parte de nuestras divisas en dólares por moneda del país: los “shilingi” keniatas.

Una vez en nuestra cartera los exóticos billetes y con los equipajes en esos prácticos carritos de aeropuerto, asomamos las narices al exterior. ¡Ya estábamos en Kenia!

En seguida descubrimos a un hombretón de color de no menos de cuarenta años, que allí se considera una edad rayando la ancianidad, que portaba el esperado cartel: “Mr. Pardo”.

—*Jambo, Mr.Pardo and family! My name is Charlie Kariuki*—fue su saludo y presentación.

En ese momento aprendí la palabra mágica del suajili, la más utilizada y la más importante: “JAMBO” (se pronuncia “yambo”). Es como nuestro “hola” y se utiliza para ambos sexos. Se le dice a todo aquel con el que te cruzas en hoteles, tiendas, W.C., reservas de fauna, de un coche a otro, a limpiadoras, jardineros, etcétera.

De todos modos aunque utilices ese “jambo” sin decir nada más y seas rubio de ojos azules y domines el inglés, no engañarás a nadie. Y menos a los vendedores nativos porque el olor a turista “lo traes de fábrica”, como los coches la pintura. Se abalanzarán sobre ti como los buitres sobre la carroña.

Hechas las rituales presentaciones cargamos nuestro abundante equipaje en una furgoneta Toyota decorada en parte a modo de cebra.

El respirar el aire del aparcamiento frente a la terminal lo trasporta a uno a otro planeta. Los intensos olores, todos ellos desconocidos, denotan que es un mundo muy diferente. El colorido de los ropajes, los árboles flamboyán plagados de flores anaranjadas, el ajetreo de los mozos con equipajes y los variopintos recién llegados hacen que no sepas qué ocurre a tu alrededor ni para donde mirar, ni qué oler.

Ya todos en el furgón, partimos hacia un desconocido hotel del centro de la ciudad en el que nos esperaban.

El recorrido de la “autovía”, por la izquierda como ex-colonia británica que es, está festoneado de árboles. Sorprendentemente, en muchas de sus copas hay grupos de nidos de Ibis Sagrados, Garcillas y Marabús. Si tienes alma de ornitólogo ya te imaginas cómo será el resto del recorrido: un viaje al paraíso.

Otra cosa llama la atención, y es la juventud de sus pobladores. Tal es la explosión demográfica, que parece haber solo jóvenes y niños.

Todo el trayecto lo realizamos con las ventanillas abiertas, respirando ese aire africano cálido y lleno de olores, cegándonos los ojos con esa intensa luz ecuatorial, sin querer perdernos detalle alguno de las avenidas de acceso a la ciudad. Nos mantuvimos en tensión hasta la llegada a “nuestro” Hotel Intercontinental. Allí, antes de que el portero me dijese el “jambo” reglamentario, cruzó volando un pájaro azul metálico, anaranjado en su vientre: “mi primer” Estornino Soberbio.

Fue como una descarga eléctrica que me hizo comprender que África y yo estábamos hechos el uno para el otro.

Una vez instalados en nuestras respectivas *rooms*, salimos a pasear por el centro de Nairobi. Nuestro primer destino: una tienda de nombre “Colpro”, muy recomendada en las guías y con cierta similitud a nuestro “Coronel Tapioca”, en la que continuamos pertrechándonos de ropa y haciéndonos fotos vestidos de exploradores. 1.1

Por la tarde, durante un paseo por la avenida Jomo Kenyatta —cómo no— un grupo de madres adolescentes con una recua de niños a su alrededor, llamó nuestra atención. Nos acercamos a ver a aquellas criaturas. ¡Qué guapos son los bebés negritos! y... una mano voladora rozó levemente el cuello de Maribel, tiró de una finísima cadena de oro con una esmeraldita colgando tamaño caca de mosca, y salió huyendo. Maribel, en un alarde de facultades —¡qué optimismo!— corrió tras él, que cruzaba la calzada a toda velocidad. Por cada zancada de Maribel el joven atleta daba tres. Pero, a pesar de sus portentosas facultades físicas, la suerte del destino no le fue propicia al ladrón, ya que varios mocetones con futuro olímpico, viendo la ocasión, corrieron alcanzándolo y sujetándolo. Tras un corto rifirrafe, volvieron con la cadena como trofeo. Eso sí, la esmeraldita continúa perdida por entre alguna rendija de aquellos adoquines.

Había que premiar a los atletas, y para esas y otras eventualidades, como hombre previsor que soy, llevaba en mi cartera veinte billetes de a un dólar. Abrí la cartera y a la vista de aquella hermosura de fajo de dólares —ellos no sabían de qué valor nominal era cada uno— no pudieron contenerse. Uno del grupo de rescatadores de cadenas lanzó su mano con precisión, alcanzó todos los billetes, se hizo con los veinte pavos y salió corriendo iniciándose una carrera de relevos con los dólares como testigo.

¿Quién corre más en estos casos? Comprobado por segunda vez: los perseguidores. Allí en la calle lo placaron y se

armó una marimorena bastante gorda, en la que algunos vivales se quedaron con una parte importante del botín. Otros, menos listos, ni olieron el papel moneda, así que volvieron a la fuente de divisas, que era yo.

Visto el panorama que se avecinaba y por la cara de pocos amigos que traían los defraudados cazadores de recompensas, nos metimos a toda prisa en la tienda para turistas más próxima por lo que pudiera ocurrir. Allí, los decepcionados sin premio nos cercaron como a Numancia.

Durante el asedio, que se prolongó más de lo previsto, aprovechamos para pertrecharnos de más ropa —lavar en un campamento africado en época de sequía no es nada fácil— así que nos disfrazamos de “safaragüis”, palabra que inventaría mi cuñado Pablo años más tarde, pero que yo eché de menos en los primeros viajes y por eso la he incluido en mi vocabulario. Nos probamos algunos sombreros tipo salacot y otras prendas adecuadas como *shorts* y camisetas, que no dejaban claro si nos estábamos vistiendo para un safari o para incorporarnos a la guerrilla local.

Como el asedio continuaba sin dejar resquicio por la salida principal, el dueño de la tienda nos indicó una puerta trasera, muy oportuna y necesaria en estos avatares, por la que nos largamos discretamente.

Ya despistados los cazarrecompensas hicimos un alto para rehidratarnos en una preciosa y elegante terraza 1.2, con una acacia de enormes dimensiones en su centro. Un cartel en la pared con su especie y edad informaba de que estaba desde junio de 1961, por lo que llevaba allí treinta y dos años. Pero no era lo único interesante de esa terraza. Al fondo, una joven keniana nos dejó atónitos por su vestimenta y anatomía de modelo. Y algo muy curioso: sobre otra pared estaban pegados multitud de mensajes de las gentes que por allí cruzaban: “Espérame aquí en seis meses”, “Me he ido al Mara y no sé cuándo volveré” y un centenar de recados más. Estaba claro que aquella terraza era un punto de reunión de

turistas perdidos. Recordemos que por aquel entonces no había móviles... Al tiempo que leímos los mensajes con curiosidad, una cerveza “Tusker” recién sacada del frigorífico, la más bebida en este país, nos refrescó del asedio y pudimos llegar felizmente al hotel.

Por la noche fuimos paseando a una cercana pizzería, cenamos tranquilamente, y de regreso al hotel constaté que lo mío era el campo y que, como se titulaba aquella película del actor cómico Paco Martínez Soria, “la ciudad no es para mí”.

Con aquel día y medio en la capital di por completado el cupo de mis estancias en el Nairobi exterior, o sea, fuera de un hotel. El resto de mis viajes, si es que había más, limitaría el tiempo en la capital al mínimo imprescindible y si no tenía otro remedio que hacerlo, me dedicaría a contemplar desde la ventana del hotel de turno los jacarandás o los flamboyanes en flor, los milanos y otras aves que sobrevuelan el céntrico Uhuru Park y vería cruzar por las calles la densa y joven humanidad que puebla esta europeizada capital africana.

A la mañana siguiente cargamos el cuantioso equipaje en nuestra furgoneta, blanca y disfrazada de cebrá en su parte más baja, 1.3 dándonos cuenta enseguida de que ocho personas, equipaje incluido, era demasiado para ir todo revuelto en el interior de un solo vehículo.

Kariuki se puso al volante y pronto nos percatamos de que, aunque él nunca lo quiso reconocer, llevaba en el cuerpo un trasplante de médula de algún piloto de *rallies*, porque su forma de conducir lo delató casi desde el principio.

Partimos hacia el sureste rumbo a la reserva de Amboseli, muy cerca del monte “Kili”, nombre cariñoso con el que llaman al gigantesco y nevado Kilimanjaro. Esta montaña ostenta el honor, con sus 5.895 metros de altitud, de ser la más elevada de África.

A los pocos kilómetros —allí los llaman millas— vimos en la cercanía de la carretera las primeras Gacelas Thomson

y un poco más adelante unas cebras y unas jirafas. Estalló la locura entre los “safaragüis”.

Constantemente aparecían a ambos lados de la carretera lejanas siluetas de animales salvajes pastando que nos mantenían como hipnotizados.

Cuando cinco horas más tarde llegamos a nuestro destino, salvo Karioki y su eventual copiloto, la mitad de nosotros tenía la cabeza torcida hacia un lado y la otra mitad al contrario, porque en todo el recorrido no separamos nuestra mirada del paisaje.

A la entrada del Amboseli Serena Lodge, situado a 1.120 metros de altitud, varias negritas muy amables que nos esperaban nos saludaron con el *Jambo!* reglamentario y nos agasajaron con zumos y toallas húmedas y calientes, lo que nos reanimó del largo viaje.

Ya desde el primer *buffet* me di cuenta de que en este país extranjero la alimentación no representa problema alguno. Los alimentos, con algunas variantes respecto a los que habitualmente tomamos en Europa, son perfectamente asumibles, e incluso algunos, más que deseables.

Poco a poco me he acostumbrado y aficionado a ciertos platos, muchos de los cuales solo los tengo presentes cuando viajo al continente negro. En el desayuno me forro a *croissants*, zumos de maracuyá y café con leche o sucedáneo de chocolate. Enseguida prescindí del beicon y los huevos del típico desayuno anglosajón.

Antes de la comida y de regreso del safari me suelo meter en el cuerpo un zumito para reponer líquidos. Más tarde, sentado a la mesa, ataco a la crema y el consomé que disponen en unas grandes ollas bien calientes. Desconozco la razón pero allí me los pide el cuerpo más que en la vieja Europa.

Como pescado suelen tener tilapia del lago Victoria. Pollo, cordero, pavo, cerdo y a veces lo que supongo que es vacuno acompañado de unas patatas o de un poco de arroz,

completan mi segundo plato. Cuando hay lentejas con curry, llamadas “dhal”, las ataco de frente y sin contemplaciones porque están muy ricas. Suelo rechazar las ensaladas, aunque en eso soy una excepción.

De postre arraso en la fuente de piña. Cortadita en finas rodajas, en un país productor y después de una mañana de safari, entra al cuerpo mejor que una transfusión a un moribundo. Unos pastelitos de chocolate o similares ponen punto y final a esta comida monacal. ¿Se les ha abierto el apetito? A mí también. Buen provecho.

Lo que más echo en falta en los *lodges* son los helados. No los ofrecen porque dependen de grupos electrógenos para la corriente eléctrica. Salvo en Nairobi y en uno lujoso del parque de Chobe en Botsuana, pocos helados he tomado... ¡y bien que los he echado en falta!

Las bebidas en estos viajes son un tema aparte. Tan aparte como que, junto a las propinas, es lo único que no está incluido en el paquete turístico. El agua y la cerveza tienen prácticamente el mismo precio: caras las dos. Por precaución sanitaria conviene beber agua embotellada a no ser que hayas sido un legionario suicida y quieras vivir otra vez fuertes emociones. Curiosamente hay unas aguas que no te cobran: las botellas que cada noche deja junto a tu lavabo el servicio de habitaciones para la higiene dental. Solo una por persona y, por cierto, no muy grande.

El vino es otro cantar: hay buenos vinos, generalmente blancos, sudafricanos, argentinos y de otros países, todos muy caros. Si llamas a España y ha ganado tu equipo de fútbol o has sido padre o abuelo, puedes darle una alegría a tu cuerpo... ¡pero la vas a pagar!

Nuestra primera desilusión en este Parque Nacional de Amboseli, llegó pronto: el “Kili”, por timidez, solo se deja ver a primeras horas de la mañana y hacía un rato de eso. Más tarde se tapa la cara con nubes... y hasta el día siguiente.

Poco después de nuestra llegada a Amboseli y tras reponer fuerzas con la primera comida... ¡primer safari!, que en suajili significa sencillamente, primer viaje.

En mis doce visitas a estos países del África Oriental y en los años que llevo horadando con mis pies el planeta Tierra, no he llegado a ver ningún otro lugar con más polvo ni de mejor calidad que el Amboseli. El polvo que levantaba el coche al rodar descendía por los cristales formando ondas a modo de olas de un modo como no vi ni he vuelto a ver jamás. Cruzarse con otro vehículo era un peligro, pues “te echaba un polvo” que te dejaba jo... Eso.

Para compensar la polvareda de la tarde anterior y la desilusión por la “ausencia” del “Kili”, a la mañana siguiente, al poco de amanecer y a escasos cientos de metros del nuestro *lodge*, vimos un grupo de elefantes junto a un palmeral. ¡Y con el “Kili” de telón de fondo! Esta visión nos trasportó a una suerte de paraíso terrenal sin Adán ni Eva, pero sí con cientos de cebras y ñus repartidos por los campos hasta donde se perdía la vista.

Allí existen aves de vivísimos colores que acabarán llamando la atención incluso del visitante novato torpe en ornitología, corto de vista y sin prismáticos. Una de ellas es solitaria pero tan abundante que no puede pasar desapercibida. Es la “Lilac-brested Roller” o Carraca Lila. Se trata de un primo carnal africano de nuestra carraca, esa ave europea que pasa el invierno en las cálidas tierras del continente negro y en primavera retorna a nuestras dehesas del centro y sur de España para reproducirse.

Las “Lilac-brested Roller” son como un arco iris pero de plumas. Predominan los colores lila, verde, azul y marrón. Ver a una de estas aves hacer su aérea parada nupcial es algo que no se olvida nunca. Yo he tenido esa suerte un par de veces. Consiste en elevarse primero volando a gran altura para, a continuación, dejarse caer girando vertiginosamente como si hubiesen entrado en pérdida de sustentación y fueran a estrellarse contra el suelo.

Se ven en cualquier parque porque son omnipresentes, siempre posadas en lo alto de un matorral o en otro lugar elevado desde el que tengan buena visibilidad para localizar a los insectos, que son su principal alimento. Incluso sobre el cuerno de un búfalo he visto a una posada.

Durante ese primer safari se nos olvidó hasta nuestro idioma. En toda esa mañana sólo supimos repetir una misma palabra: “¡Mira!... ¡Mira!... ¡Mira!”

En Amboseli recibimos una importante clase de civismo pues todos los caminos estaban llenos de “pasos de cebra”, pero auténticas, que nos obligamos a respetar porque allí los animales son sagrados.

Como ocurre en todos los safaris, dentro de las reservas está totalmente prohibido bajarse de los vehículos, salvo en determinados lugares en que, con una visibilidad absoluta, no existe ningún peligro.

En Amboseli descubrí un lugar emblemático cuyo recuerdo me persigue aún, y que es, junto con las ondas producidas por el polvo, el único que me haría volver a esta reserva, ya que en la actualidad, por varias razones, tengo otras preferidas. Cuando cuente el resto de mis viajes, ya lo comprenderán.

Ese lugar que me entusiasmó no es más que un sencillo altozano con forma de cono. Su pico lo corona una construcción de madera de base cuadrada y elevada respecto al terreno que descansa sobre cuatro pilotes 1.4. Dispone de una abertura de acceso y una escalera de seis peldaños para subir con comodidad. Las paredes de tablas tienen grandes huecos, a modo de ventanas, a través de los cuales, y a la sombra de su tejado, los “safaragüis” de turno pueden disfrutar de un idílico paisaje.

Para ascender hasta allí se sigue un sendero trazado por los pies de infinidad de humanos que lo han hecho anteriormente. Frente a esa pequeña colina comienza una verde y extensa ciénaga donde se solazan y alimentan elefantes 1.5,

antílopes, cebras, garzas, ibis, Gansos Egipcios y un montón de otros mamíferos y aves. Todos ellos están enfrascados en un mismo e importante proyecto vital, que consiste en vivir y reproducirse.

Completa esta idílica postal el Kilimanjaro como telón de fondo, con o sin nubes según la hora. El escenario es único e inolvidable.

Por si esto fuese poco, allí me enamoré de una pareja de avecillas de la especie “Pygmy Falcon” o Halconcitos Pigmeos: pequeñitos, rechonchos, de vuelo rápido y del tamaño y costumbres similares a las de nuestros alcaudones, sin llegar al sadismo de estos de ensartar a sus víctimas en los pinchos de los espinos.

No sé cuántos cientos de fotos he tomado de estas diminutas rapaces en mis numerosos viajes a esas latitudes, pero en cuanto tengo ocasión no dudo en seguir disparando mi cámara hacia ellas porque las encuentro entrañables.

La segunda noche en Amboseli tenían anunciadas danzas típicas para después de la cena, pero cuando comenzamos con los postres un murmullo en la zona de cocinas llamó nuestra atención.

—¡Arrea constipado! ¡Se ha ido la luz! Aquí pasa algo raro. ¡Pues sí que comenzamos bien el viaje!

Enseguida vimos que de allí salían en fila india todos los camareros provistos de velas y, cosa curiosa, se pusieron a cantar una extraña canción que comenzaba con las palabras mágicas: “*Jambo, jambo, Bwana...*” el resto del texto nos resultó indescifrable.

Parecían implorar a sus dioses el restablecimiento del suministro, pero enseguida nos percatamos de que habíamos hecho de este suceso una interpretación errónea: el primero de la fila, portando en su mano una tarta de cumpleaños con velas encendidas, se dirigió a una mesa, la rodeó el resto del equipo que le acompañaba y remataron la faena con el correspondiente “*Happy birthday to you*”. Todos los de la

mesa mostraron gran regocijo y, en especial una joven pareja, en la que la chica se puso colorada como un tomate maduro. La luz eléctrica se encendió y todo retornó a la normalidad.

Nuevamente oímos a lo lejos jolgorio y todo el mundo fue corriendo hacia el lugar de donde procedía el bullicio. Comenzaban las anunciadas danzas.

Aprecié desde sus comienzos que nuestro viaje, como el de Gila, era demasiado ambicioso. Teniendo en cuenta los vuelos y el tiempo que se invierte en los desplazamientos, viajar y ver Nairobi y media Kenia en nueve días, y bañarse y descansar tres días más en las playas índicas de Malindi, se me antojó desde el primer momento un programa excesivo.

La corta estancia en Amboseli nos sirvió de toma de contacto con este continente. Perdimos el miedo a los mosquitos y al calor. Kenia, aunque es un país caluroso, resulta mucho más fresco que Andalucía en verano, cosa que me sorprendió favorablemente.

En este primer safari vimos montones de animales y aves, que en parte conseguí identificar con ayuda de mi primera y rudimentaria “Guía Collins”, destinada a zoólogos novatos sin pretensiones científicas. Para clasificar muchas de las aves me fue de gran ayuda mi experiencia en conocer a sus parientes europeos. A muchas las catalogué fácilmente por el parecido, como a veces nos ocurre con personas familiares de amigos y conocidos.

Desde Amboseli regresamos hasta Nairobi, aunque antes madrugamos para un último paseo y para despedirnos del “Kili”.

El viaje de regreso, sin tanta novedad, se nos hizo más largo que el de ida y llegamos a Nairobi con el tiempo justo de almorzar en el restaurante “The Carnivore”, un asador típico donde en vez de cochinillo, chuletillas de lechazo, ternera de Ávila y longaniza, lo que te dan a elegir, según el menú del día, puede ser cebra, jirafa, impala, gacela o kongoni. Y de segundo plato, en vez de pescado... ¡cocodrilo!

Nada más entrar en él comprendí que todo aquel que se mete en un paquete turístico come allí aunque sea vegetariano. No se salva nadie, así que si te pierdes por aquellos andurriales y quieres encontrar a un compatriota, pon un papelito con un mensaje en la terraza de la acacia, y siéntate después a esperar a la puerta del “Carnivore”, que es paso obligado. Tarde o temprano te reengancharás a tu grupo o a otro de turistas españoles que no tardará en aparecer.

La comida no estuvo mal, todo hay que decirlo. Algunos comieron poco, otros más y uno, en concreto mi ahijado Ignacio, probó de todo: solo le faltó hincarle el diente a un camarero. Yo me centré en las brochetas de antílope y gacela, que se parecen a nuestras cabras. Pasé de la cebra, como he pasado siempre de la carne de sus parientes: burros y caballos. Comí cocodrilo, que me recordó a la merluza con mayonesa del campamento de las milicias universitarias.

Sin duda, lo que más me sorprendió fue que en Kenia, país que prohibió la caza en 1977, diesen de comer su fauna salvaje en un restaurante.

Si haces un viaje a Kenia, come en “The Carnivore”, no lo dudes. Impresiona mucho cuando a la vuelta cuentas a tus amigos y familiares que, en vez de comerte a ti un cocodrilo, fuiste tú quien le hincó el diente a él. Puedes contar el resto del menú, pero no despertará el mismo asombro. La digestión de la fauna salvaje la hicimos en el Hotel Intercontinental, nuestra base de operaciones.

A la mañana siguiente, despuntando el nuevo día, partimos en dirección norte a nuestro siguiente destino, el Parque Nacional de Samburu, aunque en realidad son tres parques unidos. Su nombre más correctamente expresado debería ser “Samburu, Shaba and Buffalo Springs National Reserves”. Es una zona calurosa y bastante desértica, situada a unos ochocientos cincuenta metros de altitud.

A estas tres reservas las atraviesa o separa, según los casos, el río Ewaso Ngiro, que según los años y la época pue-

de ser un reseco arenal o arrastrar en su corriente algún que otro *lodge*.

Conozco muy bien estos tres parques y son para mí, junto con el lago Nakuru, los mejores y más bonitos de toda Kenia. Su fauna es especial y así lo percibimos nada más llegar.

Pero antes, en la carretera hay un hito importante que no debe uno obviar y que ha suscitado polémica en mis viajes posteriores: el paso del ecuador. Al viajero no le queda más remedio que detenerse y darse cuenta de que ese sencillo cambio de hemisferio genera mucha riqueza. Y además, derivada tan solo de la sabia utilización de un simple caldero, una jarra y un hermoso embudo, los tres de vulgar plástico. Eso sí, la jarra debe estar llena de agua. ¡Ah!, y se necesitan también unas briznas de hierba seca. ¡Comienza el negocio!

En ese punto, el “Karioki” de turno detiene el vehículo para que “descanemos” aunque en realidad nos está poniendo en suerte, como a los toros frente al picador. ¿Qué sucede entonces? Se acerca el nativo, con o sin ayudante según la importancia de la empresa, nos enseña el caldero, la jarra, el embudo y las briznas de hierba, y nos muestra una marca en la tierra y una señal sobre un poste que señalan exactamente dónde está situado el ecuador. Se aleja con toda su impedimenta, aproximadamente unos veinte metros de la señal, coloca el embudo sobre el caldero, vierte el agua de la jarra en el embudo y sobre ella espolvorea las briznas de hierba. El agua comienza a caer al caldero y al mismo tiempo, las briznas empiezan a girar lentamente en un sentido.

El nativo detiene con su dedo la salida de agua del embudo y se dirige al lado contrario del ecuador, a una distancia similar y repite el experimento. ¡Oh, milagro! Ahora las briznas giran en sentido contrario, lo que constituye la evidencia científica de que hemos cruzado el ecuador y cambiado de hemisferio.

Lo he visto varias veces y he comprobado personalmente que tan solo a ocho metros del ecuador ya se notan los

efectos de la aceleración de Coriolis. Esto, para los de ciencias. Los de letras, saltaos esa expresión. Solo cuesta un par de dólares por persona, si no han variado las tarifas con la inflación, y te dan un certificado. Y esos dólares allí representan mucho dinero.

De este sencillo negocio vive el empresario, el trabajador, el posible ayudante y el chófer de turno que conduce a los turistas hasta allí y se lleva también su comisión. Quién sabe si también tiene acciones la policía y quizás algún político de la zona.

El negocio no puede ser más limpio. Sólo cuesta el agua que se evapora durante el experimento.

SAMBURU

El recorrido desde Nairobi hasta Samburu es variopinto. Se atraviesan grandes latifundios cerealistas o ganaderos construidos por ingleses, muchos ahora de propiedad indígena. Se ven infinidad de, mini no, “microfundios”, especialmente en las proximidades de Nanyuki. Allí aprovechan las cunetas parceladas para cultivar verduras y flores o apacentar una vaca o una oveja.

Estas tierras, situadas en las proximidades del monte Kenia, son húmedas y fértiles y aquí no hay más remedio que sacar partido a todo.

Al haber bosques cerca es frecuente ver bicicletas cargadas de leña, pero hasta los topes: unos cien kilos de leños muy bien colocados. Mantener el equilibrio con mercancía que sobrepasa un metro la cabeza del ciclista sólo está al alcance de los virtuosos de la fuerza y el equilibrio.

La llegada al Samburu Serena Lodge, junto a la orilla del ya mencionado río, sigue el mismo ritual: varios *jambos*, un zumito, toallita caliente... y al *bungalow* de turno.

Este *lodge* está ubicado junto al río en un denso bosque de rivera y en esta ocasión, no sé por qué, una cantidad

impresionante de aves nos hacían compañía. Entre safari y safari, en vez de tirarme junto a la piscina, las perseguí armado con mi cámara de vídeo, tomé sus imágenes y las identifiqué. Y en dos ocasiones viví momentos memorables.

El primero ocurrió al mediodía. El lugar, una arboleda junto a la valla que protege a las personas de los animales salvajes en el extremo del campamento. Allí vi una serpentina blanca que se movía entre las copas de unas gigantescas acacias. Fue una visión fugaz, pero alertó mis sentidos y me quede en “muestra” hacia el cielo como un perro *pointer*. Cuando conseguí ver mejor aquello que revoloteaba de forma mágica, me dejó sin respiración. La serpentina en cuestión, a pesar de su pequeño tamaño, es uno de los pájaros más bonitos de África: el Mosquitero del Paraíso o “African Paradise Flycatcher” (*Terpsiphone viridis*), ¡qué nombrecito! El ejemplar que avisté desplegaba su coloración menos frecuente: la fase blanca.

El pajarito en cuestión tenía blanca la espalda y lo mismo su larguísima cola que ondea en el aire cuando evoluciona persiguiendo un insecto. Parece una serpentina que mueven los ángeles, tal es su belleza. Me quedé atónito... y con una mala filmación de recuerdo.

Posteriormente he visto decenas de estas aves, quizá cien, pero todas eran del color más común, chocolate por encima y azul oscuro por el vientre. Preciosos, pero nada comparable a aquel primer e inolvidable avistamiento de la “white fase”.

La segunda sorpresa me dejó tan atónito o más que el “Paradise Flycatcher”. Caminaba junto a mis dos sobrinos “pajareando” por los jardines del hotel. Había robado en el comedor un par de pequeños bizcochos que viajaban en mis bolsillos. ¿Motivo? Atraer a los pájaros más cerca para retratarlos con mi rudimentario equipo fotográfico de aquel entonces.

En el hueco de un árbol divisé un nido de Calao Piquirrojo, muy abundante en esa zona. Más tarde, viendo unos

Estorninos Soberbios (*Lamprotornis superbus*) picoteando en el suelo, los provoqué lanzándoles unas migajas de bizcocho, a lo que respondieron de inmediato acercándose a mí hasta una distancia inverosímil. Tan inverosímil que me puse a cuatro patas y debajo de mí coloqué el bizcocho, y las aves, sin el menor temor a la sombra de mi pecho, se pusieron tranquilamente a comer bajo él. Y tan próximos que tuve que ponerme las gafas de cerca para no verlos desenfocados.

He tenido en el Zoo decenas de estos estorninos nacidos en cautividad. En ninguno, ni ofreciéndoles lo que más les gusta que son las larvas vivas de escarabajo, he conseguido una mansedumbre semejante. El recuerdo, imborrable.

Por esto y mucho más, puedo decir sin miedo a equivocarme que si el explorador se siente ornitólogo, descubrirá en África un paraíso. Si lo que le gustan son solo los mamíferos, le ocurrirá lo mismo. Y si lo que prefiere es tomar el sol, bañarse en la piscina y darle al *gin-tonic*, le conviene saber que África es el continente ideal. Además la tónica contiene quinina, muy eficaz contra el paludismo. Mejor medicina, imposible.

Ese día durante la cena, de improviso se produjo otro apagón. Esta segunda vez ya no nos tomó tan por sorpresa y la melodía pegadiza de la canción —no así la letra— comenzó a sernos familiar.

Jambo, jambo Bwana - Hola, hola Señor.

Habari gani - ¿Cómo está usted?

Mzuri sana - Muy bien.

Wageni, mwakaribishwa, - Extranjeros sois bienvenidos

Kenya yetu Hakuna Matata - En nuestra Kenia, no hay problema

Al llegar al final de esta estrofa, yo me perdí...

Samburu tiene una fauna abundante y original que difícilmente puede observarse en otros parques de Kenia. Sus Jirafas Reticuladas, para mi gusto, son las más bonitas de to-

das; los Órix Beisa de larguísimos cuernos; los abundantísimos Elefantes Africanos de Sabana; los diminutos Antílopes Dik-dik; los cuellilargos Gerenuk que comen de pie a dos patas y llegan con su morro a brotes imposibles; los Búfalos, Antílopes Acuáticos, Impalas, Gacelas de Grant y Thomson, Cebras de Grévy con su traje “mil rayas”, Cebras de Montaña de rayas anchas, algún Gran Kudú... Y por supuesto los que se comen toda esta fauna: leones, leopardos, guepardos, hienas y chacales. Solo el aprenderme sus nombres e identificarlos me llevó mi tiempo.

Además de las aves, en los jardines del *lodge* llaman la atención dos especies de monos: los Monos Verdes y los Babuinos, que junto con los cocodrilos —estos a distintas horas— dan mucho juego a los turistas... y a los que no lo son, pero que tienen que pelearse con ellos.

Los expertos en el difícil oficio de ahuyentar monos son generalmente indígenas y visten los ropajes propios de su tribu, lo que da mucho colorido al hotel. No suelen tener demasiado éxito porque aunque utilizan tirachinas, los monos se separan en grupos y mientras persiguen a unos, los otros aprovechan la ocasión.

Los monos son unos ladrones consumados. Roban pastelitos en el comedor en las propias barbas de los camareros y se cuelan en los dormitorios arramblando con todo lo que les apetece.

El programa diario en una tierra en que el día dura siempre doce horas comienza antes de amanecer. Un café bebido y, con las primeras luces, ¡a ver animales!

En los programas “básicos” se suele regresar a eso de las diez, se desayuna en condiciones y la piscina suele dar muchas alegrías.

Después de comer en el *buffet*, otro safari de tarde hasta el anoecer, con puesta de sol incluida, y rápidamente al *lodge* porque en todos los parques está prohibido circular de noche.

En una guía de Samburu había leído que el mejor lugar para observar aves era Buffalo Springs. A Karioki no le gustó el tema pero tras una dura discusión accedió, nos llevó hasta allí, nos paró junto a unos manantiales, nos tuvo un rato viendo el paisaje y nos llevó de vuelta.

Posteriormente he recorrido de arriba abajo esa reserva de quizás más de dos decenas de kilómetros de longitud y siempre recuerdo la venganza del engaño de Karioki. Fue algo así como “¿Quieres ver Madrid? pues te paro junto a la Cibeles y dalo por visto”.

Karioki fue el chófer más veterano con que me he movido por esos lares. Se las sabía todas y nos arrastraba de tienda en tienda para arañar sus comisiones.

La mayoría de los chóferes son muy amables, muy profesionales y han pasado exámenes rigurosos para tener la tarjeta de guía. Tienen una vista de lince para descubrir felinos, que es lo que gusta a los turistas. Pero siempre hay alguna oveja negra a la que le importa un bledo que uno vea o no, aunque afortunadamente son los menos.

Una mañana al poco de amanecer allí en Samburu, vimos correr entre unos matojos al primer leopardo en total libertad. El avistamiento duró unos pocos segundos, suficientes para que los ocho “safaragüis” lo celebrásemos como una fiesta. A poco que hayas oído de safaris sabes que el leopardo es el más escurridizo de todos los animales que sueñas con ver, y quizá el más bonito.

Si hay mala suerte se pueden patear reservas durante un mes y no “rascar bola”, o en la primera media hora de safari ver un leopardo, una pareja de leones haciendo el amor y un guepardo paseando paralelo al sendero por el que transitas. Esto me ocurrió esa jornada. Habría estado bien comprar un décimo de lotería en “Doña Manolita” porque fue mi día de suerte.

Al tiempo que los ocho “safaragüis” comentábamos lo guapo que era aquel leopardo, un bando de aves que cruzaba

por el cielo llamó mi atención y me distrajo del felino. Eran Gangas, aves de lugares desérticos que al amanecer acuden a beber en masa a determinadas charcas y, ante mí, en la llanura tenía una de ellas.

Pero no sólo yo estaba al corriente de sus intenciones, porque al instante un Halcón Sacre cayó de los cielos a una velocidad endiablada y, aunque falló el ataque y no capturó su desayuno, se formó en los cielos un revuelo de gangas espectacular.

Por la tarde no teníamos otro remedio que protegernos contra la malaria. Nos armábamos de un *gin- tonic* y nos íbamos a un lugar muy concurrido: el “restaurante” para cocodrilos.

Junto al río, con una pequeña protección, había una plazoleta despejada de vegetación en la cual esparcían los restos de la carne que no era consumida por los huéspedes. Allí al anochecer, iluminados con tenues faroles, subían del río lentamente los saurios a por su cena. No eran gigantescos, pero tampoco eran precisamente lagartijas. Entre dos y tres metros era el tamaño más frecuente. Rara vez coincidían comiendo más de un par al mismo tiempo porque los cocodrilos, como todos los grupos sociales, hacen alarde de buena educación respetando las jerarquías.

Las idas y venidas desde el *bungalow* hasta el comedor y la piscina tenían su emoción. En los jardines y sus alrededores acampaba una tribu de babuinos —similares a los mandriles pero menos coloristas— y había que cruzar entre ellos. Aunque no nos hacían ningún caso, ver a un macho adulto de estos primates a cuatro metros produce cierto “acongojamiento”. Si se desea, se puede cambiar el orden de alguna letra.

En esta *troupe* había pequeñajos y, de entre todos, me llamó la atención una madre que mientras arrancaba hierbas para comer, no soltaba de su otra mano la cría que llevaba fuertemente apretada contra su costado.

Me fijé detenidamente y... se me revolvió el estómago al comprobar que lo que me había parecido una cría era en realidad parte de los intestinos de aquel pobre animal, que se los sujetaba con fuerza sin por eso hacer ningún aspaviento ni gesto de dolor.

Aquella desdichada, atacada con seguridad por un leopardo, había salvado la vida, ¡pero a qué precio!

La observé durante los dos días que estuvimos allí. Nunca pensé que tuviera salvación, pero después de ver cómo se curan las heridas de nuestros parientes los primates salvajes y de haberlo comentado con algún veterinario de zoo, me queda la duda. Me han relatado que en necropsias a estos monos han descubierto fracturas de brazos y patas que nadie sospechó en su momento y que estaban perfectamente soldadas. Tal es la capacidad de cura en la naturaleza. Yo, por si acaso, no aposté por su supervivencia.

Una de las dos tardes que allí permanecimos, cuando regresábamos hacia el *lodge*, Karioki nos señaló huellas de león sobre el polvo del camino por el que transitábamos. Unos metros más adelante alcanzamos a una preciosa leona que caminaba pausadamente. Cuando estábamos a su lado, de entre la maleza de la cuneta izquierda aparecieron tres cachorros casi tan grandes como mamá leona, que se acercaron a ella cariñosos y comenzaron a darle la bienvenida restregando sus cabezas contra la de su madre.

Fue tal la ternura del reencuentro familiar que poco faltó para que se nos saltasen las lágrimas de emoción. Aún conservo las fotos, y a pesar de los dieciocho años transcurridos sería capaz de localizar el punto del encuentro con un error menor de cincuenta metros.

Unido al hotel había un pequeño poblado, no sabría decir si de samburus o de masáis, porque ambos visten parecido, dan los mismos saltos y reconozco que estoy un poco pez en cuestión de etnias. En el asentamiento vivían varias familias que, además de trabajar en el hotel, mostraban a los

visitantes sus viviendas, sus costumbres, sus bailes y de paso vendían esas pulseritas de cuentas de colores que tanto se prestan para traer de regalo a la vieja Europa.

A la hora de los bailes y cánticos, allí estábamos nosotros. Reconozco que encuentro preciosos los cantos de las mujeres, con esos grititos agudos que emiten. Y más aún sus movimientos de balanceo hacia delante y hacia atrás meneando los collares de colores que adornan sus cuellos, al tiempo que cantan a coro y bailan.

Cuando los guerreros comenzaron a dar esos tremendos saltos en vertical, invitaron a los turistas presentes a participar y mostrar sus habilidades. Salieron mis sobrinos y también algún que otro mayor entre los que se encontraba Lola Bermejo, con más marcha que un Ferrari.

Los nativos, al vernos saltar, prorrumpieron en risas, y gesticulando nos dieron a entender que ellos nos superaban una barbaridad. Lola, herida en su amor propio, sacó de su repertorio secreto una curiosa habilidad.

—Oye tú, guerrero, a ver si tanto que saltas eres capaz de igualar esto. —Lola, poniendo los codos hacia adelante y las manos fijas en la cintura, comenzó a “dar palmas” CODO CONTRA CODO sin aparente esfuerzo. Los guerreros quedaron sin habla y todos intentaron imitarla. Al que más se aproximó, le faltaron al menos cincuenta centímetros para chocar un codo contra otro.

Lola continuaba su *show*: bailaba sevillanas y las cantaba al tiempo, intercalando unos palmeos de codos. Los guerreros, intentando imitarla sin conseguirlo, casi se caían por el suelo de la risa. Pero a Lola se le calentó la boca, sacó su gen andaluz y continuó con la provocación.

—¡Que no valéis *pa ná*, *mushashos*! Mucho saltito, mucho saltito, pero no tenéis lo que hay que *tené pa hasé* esto...

Creo que nunca he visto reír tanto a un grupo de nativos y eso que he visto a muchos hacerlo, pues son gente

joven y propensa a la carcajada. Aquel rato fue en verdad épico e inigualable.

MOUNT KENYA 1993

Por el camino al hotel Mount Kenya, llegando a Isiolo, observé un montón de puestos de venta, gran cantidad de los cuales eran de las típicas chanclas de goma. Entonces caí en la cuenta de que el gasto de calzado aquí es muy superior al de la vieja Europa. Claro, por estos lares se va andando a todos los sitios, y por caminos de piedra muy abrasivos.

También tomé conciencia de otro aspecto que me llamó la atención aún más que el tema “zapatil”, y fue el transporte público.

Por las carreteras circulaban pocos coches y autobuses, algunos camiones e infinidad de furgonetas. De no saber que la esclavitud se había abolido más de un siglo atrás, podría pensarse que allí seguía en pleno auge al ver esas furgonetas. Aunque eran similares a aquella en que nosotros viajábamos como sardinas en lata, los nativos conseguían cargarlas con el triple de personas, el doble de equipaje y algunas cabras y gallinas para no desperdiciar el espacio sobrante. Su nombre, *matatu*.

No comprendo cómo podían viajar seis kenianos en una fila de asientos en que malcabíamos tres europeos, ni cómo en la misma furgoneta había lugar para una fila más de asientos, personas colgadas de la carrocería y equipaje por el techo y asomando por las ventanillas. Durante unos buenos cien kilómetros, hasta que llegamos a Nanyuki, me dediqué a observar a los *matatu* que adelantábamos, intentando descifrar cuántos pasajeros los ocupaban.

Los *matatu* se detenían con frecuencia para que nuevos viajeros subieran o bajaran o treparan al techo. Si a todo esto sumamos el colorido con que visten allí sus habitantes, un *matatu* cargado hasta el límite de su capacidad constituía por sí solo un espectáculo inolvidable.

En viajes posteriores vi cada vez menos *matatu*, hasta que desaparecieron. Poco a poco los transportistas entraron en razón ante las nuevas reglas dictadas por el Gobierno. Ya los pasajeros iban en sus sitios sentados y, aunque llevaban exceso de carga, casi pasaban desapercibidos.

La vista de estos vehículos hizo aflorar un recuerdo de mi infancia. En los años cincuenta los autobuses Torrelavega-Playa de Suances recorrían esos doce kilómetros como los *matatu* kenianos. Disponían de una escalera metálica en la parte de atrás para que los más jóvenes nos subiésemos al techo. En él, sentados sobre la chapa y protegidos de caer a la carretera tan solo por una simple barandilla, íbamos tan contentos y no consumíamos plazas de los mayores, que llenaban los asientos y el pasillo. Eso sí, debíamos vigilar que las ramas de los plátanos en la subida a Cortiguera no nos diesen en la cara. Si uno iba atento y se agachaba, no había más peligros.

La siguiente escala de nuestro viaje sería un lugar emblemático y de postín. Para acudir a él correctamente vestidos llevábamos en nuestra maleta americanas, camisas y corbatas para todos los miembros masculinos de la expedición. Las señoras iban equipadas con trajes casi de boda. No era un capricho nuestro ni exceso de presunción. Nos habían explicado que la etiqueta durante la cena era rigurosa. Si no llevabas chaqueta y corbata no te permitían la entrada al comedor. Para los no informados que llegasen a este hotel sin la vestimenta adecuada, disponían de americanas y corbatas para ser prestadas, pero no garantizaban ni talla adecuada, ni ausencia de olor corporal.

En ese nuestro próximo destino habían estado descansando muchas estrellas de Hollywood de los años 60, cuando África se convirtió en el lugar soñado. Su creador, el actor norteamericano William Holden, construyó su sueño dorado, y realmente resultó un paraíso.

El Mount Kenya Safari Club está situado a 2.135 metros de altitud en las faldas del emblemático monte Kenia.

Este es, con sus 5.199 metros, el segundo pico más alto de África por detrás del Klimanjaró que, con sus 5.895 metros de altitud es el techo del continente. En este fresco lugar se construyó este complejo vacacional para muchas estrellas de la pantalla.

De aquella magnífica instalación hotelera me impresionaron varios pares de colmillos de elefante entre los cuales había que cruzar para acceder a diversos salones, e incluso otro gigantesco par pegadito contra el vidrio de un gran ventanal. Eran tan altos como una persona, o más. No había imaginado tan siquiera que semejantes monstruosidades pudiesen acompañar durante toda la vida a un animal, por grande que este fuera.

Si el interior y sus patios ajardinados eran espectaculares, el exterior era aún mejor.

Los jardines se extendían frente al hotel con unas praderas cuidadas como si de un campo de golf se tratara, aunque este, modesto, se hallaba más allá de ellas.

Delante del hotel y en el centro de la pradera se encontraba un lago rodeado de árboles y poblado por una colonia de Ibis Sagrados y Garzas de Cabeza Negra. Servía además de refugio a cantidad de especies de aves: Pájaros Ratón, Nectarínidos de vivos colores y Zampullines; Patos y Fochas Cornudas en las aguas; Tejedores, Buitres descansando, Gansos Egipcios... y un largo etcétera.

Pero lo más impresionante era un nutrido grupo de Marabúes 1.6, cerca de cincuenta, que descansaba en la pradera como si fuera suya. Un jardinero provisto de un caldero lleno de carne y otros desperdicios pidió a mi sobrino Ignacio que le acompañara a darles de comer y este accedió de buen grado. Ignacio extrajo del caldero un gran trozo de carne, y antes de verter sobre el suelo el resto del contenido, las gigantescas aves, como en "Fuenteovejuna", todas a una, se lanzaron sobre él para ver quién era la más lista y se hacía con aquella primera pieza. Todo ocurrió a tal velocidad y cogió

tan desprevenido al niño, que casi se lo comen a él también. Por suerte tuvo el tiempo justo de salir corriendo en busca de refugio. Todo quedó en un grito de angustia y un buen susto.

En el restaurante del Mount Kenya Safari Club, como ya he dicho, imperaban las elegantes costumbres en el vestir importadas directamente del más lujoso Hollywood, lo que obligó a esmerarse especialmente a los más jóvenes.

Excepto quizá en su primera comunión, mi sobrino Ignacio nunca se había puesto una corbata. Aunque le había traído una mía desde España, preferí comprarle en la tienda de este hotel una muy apropiada para la ocasión, de color granate 1.7 con pequeñas siluetas en blanco de los mismos animales que observamos en las reservas. Allí, antes de hacer nuestra entrada triunfal en el comedor, le enseñé a hacerse el nudo, igual que un torero veterano da la alternativa a un debutante.

Esa misma tarde Andrea, su hermana, fue a la peluquería del hotel y regresó dos horas después con todo su pelo transformado en artísticas y diminutas trencitas estilo africano, que por lo tensas que estaban le produjeron durante los siguientes días dolor de cabeza 1.8.

Terminada la cena, en un salón con chimenea encendida pues la altitud y frescura del lugar así lo aconseja, nos tomamos un “repugnante” *gin-tonic*, porque éramos conscientes de que se trataba de una medicina. En las paredes del salón y en los pasillos, los trofeos de antílopes disecados y las fotos de artistas de los años sesenta nos sirvieron para recordar películas hoy olvidadas.

En tiempos recientes se han perdido en este hotel esas viejas costumbres y ese *glamour* del mundo del cine. Se puede ir en vaqueros y camisa e incluso, a la hora de la comida, en *shorts*.

Personalmente, sigo manteniendo en parte las viejas formas. No llevo corbata, pero para cenar en este emblemático

lugar me visto un poco más tradicionalmente que la mayoría de sus huéspedes.

En el exterior, junto a la entrada del hotel, hay un cartel que reza: “Latitude 00’ 00” (EQUATOR).” Yo no estoy muy seguro de que el Ecuador esté exactamente allí, sino situado un poco más al norte. Pienso que el cartel es puro *marketing*. ¿Qué me hace dudar de esa autenticidad? Es simple y pura lógica. En todas mis visitas a ese hotel, creo que han sido siete u ocho, nunca, nunca he visto que nadie explotara el seguro negocio de la jarrita y el embudo, y sin embargo en todas las carreteras turísticas que atraviesan el Ecuador funciona una “oficina” de esta “empresa”.

A ver si me acuerdo en el próximo viaje de llevar de casa caldero, jarra y embudo —el agua y las briznas las tomaré de allí— y así, con una comprobación científica, me quedaré más tranquilo.

Pero es tal la belleza de este lugar que de ser cierto el error del cartel, se lo perdono sin ningún esfuerzo.

EL TREETOPS

Por la mañana, con pena, comenzamos una nueva singladura. Nuestro destino, otro lugar más emblemático aún: el Treetops, un hotel de madera abrazado a un árbol que lo atraviesa por su interior y parece formar parte de él. Allí tuvo lugar un acontecimiento histórico de primera magnitud para todos los súbditos del Imperio Británico.

En este mismo hotel, una princesita de veintiséis años que venía de una gira por Australia y otros países cercanos, se despezó por la mañana, se vistió, salió de su camarote —seguro que mejor que el que yo ocupé—, y en vez de escuchar “jambo”, que es lo cortés por estas tierras, escuchó atónita: “GOD SAVES THE QUEEN!”, “¡Dios salve a la reina!”, una forma muy educada de comunicarle que se había quedado sin padre.

En realidad, los hechos narrados ocurrieron el seis de febrero de 1952 y no exactamente así (yo estaba en cama con una grave herida de arma de fuego en una pierna, y la víspera había cumplido siete años). La noche del fallecimiento de su padre, el rey Jorge VI, ella durmió en este hotel. Pero fue unas horas más tarde, en otro hotel próximo hoy desaparecido, cuando su marido, el príncipe Felipe de Edimburgo, informó a Isabel de la muerte de su padre. Los detalles no importan demasiado, pero allí hay una placa que recuerda que Isabel comenzó a ser reina en ese hotel... y se dispuso a batir el récord de años de reinado en ese imperio.

Para llegar al Treetops hay que realizar primero un trasbordo que ocupa varias horas. Justo antes de subir a lo alto de la reserva de Aberdares, te llevan a un *lodge* intermedio, de nombre Outspan. Después de la comida y tras una larga espera que yo dediqué casi por entero a pajarear por su precioso jardín, fotografié a su dueña y señora: una preciosa planta parecida a un abanico gigante. A ella me abracé y la adoré como si fuera una reina. 1.9.

—Subid solo una bolsa de viaje con todo lo necesario para esta noche. Hay que dejar en una habitación los equipajes. Mañana por la mañana los recogeremos. ¿Comprendido?

Lo entendí perfectamente a pesar de que todo me lo dijeron en el más puro suajili. ¡Qué facilidad para los idiomas! Un día aprendo el “jambo” y cinco días más tarde, traduzco suajili como un nativo.

No recuerdo qué ocurrió aquella tarde, ni cuál fue la causa, pero lo que sí recuerdo es que nos retrasamos y perdimos el autobús, así que tuvimos que subir en nuestro Toyota.

Ya de noche, y como aquí lo tienen todo controlado, cuando nos acercamos al famosísimo Treetops, nos estaba esperando un *ranger* armado de un vetusto fusil. Nos puso al corriente en pocas palabras.

—Apaguen las luces y no hagan ruido —susurró el *ranger* acercando su boca a nuestras cabezas—. Una manada de ele-

fantes acaba de llegar al lago de delante del hotel y está ahora a diez metros de aquí. Guarden silencio absoluto para evitar accidentes y síganme en fila hasta aquella puerta. —Dijo todo esto acompañado de esa especie de arrullo ronco, casi infrasónico, que emiten estos paquidermos cuando están satisfechos. Nos aceleró el corazón y nos mantuvo en tensión hasta que, casi de puntillas, nos colamos por una pequeña puerta al interior del edificio.

—¡Vaya miedo he pasado! —comentó algún “safaragüi”.

—Lo cierto es que ha sido divertido, aunque pienso que ha habido una pequeña dosis de teatro por parte del *ranger*. La verdad es que nunca está de más un poquito de emoción. —Tranquilité así al personal porque por lo que sé, los accidentes con animales afectan a veces a nativos, pero buen cuidado tiene el Gobierno de Kenia de que a un solo turista le ocurra algo. No obstante, nunca está de más la prudencia.

EL Treetops fue construido en 1932 como lugar donde los cazadores se apostaban para disparar y después utilizado como observatorio de animales salvajes. Su versión más moderna, The Ark, fue también a partir de su inauguración en 1970 la mejor forma de observar animales, antes de que el todoterreno, los senderos en los parques y muchas cosas más hiciesen posible aproximarse a lo que ahora son los safaris fotográficos.

Pero el origen de ese extraño hotel, frente a un estanque de poco más de un centenar de metros de diámetro, que quede bien claro, fue para la caza.

La táctica empleada era sencilla: si no se podía perseguir a los animales, era mejor acecharlos en sus querencias para cazarlos u observarlos. Este lago posee abundantes sales minerales depositadas en sus orillas como consecuencia de la evaporación de las aguas de escorrentía que allí se almacenan, y otras añadidas por la mano humana. Constituía un lugar atractivo en el cual desde sus balcones corridos se podían cazar u observar por la noche —según en qué época histórica— aquellos animales que, saliendo de la espesura, se

acercaban hasta allí para abreviar o nutrirse de los oligoelementos de las sales.

Nos instalaron en escuetos camarotes similares a los de un antiguo barco pirata. Un retrete, un lavabo y unas camas pequeñas era todo lo que cabía en aquella especie de zulo. Entonces comprendí por qué dejamos el grueso del equipaje en el Outspan.

Con todo en su sitio, nos asomamos a contemplar a los elefantes y desde el balcón descubrimos que el edificio también tenía un sótano, al que bajamos de inmediato. Allí, por unas aberturas a nivel del suelo exterior, vimos sus patatas y escuchamos su ronroneo a tan corta distancia que casi podíamos tocarlos.

Antes de la cena nos pusieron al corriente.

—Tienen un timbre en la habitación. Si escuchan un solo timbrado es porque se acercan leones a beber. Si son dos las llamadas, el que llega sediento es un rinoceronte, y si son tres, leopardo al canto.

Cenamos en una mesa corrida ocupada por la mitad de los huéspedes de este hotel y provista de un extraño carro de madera que se deslizaba sobre una especie de carril como si de un diminuto tren se tratara, para desplazar en él las salsas y otros condimentos de extremo a extremo. Después de cenar salimos al exterior con unas cuantas mantas —esta reserva está a bastante altitud— y allí, en aquel balcón, con un vaso de nuestra amarga “medicina con hielo” para la malaria, esperamos pacientemente. Pocos animales se acercaron. Y ninguno que dejase un recuerdo imborrable en mi mente.

Ya en la cama nos dormimos como angelitos y, por suerte, ningún animal interrumpió nuestro descanso.

En la azotea encontré por la mañana a un grupo de babuinos y vi desde aquel lugar elevado, a unas Palomas Verdes, para mí desconocidas, que se acercaron volando hasta aquel abrevadero. Aunque lejos, las disfruté con mis prismáticos por ser las primeras.

Un Antílope Jeroglífico acompañado de su novia se paseó por la orilla de la charca y, de un “a modo de cañaveral” situado en una islita, se espantó un bando de Tejedores que había utilizado ese lugar para pasar la noche.

Después de desayunar en la mesa comunal, recogimos nuestros bártulos y, ahora sí, en el autobús que la víspera no tomamos, descendimos con mucha compañía por aquella carreterucha de los Aberdares.

Unos, los que más trasnocharon a la espera de emociones, dormitaban con la cabeza apoyada en la ventanilla. Otros sencillamente charlaban en sus idiomas respectivos sin prestar atención al paisaje. Fui yo quien acabó con aquella monotonía. Ni el chófer, avezado y conocedor de sus querencias, los había visto. El grito me salió del alma.

—¡Colobos! ¡Allí! ¡En la copa de aquellos árboles!

Todos miraron hacia el lugar que yo señalaba con el brazo extendido. Allí, entre sus frondosas ramas, dos monos mitad negros y mitad blancos, se movían apareciendo y desapareciendo de nuestra vista. Estaban a más de cien metros de nuestro vetusto autobús, pero eso era lo de menos: fueron los primeros y eso es lo que cuenta.

Maribel me felicitó por mi vista y por haber sido el único que los descubrió. Pero le quedó un poso de envidia por no haber sido ella quien diera la voz de alarma. Si regreso a ese lugar tengo que acordarme de llevar una chapa conmemorativa de semejante hazaña.

Ya en el Outspan, identificamos y recogimos nuestros bártulos, lo que no fue tan fácil como cabía esperar. Había tal maremágnum de mochilas y bolsos que tuvimos que revolver durante un buen rato hasta hacernos con todo.

EL LAGO NAKURU

Nuestro siguiente destino era por sí solo suficiente motivo para haber emprendido ese viaje a Kenia: el lago Naku-

ru. Se trata de ese lago lleno de flamencos que en la película “Memorias de África” sobrevolara disfrazado de cazador el actor Robert Redford en el papel de Mr. Hatton, acompañado por la actriz Meryl Streep como la baronesa Karen Blixen.

Aunque nos pareciese mentira estábamos en el mismo lugar donde se rodó aquella escena que conmovió a la mitad de los espectadores que la presenciaron: él, al tiempo que pilota la avioneta amarilla, estira su mano hacia atrás, toma la de ella y en ese instante el lago se vuelve de color rosa por los nutridos grupos de flamencos que arrancan a volar, asustados por el ruido del motor de aquel extraño aparato.

¿Cómo sé que la mitad de los espectadores se emocionó ante esa conmovedora escena? Pues estadística pura, fruto de una encuesta. Cuando fuimos dos parejas a verla en el cine Capitol de Santander, allá por el año 1983, las dos señoras se emocionaron y los dos caballeros no. Posteriormente he descubierto, preguntando a féminas que vieron la película, que todas sin excepción recordaban la tierna escena. A los hombres, en general, nos pasó desapercibida.

Pero yo allí no iba de novela rosa, aunque ese color iba a ser el principal protagonista. Mi ferviente deseo era ver dos millones de flamencos enanos en tan espectacular panorámica.

Antes de llegar a él teníamos varias horas de coche. En cierto momento descenderíamos a la falla del Rift y alguien me había comentado que la vista del valle desde arriba era impresionante.

Cuando llevábamos más de dos horas de recorrido, Karioki salió de la carretera por la derecha y, un centenar de metros más adelante, se detuvo y nos dio la grata noticia — señalando un casetucho— de que allí mismo disponíamos de un *pipi-room*, o lo que es lo mismo, un maloliente servicio. En su cercanía, una colección de tiendas abarrotadas de todos los *souvenirs* que pueda uno imaginar, servía para hacer la cola mientras el servicio permanecía ocupado.

Nada más bajar, un grupo de nativas nos rodeó y, cada una a su manera, nos quiso arrastrar hasta su “establecimiento”. A mí en concreto me ligó una que me sonsacó el nombre, lo arregló a su manera y lo trasformó en “Inasio”.

La chica era buena vendedora y consiguió que le comprásemos alguna baratija. Pero si los elefantes presumen de memoria, ha de saberse que hay quien los supera, porque años más tarde, en una parada de emergencia urinaria en el mismo lugar, me identificó: “*You are... “Inasio”?... Oh, yes!*”. Solo le encontré una explicación: mi poblado y asalvajado bigote que pocos turistas llevaban y que, en varias ocasiones, tuve que dejar a algún niño tocar para que comprobase que era de verdad.

Este lugar es en realidad una parada obligada. Su nombre: Nyahururu. Un pueblecito que, además de contar con gentes de memoria prodigiosa, tiene muy cerquita un fantástico salto de agua de unos cien metros conocido como catarata Thomson. Si en la época seca es bonita, que es cuando siempre yo la he visitado, supongo que con las lluvias torrenciales se tornará espectacular.

Mientras observaba un gran bando de vencejos y golondrinas que se estaban dando el gran banquete atraídos por la multitud de insectos que allí revoloteaban, Andrea se acercó a mí y me mostró en sus manos un precioso camaleón.

Ella quería traérselo para España, pero la convencí de que, además de estar prohibido, donde se encontraba a gusto el animalito era en su país... haciendo ganar dinero a su dueño, que lo utilizaba para que los turistas se fotografiasen con él.

Cuando ya estábamos a punto de marcharnos, se nos acercó una madre joven con varios niños a su alrededor y con un bebé en sus brazos. Tanto la madre como los hijos eran auténticas bellezas de su raza. Acariciamos la rizada cabeza a la criatura y charlamos con su madre.

—¿Cuántos años tienes?

—*Twenty-two (22)*. —Su respuesta nos dejó un tanto extrañados, pues aparentaba ser una mujer hecha y derecha de algo más de treinta años.

—*And you?* (¿Y vosotros?) —preguntó ella a su vez.

—*Fifty, forty-eight, forty-six...* (50, 48, 46...). —Aque-llas contestaciones nuestras causaron sensación, tanto en ella como en sus amigas que permanecían a la escucha a nuestro alrededor.

Nos costó un buen rato convencerlas de que esa era nuestra edad. Tuvimos incluso que recurrir, como última solución, a mostrarles alguno de nuestros pasaportes, pues creían que les estábamos engañando. En África, a los cincuenta años, o te has muerto o ya eres irremisiblemente un viejo desdentado.

Apenados, dejamos atrás a aquel grupo de mujeres con niños y a la ciudad de Nyahururu, y continuamos hasta nuestro destino, el Lion Hill Lodge, donde contaban con nosotros para comer.

Cuando llegamos al borde de la gran falla del Rift, nos detuvimos en un mirador... con tiendas a su izquierda, y desde allí contemplamos aquel paisaje de dimensiones impresionantes. Bajo nosotros, un inmenso valle cubierto de sembrados y tachonado de árboles, pequeñas casitas y chozas, semejaba un gigantesco nacimiento navideño.

Mientras comentábamos la espectacularidad del paisaje, un joven provisto de jarra y embudo nos quiso llevar a su terreno, o sea, a la mismísima línea del ecuador. Rechazamos la oferta porque todos recordamos de repente que teníamos el certificado que acreditaba que lo habíamos pisado y bien pisado. Cosa curiosa, hasta ese momento ninguno de nosotros se acordaba de que los dos dólares que pagamos por ver el experimento incluían esa acreditación que todos guardamos como oro en paño.

Merece la pena hacer bien despierto el descenso por la carretera y la subida por la ladera de enfrente, unos kilóme-

tros más allá. Es una maravilla que no se olvidará fácilmente porque descubres un paisaje agrícola espectacular, con campos de maíz, árboles y cabañas que se mezclan en plena armonía.

Ya faltaba poco trecho para nuestro destino y, hora y pico después, comenzamos a atravesar la populosa ciudad de Nakuru, una de las más pobladas de Kenia. Al terminar la ciudad, de golpe, comienza el parque nacional, igual que detrás de la tapia de un jardín puede uno encontrarse en campo abierto. Aquí no hay transición.

Enseguida nos detuvimos ante el control, donde el chófer pagó nuestra entrada y donde, si lo visitáis algún día, os deseo toda la suerte del mundo, porque ¡como esté de vigilante la mujer-pantera!... pero esa es otra historia.

Mientras el chófer arreglaba —¡por fin!— los papeles de turno, yo no sabía para dónde mirar. A través de los troncos amarillos de las gigantescas acacias, una línea rosa compuesta de cientos o miles de flamencos se entreveía a lo lejos en la orilla del lago.

Entre los coches de otros turistas recién llegados, una banda de Cercopitecos Verdes robaba comida, intentando hacerse con todo lo que despertase su interés. En los árboles se oían cantos de pájaros para mí desconocidos. Todo hacía presagiar que la visita a Nakuru iba a ser una auténtica locura.

En cuanto se despachó el papeleo giramos hacia la izquierda y, por un camino de tierra que discurría bajo imponentes acacias, fuimos hacia el hotel dejando a nuestra derecha el lago. En su lejana orilla todo era vida: Búfalos, Antílopes Acuáticos y la mancha rosácea, que adivinábamos compuesta de miles y miles de “Lesser Flamings”, o sea, Flamencos Enanos.

Dejamos atrás una pared rocosa que supuse plagada de buitres y otros carroñeros, y un par de kilómetros más adelante...”jambo”, zumo y toallita caliente, siguiendo el ceremonial de costumbre.

El hotel Lion Hill, como su nombre indica, está en la falda de una colina en su día habitada por un león. Tiene vistas al lago que, por encima de las copas de las acacias, se asemeja a un gran espejo azulado festoneado por un marco color de rosa.

En la recepción, el ritual de rellenar la hoja con nuestros nombres, número de pasaporte, motivo del viaje, duración de la estancia y demás, a estas alturas fue pan comido para todo el grupo.

Recogieron nuestros impresos dos simpáticas negritas, bajitas y un poco regordetas, que eran una el calco de la otra, por lo que las tuve por hermanas o incluso gemelas.

Tras recorrer el sendero que conducía a las tres hileras de *bungalows*, nos fueron acomodando en unos chalecitos con nombres de flores y árboles.

Por el camino, a izquierda y derecha, observé pajarillos que ya comenzaban a serme conocidos o, en el caso de unos Azuleños Bengaleses y unos Canarios de Mozambique, totalmente familiares: igualitos a ellos los había tenido durante años en mis pajareras.

Ya instalados, volamos más que corrimos hacia el comedor. Anochece a las seis y eran más de las dos. Nuestra estancia en el lago —craso error— estaba concertada solamente para esa tarde y la mañana siguiente hasta las nueve, en que continuaríamos viaje. Cada minuto de luz era precioso y había que sacarle todo el jugo posible.

Comimos precipitadamente, y con la cámara de vídeo colgada del hombro, salimos zumbando hasta la furgoneta. Eran las tres y media. Deshicimos el camino y enfilamos derechos hacia el lago.

¡Qué imagen más impactante! El que escribió en una guía ornitológica que el lago Nakuru es uno de los espectáculos de aves más impresionantes sobre la Tierra no debió de estar nunca aquí. De haberlo hecho, habría cambiado el “uno de los...” por “el más impresionante...”. Si no lo creen, sigan leyendo.

Al llegar cerca de la orilla, en la margen derecha de un riachuelo que vertía al lago, un comité de recepción compuesto por varios centenares de gigantescos Pelícanos Blancos nos esperaba chapoteando en aquellas aguas poco salobres. Junto a ellos, Cormoranes, Ibis Sagrados, Espátulas Africanas, Marabúes, Gaviotas, Patos, Límícolos, Fochas Cornudas, Cigüeñas de Pico Amarillo, Avocetas, Cigüeñuelas y muchas aves más, se mostraban confiadas ante nuestra cercana presencia. En Europa, semejante proximidad a unos humanos habría producido una colosal desbandada.

Frente a nosotros, una masa rosa de flamencos tan densa como si salieran de un partido en el Bernabéu. No dejaban hueco entre uno y otro, tal era la cantidad y densidad de aves. Nos quedamos sin habla.

Aunque tras media hora de éxtasis no estábamos dispuestos a abandonar tan fácilmente aquel lugar, Karioki consiguió al fin arrearnos hasta el coche.

Entonces lanzó nuestro Toyota en una carrera desenfrenada hacia la derecha, paralela a la orilla cuajada de flamencos, una bandada de miles de aves cuyo final no se adivinaba. A nuestro paso todos echaban a volar para, a continuación, posarse a un centenar de metros en el interior del lago. No se mostraban temerosos del coche y solo a base de velocidad y ruido del motor conseguía el loco Karioki asustar en condiciones a esos bandos tan numerosos. Al final se acabó la playa, que fue sustituida por zonas encharcadas, y tuvimos que retirarnos de la proximidad de la orilla.

Nos alejamos por un camino interior cerca del cual una manada de búfalos pastaba tranquilamente, hasta llegar a una cumbre, el Baboon Cliff o “acantilado de los babuinos”, donde nos hicimos una foto con el lago como fondo 1.10

En su mirador se hallaban congregados unos veinte turistas que contemplaban extasiados, desde ese lugar tan elevado, las sonrosadas orillas del lago.

Encendí mi aparato de vídeo y, recordando a mi amigo Manolo, también aficionado a las aves, le dediqué un barri-
do de cámara comentado.

—Toma nota, Manolo —comencé a hablar al tiempo que grababa—. ¡Fíjate qué cantidad de flamencos! Esos te los dedico... y esos miles también... —Y dejé de tomar imágenes.

El cielo vespertino estaba cubierto de nubes grises, pero el sol, al acercarse al horizonte, comenzó a colar sus rayos entre dos nubes. Una zona pequeña del lago se iluminó y, sorprendentemente, se volvió de color rosa. Vuelta a grabar.

—¿Te parecieron muchos los de antes? ¡Pues fíjate ahora! Pero el sol estaba juguetón y quería más y más guerra.

Cuando logró colarse por debajo de las nubes, TODO el lago Nakuru se volvió rosa, como si se tratase de un cuento de hadas 1.11.

Miré con mis prismáticos y descubrí que los flamencos que descansaban en las orillas eran solo una mínima parte de aquel bando colosal. En el interior, aguzando la vista y ayudado por los binoculares, pude distinguir varios centenares de miles de ellos que, como puntitos rosas de plancton, giraban y se ponían boca abajo alimentándose así de mínimos animalitos y algas. Vistos en conjunto, solo se apreciaba una mancha de su color.

Cuando miré a mi alrededor descubrí a todos en tran-
ce. Nadie hablaba, solo contemplaban aquel espectáculo increíble que aquella tarde inolvidable nos regalaron el sol y la naturaleza.

Junto a mí, dos chicas de aspecto nórdico lloraban a lágrima viva sin poder contener la emoción. Y no eran las únicas...

Tras el éxtasis, alguien del grupo descubrió que, a nuestra espalda y entre unos arbustos, a unas decenas de metros, había una caseta de obra y una estaquilla pinchada en la tierra, con una tabla en forma de flecha clavada. Dos letras muy convincentes pintadas a mano aclaraban a qué se de-

dicaba aquel mísero caseto: W.C. Hacia ese lugar dirigió sus pasos... A su vuelta:

—Si queréis ir al baño, ahí cerca tenéis uno disponible. La pena es no tener una pinza para ponerlos en la nariz, porque el olor... Mejor lo comprobáis en vuestras propias pituitarias.

Yo intenté hacerlo pero di la vuelta en redondo, me colé por entre la maleza y elegí un lugar discreto. Preferí que me atacase un león a morir en la cámara de gas, pero las mujeres no tuvieron otro remedio que padecer ese sufrimiento. Todas las que lo utilizaron, estuvieron de acuerdo en que, con mucha diferencia, era el baño más sucio y con peor olor que habían encontrado en su vida... pero Kenia puede deparar muchas sorpresas.

He estado en Nakuru quizás en otras siete ocasiones y he visto millones de flamencos, aunque nunca tantos como en aquel primer viaje. Su número está en función de la salinidad del agua, que a su vez depende de la intensidad de las lluvias de marzo y abril.

Algo malo tenía que tener el lago, no podía ser todo tan perfecto. En esa primera visita en que su población se estimaba cercana a los dos millones de aves, también calculé que los muertos y moribundos superaban los diez mil. Una epidemia asolaba el lago, seguramente producida por la mezcla de los vertidos contaminantes de la cercana ciudad y un virus o bacteria cuya proliferación favorecía aquel caldo de cultivo.

Cada pocos metros de orilla se encontraban cadáveres sin tocar, restos de patas y alas se veían esparcidos por todas partes. Algunos marabúes, ahítos, picoteaban sin apetito aquí y allá algún despojo, pero otros cientos de carroñeros no hacían otra cosa que dormir haciendo la digestión. No tenían prisa, había comida para todos.

El olor a muerte era bastante insoportable y ver a las pobres aves aleteando moribundas junto a la orilla, también

me dejó un recuerdo imborrable, pero prefiero olvidarlo y quedarme con la parte buena de esta visita. En otras ocasiones he visto algún cadáver de flamenco flotando y restos de muchos, pero nada comparable al espectáculo dantesco de ese primar viaje.

A la vista de aquella cantidad de flamencos muertos, no tuve otro remedio que “hacer números”.

Si a los flamencos les calculamos una vida media de veinte años —que una vez superado su primer año de vida puede quizá ser el doble— se deduce que en una población como la de Nakuru, estimada en dos millones, deberían morir anualmente cien mil flamencos. O lo que es lo mismo, doscientas setenta y cuatro defunciones diarias. Aunque doblemos su vida media a los cuarenta, serán cincuenta mil las bajas al año, o ciento treinta y siete muertes diarias. Una barbaridad.

Las Águilas Pescadores cazan flamencos, las hienas, como he presenciado, también. Todo aquel que puede y come carne no pierde la ocasión de llevarse a uno de estos pobres a la boca o al pico.

He tenido en el Zoo flamencos enanos durante muchos años y se han reproducido bien. Llegaron de Bélgica y hasta allí lo hicieron, casi con seguridad, desde Tanzania donde los capturaban ya adultos y los exportaban.

Veintisiete de los veintiocho que ahora hay tienen más de dieciocho años con seguridad, bastantes superarán los treinta y alguno puede que rebase los cuarenta. En mis flamencos la edad no me preocupa en absoluto. Son sus finas y delicadas patas las que a veces nos han dado disgustos. Las cojeras por heridas se suelen curar, no así las roturas, que son casi imposibles de reparar. Pero volvamos a nuestra historia, que el descenso del Baboon Cliff me iba a deparar otra sorpresa.

Los búfalos que vimos pastando cuando subimos la empinada cuesta, ahora nos quedaban justo debajo y continua-

ban con la misma actividad. “La ocasión la pintan calva” pensé yo imaginando una toma cinematográfica preciosa en aquella paz africana, solo alterada por el constante arrullo de las ruidosas tórtolas que yo he bautizado como “El Canto de África”. Dicho y hecho. Enérgicamente ordené a Karioki que detuviera el coche: “*Stop, please!*”. Y el coche frenó. Saqué mi cámara de vídeo por la ventanilla y di otra orden tajante.

—Un momento de silencio total, que voy a filmar al baño de búfalos, mientras grabo en el audio “El Canto de África”.

En mitad del barrido de izquierda a derecha estalla en mis oídos “¡¡¡Móooooooo!!!”

—¡Karioki, me jodiste la escena! —Es el precio que tuve que pagar por tener un chófer que no entendía nuestro idioma. ¡Qué se le va a hacer!

La llamada de Karioki imitando a un búfalo debió de ser perfecta porque hizo efecto inmediato en la manada, donde muchos de ellos buscaron con su mirada a aquel congénere que los llamaba desde un coche repleto de personas. Cuando veo la grabación fallida de “El Canto de África”, se me aparece la imagen de Karioki mugiendo como un búfalo.

Esa noche antes de cenar, Andrea no pudo resistir más aquella tirantez de su pelo y se desmelenó volviendo a su *look* habitual.

Por la mañana, con los equipajes cerrados y antes del desayuno, bajamos otra vez hasta el lago.

Ya no nos sorprendió tanto aquel espectáculo, y eso que a la luz de los inclinados rayos de sol que atravesaban aquel aire fresco y transparente resultaba de una belleza difícil de expresar.

Una hora más tarde, tras una corta estancia junto al arroyo tomando fotos y vídeo, volvimos al hotel, desayunamos y partimos hacia nuestro último destino en el interior: Masai Mara. Quizá por su cantidad de rumiantes y la inmensidad de sus pastizales, el lugar más visitado de Kenia.

MASAI MARA

No llevábamos una hora de viaje cuando Karioki, al que ya le habíamos visto detalles de su peligrosidad, comenzó a hacer una auténtica exhibición propia del Paris-Dakar. La “carretera” hacia Narok se prestaba a ello.

En aquellos años se la conocía como “la de los italianos”: no sé si la hicieron por las buenas o por las malas, ya que se construyó durante la Segunda Guerra Mundial.

Es sabido que Kenia es un país volcánico, por eso no nos extrañó que la carretera tuviese un volcán por metro cuadrado. Con todos los cráteres rodeados de montones de piedras, la carretera resultaba intransitable. ¿No lo creen? Esperen a que les cuente cómo había resuelto el problema la sabiduría popular.

Para eludir aquel tormento, por fuera de la carretera se habían abierto los primeros senderos para circular campo a través. Posteriormente, cuando se llenaban de baches, *hakuna matata, no problem*, o como quieran llamarlo: los coches abrían nuevas sendas más alejadas de la carretera inicial, y resuelto el problema.

Karioki conducía según su conveniencia, conocimientos y criterio, por una de las seis posibilidades a elegir: tres a cada lado del eje central. Daba lo mismo que fuera la de más a la derecha o la de más a la izquierda, no respetaba nada. No existe código de circulación cuando se rueda campo a través.

Lo único que le hacía cambiar de la idea inicial era divisar un vehículo en lontananza en dirección contraria. Entonces, en función de la dirección del viento, Karioki buscaba la posición más favorable, de forma que el polvo que levantaba nuestro coche se lo tragase el otro.

¿Que para eso tenía que desplazarse de la pista tres del lado derecho a la tres del lado izquierdo? *Hakuna matata*. Aceleraba y atacaba de costado el talud inclinado de la carretera central, que estaba elevada y abombada, a pesar de los

gritos de los “safaragüis”, que nos veíamos volcados, si no muertos. Escalaba a la central, dejaba caer el coche por la otra vertiente... y “le echaba el polvo” al vecino.

No le hacía falta necesariamente otro coche para iniciar esta maniobra. Con que supiese que la pista más alejada tenía un tramo mejor, para allá íbamos de cabeza. El “safaragüi” Francisco no salía de su asombro.

—¡Otra vez no, por favor, nos va a matar! ¡Agarraros que va! Y... ¡vamos que sí iba!

En algún tramo añadió de su cosecha nuevas emociones. Por aquella época en esta región, a falta de trabajo, había una curiosa costumbre. Se reunían unos cuantos jóvenes desocupados, iban a la carretera vieja y hacían como que estaban echando piedras en los agujeros de las zonas que era conveniente atravesar para cambiarse de un lado a otro. Como al cruzarla había que reducir la escasa velocidad que te permitía aquel camino infame, los “peones camineros” sacaban la mano del bolsillo y así conseguían unas monedas a cambio de su “agotador” trabajo.

Con Karioki no les servía de nada. Nuestro *driver*, en vez de reducir, aceleraba, y se iba hacia el grupo que, a la vista de aquel loco —ya lo debían de conocer de anteriores ocasiones— saltaban a un lado para ponerse a salvo. Se les adivinaban las facultades atléticas para el salto con solo echarles un vistazo.

A pesar de todo el viaje se hizo pesadísimo y lentísimo, pero dimos gracias al cielo porque llegamos sanos y salvos a Masai Mara.

Después de cruzar la puerta de acceso al parque fuimos atacados por un regimiento de mujeres armadas de pulseras, collares, telas de colores y yo qué sé cuántas cosas más que nos metían por las ventanillas y nos ponían en las manos... Si cogías un solo objeto, ya estabas perdido: ellas rechazaban su devolución y querían, como es lógico, dinero a cambio.

—*Good price, good price.* (Buen precio, buen precio)

Comenzaba el regateo y... ¡qué remedio!, cargábamos

con más y más recuerdos. Hasta yo acabé llevando en mi muñeca una colección de pulseras artesanas que imitaban cobre. Con esto está todo dicho.

El nuevo hotel, de nombre Keekorok, me encantó desde el primer momento pues tenía una singularidad que aprecié al instante: un gran jardín lleno de vegetación en el que, a salvo de leopardos, tigres, leones, vendedoras y osos polares podía disfrutar de innumerables aves durante los periodos que no estábamos de safari. Por supuesto que no he divisado en Kenia tigres ni osos polares, pero un niño de cinco años me aseguró haberlos visto. Y siempre se ha dicho que solo los niños y los locos dicen la verdad.

Pasamos de largo el edificio principal, que cumple todas las funciones necesarias: restaurante, tiendas, recepción, servicios, bar, cafetería, etcétera, y nos acomodaron en unos adosados amplios, próximos a una charca con hipopótamos y en una gran pradera con media docena de árboles diseminados aquí y allá.

La primera mañana al levantarme observé con estupor que toda aquella pradera estaba salpicada de excrementos, prueba inequívoca de que en lo más oscuro de la noche muchos animales la utilizaban como refugio de sus principales enemigos: leones y leopardos.

Todo el frente de nuestro adosado era una cristalera a través de la cual veía pájaros diversos correteando por el ralo césped. Quedarse dormido después de comer con esa contemplación, era casi como estar en el nirvana.

En aquella primera ocasión la zona que visitamos del Masai Mara estaba atestada de Ñus y Cebras que, acompañadas de Kongonis, Topis, Impalas, Gacelas Dorcas, Gacelas Thomson y mucho más, nos dejaron, por su cantidad, totalmente obnubilados.

Lo de los ñus era, como dice ahora la juventud, “una pasada”. Más de un millón de ellos estaban concentrados en la zona este del parque, por la que nosotros nos movíamos.

Había ñus desde donde terminaba el jardín del hotel hasta donde se perdía la vista. De lejos parecían hormiguitas negras que cubrían todos los herbazales.

Pero a pesar de eso, lo que más disfruté fueron los Pájaros Secretarios a los que solo conocía por fotos. Son unas rapaces que han evolucionada hasta no ser casi voladoras, convirtiéndose en unas pacientes e infatigables caminantes. Siempre las veíamos a lo lejos, andando con la vista clavada en el suelo en busca de algún reptil despistado, saltamontes, ratoncitos o cualquier ser vivo. Solo impulsadas por la necesidad echaban a volar, y esa necesidad en este caso tenía nombre y apellido: Charlie Karioki.

Nuestro *driver* y yo coincidíamos en que a ambos nos gustaba verlos volar. En cuanto divisaba uno en el horizonte, Karioki se salía del camino —hecho prohibido por una norma que Charlie se saltaba a la torera—, lanzaba nuestra furgoneta en su persecución... y a volar.

A algunos Secretarios, a base de perseguirlos, les dimos hasta cuatro vuelos consecutivos. Pero merecía la pena ver a aquellas grandes y extrañas aves levantando el vuelo. Comenzaban por alejarse corriendo dando zancadas, y solo cuando veían que aquel loco estaba dispuesto a atropellarlas se decidían a extender sus largas alas y lanzarse a volar.

Una tarde, huyendo un poco de tanto ñu, nos dirigimos hasta una ladera amplia, un poco más elevada que su entorno. Desde lejos, se podía adivinar un numerosísimo rebaño de animales negros, grandes y muy agrupados, que sin duda eran los temidos búfalos. Quizás algún león, queriendo cambiar de menú, se encontraría en sus proximidades.

Contemplamos aquel inmenso grupo de más de quinientos animalazos, y observamos a los curiosos pájaros que los acompañan. Unos, grises, viajaban posados en sus grupas o correteaban a su alrededor: eran Estorninos Carunculados. Los otros se aferraban con sus uñas a la piel de los búfalos y la recorrían, desde el morro hasta el rabo pasando por su

vientre, en busca de garrapatas e insectos. Eran “Red-billed Oxpecker” o Garrapateros de Pico Rojo. No despreciaban en este recorrido alguna herida sangrante, en la que picoteaban. Seguro que encontraban más rica la sangre al natural que medio digerida y envuelta en piel de garrapata.

Cuando estábamos pensando en abandonar tan numerosa y peligrosa compañía, divisé en la distancia un ave grande posada en un árbol parecido a nuestras encinas. Nos acercamos hasta aquel lugar campo a través. Cuál no sería nuestra sorpresa al descubrir a una gran águila, hasta entonces desconocida para mí, que estaba merendándose —eran las cinco de la tarde— una pieza de caza mayor de pequeño tamaño. Su víctima era un joven facocero o Jabalí Verrugoso. Me impresionó aquella “bestia” de ave y la busqué en el libro. Entonces comprendí. “Martial Eagle” o Águila Marcial (*Polemaetus bellicosus*), su nombre científico lo dice todo. ¡Belicosa!, ¡como para meterse con ella! Un águila capaz de cazar un joven jabalí, ¿se imagina?

Pero Masai Mara es tierra de leones. Pocos lugares de África contienen tanto y tan variado menú como aquí, así que no es de extrañar que el “safaragüi” de turno se tope a diario con algún grupo de leones sesteando, porque los leones son los mayores dormilones de la naturaleza. Una vez que cazan y comen, buscan una sombra y se tumban a dormir, por lo que lo habitual es encontrarlos en plena siesta.

Pero algunas veces se tiene suerte y hacen vivir momentos emocionantes. En este primer viaje, una tarde de regreso al campamento nos encontramos a la izquierda del camino a un macho de león de menos de tres años en posición de acecho. Se le hacía la boca agua contemplando a unos escasos cuarenta metros a un anciano macho de búfalo que, además de en años, estaba entradito en carnes. El búfalo se desplazaba pastando muy lentamente y el león hacía lo mismo en paralelo, sin decidirse a atacar aquellos ochocientos jugosos kilos de apretadas chuletas.

Durante veinte minutos se mantuvo la tensión. Pero el búfalo conocía mejor que nosotros cuándo un león tiene suficiente hambre como para arriesgarse a un ataque a semejante fortaleza. No le hizo el menor caso, aunque nosotros lo disfrutamos como si lo hubiese cazado.

Vimos muchos más leones, porque allí son muy fáciles de encontrar. Nada comparable a lo que ocurre con los leopardos, que son escurridizos como las lombrices.

Los leones a veces se cuentan como en los partidos de tenis: quince, treinta, cuarenta... Puede uno avistar dos grupos diferentes de leones con cachorros y ya tiene el marcador en treinta, o tener aparentemente mejor suerte y toparse diez veces con leones solitarios o grupos reducidos y no llegar al quince. Personalmente, prefiero muchos pocos, que pocos muchos. Dan más sorpresas.

Masai Mara tiene una visibilidad excelente, y para encontrar leones existe un sistema muy poco deportivo pero muy productivo que consiste en copiar la táctica de búsqueda de carroña que emplean los buitres. Si los buitres se fijan en los leones, cuervos y marabú, para encontrar su comida, al “safaragüi” de turno le basta con buscar grupos de coches parados por la planicie: junto a ellos estarán los codiciados carnívoros.

Este método es especial para vagos y gentes de poco esfuerzo, que además llevan prisa. En vez de “despistojarse” mirando todos los matorrales y malezas junto a los arroyos, les es más cómodo y rentable buscar grupos de vehículos detenidos. Donde hay varios coches, león seguro. Rápidamente el *driver* ataja por donde puede y, si hay suerte, será un guepardo o un leopardo lo que hayan visto.

Las empresas turísticas importantes suelen tener en cada reserva varios vehículos circulando al mismo tiempo. Todos disponen de emisora, aunque actualmente han sido sustituidas por un sencillo móvil. Si encuentran un león u otro animal escaso dan la voz de alerta y, como hacen los buitres,

diez minutos más tarde están todos los coches de esa compañía rodeando al animal.

Personalmente suelo viajar con una empresa muy pequeña especializada en acompañar a documentalistas y fotógrafos y, aunque reconozco haberme aprovechado del trabajo de otros en alguna ocasión, prefiero elegir zonas alejadas y menos visitadas. Nosotros hacemos la guerra a nuestro aire. Solo nos descoloca de esta filosofía la sospecha de que el animal en cuestión sea un leopardo.

En este viaje nos ocurrieron dos aventuras muy diferentes pero dignas de ser recordadas.

Una mañana, entre unos arbustos vimos moverse una sombra gris que resultaron ser dos, madre e hijo... Rinocerontes Blancos. Fueron, junto a uno aislado que divisamos al día siguiente, los únicos de dicha especie que he visto en ese parque. Con frecuencia en los documentales de televisión aparecen escenas de elefantes y rinocerontes, y suelen ir acompañadas de la explicación de su mayor problema: el furtivismo.

En algunos parques para proteger a los rinocerontes de esta plaga les cortan el cuerno, que es lo que tiene valor para los furtivos. En los elefantes es más complicado, pero son ellos mismos, ayudados por el furtivismo, los que están sufriendo una selección que parece hereditaria. Al no ser cazadas las elefantas que carecen de colmillos, que son una pequeña proporción, son estas las que más procrean, y dicha característica se está heredando y crea ejemplares sin colmillos, menos vistosos, pero con más posibilidades de supervivencia.

Esa misma tarde estábamos tomando el sol en la piscina del hotel cuando Maribel se decidió a acercarse a la caseta donde había toallas limpias para secarse después del baño. Nos extrañó verla regresar con las manos vacías.

—¿No traes toallas? —le preguntamos sorprendidos.

—No me he atrevido a pedírselas.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque los dos tipos que cuidan de las toallas están sentados charlando tranquilamente sobre el mostrador. Les he saludado como se hace aquí “Jambo!” y han seguido a lo suyo. No he querido insistirles y me he vuelto, porque los que vigilan hoy las toallas... ¡son dos machos de babuino tan grandes como yo! Si alguien quiere ir a buscarlas, allí las tiene, bien vigiladas y a su disposición. —Todos comprendimos sus motivos y decidimos de común acuerdo secarnos al sol de la tarde.

Ya se sabe que lo bueno dura poco y nuestro viaje se aproximaba a su fin. Por lo menos en lo que se refiere a ir de safari...

La noche antes de abandonar el Mara lo celebramos ampliamente y tomamos medicina para varios días. Haber sobrevivido hasta ese momento a Charlie Karioki era merecedor de una fiesta. El caso es que nos acostamos tarde y yo, quizás, un poco más eufórico que de costumbre.

A las tres de la mañana me entró sed y me desperté. Estaba algo adormilado y creí encontrarme en casa, por lo que me abstuve de encender la luz para no interrumpir el sueño de Maribel. Al intentar pasar al vestidor que comunica nuestra habitación con el baño de nuestra casa, una sólida pared se interpuso en mi camino. ¿Qué ocurría? Tenía la certeza de estar en mi hogar, pero para cerciorarme toqué la cama con un pie y la pared con una mano, pero en ella la puerta había desaparecido. ¡Socorro! Permanecí unos segundos totalmente desorientado. El sonido ambiente era el de nuestra casa, por lo que no encendí la luz... pero esta se hizo en mi pesado cerebro y una sonrisa iluminó mi rostro cuando comprendí lo sucedido. Había creído estar en nuestra casa porque había oído cercano el rugir de un león. Y resulta que esto me ocurre muchas noches, ya que son mis vecinos más próximos en el Zoo de Santillana, en el interior del cual, además de los animales, vivimos nosotros. Esta vez también tenía de veci-

no a un león, solo que este no era el mío sino uno salvaje que se había acercado a nuestro *bungalow* a darme las buenas noches.

Con la sonrisa en los labios me volví a acostar. Ya tenía una bonita anécdota para contar a mi regreso. Y además de bonita, original.

MALINDI

Algunos ya saciados de ver animales y yo todavía con el “estómago vacío”, muy de mañana comenzamos el regreso hasta Nairobi. Cómo no, a nuestra base de operaciones: el Hotel Intercontinental, entre cuyas sábanas descansamos.

Otra vez madrugón. Esta vez de noche cerrada fuimos al aeropuerto y volamos a Mombasa, desde donde un coche nos trasladó a un lugar idílico: las playas de Malindi.

Mi sueño en ese lugar era encontrar unos fondos marinos poco profundos y repletos de corales y peces de colores. Ni lo uno ni lo otro salió como estaba planeado: había corales y peces del coral, pero a más profundidad de la que me apetecía descender, que no era mucha. Una situación en nada comparable al recuerdo que yo tenía de las islas Maldivas.

Allí pasamos dos días de relajo bañándonos y disfrutando pero pagamos un alto precio, pues entre ir y volver, coche, avión, traslado al aeropuerto y vuelta al hotel perdimos dos días. Cenamos en Mombasa en un lugar muy bonito, y punto.

Como diría un amigo ya desaparecido: “Cuando estamos a lo que estamos, estamos a lo que estamos”. Si hemos venido a ver animales a África, veamos animales y nada más, que playas hay en muchos lugares. Y tan bonitas como Malindi, cantidad.

Nos volvimos para España con más imágenes en la mente de las que éramos capaces de asimilar.

CAPÍTULO II TANZANIA, 1998

“Admiróse un portugués,
viendo que en su tierna infancia
todos los niños en Francia
supiesen hablar francés.

¡Arte diabólica es!,
dijo torciendo el mostacho,
que para hablar el gabacho,
un fidalgo en Portugal
llega a viejo y lo hace mal
y aquí lo parla un muchacho”

Este poema en cuestión, la afición por los animales, el gusto por la música clásica —en especial la de violín—, y el deseo de conocer Tanzania, tuvieron un mismo y común origen: mi padre.

Esa llama comenzó a crecer dentro de mí en mi más tierna infancia, hojeando un libro paterno de principio del siglo XX: “Cacerías en África Oriental”, cuyos autores eran —sorprendentemente— el Duque de Alba y el Duque de Medinaceli.

La llama se convirtió en un gran fuego cuando en 1959 —yo tenía catorce años— le regalamos a mi padre por Navidad otro libro “incendiario”: “Serengueti no debe morir” de Bernhard Grzimek, el que fuera director del Zoo de Frankfurt

desde 1945 hasta 1974. A través de este prestigioso zoo, tanto él como su hijo Michael se implicaron hasta tal punto en la protección de esa zona, que el hijo dejó su vida en el cráter de Ngorongoro durante un viaje de exploración; su avioneta colisionó contra un buitre, precipitándose a tierra, y su ocupante murió en el accidente.

Estos dos libros, con sus fotos antiguas o antiquísimas, vistas desde ahora, me atrajeron como la llama a la polilla. Desde aquellos años deseé conocer ese continente, y en especial Tanzania.

En 1998, antes del comienzo de las Navidades, se presentó la ocasión. Nos acompañó Francisco Ballester: además de un excelente amigo, un estupendo compañero de viaje. Junto a él había yo descubierto Sierra Nevada en Granada, Baqueira, Kenia y Costa Rica. Ahora añadiríamos otro país a la lista de nuestros descubrimientos, y esperaba no fuera el último: Tanzania.

Estaba previsto que fuese un viaje corto sin ninguna extensión playera. Ya habíamos descubierto que llevaba mucho tiempo. Así que el viaje quedó estructurado de la siguiente manera: volaríamos desde Bilbao al aeropuerto de Schiphol en Ámsterdam; de allí, al de Kilimanjaro en Tanzania. Descansaríamos del viaje cerca de él, en la ciudad de Arusha, concretamente en el Hotel Impala, cuyo nombre no podía tener más sabor africano. Al día siguiente, muy de mañana, partiríamos directamente hacia mi soñado Serengueti.

No disponíamos de demasiado tiempo pues encajamos las fechas del viaje entre el puente de la Inmaculada y la lotería de Navidad, ya que ese año, como le ocurre a la mayoría, teníamos la casi certeza de convertirnos en multimillonarios. Entonces repetiríamos la visita al Serengueti con más calma.

Ya en el aeropuerto de Kilimanjaro y a la vista del cartel de “Mr. Pardo”, tuvimos la primera alegría.

El *driver* de turno, como cabía esperar, era un joven negro. Su recibimiento fue un poco decepcionante porque, en

vez del esperado “Jambo!” nos pronunció un “¡Hola!” tan perfecto como si fuera de Valladolid. Kimai hablaba un castellano tan bueno o mejor que el nuestro. Si no fuese por el color de su piel, insisto, parecería de Valladolid. Kimai había estudiado desde muy niño con misioneros españoles y de ahí su sorprendente dominio del castellano.

El vehículo en que nos íbamos a desplazar hasta el final del viaje era una furgoneta Toyota blanca cuyo techo podía levantarse como un metro sobre cuatro varillas metálicas. Con estas en su posición vertical nos permitía a todos ir de pie sobre los asientos y mirar cada uno en una dirección.

La comodidad de entendernos en un mismo idioma facilitó una excelente comprensión entre conductor y pasaje, lo que propició que en Tanzania, desde un principio, nos sintiésemos como en casa.

La primera parada no fue en una reserva como cabía esperar, sino “por motivos técnicos”. La realizamos en una tienda de artesanía local a pocos kilómetros de Arusha, junto a la cual una especie de estatuas de terracota o algo parecido, imitaban la vida y las costumbres de un pueblo nativo y completaban el decorado 2.1, 2.2 y 2.3

Pero lo destacable fue la tienda de artesanía en madera, la más bonita que he visto en África. En concreto me impactó una talla de una familia masái casi a tamaño natural en una madera pulida de un color oscuro pero brillante. No sé cómo describirla. Dos problemas me disuadieron de traérmela a España. Por una parte su precio prohibitivo —unos 9.000 dólares— y por otra la dificultad del transporte, aunque en la tienda me aseguraron que no tendría ningún problema si me la enviaban ellos. Nunca la olvidé.

La siguiente parada la efectuamos en un pueblo a orillas del lago Manyara. No me pude contener. Junto a una escuela, con la ayuda de Kimai y de un niño local, me hice con unas semillas de flamboyán 2.4 y 2.5, ese árbol de flores anaranjadas y de frutos parecidos a gigantescas vainas de judía

que me viene a la memoria cada vez que me acuerdo de África. Allí, sobre el árbol contiguo, anidaban unos marabús. 2.6

No recuerdo si al final brotaron o no, pero sí que de ese viaje me traje varias clases más de semillas, casi todas recolectadas en el hotel de Manyara. Aunque algunas se convirtieron en plantas no aportaron, como yo deseaba, nada nuevo a nuestro jardín de mariposas.

Después de la recogida de simientes nos fuimos derechos, pero no rectos, hasta el hotel, porque la carretera tenía virajes como para exportar.

Nada más abandonar el pueblo comienza una cuesta que me recordó mucho a nuestro puerto del Escudo por su longitud, curvas y pendiente. Pero aquí, mucho peor asfaltada.

En su cumbre, en la misma arista de la montaña, estaba nuestro hotel 2.7, con unas vistas sobre el lago Manyara algo lejanas, pero no por ello menos espectaculares. Las habitaciones eran preciosos *bungalows* con escalera, tejado de paja y una ventana 2.8 para contemplar a voluntad todo el panorama.

Desde allí, con la ayuda de mis prismáticos, entreveía siluetas de animales salvajes, y mis deseos de bajar a verlos me hacía la espera casi insoportable.

Nada más reponer fuerzas descendimos otra vez la montaña. Durante la bajada, nos encontramos de frente con varios ciclistas que subían del mercado con la compra ya hecha. Sus bicicletas, lo mismo que las que vi años antes junto al monte Kenia, se utilizaban para descender deprisa... y subir despacio porque la vuelta no se hacía montado en el sillín, sino caminando junto a ella, fuertemente agarrados de su manillar. Hacían un esfuerzo sobrehumano para remontar la empinada cuesta, pues llevaban auténticos cargamentos de sacos, cajas con verduras y otros alimentos. Una parte del pueblo estaba en lo alto, y por lo que me imaginé las huertas prosperaban gracias a las aguas lacustres, en el fondo del valle.

Según entramos en la zona arbolada, de camino hacia la orilla del lago, vimos algunos impalas nerviosos y nos sirvieron para localizar en un momento a sus “amigos” los leones. Era un grupito desperdigado y somnoliento, la hora de calor se prestaba a ello, por lo que los dejamos continuar con su siesta.

En la orilla nos esperaba un búfalo tumbado a la sombra de un arbusto 2.9. Y metido en el agua hasta cubrir un palmo de sus patas, un solitario elefante. 2.10

Más tarde nos cruzamos con unas jirafas 2.11 y una elefanta de colmillo revirado. 2.12 y 2.13. La encontré muy curiosa por su malformación e interesante por su costumbre de descansar la trompa sobre su colmillo “bueno”. Un poco más adelante otras elefantas con una cría nos completaron en parte la excursión. 2.14 y 2.15.

Antes de ponerse el sol ya estábamos instalados junto a la piscina, que era un tanto especial. Allí en lo alto, parecía una charca en el espacio, porque carecía de bordes. Como el agua vertía hacia el filtro de igual modo por todo el perímetro, causaba un curioso efecto visual. Esa especie de playa que se formaba la aprovechaban los pájaros para beber y bañarse. Subían volando por la empinada ladera, poco a poco, grupitos de Picos de Coral, diminutos pajarillos que en aquellos tiempos inundaban los puestos del Rastro y los jaulones de las pajarerías por su bajo precio.

La maniobra que hacían antes de irse a dormir era, cuando menos, curiosa. Según llegaban a la piscina se posaban todos en fila en la arista del borde, echaban unos traguitos de agua, alguno se daba un pequeño chapuzón y continuaban viaje sobrevolando el hotel. Un instante después otro grupo hacía lo mismo con similar recorrido. Y después otro, y otro, hasta que el aumento de la penumbra acababa con el pequeño espectáculo.

A la mañana siguiente continuamos viaje rumbo al Serengeti de mis sueños. Por el camino nos detuvimos junto

a un pequeño lago. Allí, en su orilla, un grupo de cinco Flamencos Comunes o “Greater Flamingos”, mucho más grandes que los enanos o “Lesser Flamingos” que han hecho famosos a los lagos africanos, resaltaban su color rosáceo sobre aquellas aguas azules 2.16. En un remanso, una Cigüeñuela y dos Avocetas, idénticas a las españolas, que se reflejaban en el agua como en un espejo 2.17, buscaban diminutos crustáceos entre las templadas aguas.

En la misma entrada del Serengueti, mientras arreglábamos el papeleo, una familia de Abubillas Africanas me mantuvo muy entretenido. Ambos padres escarbaban con su largo y fino pico entre la tierra suelta. Cuando encontraban una larva o un insecto, volaban con él en el pico hasta su único hijo que estaba muy cerca de mí. Este, agitando las alas de regocijo, tomaba lo que le ofrecían y volvía al reposo en espera de otro bocado de su variado menú.

Mientras disfrutaba de esta escena, un recuerdo imborrable de juventud se me apareció como un fantasma. Era de una foto impresa en una revista de animales de mi infancia, “La Vie des Bêtes”. En ella, de un agujero en un árbol asomaban varias cabezas de abubillas ya crecidas. Uno de sus progenitores, aferrado al rugoso tronco dentro del cual estaba el nido, ofrecía a sus retoños una lagartija recién capturada.

En aquellos años sin televisión ni documentales, conseguir la imagen de un animal salvaje era tan difícil que la única solución que encontró mi padre para calmar mi pasión por los seres vivos consistió en suscribirme a esa revista en francés y a otra en inglés, de nombre “Animals”. Yo, sin comprender sus textos, me conformaba disfrutando con las fotos de su interior.

Ya camino del hotel, comencé a reconocer a viejos amigos de la fauna africana: cebras, ñus, kobos y gacelas que pasaban tranquilamente sin afectarles para nada nuestro paso. Enseguida me hice una idea de la inmensidad de ese parque.

Y además otra cosa me llamó la atención. El Serengueti tiene pocas referencias para orientarse, aparte del sol y la luna. Perderse en él parecía fácil. En cuanto llevábamos una hora de safari era consciente de que si me dejaban a mi suerte, jamás encontraría el camino de regreso al hotel. Pero afortunadamente, Kimai se orientaba de maravilla.

También me llamaron la atención sus formaciones rocosas llamadas “kopjes” o “koppies” —literalmente pequeñas cabezas—diseñados por la naturaleza para que leones, leopardos y guepardos otean desde las alturas a sus posibles presas. Al estar elevados corre por allí arriba aire más fresco, lo que les hace la vida más agradable.

En uno de estos *kopjes*, pero bajito, nos topamos con una familia de cinco guepardos o “cheetahs” —pronúnciese “chitas” —2.18, como prefieran llamarlos. A mí, personalmente, me gusta más denominarlos por el primer nombre. Estaban descansando plácidamente tumbados sobre la lisa roca. Eran, con toda certeza, una madre y sus cuatro cachorros, ya de su mismo tamaño, pero seguro sin suficientes conocimientos de caza como para emanciparse de ella.

Se mostraron impasibles ante nuestra presencia, no haciendo la más mínima intención de huir. Supongo que eran conscientes de que corrían mucho más que un hombre blanco. Les tomamos una buena serie de instantáneas, y eso que en aquellos años se dosificaban los carretes más que la munición en las guerras. No como ahora, que las máquinas digitales te permiten dilapidar en número de fotos, sin por ello hacerlo en dinero.

En aquel viaje mi munición la componían cuarenta carretes de treinta y seis diapositivas, o sea mil cuatrocientas cuarenta fotos, que para una cámara analógica y un solo viaje, ya era suficiente dispendio. Aquel capítulo de gastos representaba bastante dinero y constituía una parte importante del presupuesto del viaje. A veces me ocurrió que me lancé a disparar y tenía mal puesto el diafragma. De vuelta,

en casa, las fotos que me iban a dar fama en la revista “National Geographic” no servían ni para encender la lumbre.

La familia de guepardos, formada por una madre y sus cuatro hijos ya casi autónomos, constituía un éxito que pocas veces sucede porque si los cachorros de los leones y leopardos son sensibles a la predación por sus enemigos naturales, los guepardos son, de entre todos los grandes felinos, los que se llevan la peor parte.

Abandonar por la mañana el hotel era “gloria bendita”, que decía mi abuela. El aire se sentía fresco y agradable. A cada paso encontrábamos grupos de Gallinas de Guinea revolcándose en la arena. Vistas desde lejos, se adivinaban fácilmente por la polvareda que levantaban al arañar el suelo con sus patas, aún más visible por los madrugadores rayos del sol.

La primera mañana nos topamos con una pareja de leones espectaculares por su rebosante salud 2.19 y 2.20, algunas cebras en grupo o en solitario 2.21 y 2.22, y los ñus que suelen ser sus acompañantes habituales 2.23. Y un precioso Topi 2.24, a los que yo llamo con cariño “Kongonis de Pata Negra” sin que eso quiera decir que los vea como para hincarles el diente. También avistamos un rebaño de elefantes recorriendo en fila una hilera de árboles que nos brindaron unas escenas maravillosas 2.25.

Ya a media mañana descubrimos a una leona que, entre unos matorrales a la vera de un arroyo, acababa de matar a una cebra. Nos permitió comprobar, a la vista de su agitada respiración, el esfuerzo que les supone ganarse “el pan de cada día” a estos animales. Estaba tan sepultada con su presa entre la espesura de las ramas, que tuve que conformarme con llevarme su imagen en mi recuerdo: imposible inmortalizarla en una foto.

Varias veces vi unas aves que no conocía de anteriores viajes y sí de mis pajareras. Grupos de inseparables 2.26 y pequeños loritos, verdes como frutos voladores, se levantaban

del suelo donde buscaban pequeñas semillas. Y con su rapidísimo volar, se perdían en un instante en la lejanía. Me sorprendió la velocidad a la que se desplazan estos bandos, alguno de ellos de más de cien aves. Lo malo fue que su pequeño tamaño, unido a mi mal equipo y a su desconfianza, no me permitieron más que una y mala foto para el recuerdo.

Un pájaro, mitad blanco y mitad negro, proliferaba en pequeños grupos familiares. Sin conocerlo en absoluto y solo por el parecido con los de mi tierra, le puse nombre sin mirar el libro.

—Mirad, esos alcaudones se parecen a las urracas españolas—. Y no me equivoqué. Eran “Magpie Shrikes”, Alcaudones Urraca traducido al castellano, que por lo visto son allí muy abundantes. No así en el cercano Mara, donde pocas veces los he visto, y eso que el Serengueti y Masai Mara son como dos hermanos siameses.

Gacelas, Impalas y Elefantes los había por todas partes y en abundancia 2.27, 2.28, 2.29, 2.30, 2.31 y 2.32.

Además de algunos avestruces a lo lejos y buitres por el cielo, nos encontramos paseando plácidamente ante nosotros a un Secretario 2.33, ave a la que nunca me resisto a fotografiar.

Ya casi al final de la mañana nos topamos con dos hienas sobre un *kopje* 2.34. Una estaba casi en la base y la otra, más prudente, vigilaba desde lo alto.

Una cosa me impresionó especialmente en este inmenso parque y no fue su millonario rebaño de ñus, del que solo vimos una parte. Fueron los miles y miles de simpáticos “Thomsonis”, o Gacelas Thomson. Corrían ante nuestro coche constantemente, efectuando giros disuasorios como si trataran de huir de un guepardo. Había miles y miles, parecían una plaga ¡No me extrañó que al Serengueti se le considerase el paraíso de los guepardos!

Me quedé con hambre de más. Juré volver al Serengueti y realizar un viaje solo hasta allí para, en unos diez días, ha-

cerme una idea de su inmensidad y de la importancia de la labor del Dr. Bernhard Grzimek.

No he cumplido ese sueño hasta ahora porque Kenia me ha atrapado entre sus garras como el sol lo ha hecho con la tierra, y esta a su vez con la luna. La variedad y riqueza de su fauna me atraen hacia allí igual que un imán al hierro, impidiéndome volar en otra dirección.

Ya estábamos en el punto de destino más alejado desde nuestra llegada. Comenzamos el retorno por otros caminos.

Nuestra siguiente visita la haríamos a uno de los lugares más importantes que habitaron mis antepasados, quizás un poco remotos, pero antepasados al fin y al cabo: la garganta de Olduvai, la cuna de la humanidad.

Partimos del Serengeti muy de mañana. Además de nuestro equipaje, unas cajas de pícnic preparadas en nuestro hotel nos permitirían ser autónomos hasta la caída de la tarde, en que esperábamos encontrarnos en el archifamoso cráter del Ngorongoro.

Si no te cuentan su historia pasas al lado de la garganta de Olduvai sin mirarla 2.35, pero cuando te la explican la observas con más detenimiento. A principios de los años 60, Louis y Mary Leakey, los padres de Richard Leakey que años más tarde se convirtió en el máximo responsable de la vida salvaje en el Gobierno de Kenia, descubrieron allí los restos de un esqueleto humano o casi humano, según se interprete, de más de un millón y medio de años de antigüedad, que en ese momento comenzó a ser nuestro pariente más lejano.

Allí nos detuvimos para visitar el pequeño museo y tomar conciencia de la importancia antropológica del evento.

Años más tarde ese descubrimiento pasaría a segundo plano cuando el profesor Donald Johanson descubrió un nuevo fósil de homínido en el triángulo de Afar (Etiopía), mientras escuchaba la canción de los Beatles “Lucy in the Sky with Diamonds”. Estos restos tenían tres millones y medio de años —el doble de antigüedad que el de Olduvai— y

al homínido le puso de nombre Lucy, claro. Johanson se hizo famoso publicando “El primer antepasado del hombre”. Muchos años más tarde tuve la suerte de conocerlo y charlar con él, y de que me dedicase ese libro. He de confesar que su lectura me empequeñeció tanto viendo lo poco que somos, que casi me sumió en una depresión.

Continuando el camino llegamos a un valle en el que no había que ser un lince para darse cuenta de que, uno o dos días antes, había caído una tormenta como la de esas gotas frías que tanto nos hacen temblar.

Pero allí, a poca distancia del ecuador, el sol seca la tierra que es un primor. Del paso de la tormenta, no obstante, quedaban aún muchos rastros. En cierto momento, a un lado de la carretera de tierra, una larga charca de agua negra, que más que agua parecía petróleo, ocupaba la rodada del lado izquierdo.

Nos extrañó, ya desde lejos, lo concurrida que estaba aquella infecta poza: mucho ganado vacuno y ovino bebiendo, y un pastor masái “aclarando” la colada de la manta cochambre con la que se cubren y que también utilizan como alfombra para dormir. A lo lejos destacaba entre la variopinta aglomeración una treintena de mujeres ataviadas con sus típicas vestimentas de vivos colores, provistas todas ellas de bidones de plástico semitransparentes de color blanco.

—¿Qué están haciendo? ¿Es acaso una romería como El Rocío? —le pregunté a Kimai. Puesto que estudió con misioneros españoles, di por seguro que estaba al corriente de una de nuestras mayores muestras de fervor.

Su contestación me dejó tan perplejo que, a pesar de los casi veinte años transcurridos, la tengo grabada en mi cerebro.

—Pues sí. De alguna forma sí. A estas pobres mujeres es como si se les hubiera aparecido la Virgen María. Si no hubiera sido por la tormenta tendrían que ir a buscar el agua a la fuente más próxima, que está a más de seis kilómetros del poblado. Gracias a esa lluvia milagrosa se ha formado

esa especie de lago y, si os fijáis, veréis que cada una de ellas, ayudándose de un vaso, está llenando de agua esas garrafas blancas...

Todos vimos que se trasparentaba su contenido, que era negro como el petróleo...

—Ya sé lo que estáis pensando —retomó Kimai su explicación—. ¿Para qué quieren esa agua negra? Aunque os parezca mentira, esa agua dejada reposar un día entero, se vuelve transparente como un cristal y es excelente para beber y cocinar.

Nos quedamos todos como estatuas de sal sin poder hablar. Aquella agua que había arrastrado hasta allí toda la tierra y desechos del campo imaginables y por imaginar; sobre la que además defecaba y orinaba el ganado mientras bebía; en la que los masáis lavaban su ropa y por la que los coches pasaban las ruedas soltando la grasa de sus viejos motores... ¿cómo era posible que la bebieran seres humanos? Así era, y nunca lo olvidaré.

No pude por menos de imaginarme lo que ocurriría si el contenido de aquellas garrafas se vertiera a la red de distribución de una gran ciudad de nuestra civilización occidental. No darían abasto los servicios médicos ni los hospitales. ¡Y me río yo de las modernas y temidas armas de destrucción masiva y de la famosa bomba de neutrones tan de moda por aquellos años! Mirado desde un punto de vista práctico, esa agua tiene una relación destrucción-precio mucho más favorable que ellas, y sin el inconveniente de los efectos secundarios para el medio ambiente.

Dejamos a la derecha un lejano lago tras el que se me fueron los ojos, pues intuí que el lugar era hábitat apropiado para los flamencos y otras aves acuáticas que tanto me gustan.

Comenzamos una subida entre árboles, que culminó en una zona llana. ¡Ya estábamos en el borde del cono volcánico del Ngorongoro!

Invadiéndonos el crepúsculo y ya entre dos luces, circunvalamos la mitad de la cresta circular del cráter. Casi en la oscuridad hicimos nuestra llegada al *lodge* de turno.

—*Jambo, Bwana!*—Solo escuchar el saludo de bienvenida hizo que un escalofrío de satisfacción recorriera toda ni espina dorsal. Mi sueño estaba a punto de cumplirse.

Con las primeras luces del amanecer comencé a atisbar aquella especie de flanera gigante con su boca hacia arriba que es este antiguo volcán. Enseguida comprendí que en él me podrían matar los leones, podría embestirme un rinoceronte o una manada de búfalos, inocularme su veneno una gigantesca Víbora Sopladora, ahogarme en su lago o pasarme mil desgracias más, pero lo que seguro que no me iba a ocurrir era... perderme.

La orografía del lugar es tan impresionante, al tiempo que de tal sencillez, que basta un instante para asimilarlo y poner cada cosa en su sitio, un sitio que nunca olvidarás.

¿Qué tiene de especial este lugar en el que no se pierde la orientación a pesar de ocupar casi cuatrocientos kilómetros cuadrados? El Ngorongoro es único. Una llanura redonda cubierta de prados en la que, como en los nacimientos navideños, todo está ordenado y en su sitio. Tomando nuestro hotel de referencia y mirando hacia el fondo del cráter, divisábamos un lago en su centro, y en la zona opuesta un gran bosque de acacias. A nuestra izquierda veíamos claramente un gran cañaveral de color verde oscuro y otro mucho más pequeño en el lado derecho. Y todo lo descrito anteriormente, distribuido sobre una inmensa pradera. Pocos más accidentes geográficos se podían destacar, y todos ellos de inferior orden de magnitud.

Por esas razones el Ngorongoro es lugar para una vez, como las pirámides de Egipto, la torre Eiffel o las cataratas Victoria. Son emplazamientos impresionantes de tal simplicidad y grandiosidad que se conservan perfectamente en nuestra memoria. Para revivirlos basta con cerrar un mo-

mento los ojos, que es muy barato, y sacar el pasaje para nuestro viaje en otra dirección, a un lugar desconocido. El Ngorongoro lo veremos así de fácilmente cuando queramos.

Tanto desde nuestro *bungalow* como desde el restaurante donde desayunábamos y cenábamos, la vista era impresionante. Mirando con los prismáticos se adivinaba una red de caminos sobre los que se desplazaban lentamente unas nubecillas de polvo que dejaban adivinar los vehículos de los “safaragüis” madrugadores, entre los que no nos encontrábamos.

Aquel primer descenso del famosísimo cráter, como no podía ser de otra forma, nos depararía momentos inolvidables.

La bajada en coche por la empinada pared del volcán tiene una gracia muy especial debido a que la mayor parte de los árboles son acacias “sombriilla”, con su copa plana o ligeramente redondeada, y forman en conjunto un mosaico verde de lo más bonito y original. 2.36.

Nos dirigimos en primer lugar hacia el lago, ya que lo teníamos enfrente. Pero un extraño encuentro consiguió detenernos “en seco” (aquí siempre se frena en seco, salvo en la estación de lluvias, cuando resulta imposible hacerlo). El causante de la parada fue un Serval, especie de felino entre gato, lince, guepardo y leopardo, que cruzó a plena luz del día frente a nosotros a pesar de sus costumbres preferentemente nocturnas. Pero allí en el Ngorongoro ocurren cosas muy raras...

Se trata de un animal de estilizadas patas y piel tachonada de manchas oscuras. De no ser por la falta de sitio para acomodarlos, un macho y una hembra se habrían convertido en mis vecinos, pues por su reducido tamaño encajaban perfectamente en los planes que por aquellos años rondaban por mi cabeza.

Pero la visión del Serval fue fugaz, porque deprisa pero no corriendo, se alejó en busca de sus presas favoritas: ratones.

Acabábamos de perderlo de vista cuando yo, con un espíritu marinero del cual carezco, anuncié.

—¡Avutarda Kori a estribor! ¡Alto que voy a tomarle unas fotos porque está muy cerca! —Kimai detuvo el coche en un instante. Mi objetivo se dirigió hacia la imponente ave, del tamaño de un pavo o mayor que permanecía enhiesta y provocativa a unos quince metros de la cuneta. Comencé a fotografiarla...

—¿Se puede saber qué haces con la cámara apuntando a lo lejos? ¿A qué estás haciendo fotos? ¿Para qué nos haces parar si no vas a fotografiar a la avutarda? —me reprochó Maribel.

—¿A quién se las voy a hacer? ¡A la avutarda que tengo delante!

—¡Pero si la tienes a tu lado! ¡Está a dos metros de la rueda del coche! ¡Si casi la puedes tocar!

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que allí mismo, junto al coche, estaba tumbada y medio escondida entre unas pajas una gran avutarda a la que traíamos totalmente sin cuidado. Pensé que allí tenía el nido y que por eso se estaba tan quieta, pero no pude saberlo con certeza porque la terca ave se negó a levantarse para que yo lo comprobara. 2.37.

La mañana me depararía otros sucesos aún más sorprendentes.

Fuimos hasta el lago, donde unos doscientos Flamencos Enanos diseminados revolvían el agua con sus picos en busca de alimento 2.38. Pero había también otras aves más interesantes, entre las que distinguí dos Alimoche adultos, que son esos buitres sabios que cascan los huevos de avestruz utilizando una piedra sujeta en el pico como herramienta. Estas aves son los únicos buitres migratorios de Europa. Supongo que al tener el vicio de zampar huevos de avestruz, no les queda otro remedio que hacer ese largo viaje para satisfacer su capricho. A pocos metros de ellos, un cuadro sin-

gular: una hiena tumbada en la orilla del agua 2.39. Cerca de ella otros visitantes europeos, un grupo de Patos Cuchara. Para ver alimoches y estos patos no había yo volado nueve mil kilómetros. Menos mal que un rebaño de Ñus 2.40 cercanos a un abrevadero en el que asomaban sus corpachones numerosos hipopótamos 2.41 y en cuyas orillas se veían Ibis Sagrados y otras aves marismeñas, me confirmaron que eran otros los motivos de este viaje.

Vimos varios leones, no sé si también un lejano guepardo y, a veinte kilómetros de distancia, cerca del bosque de acacias, dos gigantescos rinocerontes en lontananza. Pero un poco más adelante nos estaba esperando una tragedia.

De pronto, en aquella llanura inmensa apareció ante nosotros una figura solitaria: un Kongoni, un antílope del grupo de los alcéfalos, todos ellos con cuernos en forma de lira y unos cuartos traseros como caídos hacia atrás. Eso no habría tenido nada de trágico si no fuera porque el solitario animal solo contaba con uno o dos días de vida. Con seguridad, habían devorado a su madre esa noche o la anterior y él seguiría su mismo camino antes del siguiente amanecer.

—¿No se puede hacer nada por él? —preguntamos a Kimai.

—Nada en absoluto. Está prohibido interferir en el ciclo de la vida y de la muerte en todos los parques de Tanzania. Solo se hacen algunas excepciones con animales en peligro de extinción como bebés de rinoceronte, guepardos y poco más. Aquí, si un animal muere en la carretera, solo está permitido moverlo lo justo para dejar el paso libre. Del resto se encargarán leones, hienas y buitres. Es la ley de la vida.

Allí dejamos al pobre ternero de Kongoni, balando a su difunta madre y esperando su trágico destino.

Llegada la hora de comer y con dos terceras partes de la vuelta a la llanura del cráter ya completadas, Kimai detuvo nuestra furgoneta a pocos metros de un cañaveral tan grande que su orilla opuesta se adivinaba más que se veía. Curioso

que desde la cumbre del cráter me había parecido bastante más pequeño... Kimai sacó una caja de cartón para cada uno en la que teníamos el menú del pícnic que nos habían preparado en el hotel. Pollo frito, pan, fruta y un pastelito componían nuestro frugal menú. No me apetecía comer frío y menos aún de mala manera, pero eran las reglas del juego. Sorprendentemente, en este lugar podíamos bajar del vehículo, lo que mejoró mis expectativas. Delante de nosotros se había aposentado bajo un árbol un matrimonio anglosajón rayando en la ancianidad.

—Si queréis podéis bajaros a comer, pero no os lo aconsejo, porque ahí veo volando por encima varios milanos 2.42 y pueden produciros alguna herida.

“¡A mí, al dueño de un zoo, que ha paseado en su puño a dos azores de los más famosos, Brunilda y D’Artagnan! ¡A mí, que estoy harto de manejar sin guantes a buitres, azores, milanos y ratoneros heridos! ¡A mí, esas mierdas de milanos van a osar...!” Mis pensamientos se deshicieron como el hielo bajo la lava de un volcán porque presencié algo increíble: un Milano se lanzó en vuelo picado sobre uno de los confiados anglosajones, y con sus garras le arrebató de las manos el trozo de pollo que intentaba llevarse a la boca y se largó volando con él tan campante.

¿De qué pasta estaban hechos estos milanos? Solo se diferenciaban de los que vienen de África a nuestras latitudes en el color de su pico. En estos africanos era amarillo en vez de negro como en los europeos. Y, por supuesto, en su comportamiento antisocial.

En un alarde de valor y para que vieran con quién se jugaban los cuartos, le puse moral al asunto, agarré mi caja en una mano y la bebida en la otra, eché pie a tierra y me senté sobre una piedra, a pocos metros del coche.

Abrí la caja lentamente, miré en una y otra dirección —no vi peligro en el horizonte—, aferré con fuerza un trozo de pollo, comprobé por segunda vez que no había moros en

la costa, y saqué la carne para llevármela a la boca. No sé en qué ángulo muerto de mi visión estaba escondido aquel maldito milano, pero a mitad de camino entre la caja y mi boca agarró con sus garras el trozo de pollo, y de no ser porque lo tenía bien sujeto y apretado, me habría quedado sin comer.

Orgullosa de mi proeza y demostrado mi valor, consideré más prudente una honrosa retirada hacia el vehículo.

Después del picnic hice algunos experimentos con las sobras, y comprobé que los milanos aquellos eran capaces de cruzar entre el techo levantado y el vehículo si veían la ocasión de robarte la comida.

El bizcocho de postre ya no era de sus preferencias y salí por segunda vez a mi roca, ahora libre de peligros, pero una nueva sorpresa me esperaba en ella. A la vista de las migajas un grupo de Tejedores y otros pájaros se acercó volando y me rodearon para ver qué podían conseguir. Como venían en son de paz, les ofrecí migajas a cambio de hacerles unas fotos de bien cerca. Ellos aceptaron y todos contentos.

Y la moraleja del día era que se puede aprender en personas ajenas a uno mismo. Si se va al Ngorongoro hay que comer en el coche porque el peligro no es solo que te roben el pollo, sino recibir el arañazo de un ave que cruza volando rápido. No resulta una caricia, precisamente, y puede producir una profunda y dolorosa herida.

Con la lección bien aprendida me dediqué a buscar leones en aquella llanura, que son menos peligrosos que los milanos.

En este cráter viven muchos, pero deben de tener un grave problema de consanguinidad. En la actualidad, si sumamos a la altura de esta muralla natural los hoteles, los poblados y las carreteras de servicio, pocos animales pueden entrar y salir de este lugar, con lo que la renovación genética parece algo improbable. El cráter se comporta a efectos zoológicos como una isla, por lo menos esa es la conclusión que yo saqué de aquella visita.

En algún lugar de él vi un monumento en recuerdo de Michael Grzimek cuyo padre descubrió para la humanidad, y más concretamente para Europa, su existencia y su valor zoológico. Aunque a su hijo le costara la vida...

Esa noche le pedimos a Kimai que se sentara a cenar en nuestra compañía. Fue muy agradable poder descubrir de primera mano tantas cosas desconocidas por nosotros hasta ese momento.

A la mañana siguiente partimos hacia nuestro último destino: El Parque Nacional de Tarangire, situado al sur de Arusha.

Al llegar ahí fuimos derechos al hotel, descargamos nuestro equipaje y, tan ávido de ver animales como el primer día, azucé a todo el equipo para ponernos en marcha nada más comer.

Al poco de alejarnos del hotel, Kimai nos señaló un árbol en el que colgaba un resto de Antílope Impala. Rodeamos la zona escudriñando los árboles cercanos y encontramos al que, perfectamente camuflado entre unas ramas, permanecía vigilante para evitar que algún intruso robase su comida 2.43 y 2.44. Era un leopardo joven y tímido que se escondió todo lo que pudo para pasar desapercibido, por lo que las fotos tomadas tienen más valor del que muestran a primera vista.

Al cabo de un rato nos obligó a detenernos otra romería, tan populosa como la del Rocío pero sin trajes de sevillana. Nunca hasta entonces y tampoco después he visto una horda semejante de babuinos. Recorrían el camino sin echarse a un lado para dejarnos paso. El grupo constaba de unos setenta ejemplares de todas las edades, aunque predominaba la juventud, como ocurre en este continente con los humanos. Los escoltaban unos machos viejos con cara de decir: “Como molestéis a la familia os vais a enterar” 2.45 y 2.46.

Los más pequeños viajaban cómodamente instalados a lomos de sus madres, y los de un poco más de edad jugaban

y correteaban protegidos por sus mayores. Probablemente se dirigían, por la hora, al lugar en el que solían dormir.

Los babuinos, en un grupo tan numeroso y a plena luz del día, son casi invulnerables, como le ocurría a Superman. Pero por la noche juegan en desventaja, ya que su vista no es comparable a la de los leopardos y leones. Por eso eligen lugares a los que solo ellos pueden acceder: riscos y cortados verticales, árboles gigantes con ramas finas en la copa, cuevas con cornisas que les brindan seguridad y otros lugares a los que, si no han sufrido un ataque, acuden noche tras noche para allí descansar.

En el parque de Tarangire los que más destacan del reino animal son los elefantes. Al atardecer nos cruzamos con una manada que caminaba diseminada en infinidad de grupitos. Ellos iban en dirección contraria a la nuestra, ocupando una banda de bosque de cerca de dos kilómetros de longitud. Los doscientos o trescientos ejemplares se habían reunido por una razón desconocida para nosotros y parecían ir a un mismo lugar, sin prisas pero con decisión, aprovechando el recorrido para arrancar alguna rama con su trompa y llevársela a la boca.

También avistamos bastantes jirafas 2.47.

Si en Tarangire los reyes de los animales son los numerosos elefantes, sus equivalentes en el reino vegetal son los baobabs 2.48, esos árboles inmensos, que parecen ser “todo tronco” con algunas ramas de adorno. Ahí son abundantísimos.

De los cuatro parques que visitamos me quedo con el de Serengeti, sin lugar a dudas. En segundo lugar y a pesar de su sencillez, me atrae el Ngorongoro. A Tarangire lo sitúo en tercera posición y, para el último lugar dejo al lago Manyara, aunque quizá fue la prisa con que lo visitamos la culpable de esa mala calificación.

Hay otros parques famosos en Tanzania, especialmente Selous y Ruaha. Curiosamente cuando años más tarde intenté viajar a ellos, en 2002 para ser más exacto, un imprevisto

me obligó a suspender el viaje y a quedarme en casa. El culpable fue el nacimiento en el Zoo de un cachorro de Leopardo de las Nieves que requirió de nuestros cuidados intensivos. Como no podía ser menos, bautizamos a nuestro hijo adoptivo como “Selous”.

Comenzamos el regreso a España con una estancia en un lujoso hotel en la ciudad de Arusha, cuyo nombre he olvidado. Mientras el resto del equipo se fue de compras, yo me metí en la cama, puse la televisión —mi favorita para que me asalte el sueño— y me eché una hermosa siesta soñando con animales. Desde allí volamos a Dar es-Salaam y nos plantamos ya amaneciendo en la ciudad de Ámsterdam.

Fue un viaje corto en el que no hicimos grandes recorridos en coche como en la anterior visita a Kenia. Desde Ámsterdam a casa, a celebrar la Navidad.

Cosa rara, unos días más tarde no nos tocó la lotería como teníamos planeado.

CAPÍTULO III CON LOS POZUETA, 1999

En 1999 íbamos a lograr —¡por fin!— cumplir el deseo de viajar con nuestros amigos Pilar Larios y Julio Pozueta. Hacía unos veinte años lo intentamos también, pero a última hora sustituimos Kenia por Sri Lanka, como ya he contado. En 1999 ellos ya tenían a sus tres hijos, Julio, Álvaro y Elena, con edad más que sobrada para acompañar a sus padres en esa aventura que coincidiría con sus Bodas de Plata.

El viaje nos lo organizó Víctor Astray y su socio Jean-Marie Savin, este de nacionalidad francesa, con su empresa “Uthali Tours”, especializada en acompañar a profesionales documentalistas. Nos pusimos en sus manos y todo se desarrolló a nuestra entera satisfacción, aunque este viaje tuvo muy pocas similitudes con el de mi estreno.

De entrada volamos vía París donde, en su aeropuerto Charles De Gaulle, “escaleamos” para volar a Nairobi con Air France. Ya en este último aeropuerto nos recogió un *driver* de nombre desconocido, quien nos llevó a un hotel diferente y con infinito más sabor y tradición que aquel moderno Intercontinental, de seis años atrás.

EL NORFOLK

El Hotel Norfolk, muy bien conservado aunque solo le faltaban cinco añitos para convertirse en centenario, estaba repleto de sabor colonial. Fotografías antiguas salpicadas

aquí y allá ayudaban a conservar aquel aire de autenticidad a este establecimiento cargado de historia.

En su terraza, de nombre “Lord Delamere Terrace”, cenamos a nuestra llegada, amenizados por un “simpático” pianista. A él le pedí, para ambientarnos aún más, la música de la película “Memorias de África”. No solo no la interpretó, sino que se quedó con los diez dólares que discretamente puse en su mano sin siquiera darme las gracias.

El Hotel Norfolk es perfecto. Dispone de un gran jardín y pasear por él antes de desayunar te hace sentir en la Kenia del Imperio Británico. Tiene dos bonitas tiendas, buenas habitaciones, se come bien y es céntrico. Lo tiene todo.

El *driver* que vino a recogernos por la mañana era otro, de la etnia masái y de nombre Milton. “Joder, Milton” fue una de las frases más repetidas durante todo el safari.

SAMBURU

Nos saltamos a la torera Amboseli y después de un gran madrugón nos fuimos derechos hasta Samburu, sin poder obviar el descanso preceptivo del paso del ecuador, con jarrita, caldero, embudo, agua, experimento científico y diploma, todo incluido en los dos dólares.

El hotel elegido, nuevo para nosotros, se llamaba Sarova Shaba, junto a la orilla derecha del río Ewaso Ngiro. Se encuentra en terreno no protegido, pero pegadito al lugar en que casi se unen las tres reservas que forman este conjunto. Dispone de un estrecho jardín entre los *bungalows* y el río, y de una magnífica piscina de formas curvas con un puentecito sobre ella para acceder a una pequeña isla que hace las veces de bar. En la construcción de los *bungalows* predomina la madera, y en su techo el cañizo o algo similar.

Un chalecito precioso junto a la piscina llamó desde el primer momento nuestra atención, y muy especialmente la de Maribel. Era una especie de casita de una planta y dos

cuerpos bien diferenciados, de materiales similares a los del resto de las edificaciones y tenía puesto su nombre frente a la puerta: “Born Free Suite”.

Nada más verlo se nos cayó un poco la baba pensando en descansar en aquel lugar, pero lo dejamos para mejor ocasión.

El nombre de “Born Free Suite” se debe al recuerdo de los Adamson, que vivieron su aventura por estas tierras acompañados de su famosa leona Elsa, la celeberrima protagonista de la película “Nacida libre”.

Ya he anticipado en el comienzo de mi primer safari que la suerte es un factor determinante a la hora de ver ciertos animales...

La primera tarde, en cuanto pusimos las ruedas de nuestro todoterreno en el camino polvoriento de la reserva de Shaba y con intervalos de pocos minutos, nos topamos con un leopardo que descendió de un árbol a la misma orilla del camino al oír nuestro coche y que casi no pudimos ver, con dos leones 3.1 Y 3.2 en viaje de novios, disfrutando a tope de su nueva vida en pareja y con un guepardo paseando solito por pleno campo 3.3.

Los safaris se sucedieron con total normalidad y repetimos y disfrutamos, como era de esperar, con la fauna tan diferente de esta árida zona.

Otro día vimos cruzar el río Ewaso Nguiro a un grupo de elefantes 3.4. Fue un espectáculo inolvidable. La familia la componían varias hembras adultas, algunos adolescentes enredadores y el más chiquitín de la casa, que ya comenzaba a hacer travesuras. A mitad del cauce el pequeñajo vio a una Garceta Blanca que pescaba tranquilamente y decidió que era el momento de demostrar su valor: desplegando sus orejotas y poniendo hacia delante su trompa como si fuera una lanza, arremetió contra la confiada garza 3.5, dándole un buen susto y haciéndola volar, lo que quedó reflejado en una curiosa foto.

Vimos a muchas de esas “cositas” que son los diminutos Antílopes Dik-dik. A cada rato nos los encontrábamos, siempre por parejas, o todo lo más acompañados por un hijo crecido. Resultó emocionante y enternecedor por la mirada que dirigen con sus oscuros y grandes ojos.

Estas minucias de antílope, dicen que es el más pequeño de África, nunca se separan de los matorrales de los que se alimentan y que les sirven de refugio. Debido a su pequeño tamaño tienen cantidad de enemigos: desde águilas y chacales, hasta leopardos y leones. Pero deben de ser muy hábiles y listos porque sobreviven en buen número.

Ese mismo safari me proporcionó una sorpresa muy importante. Fue el descubrimiento del nido —en un gran árbol de un bosque junto al río— de un Águila Marcial, el águila más “bestia” de estas latitudes.

Anoté en mi mente su ubicación exacta, grabé en mi memoria la geografía del entorno con todas sus peculiaridades, y decidí que tantas veces regresara por esta reserva, haría una visita a esta su casa solariega. Seguro que estarían allí porque las águilas son muy fieles a su territorio, en el centro del cual construyen su nido, que utilizan año tras año.

A cada trecho de la reserva de Shaba nos fuimos encontrando con diferentes animales, entre otros los estilizados Gerenuk que, según dicen, pueden vivir sin beber una sola gota de agua 3.6. En esto coinciden con los Órix de cuernos finos, larguísimos y provistos de pequeños abultamientos 3.7, o las Gacelas de Grant en las que, a diferencia de muchos antílopes, ambos sexos poseen cuernos, si bien los de las hembras son sensiblemente más pequeños y débiles 3.8 y 3.9.

En una de nuestras excursiones nos dirigimos hacia el este. Había pocos animales por esa zona y Milton nos comentó que probablemente se debiera a que por allí había un batallón del ejército haciendo maniobras desde unos meses atrás. En vista del panorama no nos detuvimos hasta habernos alejado unos cuantos kilómetros.

Unas horas más tarde llegamos a una roca gigantesca, alrededor de la cual dimos la vuelta para comenzar el regreso hacia el hotel. Entonces descubrimos que aquella inmensa roca tenía habitantes, ya que sobre ella se había instalado para dormir un grupo de babuinos muy numeroso 3.10. El lugar, inaccesible para todos excepto para los babuinos y el escalador César Pérez de Tudela, garantizaba su seguridad durante el sueño.

Tampoco tenía problemas con la inaccesibilidad del lugar una pareja de Águilas de Verreaux, negras con manchas alares blancas, y muy parecidas en tamaño a nuestras Águilas Reales. Allí habían instalado su hogar. Son las únicas que he visto en libertad y me gusta recordarlo, porque me resultó imposible fotografiarlas.

He intentado regresar posteriormente a este lugar pero está tan lejos que siempre por el camino hemos encontrado animales interesantes que nos han retrasado, obligándonos a desistir.

Pero llenamos de imágenes nuestro cerebro con preciosas Jirafas Reticuladas 3. 11, las más bonitas de todas las jirafas por su colorido y la perfección de su dibujo. Esta misma cualidad de poseer un dibujo de artesanía la tienen también las Cebras de Grévy 3.12, a las que yo llamo “mil rayas”. Estas dos especies tan bellas comparten hábitat con el resto de los animales propios de estas áridas soledades.

En el hotel 3.13 también disfrutamos a tope. Su amplísima piscina de agua bien templada, como a mí me gusta, nos sirvió de relajo entre safari y safari. A nuestro regreso al anochecer, la utilizábamos para darnos un buen chapuzón y tomarnos, repantingados en una de sus tumbonas, nuestra dosis de medicinas.

El río frente al hotel 3.14, precioso en su aspereza de zona árida, era el hábitat preferido de una pareja de alcaravanes que correteaban por su orilla esquivando cocodrilos y marabúes.

Solo uno de mis sueños no se cumplió: encontrarme por segunda vez en este parque con un Mosquitero del Paraíso... BLANCO.

EL ARK Y EL LAGO BOGORIA

En primer lugar hicimos la parada de rigor en el Country Club para dejar los equipajes. Por sus jardines nos paseamos, nos hicimos fotos junto a un macizo de flores en plan silvestre que estaba precioso 3.15, comimos en el jardín con unos facoceros paseándose por debajo de las mesas y, más tarde, nos subimos al autobús que nos depositó en el Ark.

Lo previsto era continuar por la mañana hacia el lago Bogoria. Como está en un paraje muy desolado y despoblado, primero instalaríamos nuestra base en el lejano lago Baringo, que disponía en una de sus islas de un campamento de nombre “Island Camp”. Nos advirtieron que estaba “ligeramente” alejado de nuestra ruta ideal, pero que merecía la pena.

En el Ark, una versión moderna del Treetops pero sin historias de visitas reales ni placas conmemorativas, la noche nos iba a mostrar su cara más divertida...

“...memorable el baño de la elefanta ¡lo que ha disfrutado chapoteando y tirándose de espaldas! Menos mal que vino un rebaño de búfalos a beber, con los pequeños jugando unos con otros muy graciosos a la luna llena...”

Todo comenzó, cuando ya oscurecido y tomando una copa medicinal en la terraza, llegó una elefanta muy decidida y se lanzó al agua 3.16. Primero se mojó tímidamente, animándose poco a poco hasta que se tumbó en el río y asomó solo el extremo de su trompa (yo no pensaba que hubiera tanta profundidad). A continuación, ya perdido el miedo al agua fría, comenzó a retozar y a disfrutar como una loca 3.17 y 3.18.

Poco después hizo entrada en escena una amiga suya mucho más prudente 3.19. Lo pensó y repensó, se mojó un

poco la patita y así estuvo, sin decidirse, mientras la otra se daba el gran baño. Una hora pasó la acuática chapoteando y casi el mismo tiempo su compañera timorata esperándola en la orilla. Después se fueron juntas.

En ese tiempo, un búho pequeñajo se dedicó a cazar grandes mariposas nocturnas, mientras que unos murciélagos se encargaban de las más pequeñas, que se acercaban deslumbradas a las potentes luces que iluminan el abrevadero.

Al rato llegaron los búfalos a retozar y perseguirse, lo que nos llevó a pedir un segundo *gin-tonic* para disfrutar del espectáculo. Pero en cuanto bebieron las mamás y los papás búfalos, todos se fueron perdiéndose en la noche, lo que hicimos también nosotros en dirección a nuestros camarotes.

Por la mañana, tras fotografiar el monte Kenia en esa perspectiva 3.20 compitiendo en desventaja con una nube descomunal, me dediqué a fisgonear el entorno desde todos los ángulos que me permitía el edificio. Cerca de una de sus esquinas descubrí a una pareja de Antílopes Jeroglífico lamviendo las sales del suelo 3.21. Más tarde, la hembra 3.22 se acercó sola a beber hasta la orilla de la charca. Pero el cuento se acabó y, muy temprano aún, conseguimos marcharnos hasta el Country Club donde, al ir a por los equipajes, encontré a uno de los abundantísimos Mosquiteros de Ojos Blancos, numerosos pero muy atractivos 3.23.

Desde allí, a las siete y media de la mañana, pusimos rumbo al lago Baringo. ¡Inocentes de nosotros! No sabíamos lo que nos esperaba.

—Parece que sí que está lejos —comentó alguien después de tres horas de coche.

—No está lejos, está muy lejos —recalcó después un segundo.

Una hora más tarde...

—¿Quién fue el que dijo muy lejos? ¡Este lago está en el quinto coño! —aseguró un tercero.

Por último, cuando llegamos a nuestro destino, comprobamos que todavía necesitábamos sumar un punto más a los adverbios.

Desde entonces hemos añadido a nuestro vocabulario ese superlativo tan necesario y del que muchos carecen: “lejos, muy lejos, quinto coño, lago Baringo”. (He intentado explicar, sin éxito, a varios anglosajones la ley de formación de estos superlativos y no entienden cómo pueden derivar unos de otros).

Ya con el lago a la vista, nos acercamos a una zona despejada de árboles.

En la orilla nos esperaba, amarrada en un embarcadero, una barca de motor. Para entonces ya soplabla sobre la rizada superficie del lago un vientecillo sospechoso. Nos subimos todos a la barca y al instante el piloto, un poco nervioso, puso proa hacia una isla que se adivinaba en la lejanía. Cada cien metros que avanzábamos las olas eran un poco más grandes.

A causa de los bandazos que daba el casco de la barcucha contra las olas, comenzó a saltar agua al interior de la chalupa. Mojados hasta los huesos nos vimos obligados primero a disminuir la velocidad, y más tarde a efectuar un desembarco de emergencia, para lo que amuramos en un pequeño islote rocoso 3.24.

Nuestra “playa Omaha”, como en el desembarco de Normandía, estaba situada a sotavento en una isla mínima, rocosa, y con tres Avemartillos y un Varano por únicos habitantes. Mientras esperábamos que amainase el temporal intentamos sentarnos sobre unas piedras llenas de picos puntiagudos, lo que resultó bastante desagradable para algunos, y para otros menos sufridos, directamente imposible.

Apechugamos, a ratos de pie y a ratos sentados, cantando para hacer tiempo: “De piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera...” durante más de una hora. Pero al caer el sol, calmó el viento y nos hicimos al lago nuevamente.

Como se puede comprobar no nos ahogamos y llegamos, mojados pero felices, a nuestro destino. Pero ahí no acabó el sufrimiento.

La isla en la que desembarcamos también era rocosa, tenía unas paredes escarpadas y un sendero con decenas o centenares de escalones —a mí me parecieron muchísimos— que conducían hasta una meseta con ligera pendiente hacia arriba. Allí, a más de medio camino de la subida teníamos nuestra tienda de campaña esperándonos. Confieso que no había acampado desde que era un chaval.

Aunque nos pareció una heroicidad llegar hasta esa isla, había sido visitada por gente famosa e importante, como por ejemplo Richard Leaky, paleontólogo, arqueólogo, ecologista y político. ¡Ahí es *ná!* Durante un safari por estas tierras se desplazó a este perdido lugar para realizar unas excavaciones por encargo de su padre. Lo mío era más simple que buscar fósiles humanos; con observar muchos pájaros me daría por satisfecho.

“... anoche en Baringo, instalados cómodamente después del cansancio del viaje en coche, desde las 7,30 hasta las 4 de la tarde o cosa así y del viaje en la barca, que no nos gustó porque el agua estaba muy barrosa y no nos apetecía nada caernos, filosofamos sobre el atraso y la pobreza de esta tierra que me parece rica, pero ¿por qué no han ido mejorando y avanzando?...dejé de escribir porque un nido de Nectarínido delante de la tienda nos hace mirarlo...”

Además del personal de vigilancia vivían en ese campamento tan cómodo y tan bien atendido una pareja de Pigargos Vocingleros, llamados así por lo aficionados que son a llamar la atención gritando. Su posadero principal era un gran árbol a un centenar de metros de nuestra tienda. Desde ella me acerqué ocultándome todo lo pude hasta su proximidad y les hice, a pesar de mi rudimentaria cámara, unas fotos aceptables 3.25.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, me di un paseo por la isla para ver y escuchar ese canto de

las tórtolas que al amanecer surge de todos los árboles en estas tierras. Un canto gutural, para mí totalmente nuevo, me tuvo intrigado durante un par de horas hasta que descubrí a su tenor: una Tórtola *semitorquata*. Ya la conocía pero hasta ese momento no sabía cómo era su extraño arrullo.

De vuelta a la tienda llegó la camarera con nuestro desayuno, acompañada de multitud de invitados, principalmente Tejedores y Bulbules. Si nos alejábamos un par de metros de la mesa, los Tejedores se lanzaban sobre las pastas, *croissants* y demás acompañantes del café y, los Bulbules se bebían nuestros zumos como si para ellos fuese una droga. Había que ahuyentarlos rápidamente, o no tomabas más que el café 3.26.

A unos cientos de metros de nosotros había otra isla completamente rocosa 3.27, que sin duda era lugar de anidada de rapaces y cormoranes. Pero por mucho que la vigilé no saqué nada en limpio.

Frente a la tienda, una hembra de Nectarínido se afanaba robando a las arañas sus telas, con las que se estaba construyendo un precioso nido.

El campamento tenía, en su zona de servicio, un pequeño comedor, piscina, bar y mesa de *ping-pong*. Allí, por la tarde, jugábamos y tomábamos unas copas.

El lugar tenía la ventaja de estar limpio de leones y otros animales peligrosos, lo que me permitía aprovechar los ratos libres sin la menor preocupación... salvo que hubiera piratas, cosa que desconocía.

Desde aquella base partimos hacia el lago Bogoria. La excursión nos ocupó todo un día, por lo que en previsión llevamos comida para practicar un, por mí odiado, pícnic.

Este lago, a diferencia del de Nakuru que tiene orillas llanas y praderas en su derredor, está encajonado entre colinas boscosas. Solamente por la zona que se accede a él tiene una parte más llana, y allí un arroyo que lo nutre de agua fresca. Ese lugar era muy querencioso para los Flamencos

3.28, porque a estas aves les gusta mucho beber y bañarse en agua dulce.

Si caminamos, enseguida encontramos más adelante los pequeños géiseres 3.29 y 3.30 que lanzan vapor y agua hirviendo de forma intermitente. Es un efecto curioso y, aunque en documentales sobre Yellowstone los he visto gigantes, sentirlos a unos metros produce un cierto desasosiego.

Lo que sí tenía aquel lago eran fogones propios en los que cocimos en una redecilla varios huevos, sin tener para ello ni que encender una cerilla: los manantiales de agua hirviendo de la orilla te lo dan resuelto. Bastaba con sumergir en aquella agua borboteante una redecilla de plástico con los huevos frescos en su interior durante unos minutos, y extraerla con los huevos ya cocidos. También allí se habían cocinado a sí mismos algunos flamencos distraídos ya que, movidos por el agua bullente, se veían blanquísimos huesos de los restos de varios ejemplares que en aquel manantial habían perecido.

Para elegir dónde hacer el pícnic nos adentramos por el sendero de tierra un par de kilómetros, y junto a una cala llena de flamencos comimos el pollo frío, los huevos que cocimos en el géiser, un par de piezas de fruta por persona y un pastelito dulce.

Lo cierto es que el lago me decepcionó por estar situado en un lugar escarpado, sin orillas tendidas. Salvo infinidad de Flamencos 3.31 y 3.32, y una esquelética hembra de Kudú, poco más hubo para ver. Lo que sí recuerdo es un grupo numeroso de Marabús anidando sobre una edificación de algún magnate del gobierno, según nos explicó Milton.

Por nuestra isla del Baringo paseé mucho y vi algún que otro pájaro interesante. Desde ella como base, hicimos una excursión en barca pegaditos a la orilla donde, Garzas, Jacanas, Martines Pescadores y otras aves acuáticas me hicieron pasar un buen rato.

De vez en cuando nos era necesario cambiar de rumbo para no chocarnos con una familia de hipopótamos que aso-

maban del agua sus orejas, ojos y fosas nasales, como si de periscopios se tratara. Mejor dejarlos tranquilos.

Desde allí nos desplazamos de un tirón hasta nuestro siguiente destino, el rancho Longonot, cerca del volcán homónimo y próximo también al lago Naivasa. Un lugar con historia, pues en ese mismo rancho vivió y tuvo una aventura sentimental con su entonces propietaria, el difunto escritor Ernest Hemingway.

El rancho en cuestión era un chalecito estilo “Memorias de África”, íntimo y acogedor donde los haya. Tenía media docena de habitaciones y un salón comedor con libros antiguos de animales y de caza, en el cual tomábamos antes de cenar “nuestra medicina” habitual de por la noche (el Malaron®[®], lo que nos recomendaron en Sanidad Exterior, se tomaba junto con el desayuno).

Comimos en el jardín bajo un árbol, desde donde disfrutamos de la vista de aquella pequeña construcción que, solo con ser contemplada, trasmitía su sabor colonial. Toda la casa tenía alrededor una valla de madera tan rústica, que parecía que la habían construido así para que el edificio no se escapara.

En el Longonot éramos los únicos turistas, con la sola compañía de cuatro o cinco personas para nuestro exclusivo servicio.

Solo dormimos allí una noche, y para después de la cena teníamos preparado un programa especial: un safari nocturno.

No me apetecía en absoluto. De noche no se pueden tomar buenas fotos, ya que lo único que destaca son los ojos brillantes a la luz de los focos, pero me resigné a mi suerte.

Como estaba previsto, tras la cena —hacía frío en el exterior, este lugar está muy elevado— nos enfundamos en ropa de abrigo, subimos al todo terreno que nos tenían preparado y partimos de safari nocturno.

Desde el primer instante advertí que no era al que menos le apetecía aquella excursión, porque los dos acompa-

ñantes nativos intentaron escurrir el bulto. Solo cuando su jefe se puso serio, uno de ellos tomó una manta, un foco y trepó al techo del vehículo... y a mover el faro a izquierda y derecha.

Vimos muchos más ojos que animales, aunque de estos últimos me llamaron la atención las Liebres Canguro, que nunca más he vuelto a ver. Solo distinguíamos sus ojos moviéndose a saltos. Algunos Búhos en los árboles o volando, Jinetas escondiéndose entre los matojos y algún herbívoro que huía despavorido y... a la cama a descansar.

Nada más verlas, unas preciosas alfombras dispuestas junto a las camas entusiasmaron a las féminas. El que hacía las veces de jefe de personal de este curioso rancho nos proporcionó una información muy valiosa: la situación exacta de la fábrica, próxima a Naivasha, que por suerte o por desgracia nos cogía de camino hacia el Mara. Ni que decir tiene que ese era un “paso” más obligado que el del ecuador y con muchos más riesgos.

Durante la hora y media en que, apurando al máximo las posibilidades de transporte en el equipaje, Maribel y Pilar compraron todas las alfombras que calcularon entrarían en nuestras maletas, y una más de propina por si se quedaban cortas, yo me dediqué a mirar el paisaje y los pájaros del vecindario.

Una pareja de Abejarucos de Frente Blanca o Garganta Roja posados sobre un cable del tendido eléctrico, me mantuvieron entretenido un buen rato. El resto lo dediqué a contemplar a través de mis prismáticos una parte del lago, en cuyas aguas poco profundas se divisaban multitud de Flamencos y otras pequeñas aves zancudas. Al fondo, en una gran pradera rodeada de árboles y cuidada como un campo de golf, se movían pastando tranquilamente lo que me parecieron grupos de Cebras, Waterbuks y otros ungulados 3.33.

Todo hay que decirlo: las alfombras resultaron de una calidad extraordinaria y a un precio difícil de rebajar. Hoy es

el día en que, diecisiete años más tarde, continúan al pie de nuestras camas y en buen uso.

MASAI MARA

En Masai Mara también teníamos previsto un campamento “muy exclusivo”, que significa que comes lo que te pongan, que estás casi solo, que tienes que utilizar linterna o candil y que los Damanes de los Árboles o “Tree Hyra” — parecidos a los conejos pero parientes de los elefantes— juegan a perseguirse a media noche por encima de la lona que te protege o usan tu techo de cama elástica y saltan y saltan para no permitirte dormir. Y que el viento sopla toda la noche sin cesar haciendo aletear la lona; y que cuando acabas de cenar y caminas en plena oscuridad rumbo a tu cama con ayuda de una miserable linterna, de repente, se te aparece junto a un árbol, una boca llena de dientes que, cuando crees estar perdido, te lanza un “jambo” tranquilizador.

Porque los guardas nocturnos, negros de piel y vestidos con abrigo oscuro, están apostados para protegerte a la orilla del camino, pero no los detectas hasta que ves el brillo de sus dientes y, al cruzar junto a ellos, escuchas su curioso reclamo: “Jambo! Jambo!”

Cada noche de las tres que dormimos allí se parapetaron bajo un árbol distinto. Sus “Jambos!” en plena oscuridad, nos pillaron siempre por sorpresa, con el consiguiente susto.

Quizá me queje un poco de vicio. Es cierto que no había luz eléctrica; que el viento nocturno nos azotaba; que los Damanes de Árbol saltones y la familia de Babuinos que dormía en las ramas del gigantesco árbol que daba sombra a la tienda, no cesaban en toda la noche de emitir sonidos roncós y guturales. Juré que la siguiente vez me iría a un cómodo hotel, a la mejor habitación, bien rodeado de mis semejantes humanos. Pero aparte de todos esos pequeños inconvenientes, la tienda estaba sobre pilotes 3.34, y era amplia

y comfortable. Nos proporcionaba seguridad y disponía de toda clase de lujos. En una de sus dos secciones encontramos una bañera grande, digna de la *suite* de un hotel de cinco estrellas, lavabo, retrete y lo necesario en materiales de primera calidad. En la otra sección, el salón y el dormitorio. ¡Y todo sobre un suelo de valiosa madera tropical!

Lo mejor era el balcón-terraza, elevado, amplio y con algo de mobiliario. Desde él se dominaba una gran extensión de terreno y unos árboles gigantes, en cuya rama más alta localicé por vez primera a una rapaz que enseguida se convirtió para mí en inconfundible; un Águila Crestada o “Long-crested Eagle” (*Lophaetus occipitalis*). Allí tenía su morada una pareja de estas aves, negras y con un gran penacho de plumas que sobresale sobre su cabeza. No eran muy grandes, pero ese toque de distinción que les proporciona el penacho y su fiera mirada, las convierten en unas de las rapaces más bonitas del África Oriental.

También teníamos otros vecinos que llamaron mi atención. Era un rebaño de vacas 3.35 que por su enanez parecían haberse escapado de un nacimiento. De color blanco con manchas rojizas, sus lomos no nos sobrepasaban la cadera. Llevo buscándolas por Europa, sin encontrar unas iguales, casi treinta años y allí las tienen a docenas. A mis paisanos ganaderos los dejarían con la boca abierta y se pegarían por entrar al Zoo y poder verlas. ¡Fuera leones! Lo que necesitan son vacas enanas.

Cada mañana, a eso de las seis y media, partíamos de safari desde ese campamento. En la primera ocasión, cuando bajábamos a desayunar, descubrí colgados de las ramas de un arbusto del camino a cinco murciélagos que se acababan de acostar, descansando uno junto a otro. No sé qué ocurrió con ese grupo, ni por qué la segunda mañana faltaban dos y la tercera solo quedaba uno. Quizá desaparecieron por nuestra proximidad, o porque siguieron viaje, o porque se los cenó su enemigo el “Bat Hawk” o Azor de los Murciélagos.

Me quedé con la intriga, ya que a estos mamíferos alados no los comprendo como a las aves.

Durante nuestros paseos por el Mara vimos cantidades ingentes de cuadrúpedos como Jirafas Masái 3.36, gigantes y huidizos Antílopes Eland 3.37, leones, hienas, elefantes 3.38, varios leopardos y multitud de buitres que, además de comerse los restos de los ñus ahogados en el río 3.39, limpiaban la inmensa llanura de despojos 3.40 y 3.41.

Por las tardes nos sentábamos a contemplar la naturaleza en la terraza junto al comedor. Desde allí vi unas golondrinas negras cuyos machos tienen un capirote blanco sobre su cabeza 3.42. Si ya estaba anocheciendo, preferíamos hacerlo en el balcón de nuestra tienda 3.43.

Pero en Sekenani hicimos otra cosa diferente: un safari a pie. Es sabido que en las reservas de Kenia está totalmente prohibido bajarse del vehículo, pero a este campamento no le afectaba la prohibición ya que estaba en el borde de la reserva... pero por fuera.

Los “sagaragüis” fuimos acompañados por dos masáis de pura cepa, ambos provistos de lanza, espada al cinto y cachiporra en mano, e incluso... un reloj Seiko en su muñeca. Por lo demás el equipaje era perfecto.

Para que conociésemos sus costumbres, al poco de abandonar el campamento decidieron encender un fuego al más puro estilo tribal 3.44. Tomaron una rama seca, escarbaron un agujero en ella, cogieron otro palo con su punta aguzada, lo introdujeron en el agujero recién realizado, aproximaron algo parecido a hierbas secas y unas boñigas también resacas, y giraron el palo rápidamente. Un minuto después comenzó a salir humo. Entonces soplaron con fuerza para que aquella brasa inicial se avivase y comenzara a arder. En un par de minutos teníamos una buena fogata. Una vez visto que funcionaba el sistema, los dos guerreros, muy orgullosos de su habilidad, vertieron arena encima para sofocar el fuego.

Después nos dedicamos a buscar animales. Enseguida tomé conciencia de que los mismos animales que se mostraban tranquilos si estábamos en la furgoneta, cuando nos veían a pie salían zumbando a doscientos metros de nosotros. Solo un grupo de cebras aguantó el tipo sin salir corriendo, permitiendo que nos acercáramos hasta unos cincuenta metros.

—Mira, Ignacio, hazme una foto con las cebras de fondo.

—Mira, Maribel. Están tan lejos que no se las va a ver, y si se aprecia algo, van a quedar desenfocadas.

—Es lo mismo. Tú, házmela.

Me dispuse a tomar la foto. Encuadré a Maribel un poco descentrada y a las cebras las situé en el lado contrario. En el momento en que iba a pulsar el disparador, uno de los dos guerreros, que no contaría veinte años de edad y sabedor de que nos gustaba que él apareciese en nuestras fotos, dio tres pasos y se plantó junto a ella. Ni corto ni perezoso apoyó una de sus manos en el hombro de Maribel, y semejante sorpresa produjo en ella una gran sonrisa de felicidad y alegría que quedó plasmada con toda su espontaneidad en la foto más expresiva del viaje 3.45.

Durante el recorrido a pie, interrogué a los masáis sobre cómo se defendían de los leones. Más o menos sus explicaciones fueron estas.

—Si el león está lejos, le lanzamos esta cachiporra de palo que vuela girando, choca contra el suelo y va dando saltos, lo que en general los intimida y huyen. —Se tomó un respiro y me mostró la cachiporra para que analizara sus características—. Si eso no da resultado, y el león decide atacarme, cuando corre hacia mí, le tiro un lanzazo desde unos veinte metros y lo atravieso. Problema resuelto.

—¿Y si fallas con la lanza?

—Para eso tengo esta espada. —Cambié de tema, porque estaba viendo que al paso que íbamos nos quedábamos sin masái...

—Me gustaría ver cómo tiráis la lanza.

Dicho y hecho 3.46. El joven guerrero me señaló un matojo a lo lejos, cogió unos metros de carrerilla y... la lanza voló. Con bastante precisión se clavó entre las raíces de la planta. Lo felicité por su puntería.

—¿Con la cachiporra alcanzáis mucha distancia?

El chico tomó impulso, echó su brazo hacia atrás y lanzó el palo hasta una distancia increíble. Pero al caer girando chocó contra un tronco y se rompió por la mitad, lo que dejó al pobre guerrero indefenso y con cara de desolación. Viéndolo así, para consolarlo, saqué diez dólares y se los ofrecí a cambio. Su tristeza se disipó al instante... y yo me hice con una auténtica cachiporra masái, que tras una sencilla reparación, guardo desde entonces como recuerdo.

Les deseé por su bien que no tuvieran que demostrar sus habilidades delante de un león... no fuera a ser que se cargaran al mismísimo felino.

El resto del safari a pie me hizo descartar esta modalidad para el futuro. Es un buen sistema para ver pequeños pájaros, pero los mamíferos, después de padecer durante milenios la persecución humana, lo toleran bastante mal. Eso sí, si lo que quieres es verlos correr, solo hay una forma mejor que consiste, sencillamente, en que el guerrero masái que te acompaña lance sus rituales gritos de guerra. Hasta los elefantes se ponen nerviosos y barritan. ¡Y qué decir de los impalas! Al escucharlo emprenden una veloz carrera dando unos saltos tremendos.

Durante esos días Elena padeció unas fiebres, por suerte sin consecuencias, que despertaron mi mayor temor en esos países: un problema serio de salud. En esta ocasión la visitó un médico local y todo se resolvió, afortunadamente, en un par de días, con lo que Elena pronto volvió a la normalidad.

Pero en Sekenani la noche deparaba sorpresas, además de las que nos daban los vigilantes.

Una mañana los Pozueta *junior* se levantaron quejándose de unos pequeños ruidos que les habían hecho dormir intranquilos. Una inspección ocular demostró que el causante del insomnio fue un elefante que cenó ramas de árboles a diez metros escasos de su tienda.

Estábamos tan sensibilizados con tantos Elefantes, Damanes de los Árboles, Babuinos y vigilantes, que no es de extrañar que cuando a Maribel, al moverse por la terraza en plena oscuridad, se le cayeron las gafas sobre su pie descalzo, se llevase un susto de campeonato. Su subconsciente lo interpretó como un animal desconocido corriendo entre sus pies.

Al despertar de una siesta vi a través de la tela mosquitera que hacía las veces de ventana, un inolvidable, maravilloso y deslumbrante Cuco Esmeralda en plumaje nupcial, como no he visto ni tengo la esperanza de volver a ver otro igual en lo que me reste de vida. Años más tarde me topé con otro a medio emplumar, un ave joven con casi toda su espalda verde esmeralda pero con el pecho aún blanco sucio, debido a la mezcla de plumas de polluelo y de adulto. Guardo su foto pero no me gusta mirarla, porque me asalta el recuerdo de aquella visión en Sekenani Camp, que diecisiete años más tarde aún me persigue. ¡Y eso que no duró más de cinco segundos!

Desde aquel campamento partíamos cada mañana para batir el Masai Mara, como era nuestra obligación. Maribel y los Pozueta a sus leones y leopardos y yo, por mi parte, a mis pájaros.

En un momento de debilidad nos refugiamos en mi añorado hotel Keekorok. Tomamos una “Tusker” y mientras tanto Maribel y Pilar ojearon la tienda de *souvenirs*. No compraron nada, pero lo vieron todo.

Más tarde, mientras buscábamos animales, Maribel repasó en su mente los objetos de aquella tienda, y, después de darle vueltas a la cabeza, llegó a la conclusión de que necesitaba URGENTEMENTE una tela que allí había visto.

El último día, con el tiempo muy ajustado, decidimos hacer en plan comando una visita a la tienda del Keekorok. Íbamos a tiro hecho, no se miraría nada más, solo la tela que forraría con su motivo africano unos almohadones de nuestro salón. La compra no ocupó más de cinco minutos y salimos zumbando hacia nuestro campamento. Teníamos tiempo de sobra pero había que recoger de paso algunas cosas en Sekenani.

Las carreteras africanas son un pozo de sorpresas y dada su estrechez, sus malos conductores y la vejez de sus vehículos, no es raro toparse con percances de muy diversa índole: camiones averiados, atropellos, accidentes, rebaños de ovejas descansando en el asfalto o la temible avería propia, que aquí no se resuelve con una llamada al seguro y la pronta llegada de una grúa.

En un viaje posterior al delta del Okavango, a nuestro todoterreno se le rompió una ballesta en pleno Kalahari. El problema tardó en resolverse más de dos horas... pero esa es otra historia.

Cuando nos despedíamos de aquellas llanuras inmensas llenas de vida, a medio kilómetro del hotel Keekorok vimos a lo lejos un coche detenido junto a unos árboles. El lugar del aparcamiento y la colocación del vehículo, a pesar de la cercanía del hotel, “olía” a leopardo.

Abandonamos nuestro camino e intrigados nos acercamos a ver qué miraban en aquella densa copa. Al principio no vimos nada y en eso, casi por sorpresa, apareció de entre las ramas el leopardo más espléndido que he visto en África. Comenzó por asearse el pelaje y la planta de sus zarpas a base de lengüetazos 3.47, después nos miró y se sentó sobre la rama 3.48, y por último nos miró aún más fijamente a los ojos, si es que eso era posible 3.49.

No estaba a más de ocho metros de mi objetivo, así que, a pesar de ser todavía una cámara analógica, le dediqué más de cuarenta fotos.

A punto de continuar viaje, los anglosajones descubridores del leopardo que permanecían anclados a nuestro lado comentaron algo que no entendimos pero que los excitó mucho.

No tardamos en averiguar cuál era el motivo de su nerviosismo cuando, señalando a lo más alto de la copa, pronunciaron la palabra mágica: *BABY!*

Efectivamente, entre las ramas más altas se removía un cachorrito de no más de dos meses de edad, ¡lo más difícil de ver en un safari!

Si es complicado toparse y descubrir un adulto, se puede uno imaginar lo que supone encontrar a un cachorrete, a los que las madres cuidan y esconden con sumo cuidado. Nuestra alegría subió muchos enteros en un instante.

Al poco, la madre decidió bajarse del árbol y, al tiempo que saltó hacia el suelo apoyando en el tronco tan solo sus patas traseras, le disparé tres veces la cámara. El resultado, una foto preciosa de un leopardo volando hacia el suelo. Sin darse importancia por su exhibición de agilidad, comenzó a alejarse lentamente por aquel cauce seco que había bajo el árbol y que ninguno de los presentes olvidará.

Lo último que vimos desaparecer fue el extremo de su rabo, ondeando cual si fuera un estandarte dedicándonos su adiós final.

REGRESO A NAIROBI

Salimos a toda prisa rumbo a nuestro avión.

Quisiéramos o no, entre la compra, la familia de leopardos, cerrar el equipaje y ponernos en marcha, habíamos perdido lamentablemente las dos horas que necesitábamos para llegar a comer a Nairobi.

Milton se detuvo para repostar combustible. El lugar, lógicamente, era una gasolinera, pero había algo más. Además de tener unos servicios aceptablemente limpios, se extendía junto a ella un solitario parque urbano, bastante cuidado,

con buen arbolado de sombra, bancos y mesas y, en una esquina, una especie de quiosco de venta de comida. Julio no dudó un momento y tocó fajina como en el ejército.

Julio en esto de las comidas es un poco tiquismiquis... siempre y cuando esté en terreno civilizado. Pero si se encuentra en un país exótico, abre un segundo estómago reservado para estas ocasiones y come las cosas más insólitas. Allí mismo se arrancó con unas *samosas*, una especie de empanadillas locales. Los demás simplemente lo siguieron, pero yo, que adoro las empanadillas desde la infancia, me llevé la medalla de oro en esta especialidad. Comimos en el parque sentados a una mesa. Vi varios “Paradise Flycatcher”, y aunque no pude lograr hacerles fotos no me sentí defraudado porque todos eran del plumaje más común, el marrón.

Como llegamos con tiempo a Nairobi y el avión salía de madrugada, se barajaron dos opciones: ir a visitar la casa donde se filmó “Memorias de África” o dormir una magnífica siesta sobre una estupenda cama del Norfolk. Me aseguraron que me contarían la visita a la casa de cabo a rabo, con lo que me dormí con la conciencia tranquila.

Con la seguridad de llegar al aeropuerto con tiempo de sobra, celebramos nuestra última noche en la “Lord Delamere Terrace” del hotel Norfolk, engañando a nuestros estómagos con una frugal cena.

Llegó la hora de partir. Cargamos todo en la furgoneta y el primer *driver*, de nombre Morris, sustituyó a Milton, al que habíamos despedido al llegar a Nairobi con una buena propina, un abrazo y nuestro último “¡Joder, Milton!”, que fue todo lo que conseguimos que aprendiera de castellano. Ya de noche cerrada nos dirigimos hacia al aeropuerto felicitándonos por aquel viaje afortunado y sin incidentes.

En esas estábamos cuando encontramos frente a nosotros un gran camión atravesado haciendo maniobra en mitad de la autovía y, para darle mayor emoción, con todas sus luces apagadas.

Morris dio un frenazo de antología, insuficiente para evitar el topetazo que parecía iba a ser de campeonato. Morris, ante la inevitable colisión, giró bruscamente el volante y nos lanzó cuesta abajo por el terraplén del costado de la autovía, salvando el camión por su izquierda.

En el terraplén había un grupo de tres o cuatro nativos jóvenes charlando animadamente que, cuando nos vieron llegar derechos a por ellos, saltaron a ambos lados como lo haría un conejo atacado por un podenco. ¡Qué brinco! Digno de una olimpiada. Eso les salvó la vida. Interpreté que eran distintos de los que años atrás intentó Karioki atropellar, con idéntico resultado, en la carretera de los italianos. Aunque sí sospeché que compartían con aquellos el mismo preparador físico.

Después, dejamos el susto en Kenia y felizmente nos subimos al avión de regreso a Europa.

Cuando me preguntan por los peligros de viajar al África Negra, siempre digo: lo primero los coches, después... los coches y bastante más lejos los animales salvajes, siempre y cuando no te metas en camisas de once varas y te bajes del seguro refugio, que paradójicamente también representa el mayor peligro, o sea, el coche.

Al llegar a Barajas recogimos nuestro vehículo y, mientras yo conducía, Maribel hizo una llamada al Zoo. Solo ver su cara, me hizo comprender que algo muy grave había ocurrido en nuestra ausencia.

Annie, la pobre Annie, nuestra anciana hembra de orangután, había muerto hacía tres días. Un exceso de azúcar en su sangre le produjo un coma diabético. Lo intentaron, pero no pudieron hacer nada. Murió abrazada a su hija María. Era el cuatro de octubre de 1999.

María, la pobre huérfana que hasta el último momento intentó ayudar a su madre a levantarse, contaba tan solo cuatro años, un mes y cuatro días de edad. A partir de entonces su única compañía sería su anciano padre que, con casi cuarenta primaveras, cuidaría de ella.

CAPÍTULO IV

2002: ¡AL DELTA DEL OKAVANGO!

Mi padre fue cazador y ese instinto o afición, como preferían llamarlo, me lo inculcó a mí desde la infancia. ¿Qué se podía cazar en un territorio lluvioso como Cantabria en el que la caza mayor apenas existía, cuando la escasez de coches imposibilitaba desplazarse a otras regiones más alejadas y de clima diferente? La única respuesta existente es, aves acuáticas.

Desde pequeño, acompañando a mi padre, “zapateé” por todas las aguas someras cercanas a la vivienda familiar, como los aguazales y marismas de Mogro, la de La Rabia en Comillas, la de Requejada, el estuario de Pedreña y, sobre todo, en las marismas que ocupaban lo que hoy es el aeropuerto de Parayas. Allí, domingo tras domingo, me mojé hasta el tuétano cazando aves acuáticas.

Por eso no es de extrañar que desde que leí la existencia de “La madre de todas las marismas” deseara ir a visitar ese lugar. Su nombre, desconocido para muchos: el delta del Okavango, un lugar curioso por su emplazamiento geográfico. El delta del Okavango, en el norte de Botsuana, es un abanico fluvial o cono de deyección que en lugar de desaguar en el mar o en un lago, lo hace en la seca llanura del Kalahari. Algo inusual y espectacular. Aunque está en pleno desierto, durante la estación de las lluvias le llega el agua desde la vecina Angola y lo transforma, año tras año, en un auténtico vergel y un paraíso de aves acuáticas. ¡Mi sueño!

Sin ser un viajero empedernido ya había hecho mis pinitos y perdido el miedo al avión. Dos viajes a Kenia, otro a Tanzania, un recorrido en barco por el Nilo en Egipto, además de otros a California, Florida, Venezuela, Costa Rica y a la preciosa isla de Ceilán —ahora Sri Lanka— me habían preparado de sobra para emprender otra aventura africana.

El mayor problema era encontrar un enlace que me organizase un viaje como el que yo quería, distinto de los que ofrecían las agencias. Enseguida me sonrió la suerte de la mano de Ramón Bustamante, “Mon”, a quien conocía desde niño pues su madre había sido de la pandilla de mi infancia. Me vino como anillo al dedo que hubiera organizado una empresa de safaris que trabajaba en varios países del sur del Sahara... excepto en Kenia.

Mon me ofreció un viaje que me pareció perfecto. Nosotros volábamos por donde eligiéramos y nos reuniríamos con él en el borde mismo del delta, en la ciudad de Maun, en Botsuana.

Me sugirió un itinerario en avión que encontré cómodo, dentro de lo que era de esperar. Saqué los pasajes y, junto a Maribel, el ya consagrado “safaragüi” Francisco Ballester y un catalán llamado Luis Corominas, a quien conocí en mi Zoo y que a su vez aportó a su amiga Pilar, ya éramos cinco. Grupo completo.

Para llegar a Maun hay infinitas posibilidades: desde darse una vuelta por el Polo Sur hasta apuntarse a una regata alrededor del mundo, desembarcar después de cruzar el Cabo de Buena Esperanza y continuar por tierra. Nosotros optamos por la menos compleja, que era tomar un avión de Iberia en Barajas directo a Johannesburgo (Sudáfrica), y desde esa ciudad, otro vuelo a Maun.

El viaje ya organizado tendría una duración de doce días. La partida, el veinticuatro de noviembre de 2002 y el regreso el seis de diciembre de ese mismo año, que coincidió con la catástrofe del “Prestige” en pleno desarrollo.

Ya en Sudáfrica, fuimos conscientes de que eso de la peligrosidad de algunas ciudades no era solo un sambenito que se les colgaba. Según abandonamos el aeropuerto de Johannesburgo descubrimos una ciudad fortificada con cien mil pequeños reinos de taifas. Se mirara hacia donde se mirase —industrias, urbanizaciones o viviendas particulares— se deducía que el negocio más próspero de este país era la fabricación de cercas de seguridad. Cada lugar está protegido por un vallado compuesto de unas barras de acero acabadas en punta, que sostienen unas mallas también de acero, coronadas por hilos electrificados... para evitar tentaciones.

Mon nos recomendó pasar la noche en algún hotel para turistas de los que estaban agrupados en una zona llamada Sandton, para ir al aeropuerto a la mañana siguiente.

El único problema era que el precio de la habitación en los hoteles de esa zona de alta seguridad, aunque lo pareciese, no incluía la propiedad de la habitación. “From lost to the river”... nos fuimos al más lujoso, el Michaelangelo, lo que nos supuso una buena merma económica. Por suerte, en previsión de una desgracia y para no dejar a nuestros animales en la indigencia, había contratado un seguro especial. Todo hay que decirlo, también influyó en la decisión de elegir ese alojamiento, el “subidón” que me produjo soñar con el delta.

Entre la cena fuera del hotel, que resultó lenta y con excesiva sobremesa, y el madrugón para el vuelo a Maun, el precio por hora dormida que calculé me pareció tan exorbitante que tuve que autolavarme el cerebro para no sentirme culpable, pero decidí taxativamente no repetir la experiencia en ese hotel.

A nuestra llegada a Maun, Mon nos estaba esperando. Le acompañaban dos hombres: un inglés nativo de Botsuana, rubio y con coleta cuyo nombre he olvidado, y otro nativo, Sergio, pero nativo de Puente Nansa, Cantabria.

El habitual todoterreno contaba esta vez con un remolque que transportaba una barca con motor fueraborda 4.1.

Hechas las presentaciones de rigor, los ocho embarcamos en el vehículo y partimos en dirección norte, con destino a un lugar llamado Shakawe.

Estábamos en pleno desierto cuando un ruido y un golpeo continuo nos hicieron detenernos. Según vi, una ballesta se había soltado de uno de sus anclajes. Comencé a mentalizarme para dormir una noche tumbado en el fondo del casco de una barca en pleno desierto del Kalahari, donde precisamente no es el agua lo más abundante.

Pero los que están habituados a moverse por África en coche tienen soluciones sorprendentes para problemas aparentemente insolubles. Tras dos horas de reparación ataron la ballesta con un grueso alambre y, a trancas y barrancas, a las diez de la noche y con cuatro horas de retraso, llegamos a nuestro hotel.

Durante el buen rato que duró la reparación yo no perdí el tiempo. Me metí entre unos arbustos espinosos para buscar pájaros y salí de allí lleno de unos arañazos sangrantes que no sabía cómo me los había producido. Me bastó un ligero roce con una extraña planta para tener una de mis manos cubierta de sangre. Decidido a no irme de vacío, me dediqué a buscar insectos, y con el macro adaptado a la cámara me hice con las imágenes de una araña roja 4.2 de buen tamaño y de un insecto, tipo chinche 4.3, bastante bonito.

Ya en el hotel y tras una rápida cena, nos instalamos en un híbrido de *bungalow* y tienda de campaña, cómodo, pero sin pretensiones.

Al amanecer me despertaron mil cantos de aves: los de las Tórtolas de la Mañana o “Morning Doves”, “Tropical Boobos”, “Robin-chats” o Petirrojos, los estruendosos de los Gansos Egipcios y otros muchos sonidos desconocidos para mí.

Cuando me asomé al exterior encontré enfrente un ancho y tranquilo río, con tantos papiros gigantes en sus orillas 4.4, de más de cuatro metros de altura, que no permi-

tían adivinar si eran rocosas o terrosas. En la pequeña playa que dejaban libre divisé a lo lejos una bandada de aves negras descansando plácidamente. Más tarde las identificaría 4.5.

El comedor 4.6, apoyado sobre pilotes y en la misma orilla, estaba todo él rodeado de una barandilla de madera de seguridad, para evitar que alguien con demasiada “medicina” encima se cayera de cabeza al río plagado de cocodrilos. Desde esa especie de balcón se veían, aquí y allá, cabezas de hipopótamos que asomaban a la superficie.

De orilla en orilla sobrevolaban el agua multitud de pájaros con predominio de diversas especies de golondrinas, que se contaban por centenares, lo que daba una idea de la riqueza de insectos de ese hábitat.

Con un buen desayuno en el estómago subimos a otra barca propiedad del hotel, con piloto incluido, y “nos hicimos a la mar”.

La primera sensación al sentir el aire fresco de la mañana sobre el rostro fue indescriptible, pero pronto mi atención derivó hacia las nuevas aves desconocidas.

Descansando sobre un banco de arena en una curva del río, me dejó atónito un grupo numeroso de cigüeñas negras como el carbón cuyo pico no encajaba bien 4.7 y 4.8. Como desconocía la especie a la que pertenecían tiré de libro y, gracias a su aspecto inconfundible, enseguida las identifiqué: “Open-billed Storks” o Cigüeñas de Pico Abierto (*Anastous lamelligerus*). Como su nombre científico da a entender, se alimentan de lamelibranquios, o sea de caracoles acuáticos y otros animalejos ribereños, y por eso su pico, similar a un cascanueces, dispone de un hueco para colocar y partir el caracol de turno.

El bando de dos docenas de Combatientes Europeos (*Philomachus pugnax*) 4.9, llegados hasta aquí desde el ártico para invernar, no me causó la misma sorpresa pero sí igual satisfacción. A pesar de que su plumaje de invierno —el de la foto— es más o menos vulgar, tienen una característica

curiosa, quizás única entre todas las aves. Al llegar la primavera los machos de los Combatientes visten sus pechos y cabezas con trajes diferentes: unos ejemplares a rayas marrones, otros negros, otros blancos... Parece un milagro, pero no se repiten. Por esa curiosa propiedad es una de las aves que más admiro.

Pero si tenía deseos de ver algunos alados, tres en especial destacaban sobre el resto, y a ellos nos dedicamos.

El Okavango es el biotopo ideal para el “Pygmy Goose” o Gansito Pigmeo Africano (*Nettapus auritus*), del que tuve dos machos tiempo atrás, pero me dieron el disgusto de morir en pocos días. Le gustan las aguas calmadas y con muchos nenúfares... y agua y nenúfares tenía ante mí para dar y tomar 4.10.

Disfrutamos de tres horas de paseo por canales esquivando hipopótamos y viendo cocodrilos 4.11. Descubrimos Garcetas, Garcillas Cangrejeras (*Ardeola ralloides*) 4.12, una Cigüeña Algodonosa (*Ciconia episcopus*) 4.13 que llegó volando, una playa ocupada por un bando de Suirirís Cariblanco (*Dendrocygna viduata*) 4.14 y, posado sobre un arbusto, un macho precioso de “African Darter” (*Anhinga rufa*) 4.15.

Por otro arenal huían de nuestra barca andando rápidamente una parejita de Gansos de Gambia (*Plectropterus gambensis*) 4.16. Otra playa más adelante estaba ocupada por un grupo de “Blacksmith Lapwing” o Avefrías Armadas (*Vanellus armatus*) 4.17, a las que cariñosamente rebauticé como “Mr. Smith” y muchas aves más. ¡Y los malditos gansitos enanos de mis deseos sin aparecer por parte alguna! Por fin, de improviso, entre unos nenúfares en flor apareció la pareja más bonita que imaginar pudiera. Mis gritos de emoción debieron de oírse hasta en Angola 4.18. Nos acercamos a ellos todo lo posible hasta que los vi volar ¡Qué maravilla de patos! 4.19.

Continuamos patrullando la zona y encontramos otros pequeños grupos, bastante desconfiados por cierto, lo que

unido a la rudimentaria óptica de que disponía en mi máquina de fotos, no colmaron mis deseos, aunque tengo algunas instantáneas no muy buenas de recuerdo. La óptica sería también fuente de disgustos más adelante... pero esa es otra historia.

El piloto de la barca me dijo que por aquella zona había una familia de Búhos Pescadores o de Pells. Desembarcamos en una isla y allí, en lo alto de un árbol, estaba la extraña rapaz que había sustituido ratones por peces.

No habíamos embarcado aún, cuando un Martín Pescador de tamaño descomunal, cruzó volando ante nosotros. Por su modo de hacerlo se le identificaba con facilidad: su aleteo era idéntico al de sus homónimos europeos. No obstante, la coloración negra y marrón y su gigantesco tamaño diferían completamente de ellos. Tiré de libro por la página de los Martines Pescadores, y allí lo encontré: “Giant Kingfisher” (*Megaceryle maxima*). No necesitaba traducción 4.20.

Estaba la mañana de martines y enseguida me encontré con otros tres diferentes. El primero, un Martín Pescador Pío (*Ceryle rudis*) 4.21, que tiene la costumbre de acechar a los peces quedándose inmóvil en el aire como hacen nuestros cernícalos. Un segundo martín, este de los que pescan desde un posadero, que por su color se le conoce como “Malachite Kingfisher” (*Alcedo cristata*) 4.22. Y por último, otro diferente de la especie “Woodland Kingfisher” (*Halcyon senegalensis*) 4.23, más propio de zonas boscosas, por alimentarse de insectos.

Durante uno de los recorridos desde nuestro dormitorio al edificio central, un pájaro como una serpentina voló ante mí y subió a la copa de un árbol muy cerca del comedor. Allí tenía un nido con dos hijos un Mosquitero del Paraíso (*Terpsiphone viridis*) de la fase marrón —desgraciadamente, no de la escasa fase blanca como yo hubiera deseado— pero, ¡qué se le va a hacer! Monté mi trípode frente a él y, a la vista de la oscuridad que reinaba alrededor del nido, incorporé a la má-

quina el *flash*. ¡Qué ignorancia por mi parte! A la distancia que estaba el nido, la luz del *flash* se diluyó en el espacio de tal manera que resultó inoperante. Pero eso lo descubrí, por desgracia, a mi regreso a España. Disparé la máquina tantas veces como asomaron de debajo del cuerpo del padre, una o las dos cabecitas de sus pollitos. El resultado al revelar el rollo no pudo ser más descorazonador. Una mala foto 4.24 por todo capital, y otras cuarenta tan negras como el carbón. Me consolé con el refrán de que “para muestra, bien vale un botón”.

Esa tarde el barquero nos llevó a ver otro de mis objetivos, más que solicitado, suplicado: una colonia de Abejarucos Carmesí (*Merops nubicoides*) preciosos hasta decir basta. Están diseñados con unas siluetas tan aerodinámicas que su movilidad en el aire es especial y son capaces de ejecutar en sus vuelos giros increíbles cuando persiguen a los insectos de los que se alimentan.

Habían instalado los nidos de su “ciudad” en un talud arenoso. Al llegar allí, hasta al menos aficionados a las aves se le escapó un grito de admiración viendo tanto colorido. ¡Imagínense a mí! 4.25.

Durante más de media hora me extasié en la contemplación de aquellas aves entrando y saliendo de sus nidos excavados en el talud 4.26 y, lo que era para mí otra sorpresa, llevando en sus picos Mariposas Esfinge de gran tamaño 4.27. No supe dónde podían encontrar aquella mina inacabable de rollizas mariposas nocturnas en pleno día.

Nuestro regreso al hotel fue un tanto precipitado. La amenaza de una tormenta hizo que nos recluyéramos en las tiendas. Comenzó a tronar y a llover de inmediato así que, para relajarnos de tanta emoción, nos dormimos profundamente.

Cuando despertamos era de noche cerrada y solo se veía un poco gracias a la luz de situación de la puerta de nuestra tienda. Nos dispusimos a tomar algo de cena y, al salir Maribel...

—¡Ignacio! ¿Qué son estos bichos que vuelan por todas partes?— Según puse los pies en la calle comprendí que la naturaleza nos había preparado una sorpresa extraordinaria. Cientos, miles, millones de termitas adultas se habían activado con el agua arrojada por las nubes de tormenta y habían salido de sus termiteros para emparejarse y formar nuevas colonias... las pocas supervivientes. Porque este maná salido de la tierra activa también a todos los seres vivos que son capaces de alimentarse de ellas.

Ya en el comedor vimos a dos gatos cazando termitas como posesos. Bajo una luz sobre el río, un banco de peces se arremolinaba, lanzándose sobre la infortunada que rozaba el agua atraída por el foco. Los murciélagos casi nos tocaban la cara con sus alas mientras perseguían a sus víctimas.

Cuando nos sentamos a la mesa para cenar, también nosotros sufrimos las consecuencias. Decenas de termitas caían y correteaban por la mesa. Nos pusieron los vasos con tapa y los platos cubiertos con otros encima y del revés.

Entonces pude comprobar lo que ya sabía y que no obstante me maravilló: en cuanto una termita se posa y echa a correr, se le desprenden inmediatamente las alas del cuerpo y nunca más vuelve a volar. Entonces comienza la persecución de los machos a las hembras, hasta que consiguen copular con ellas.

Para mí la mesa se convirtió en un auténtico laboratorio. Incluso vi a una Mantis cazar termitas. Aquello fue una orgía de persecuciones, sexo y muerte que solo duró esa noche.

Por la mañana, los pájaros más madrugadores recogían los últimos restos del maná nocturno. Para el mediodía todo había sido un recuerdo.

Mi tercer objetivo era ver una Garza Pico de Zapato, pero no se cumplió, entre otras razones, porque allí no existía. Y para eso hay que tener mucha suerte... o mejor ir a Uganda.

Tras dos días de estancia en Shakawe regresamos hasta Maun.

—¿Alguien quiere ver el Okavango desde el aire en una avioneta? —Los más osados lo hicieron. Yo fui un cobarde y Maribel me acompañó. ¿Qué necesidad tenía de subirme a la avioneta si había cantidad de pájaros e insectos a nivel del suelo? Eso sí, les pedí que me hicieran una foto de recuerdo 4.28.

Esa noche dormimos en Maun, y en los parterres de flores del jardín me harté de ver aquellas Mariposas Esfinge que tanto les gustaban a los abejarucos.

Por la mañana tuvimos una nueva incorporación a la expedición. Se llamaba Richard y era descendiente de ingleses pero nacido en la que fue la antigua Rodesia, independizada por Ian Smith, de ascendencia escocesa. Algo más tarde, el primer presidente de color, Robert Mugabe, cambió su nombre por el actual de Zimbabue.

A Richard lo había contratado Mon en mi honor, especialmente por sus conocimientos sobre las aves. Richard había sido el ganador en Zimbabue del concurso anual de identificación de aves en el campo. Y efectivamente fue un acierto, pues me ayudó mucho con su saber y sus trucos. Además, era un conductor experto y buen conocedor de estas reservas, lo que demostró ampliamente el resto del viaje.

Desde Maun retornamos al delta. Nuestro destino, la reserva de Moremi y, para ser más exactos, el Okuti Camp. Desde él como base haríamos expediciones, tanto en el coche tierra adentro como en barca por las zonas inundadas.

El campamento era precioso y el lugar idílico. Cantaban las ranas diminutas subidas a los juncos, lo mismo que hacían otras más grandes y de timbre más profundo en la superficie del agua. Unos pequeños Rascones de color negro, pico amarillo y patitas rojas, los “Black Crake” (*Amauornis flavirostris*) 4.29, se acercaban hasta la puerta de la tienda en que descansábamos, sin mostrar el menor temor a que

los apuntase con mi máquina. Al caer la noche, decenas de diminutas luciérnagas voladoras y de destellos intermitentes convertían el lugar en una sala de fiestas... hasta que llegó al jardín un hipopótamo y nos obligó a buscar refugio en el bar. Pero allí, atraídas por las luces, revoloteaban mil mariposas nocturnas. Intenté asimilarlas a otras europeas pero me resultó prácticamente imposible.

Dos días estuvimos viendo animales y en especial cocodrilos, numerosos en todos los lagos que visitamos.

También encontramos algunos leones y muchos impalas.

Cada tarde, a las cinco, parábamos a tomarnos una copa junto a uno de los lagos, que era como una granja de cocodrilos, pues llegamos a contabilizar más de cincuenta. Después regresábamos al campamento. Y ocurrió que en una de esas vueltas “a casa” nos

cruzamos con una hembra de Impala con cara de asustada que emitía extrañas llamadas. Al pasar vislumbré por el rabillo del ojo a una cría escondida entre la vegetación.

—¡Para! Ahí he visto lo que me ha parecido una cría. Retrocedimos hacia atrás unos metros y entonces descubrimos la tragedia. Una Pitón Seba que no superaría los tres metros, estaba enroscada alrededor del cuerpo muerto del hijo del Impala, olisqueando su cabeza para engullirlo. Pero oscurecía por momentos y tuvimos que marcharnos sin comprobar si era capaz de tragárselo o no, aunque yo estaba seguro de que sí.

Años después vi en un documental cómo otra Pitón, de la misma especie pero un poco más grande que esta, se comía un Impala macho adulto con cuernos incluidos, lo que me confirmó que la nuestra se dio la gran cena con aquel desafortunado recental.

Cuando agotados del ajetreo nos arremolinábamos junto a una gran hoguera, era la hora de los comentarios.

—Lo de la Pitón Seba que hemos encontrado comiéndose a un joven Impala junto a su pobre y quejumbrosa madre... ¡ha sido impresionante!

—¿Y el montón de cocodrilos del lago en el que nos tomamos la copa de media tarde? Por lo menos eran cincuenta. ¡Y había cada lagartija! (En esta reserva tenían la buena costumbre de incorporar a nuestro equipaje de las tardes —como había mucha agua y consecuentemente muchos mosquitos— una nevera con abundantes bebidas contra el paludismo y algunas otras cosas para picar).

—¿Os habéis fijado con qué facilidad corren los Lechwes por el agua?

—Cuando hemos encontrado al “machazo” de león tumbado sobre la hierba, yo llevaba bien a la vista mi pierna coloradita del sol. En este jodido coche, que no tiene carrocería, me la estaba viendo el león como vería yo un jamoncito de pollo bien dorado. Sorprendentemente no me ha hecho ni caso. A lo mejor no estaba hambriento, pero yo, no creáis que las tenía todas conmigo.

—Dicen los entendidos que los animales interpretan que formas parte del vehículo, por eso “pasan de ti”. No lo tomes como una ofensa personal, pero si fuera un león no me atraería nada tu pierna chamuscada; preferiría mil veces un culo de cebra. Hemos visto pocas pero, ¿os habéis fijado qué traseros tan gordos tienen todas?

Cada uno destacaba lo que más le había impresionado. A mí, en especial, me llamaban la atención las aves desconocidas, pero también algún mamífero, como el Antílope Lechwes 4.30, un antílope acuático del grupo de los Cobos, parecido a un Impala pero más claro que los Waterbucks que ya había visto en mis otros viajes.

Desconozco la razón, pero las cebras y ñus teóricamente tan abundantes, estaban de vacaciones o se habían marchado a otro lugar. Solo unos pocos se cruzaron en nuestro safari. La fauna africana se mueve hacia donde llueve. Los animales detectan dónde ha caído una tormenta tremenda y saben que a los pocos días crecerán allí ricos herbazales. Quizá fue esa la razón de su escasez. En

cambio encontrábamos Impalas —más austeros y menos caprichosos— a cada paso.

Al amanecer, mientras recogíamos el equipaje, una mujer del servicio nos trajo el desayuno. Llegó cargada con dos bandejas, una de ellas sobre su cabeza, haciendo un alarde de equilibrio, que a Maribel la dejó asombrada. Una hora más tarde continuamos viaje.

Desde el Okuti Camp comenzamos un corto pero complicado viaje, ya que los caminos a recorrer resultaron sencillamente infernales. Muchos eran de arena y el coche se medio atascaba a cada paso; otros pedregosos nos hacían ir dando saltos. Pero al llegar junto al río Khwai —no el de la película, sino otro, con “h” detrás de la “k”— una pareja de preciosos Gansitos Pígmicos que voló desde la misma orilla de la carretera, me hizo olvidar todos los sufrimientos.

Aunque fueron solo unos metros hasta aterrizar en el agua, pude contemplarlos a placer durante unos minutos. Desde entonces no he vuelto a ver otros en libertad.

La llegada al Savuti Camp, el nuevo *lodge* en el interior del Parque Nacional de Chobe, fue un alivio para nuestros machacados cuerpos.

Aparecimos con más sed que los animales de la reserva, por lo que agradecemos el zumito de bienvenida y la toallita caliente. Aquí no se estila el “jambo”. En cambio, por lo visto, lo del zumo y la toalla se lo han ido copiando unos a otros en media África.

Nuestras dos primeras visitas fueron a los lavabos y al bar, donde una cerveza “de refuerzo”, nos hizo sentir en una especie de nirvana.

—¿Habéis visto la foto que tienen ahí? —comentó Maribel—. Se ve a dos leones bebiendo en la piscina. Debieron de tomarla durante la construcción del hotel. —Nadie, en nuestro estado, le prestó la menor atención.

Ya más reposados admiramos el paisaje.

Frente al *lodge* se extendía una especie de hondonada con una construcción en piedra y hormigón en su centro. Debía de contener agua porque a su alrededor se había congregado un grupo de elefantes, ¡pero qué elefantes! Era la primera vez que veía un rebaño compuesto exclusivamente por machos, todos ellos gigantescos. Por su tamaño se adivinaba que formaban parte del club de solteros de Savute.

En este parque tan seco, por lo menos cuando lo visité, solo veíamos machos adultos aquí y allá. ¿Dónde se habían refugiado las hembras con sus cachorros?

En el *lodge* tenían unos todoterrenos que no eran buenos ni muy buenos, sino que había que aplicarles un superlativo cuya etimología ningún inglés comprende: “cojonudos”. Unos vehículos cuidadísimos con asientos escalonados para que los de detrás viesan tan bien como los que iban delante. Llevaban barras de seguridad por si se volcaba y bastantes detalles más, desconocidos aún en Kenia o en Tanzania.

Esa única tarde de estancia en Savute nos deparó dos nuevas sorpresas. La primera fue que durante el safari, muy alejados del *lodge*, descubrimos una charca adonde un grupo de elefantas con sus crías se había acercado a beber 4.31. Pero no eran las únicas con necesidad de agua, porque de pronto aparecieron volando junto a ellas unas cuantas bandadas de Gangas, “Chestnut-bellied Sandgrouse” (*Pterocles exustus*) que habían tomado la misma decisión. ¡Qué espectáculo! Las gangas, en sus constantes evoluciones, oteaban dónde posarse a beber sin correr riesgos —son muy desconfiadas— y cruzaban volando entre las elefantas y nosotros, casi tapándolas con sus cuerpos. Me “jarté” de hacer fotos que, aunque quedaron bonitas, no hacen totalmente honor al espectáculo 4.32 y 4.33.

Admiro terriblemente a estas aves capaces de trasportar agua entre las plumas para sus polluelos, distantes decenas de kilómetros de los abrevaderos. Y las admiro tanto por su belleza como por su capacidad adaptativa.

La segunda sorpresa tuvo lugar por la noche, cuando estábamos a punto de dar por concluida la cena. Un alboroto entre los camareros llamó nuestra atención. Uno de ellos susurró algo al oído del director del *lodge*, quien con la cara muy seria se puso en pie, rogó silencio y, en perfecto inglés —lo supongo, porque no le entendí una palabra— nos largó un discursito.

—Ha dicho que no nos movamos de la silla, que por lo visto un león caprichoso ha entrado en el campamento y viene a beber aquí, a la piscina.

La susodicha piscina estaba a diez metros de la entrada al comedor —sin puertas—, por lo que la visita se nos iba a meter en casa. Como era de esperar y a pesar del consejo, poco a poco todos nos pusimos en pie dispuestos a ser los primeros en divisarlo. Mientras tanto, por todo el recinto se veían luces de linternas que iban zigzagueando de acá para allá.

Al rato, un nuevo emisario trajo nuevas noticias.

—El león ha comprendido que no eran horas de venir a beber y se ha dado la vuelta. De todas formas, todos ustedes conocen las reglas: no salir por la noche de los *bungalows* a no ser que se trate de una extrema urgencia, en cuyo caso es aconsejable que hagan señas con una linterna y esperen unos minutos a la ronda de vigilancia para que los acompañe.

Cuando abandonamos el comedor nos acercamos a la piscina. No había ningún león junto a ella, pero sí un pobre murciélago medio ahogado que no podía remontar el vuelo desde el agua. Lo saqué con la ayuda una red de limpieza y lo puse junto a un árbol para que se recuperase.

Desde Savuti Camp partimos hacia el norte de la reserva de Chobe y nos dirigimos hacia nuestro nuevo destino, un hotel situado junto al río Zambeze cercano a una ciudad de nombre Kasane.

Allí, la reserva de Chobe cambia su nombre por el de reserva de Kasane. Resultó ser un lugar paradisíaco, con un

hotel de tres pisos inusual en los parques. Al detenernos a descansar en esta ciudad con aeropuerto, aproveché para paladear uno de los pocos helados que he podido disfrutar durante mis viajes a estas latitudes, y además cómodamente sentado en una terraza.

Los safaris fueron en su mayoría en barco, ¡y qué barcos! Unas plataformas flotantes con barandillas 4.34, en las que se podía hasta bailar, provistas de bar con tapeo. Desde ellas, sentados en buenas sillas y con absoluta comodidad, veíamos descender a beber ante nosotros a grupos y grupos de elefantes con sus crías. 4.35, 4.36 y 4.37.

Los pobres animales llegaban con tal sed que en cuanto salían del bosque y veían el agua cercana, bajaban a la carrera. Codo con codo se pasaban sus buenos diez minutos no haciendo otra cosa que beber. Era un espectáculo que se repetía con frecuencia. Rara vez coincidían más de dos grupos en la orilla, porque una vez remojadas las crías y algún adulto que las imitaba, volvían, enseñándonos la grupa, por el mismo camino hasta adentrarse en el bosque.

Además de los incontables elefantes había leones en un grupo de número indeterminado 4.38, una hembra de los cuales tenía cachorros recién nacidos. Nos fue imposible verlos porque en el interior de un espeso matorral la madre los tapaba de nuestra vista con su corpachón. Los oíamos gemir, con el mismo gemido lastimero que escuché muchas veces en casa a los siete cachorros que años antes habíamos criado a biberón.

A Maribel se le revolvieron tan profundamente los recuerdos de aquellos chiquitines a los que con tanto cariño cuidó, que de haber podido le habría robado uno a su madre.

Pero aquel grupo de leones tenía que comer y cerca de la orilla dos búfalos viejos pastando tranquilamente los incitaban a la caza. Los leones los miraban desde lejos sin decidirse a tomar ninguna iniciativa. La noche caía rápidamente, y tuvimos que abandonar la espera.

Ese amanecer fue de ensueño. Me despertó un canto cercano como de Ruiseñor, que se imponía por su fuerza y proximidad a los de las Tórtolas, “Tropical Booboo” y otras innumerables aves. Salí al balcón con mi grabadora digital.

Allí escuché y grabé el concierto de la naturaleza más bonito que nadie pueda imaginar. El tenor fue un macho de “Robin-chat” (*Cossypha caffra*), un ave con pechuga anaranjada parecida a la de un petirrojo, pero de aspecto y tamaño similar al de uno de nuestros zorzales. Y con un canto tan potente y melodioso o más que el del mejor tenor de entre todos nuestros ruiseñores.

Cuando después de desayunar nos acercamos al río solo quedaba un búfalo, o mejor dicho, los restos del búfalo. Cerca de él tres leonas descansaban tumbadas junto al agua con unas orondas tripas fruto de la buena caza nocturna, una de ellas aún con el collar puesto para el banquete nocturno. Es muy frecuente en todas las reservas ver a algunos leones con estos collares de control. Mientras tanto, un grupo de Buitres y Marabús limpiaba “la mesa” de los restos de aquel festín 4.39.

Lo que más recuerdo de aquel día fueron las dos horas que pasé tumbado en el suelo con mi mayor teleobjetivo puesto en la máquina. Me serví del goteo de un grifo mal cerrado en el jardín del hotel para hacer fotos a los Nectarínidos, esos pájaros de vivos colores con brillos metálicos. Como no se están quietos un instante, hay que recurrir a artimañas y aprovechar cuando acuden a beber o a bañarse 4.40 y 4.41.

En la cena de esa noche comentamos el eclipse total de sol que a la mañana siguiente se produciría en esta zona del planeta.

Tres de los componentes de la expedición habían alquilado una avioneta para acceder a la zona más oscura del núcleo del eclipse. Yo preferí vivirlo desde tierra y comprobar cómo afectaba ese cambio brusco a los animales. El eclipse

me recordó un libro de Mark Twain que leí en mi infancia: “Un yanqui en la corte del rey Arturo”, en que un eclipse... pero esa es otra historia...

El fenómeno estaba previsto para las ocho de la mañana, momento en el que ya Maribel y yo, acompañados por Richard, estábamos viendo cientos de tórtolas bebiendo en el río.

Para entonces ya calentaba el sol, la arena del suelo estaba templada y el campo “se había hecho vivo”. Richard sacó un papel blanco, lo puso en el capó del coche y colocó los prismáticos sobre el papel, a cierta distancia 4.42.

¡Oh, maravilla! En vez de ser atravesados los prismáticos por un haz de luz redondo, se divisaba una pequeñísima media luna sin luz en uno de sus costados.

—Ya ha comenzado el eclipse.

Poco a poco el haz de luz comenzó a reducirse, el ambiente a enfriarse y las tórtolas a detener su incesante actividad. Probé a tomar una foto y mi máquina, en vez de hacer ese nítido “clic” del disparo, hizo un “cliic”, más largo que de costumbre.

Miré en la pantalla interior con qué tiempo de exposición estaba disparando... ¡medio segundo! Nos estábamos quedando a oscuras, aunque para contrarrestar la falta de luminosidad nuestra pupila se dilataba al mismo tiempo, lo que no nos hacía conscientes de la penumbra en la que nos habíamos sumido.

Pero la naturaleza es sabia y nos envió un emisario para que lo comprendiéramos mejor.

—Mira —dijo Richard, señalándome un ave rapaz que cruzó cerca de nosotros. La víspera, al anochecer, me había enseñado otra igual y entonces le puso nombre: “Bat Hawk” o Azor de los Murciélagos (*Macheiramphus alcinus*), que caza cuando estos mamíferos alados vuelan.

A esta pobre ave le había confundido el eclipse y había “madrugado” más de la cuenta para salir de caza porque creyó que estaba anocheciendo...

Pero el eclipse se esfumó y todos los cantos volvieron a saturar el ambiente. Eso sí, hubo nuevos sonidos.

—A través de este aparato con altavoces voy a emitir el reclamo de un pequeño búho parecido al Mochuelo Europeo. Si, como supongo, hay alguno escondido en uno de esos árboles, vendrá a toda prisa para expulsar al intruso de su territorio. —Richard no había terminado de hablar cuando de su grabadora salieron unos agudos sonidos. Permanecimos expectantes durante un minuto... y oímos la respuesta entre los árboles. Un instante después teníamos a la vista la pequeña rapaz nocturna que no hacía más que gritar y gritar enfadada para ahuyentar al intruso. Al resultar insuficientes sus amenazas, se acercó a tres metros del altavoz y, muy próximo a nosotros, pudimos disfrutar de la contemplación de aquel Mochuelo Perlado (*Glaucidium perlatum*) 4.43. De no ser por los conocimientos de Richard y su cinta de sonidos, no habríamos gozado tampoco del orfeón de Abubillas Verdes, alocadas al escuchar el reclamo en su territorio, que se pusieron a cantar y danzar como locas; ni tampoco de la cercanía de un precioso “Barbet”, que reaccionó de similar manera.

Pero lo del pequeño buhito (*Glaucidium perlatum*) fue muy especial. Incluso pude comprobar de dónde le venía su nombre científico, ya que tan cerca estuvo de mí que pude apreciar las dos manchas brillantes que lucía sobre su nuca, como si llevara allí colgadas dos perlas.

Después de un corto viaje llegamos a nuestro destino: Kazungula, ciudad pequeña pero un tanto especial. Cerquita de ella, en esta zona del río Zambeze 4.44 coinciden la frontera de cuatro países: Botsuana donde nos encontrábamos, Zambia a donde nos dirigíamos, Namibia al este, y al sur, Zimbabue. Si un ave caprichosa se diera un vuelo en redondo de un par de kilómetros, sobrevolaría cuatro espacios aéreos diferentes sin ocasionar ningún conflicto internacional. Las aves son así de generosas con sus vecinas.

En Kazungula, en la frontera entre Botsuana y Zambia, hacía calor. Tuvimos que esperar un buen rato hasta que nos permitieron cruzarla y seguir camino a Livingstone. Allí nos fuimos derechitos a uno de los hoteles más emblemáticos de este continente, The Victoria Falls Hotel, desde el cual se escuchaba el murmullo de las archifamosas cataratas Victoria. En los salones ya se veían árboles de Navidad decorados, lo que nos hizo ser conscientes de lo lejos que estábamos de casa.

El hotel disponía de un espléndido y amplio jardín estilo inglés, sobre el que se extendían las diferentes edificaciones. Entre ellas, un precioso estanque alargado atraía a los pájaros sedientos y a una numerosa tropa de Mangostas 4.45 que, ajenas a tan selecta clientela, jugueteaban, se perseguían o bebían en un chorro de agua, como si estuvieran en su casa... como era en realidad.

Nuestra habitación hacía esquina en uno de los edificios principales 4.46 y estaba decorada con un gusto exquisito, lo que no fue suficiente para retenernos: en cuanto recuperamos fuerzas tomamos un taxi y nos dispusimos a visitar el gran salto de agua.

Si hay un capricho de la naturaleza en este planeta son las cataratas. En las Victoria parecía que a la Tierra la habían abierto en dos partes con un cuchillo gigante. Una grieta colosal cortaba el cauce del río y por ella se precipitaba éste, emitiendo una nube de vapor que se divisaba desde la lejanía 4.47 y 4.48.

No era el momento más impresionante para su contemplación, pues la estación de las lluvias estaba ya muy lejana. Pronto volvería su nuevo periodo de esplendor anual. No obstante, para aquel que mira por primera vez aquel abismo en que cae el agua, constituyen un espectáculo impresionante.

Por mi parte me dediqué a lo mío. Un grupo de Monos Verdes me seguía intentando que les diera algo, y casi pude acariciar a unos Calaos grandísimos, que hasta entonces solo

conocía en la distancia. Aquí, acostumbrados a tanto trajín de turistas, eran muy mansos.

Junto al camino, completó un momento para la historia un grupo de machos en plumaje nupcial de Viuda Dominicana (*Vidua macroura*) 4.49. No sé por qué se llaman así en España, si por parecerse su plumaje al hábito de los dominicos o por importarlas de la República Dominicana, donde en alguna época parece ser que fueron introducidas. Pero lo que no entiendo es cómo ahora las han podido “rebautizar” en el *Handbook* como “Viuda Colicinta” y en internet como “Cantor con Cola Banderín”. Como ejemplo de lo que escribí al principio, valga de muestra este botón.

Cuando volvíamos en taxi desde las cataratas fue impactante ver a una familia de Facoceros —padre, madre y cuatro peques— cruzar entre la gente y el ajetreado tráfico del centro de Livingstone como si tal cosa.

El viaje estaba tocando a su fin. Solo quedaba la parte más pesada y triste: las últimas compras y el regreso.

Por la mañana fuimos al aeropuerto y nos subieron a un reactor rechoncho. Quiero decir que era ancho pero especialmente corto. No tendría más de ochenta plazas.

El despegue fue perfecto y el desayuno parecía que iba a merecer la pena porque... ¡nos habían puesto cuchillos metálicos! ¡A lo mejor nos daban unas chuletillas de cordero! En estos países cuyas costumbres desconoces, todo es posible... hasta quedarte sin desayunar.

En el momento en que nos disponíamos a atacar las viandas, el avión entró por sorpresa en una especie de tobogán aéreo, con lo que todo se movió y comenzaron a caer al pasillo tazas, vasos y otros objetos del desayuno.

Dos segundos más tarde, salieron corriendo de su cabina las azafatas provistas de unas grandes bolsas de plástico y, a toda prisa, barrieron en un pispás cada bandeja con su desayuno correspondiente ayudándose de su antebrazo.

En aquellas bolsas se fueron nuestros cafés, zumos, tostadas, vasos, cubiertos y mi esperanza de un desayuno opíparo. Pero afortunadamente todo quedó en un susto y felizmente aterrizamos en Johannesburgo, donde teníamos que pasar... ¡diez horas!

Fue una suerte que la espera tuviera que ser tan larga porque así pudimos solventar un gran problema. Francisco, habiendo sacado un billete Santander- Madrid -Johannesburgo y vuelta, no había hecho el vuelo de Santander a Madrid. El “intelligentísimo” ordenador de Iberia interpretó que si no había comenzado el viaje, no podía estar en Sudáfrica, y por tanto anuló de forma automática su billete de regreso. Parecía que Francisco iba a quedarse una semana viviendo en ese aeropuerto...

Por una afortunadísima casualidad, el delegado de Iberia en esa ciudad era amigo de amigos y nosotros lo conocíamos. De hecho, la tarde que pasamos aquí camino del Okavango, tomamos una copa con él y con su esposa. Así que aprovechamos la coyuntura y le llamamos pidiendo socorro. Gracias a su intervención Francisco regresó hasta España “cerca” de nosotros.

Todo el tiempo que no se desperdició en ir de mostrador en mostrador pidiendo que a Francisco le diesen un billete de vuelta, lo dedicamos a compras. Para ser más exacto lo dedicaron a compras, pues yo, aprovechando que alguien tenía que custodiar los equipajes, me quedé sentadito junto a las maletas y eché una buena cabezada. En un momento que tuve un cambio de guardia, compré “biltong” para mi amigo Raul Berman, sudafricano y compañero de golf, que tanto me había elogiado el sabor de estas tiras de carne desecadas típicas de su país. Esperaba que cuando le entregase mi presente un ataque de morriña lo convirtiera en un mar de lágrimas. Al final este deseo mío no se cumplió, porque aunque le encantó mi regalo no derramó ni una lagrimita, el tío duro.

Estábamos presentando nuestros billetes al sobrecargo cuando, sorprendentemente...

—¡Señores Pardo de Santayana! Los estaba esperando — dijo y, ni corto ni perezoso, tachó en nuestras tarjetas de embarque el número de asiento y en su lugar escribió en la de Maribel un ocho y en la mía un nueve. Al entrar en la zona *business* y sentarnos en aquellos magníficos butacones reclinables, no podíamos disimular nuestra cara la satisfacción. Apenas quisimos cenar. Cuando nos despertamos estábamos ya cerca de Madrid.

CAPÍTULO V

NOS VAMOS A ZAMBIA, 2003

Después del inolvidable viaje al Okavango, mi relación con Mon Bustamante se estrechó. El habernos salvado de dormir una noche en pleno desierto del Kalahari por la avería de la ballesta, había despertado una confianza ciega en sus recursos para la supervivencia.

Durante ese viaje, me habló de sus proyectos de instalar un “camp” en Zambia. La idea me pareció buena y bonita, tanto que lo comenté en un programa de radio y me comprometí a dejarme acompañar por oyentes aventureros.

La época escogida, buena para mí, no lo era tanto para animar a otros a emprender un viaje. En pleno otoño de España, solo conseguí la compañía de unos amigos que no tenían problemas de niños y colegios. Organizamos un viaje cortito pero prometedor, con la comodidad de estar toda la semana en el mismo *lodge*, evitando así los pesados traslados en coche y los riesgos de accidente que de ellos se derivan.

La reserva elegida, South Luangwa, en la cuenca baja del río homónimo, presumía de ser el lugar de África con mayor cantidad de hipopótamos.

Y una muy buena noticia: ya no tendría que sufrir más las limitaciones de las máquinas de fotos analógicas, tal como ocurrió en el Okavango. Habían aparecido en el mercado las primeras digitales réflex de óptica intercambiable, con lo que me decidí a dar el salto a este nuevo formato. El 23 de abril, previo pago de 2.502,86 euros, me hice con mi

primer cuerpo de cámara de Nikon D100. Como objetivos, utilizaría los míos.

Unos meses más tarde comprendí lo complicado que iba a ser fotografiar un elefante y a continuación un pájaro pequeño con la misma óptica. Teniendo en cuenta lo que sufren estas máquinas con los cambios de objetivo, especialmente en ambientes polvorientos, hice en octubre mi segunda inversión en otro cuerpo idéntico. Curiosamente, a 1.787,98 euros. ¡En tan solo seis meses, su precio había caído 715 euros! Pero así ya no tendría que cambiar de óptica casi a cada foto, y evitaría la suciedad y el deterioro interior consecuencia de esta maniobra. Tampoco tendría que salir de cena en una temporada, porque mi economía con estas compras quedó bastante mermada.

El telescopio que adaptaba a mi máquina de fotos hasta entonces era recto, craso error del que acabé dándome cuenta y puse remedio de la única forma posible: sustituyéndolo por uno acodado. ¿Cuál era la diferencia? Cuando intentaba fotografiar un ave muy arriba no tenía otro remedio que elevar el trípode al máximo y, materialmente, meterme bajo él para enfocar al animal desde esa incómoda posición. Con uno acodado, aunque parecía un extraño aparato y era más difícil apuntar al objeto de mis deseos, bastaba con doblar ligeramente la cintura para ver lo que estaba en un ángulo ascendente de sesenta grados con el ocular.

Si alguien bajito quería mirar por el telescopio recto tenía que bajar el trípode. Si era alto, al contrario. El acodado, en cambio, se regula para uno bajo, y el más alto solo tiene que doblar su cintura e inclinarse ligeramente sobre él. ¡Fácil y sencillo!

El nuevo formato digital que estrenaría en ese viaje tenía innumerables ventajas respecto al anterior analógico, aunque los fotógrafos muy puristas y chinchos no quisieran reconocerlo.

Por una parte, estaba la utilización de las tarjetas de memoria. Aunque de escasa capacidad por aquellos tiempos,

tenían la estupenda característica de poderse reutilizar tantas veces como fuera necesario, sin tener que recurrir a costosos revelados.

Otra ventaja importante era poder descargarlas en un ordenador portátil durante el viaje.

Y otra más: si disminuía la intensidad de la luz, se podía aumentar la sensibilidad con tan solo girar la ruedecita del ISO. Nada de cambiar de película.

Por último, el aumentar la sensibilidad me permitía disparar con mayor velocidad de obturación y menores diafragmas, lo que mejoraba la nitidez y la profundidad. Eso me posibilitaba, en muchos casos, disparar sin trípode, aun utilizando un potente teleobjetivo e incluso mi nuevo telescopio. Ahora bien, siempre quedaba el riesgo de perder alguna foto movida por las vibraciones.

Por todo esto, mi equipaje fotográfico resultaba un despropósito. Los dos cuerpos de máquina eran lo de menos, pero el trípode Manfrotto, imprescindible para hacer fotos con un telescopio adaptado a la máquina, me ocupaba media maleta. La otra media la llenaban el telescopio Swarovsky, el ordenador portátil, dos objetivos intermedios... y una cajita de pastillas Juanola en el único hueco que quedaba disponible. Pero a pesar de todo cargaba con aquel equipo más contento que unas pascuas, porque cada foto que hiciera LA PODRÍA VER SOBRE LA MARCHA. Ya no sufriría la incertidumbre de saber si había logrado mi sueño o, por el contrario había tirado fotos... pero a la basura.

Ahora deseé aún más irme a Zambia, por esa cuestión y por otra más: la combinación de vuelos no nos obligaba a volar hasta Sudáfrica como en la anterior aventura con lo que no sufriríamos el “desplume” que supone uno de sus exclusivos, pero carísimos hoteles.

Este viaje, lo haríamos desde Londres, volando con British Airways, con escala obligada en Lilongüe, la capital de Malawi. De allí, en un avión de corto recorrido hasta Mfuwe,

desde donde completaríamos con un par de coches los cincuenta últimos kilómetros hasta nuestro destino en plena reserva.

El grupo de “safaragüis” era variopinto por su edad y condición. Como sucede en estos casos, fue el fruto de comentar el viaje con conocidos, que se fueron apuntando como si de una merienda campestre se tratara.

El primero en hacerlo fue nuestro viejo amigo Neluco Movellán. Si el avión o los leones no lo impedían, Neluco cumpliría 70 años en las orillas del río Luangwa.

A este fichaje inicial pronto se unieron su hija María y el marido de esta, Alfonso Montojo. Por otra parte, dos íntimos amigos nuestros, Maridje Hammelin —“Mareke” para los amigos— y su marido Carlos Arce también se decidieron a participar en la aventura, ella como “safaragüi” titular y él como “safaragüi” consorte. Por último, completando la lista de pasajeros, mi “hija adoptiva” holandesa Merlijn Breninkmeijer. Era la que más experiencia africana tenía —aparte de Mon, el organizador— ya que había vivido en Tanzania y más concretamente en Arusha, viajando con frecuencia a las reservas de Selous y Ruaha. En un futuro y por culpa de una Pantera de las Nieves, me iba a quedar yo sin ver esas reservas... pero eso es otra historia.

Los Montojo, Alfonso y María, por ser los últimos en incorporarse, tuvieron serias dificultades en encontrar un vuelo hasta Zambia. Al final lo resolvieron volando de Madrid a Johannesburgo, con lo que quedamos en encontrarnos en la reserva.

Los seis viajeros restantes nos dimos cita en el aeropuerto de Londres, adonde llegamos en primer lugar Neluco, Mareke, Carlos, Maribel y yo, más tarde lo hizo Merlijn que volaba desde Barcelona. Y como suele ocurrir en estos casos, la espera entre la llegada y la partida desde el aeropuerto londinense se nos hizo eterna por la impaciencia de vernos en África.

Hubo quien la dedicó a visitar tiendas para adquirir algún recuerdo. Yo me abstuve de compras y me conformé con el recuerdo de una linterna plana de cuero, de la firma Loewe, especial para llevar de viaje y tenerla por la noche a mano en la mesita junto a la cama. Me la había regalado Merlijn por llevarla a este viaje con nosotros. Es una linterna muy especial que todavía conservo y que, a pesar de los años transcurridos, a veces utilizo. ¡Y solo le he sustituido la pila una vez!

Después de una corta escala en Ruanda llegamos a Li-longüe, capital de Malawi, sin ningún contratiempo. Otra espera, esta más corta, y nuevo vuelo en avioneta hasta nuestro destino final, una pista de tierra cercana al río Luangwa en Mfuwe 5.1, 5.2.

Para entonces ya se habían incorporado Mon, que voló vía Lusaka, y los dos nativos locales que harían de guías: Peter Zulu, conocido como el jefe Wombe, un veterano guía con fama de buen pistero, y Quinan, un joven *driver* que estaba aprendiendo el oficio.

Allí, junto a la pista, nos esperaban dos coches para trasladarnos al hotel 5.3. Maribel, Merlijn, Mareke, Carlos y yo, junto con Quinan, el chófer joven, nos instalamos en uno y el resto en el segundo vehículo.

Pronto nos pusimos en marcha y, ¡cómo no!, con todos los pares de ojos pegados al paisaje 5.4.

Al poco rato de rodar por aquella típica pista africana, cruzamos sobre un puente el caudaloso río Luangwa, que en esta época del año no lo era tanto. Allí, en una especie de lago más que en un río, vimos a los primeros hipopótamos 5.5, y a la derecha descubrimos unas preciosas cabañas 5.6 que nos convencieron de que estábamos llegando a nuestro destino. Media hora después estaba ante nosotros el edificio del Mfuwe Lodge 5.7.

—*Jambo!*—No sé si lo pronunciaron, pero por lo menos sonó en mi subconsciente... y los zumos de bienvenida salieron a nuestro encuentro.

Siete noches y siete días en el mismo hotel hacen que tus recuerdos queden grabados a fuego. Especialmente los de algún afortunado episodio que podría habernos costado la vida de haber salido mal.

El hotel estaba situado en la mismísima orilla de ese río. Lo regentaba un italiano de nombre Andrea. Disponía en su parte frontal de una magnífica terraza sobre el río y a su izquierda, en el centro de una pequeña parcela ajardinada quedaba un gigantesco árbol de mangos, rey y señor del jardín, que recibía interesantes y frecuentes visitas. Al lado derecho, unos árboles grandes ocultaban en parte la vista del río que, en este tramo y en aquella época seca, se comportaba como el Guadiana, ya que casi toda el agua circulaba bajo su lecho arenoso. Una pequeña poza era todo el líquido que quedaba a nuestra vista.

La orilla opuesta distaba del hotel sus buenos doscientos metros por lo que, como había en ella bastante ajeteo de aves y mamíferos, instalé en esta terraza mi punto de observación preferido. Con una copa en la mano y un ojo puesto en el ocular de mi telescopio, escudriñé y cotillé la vida de muchos seres vivos. Entre ellos se contaba una familia de elefantes cuya matriarca, con un colmillo curvado hacia abajo y el otro hacia arriba, resultaba inconfundible. También los Antílopes Jeroglíficos, tan escasos en otros lugares, eran en esta orilla abundantes, y de vez en cuando aparecía alguno para echar un trago de agua en aquella poza. Unas bandas de monos y algunas aves acuáticas completaban el elenco artístico de aquel teatro natural, en el que la obra que se representaba era su propia vida.

La recepción del *lodge* y su cercano comedor eran sin duda la parte más bonita. Las recepcionistas tenían el frontal de su mostrador recubierto de paja, muy típico en las construcciones africanas, en este caso como elemento decorativo. ¡Lástima que algunos animales la interpreten desde otro punto de vista!

Algo alejados de la terraza y a ambos lados de esta, pero separados del bloque principal, estaban los *bungalows*, construidos al estilo africano, como cabañas con techo de paja, claro. El nuestro concretamente, tenía una ubicación inmejorable 5.8, 5.9, algo lejos del hotel pero a pocos metros de la orilla. Por precaución estaba construido sobre pilotes y disponía de una amplia terraza dirigida hacia el río, que en aquella parte mantenía una gran balsa de agua, lo que nos permitía contemplar muy de cerca una naturaleza variopinta. Había hipopótamos, que eran nuestros vecinos más próximos, y grupos de elefantes de visita que cruzaban entre la charca y nuestro *bungalow*, y pasaban tan cerca de la terraza que casi podíamos tocar su lomo estirando los brazos.

Una numerosa familia de Monos Verdes 5.10 y otra de Babuinos completaban nuestro vecindario.

El espacio aéreo lo tenían controlado un sinfín de aves, entre las que se contaba un matrimonio de águilas pescadoras que gritaban sin cesar haciendo honor a su nombre de Pigargos Vocingleros. Convivían con muchos pequeños pájaros para los que yo, previsor, llevaba en mi maleta tres kilos de mijo. Así los atraería bien cerca de mi terraza y, con mis nuevas máquinas digitales Nikon, me hartaría de hacerles fotos sin gastar en ellas uno solo de los nuevos y recientemente estrenados euros.

Ya mientras nos instalábamos, me di cuenta de que la fauna del lugar era muy diferente de la que conocía. Por ejemplo, el caso de los Antílopes Jeroglífico. Hasta entonces podía contar con los dedos de la mano los avistados en mis anteriores viajes, y aquí, en el mismísimo hotel, los podías contemplar solo con mirar al río, e incluso tumbados a la sombra del árbol de mangos. Por el campamento te los solías cruzar en sus paseos y parecían, por su comportamiento, casi domésticos 5.11, 5.12, 5.13. Una familia de Facoceros tenía como pasto favorito el césped de la trasera de mi *bungalow*

5.14. Las aves, mansas como en todos los campamentos de las reservas, eran mi delicia.

El primer safari fue el del descubrimiento 5.15, 5.16. Había elefantes por todas partes; salían al camino a nuestro encuentro 5.17, 5.18, y también los teníamos viviendo alrededor del hotel. Ya en las primeras salidas me saturé de tomarles fotos 5.19, 5.20 y 5.21. Una vez nos topamos con una familia que se bañaba en barro en mitad del camino. Les pedimos por favor que nos permitieran pasar y uno de ellos, que no era el más grande, se puso chulo, se encaró con nosotros y levantó su trompa en señal de amenaza 5.22. Otros, en cambio, dormían plácidamente sin preocuparse por nuestra presencia 5.23. Junto a ellos, sus cacas parecían auténticas montañas gigantescas comparadas con un Azulito Bengalí (*Uraeginthus bengalus*) que pululaba por allí 5.24.

En unos pocos kilómetros alrededor del hotel había varios pequeños lagos de unos doscientos metros de largo por algo menos de anchura. En todos, sin excepción, habitaban numerosas familias de hipopótamos 5.25, 5.26, 5.27, 5.28 y 5.29. Aunque entre ellos no hacían otra cosa que discutir y amenazarse con sus terribles colmillos, de nosotros y de los cocodrilos 5.30 no querían saber nada.

Los “hipos” eran especialmente amables con las aves y algunos hacían las veces de islas de descanso o de taxis, según estuviesen quietos o en movimiento. Era frecuente ver el lomo de un hipopótamo desplazándose con un viajero encima, generalmente una Garza Real de color gris. Aunque también en ocasiones aprovechaban este servicio las espectaculares Garcetas Grandes, de color blanco purísimo, pico amarillo y cuello fino y largo. Son las aves más esbeltas que he conocido. 5.31 y 5.32. En una sola ocasión vi un “taxi-hipopótamo” con dos pasajeros: una garza blanca cerca de su cabeza y una gris en su grupa.

Desde la primera tarde elegimos uno de estos lagos como lugar para presenciar el crepúsculo, *gin-tonic* vesperti-

no en mano. Descubrimos en cada ocasión aspectos nuevos que hasta entonces no habíamos apreciado. Unas veces era un grupo de elefantes el que se acercaba. Otras llegaban a dormir sobre sus árboles unas Espátulas o unas Garzas Negras de Pico Abierto 5.33, como las que ya conocía del Okavango. A veces se acercaba algún cocodrilo a nosotros por si encontraba una pierna a su alcance. Al menor remolino del agua nos alejábamos prudentes tierra adentro 5.34.

Tanto éxito tuvo este lugar, que solo en dos ocasiones no acudimos allí para ver anochecer. Lo bautizamos como “El Lago Mágico” y lo utilizábamos frecuentemente como lugar de reunión, ya que a veces nos desplazábamos en dos coches dado lo numeroso del grupo. Allí vimos muchísimas aves como Jabirús 5.35 y 5.36, una Cigüeña de Pico Amarillo o Tántalo 5.37, Jacanas 5.38, 5.39 y Garzas Cabecinegras 5.40. Hasta un Pigargo Vocinglero 5.41, un “Striated Heron” (*Butorides striata*) 5.42 y una pareja de Abejaruco Carmín 5.43 se dejaron caer por allí a hacernos una vista.

Por la noche, para realizar el trayecto *bungalow*-comedor y vuelta, teníamos que tomar bastantes precauciones. Aunque era preceptivo hacer señas con la linterna para que un vigilante nos acompañase, a veces por pura vagancia, por no molestar, o sencillamente por no esperar unos minutos a la ronda de vigilancia, hacíamos este recorrido en solitario.

En un par de ocasiones nuestra sorpresa fue mayúscula cuando nos encontramos a una decena de metros con la imponente mole de un tranquilo hipopótamo pastando en el césped del jardín. Al ser regado a diario y haber una sequía tremenda en el resto de la reserva, constituía para ellos una *delicatessen* difícil de rechazar. Lo único que se podía hacer en estos casos era quedarse quieto, enfocararlo con la linterna —lo que no le molestaba en absoluto— para deslumbrarlo y que no apreciara nuestros movimientos al batirnos en una prudente retirada.

Los hipopótamos con los que nos hemos cruzado de noche, y han sido varios, parecían tranquilos. La noche es su elemento, la oscuridad los protege y no se muestran nerviosos. Otra cosa muy diferente es toparse con uno en campo abierto e interponerse entre él y el río, que es donde se siente seguro. Ahí sí que no se anda con miramientos y puede atacar.

No fuimos los únicos que tuvimos encuentros nocturnos “no deseados”. Otros se toparon con un gran puercoespín junto a la puerta de su habitación, pero yo no tuve esa suerte.

Por entre los *bungalows* también merodeaban otros animales, como la familia de Facoceros compuesta por una madre y sus tres hijos, que aprovechaba durante el día la hierba que los “hipos” no conseguían arrancar con sus bocazas durante la noche.

Los monos, tanto Babuinos como los más pequeños Monos Verdes, tenían en los jardines su campamento. Aquí había comida de sobra y si no se encontraba en los árboles, se robaba en la mesa del aperitivo o en el comedor, que en eso del hurto son especialistas. La sola presencia de seres humanos los protegía de sus enemigos naturales como leones y leopardos. Los monos tienen muchos pelos... pero ninguno de tontos. Lo sé por experiencia.

En esta reserva los antílopes más abundantes, por no decir “los más abundantísimos” eran los llamados Pukus, a los que yo, dada su cantidad, llamaba “Muchus”. Había hermosos machos 5.44 y 5.45, hembras en grupo o en solitario mirándose en el espejo mientras bebían 5.46 y 5.47 y terneros descansando 5.48. Lo dicho, eran “muchus pukus”. Fuera por donde fueras, los veías constantemente. Me parecieron por su estructura física una especie de Cobo. Su color marrón amarillento y su mayor robustez los diferenciaban de los también abundantes Impalas 5.49, pero estos últimos son más esbeltos y de un color tan bonito que, en opinión de Maribel, son los más hermosos de África.

En esa época del año, con el terreno ya seco y el río llevando poco caudal, la avifauna era escasa. Andrea me explicó que con las lluvias el río subía casi hasta la terraza lleno de peces, haciendo que llegaran hasta ese lugar cientos de Pelícanos, Garzas, Espátulas y otras aves pescadoras, lo que me puso los dientes largos de envidia.

La primera noche fue inolvidable. Mientras tomábamos una copa en la terraza, esperando que nos avisasen para la cena, comencé a escuchar una especie de lamentos que provenían, de eso no tuve ninguna duda, de la garganta de un ave desconocida para mí. Ya era de noche y el animal en cuestión seguía con sus quejidos que parecían salir de los densos árboles a la derecha de la terraza. En eso, sin producir ni un susurro, un ave enorme voló frente a mí y se posó en un poste del embarcadero para continuar con sus lamentos. Poco después recibió la visita de uno de sus progenitores que le trajo un pescado en las garras. Con esto, por lo menos durante un buen rato, cesaron sus lamentos. Las aves eran una familia de Búhos de Pell o Búhos Pescadores Africanos. Tenían un solo hijo y fueron mi entretenimiento en la oscuridad mientras estuve allí, pero las noches tenían también otros encantos...

La primera de ellas, cuando ya estaba en la cama dispuesto a apagar la luz, algo se movió sobre mi cabeza en el techo de paja. Al principio pensé en uno de los innumerables Geckos que hay en todos los *bungalows* y que siempre son bienvenidos, ya que se comen los mosquitos y las arañas. Pero no, este no era un Gecko, y tampoco comía arañas. Era una pequeña pero inquietante culebra que, como aquella famosa trapecista Pinito del Oro, realizaba sus ejercicios de equilibrio encima de nuestras cabezas, entrelazándose con la paja para poder desplazarse de un lugar a otro. No me preocupó el animalito, pero sí consiguió desvelarme. Del resto se encargaron los hipopótamos.

Tener de vecinos a estos colosales animales no entraña ningún peligro físico si uno toma precauciones. Otra cosa

es que puedas dormir plácidamente con veinte hipopótamos peleando junto a tu habitación y lanzando esos bramidos “ostentóreos”, que diría el fallecido Jesús Gil. Yo lo hice, pero como las liebres: a salto de mata. A cada rato se decían algo unos a otros, utilizando para ello esos bramidos roncros y guturales imposibles de describir en este libro. Pero como generalmente duermo a saltos y poco, disfruté los ruidos de la charca. Cada vez que los “hipos” tenían una violenta y sonora discusión, se me distendían los músculos de la cara en una gran sonrisa de felicidad.

Una mañana salimos dispuestos a buscar leones, que hasta entonces no habían querido dejarse ver. Íbamos todos en un coche como las anchoas en lata de Santoña. Nuestro guía tenía una ligera idea de una zona en que vivía un grupo numeroso. Otra cosa era que lográsemos encontrarlo. Había que ir lejos, a unos treinta kilómetros, que en esas carreteras de piedra y tierra representa una distancia considerable. Pero hasta allí nos fuimos.

Es más que difícil encontrar leones en una zona con abundante vegetación y además al mediodía, cuando están más perezosos. Si los leones no ponen algo de su parte o han cazado recientemente y los buitres te dan una pista de dónde se ha producido la carnicería, te puedes volver de rositas aunque hayas cruzado, sin verlo, a pocos metros de un grupo.

A eso de la una, a punto de rendir nuestra bandera, nos los encontramos. Era un grupo de casi diez, no lo sé con seguridad. Estaban entre matorrales, unos comiendo y otros durmiendo. Disfrutamos mucho con los más jóvenes que enredaban con el cadáver de un joven Puku, mientras mamá hincaba el diente a otra pieza de caza 5.50, 5.51, 5.52. Cuando nos quisimos dar cuenta era tardísimo, con lo que partimos de regreso hacia el comedor. El hambre nos acuciaba más que las ganas de ver actuar a los leones quienes, con sus estómagos llenos, probablemente no se moverían hasta el crepúsculo.

Las carreteras en estos lugares son redondeadas, tienen lo que se llama “bombeo”, para evitar que se encharquen. ¿Recuerdan la canción “La española cuando besa, es que besa de verdad, que a ninguna la interesa, besar por frivolidad”? Pues allí, cerca del ecuador, las cunetas son profundas porque cuando llueve no lo hace por frivolidad, llueve DE VERDAD y con mayúsculas. Ya les contaré...

Volvíamos a toda velocidad dando saltos por los baches en aquel todoterreno sin capota ni techo que tenía los asientos elevados totalmente descubiertos y sin ninguna protección. La verdad que resulta agradable sentir ese aire cálido azotándote el rostro.

¡Por fin llegamos a la entrada de nuestro hotel! Casi nos tiramos en marcha del hambre que arrastrábamos. Subimos los peldaños de la escalera de dos en dos, y... ¡¡¡¡BOOOOOOOOM!!!!!! un cañonazo sonó a nuestras espaldas.

—¿Qué ha sido esa explosión tan tremenda? —dijimos todos al unísono volviéndonos hacia el coche. En él estaba la respuesta, porque la rueda delantera derecha había reventado, tan solo unos segundos después de abandonar nosotros el vehículo.

¿Qué habría ocurrido de explotar unos minutos antes cuando circulábamos a ochenta kilómetros por hora? El vuelco a la cuneta habría sido seguro y el pesado coche habría aplastado a la mayoría del grupo.

Con mi experiencia, cuando me hablan de los peligros de África, ya saben que empiezo por el tráfico.

Tanto confraternizar y arriesgar nuestras vidas juntos, acabó en una extraña y sorprendente petición de matrimonio que me hizo Quinan a mí —acompañado del jefe Wombe y de un guarda con escopeta— 5.53, 5.54. No era para casarse conmigo, por supuesto, sino para que le concediese la mano de mi “hija” Merlijn, y venirse con ella a trabajar en nuestro Zoo. Al principio nos lo tomamos a risa, pero resultó que el bueno de Quinan se había enamorado perdidamente

y hablaba en serio. Fue un tanto violento comunicarle el rechazo, pero no hubo otro remedio que hacerlo. ¡Y eso que la oferta traía incorporadas unas de esas pequeñas vacas africanas que son uno de mis sueños!

Para entonces las tarjetas de memoria de mis queridas y nuevas máquinas digitales estaban llenas a rebosar, por lo que tuve necesidad de descargarlas en el ordenador. No sé si he comentado que era, y sigo siendo, un auténtico analfabeto informático, una especie en peligro de extinción, ya que odio los ordenadores. Pero también me considero una persona con recursos. En esta ocasión, mi “recurso” tenía nombre y treinta años de edad: Merlijn.

—Oye Merlijn, ¿qué te parece si cuando acabemos de comer me acompañas hasta nuestro *bungalow* y me descargas las fotos en el ordenador? Ya sabes que yo le tengo alergia.

—Por supuesto, padre. En cuanto comamos, vamos hasta allí y en un momento las descargo.

—Gracias. Así aprovecho y miro a ver si los pájaros han localizado ya el mijo que he esparcido delante de la cabaña y tengo clientela esperándome para fotografiar.

Media hora más tarde dimos el corto paseo desde el comedor hasta la cabaña, abrí la puerta y dentro encontré que tenía visita. Eran dos “parientes” esperándome, que además se lo estaban pasando bomba a mi costa. Dos machos adultos de Babuino habían abierto la puerta corredera que daba acceso al balcón y habían tomado la habitación por un campo de batalla. Allí, sentados en el suelo, se estaban comiendo parte del mijo que llevé desde España y que habían esparcido por toda la estancia. En cuanto nos vieron aparecer, pusieron pies en polvorosa por donde habían entrado.

Mientras Merlijn se revolcaba de risa —casi se queda sin respiración— me dediqué a evaluar los daños, que no eran pocos. El juego de café no estaba roto, estaba hecho picadillo: las dos tazas, sus correspondientes platos, la cafetera y el

azucarero, todos de una bonita cerámica del país, eran ahora cascotes esparcidos por el suelo.

Lo de menos era tener que recoger el mijo esparcido. Mucho peor fue tener que armarme de papel higiénico y recoger varios excrementos, que me habían dejado como tarjeta de visita.

Todo el mundo aprende en su primer viaje el peligro que representan los monos: hay que cerrar bien la habitación o se te cuelan. ¿Qué hacer? Un director y propietario de zoo, con veintiséis años de experiencia y cuatro viajes a África a las espaldas, no podía ir como un niño llorando a recepción diciendo que los monos le habían roto el juego de café. Así que decidí mentir y autoinculparme de la rotura accidental de la cerámica, pero tenía que eliminar el resto de las pruebas comprometedoras. Opté, a falta de una escoba, por utilizar mi chaqueta de pijama como herramienta barredora de mijo. Me arrodillé en el suelo y, con paciencia recogí absolutamente todos los granos de mijo, que, por si alguien no lo sabe, son diminutos e infinitos como las estrellas. Si duda, puede comprar un kilo en una pajarería y tirarlo por el suelo de su casa.

La tarea me llevó un buen rato, durante el cual Merlijn no dejó de reír ni un instante. A mi regreso a la zona comunal, en la recepción me disculpé acusándome por mi torpeza y di el incidente por olvidado. Con mi “experiencia”, me creyeron a pies juntillas.

Hay momentos emocionantes que sin representar un auténtico peligro le ponen un poco de sal y pimienta a un safari.

Una tarde, tras un sufragio en el que voté en contra, se decidió hacer un safari nocturno 5.55. Por experiencias anteriores sabía que se ven muchos ojos y pocos animales, pero en esta ocasión, para dejarme mal, todos los animales se confabularon contra mí y me ofrecieron algunos momentos inolvidables.

Nos contaron que los Antílopes Impalas son capaces de retrasar algo su parto dependiendo de ciertas cuestiones atmosféricas. Procuran esperar a que una buena tormenta suelte su abundante tromba de agua para garantizar el crecimiento de un pasto fresco, jugoso, tierno y abundante. Con esta excelente alimentación las madres tendrán abundante leche para amamantar a sus hijos.

Unos días antes había descargado una tormenta que, sin ser aparatosa, desencadenó el crecimiento de la hierba y una explosión de partos que afectó a casi todas las hembras de Impala que esperaban ese momento favorable.

La realidad es que nosotros “fareamos” durante tres horas y a cada paso veíamos brillar unos ojos en el matorral. Nos acercábamos hasta él y nos encontrábamos a un pequeño impala “haciéndose el muerto” para pasar desapercibido, pero con sus ojos delatores bien abiertos. Vimos más de veinte recenales preciosos en menos de tres horas.

También una Pitón de Seba de mediano tamaño nos estaba esperando en mitad de un camino. Al sentir las vibraciones del coche a través del terreno huyó asustada. Probablemente ella también asociaba la benefactora lluvia con la ocasión de cenarse un pequeño impala recién nacido. Por lo que presencié en la reserva de Moremi, en el Okavango, son blanditos, fáciles de capturar y garantizan, en el caso de una Pitón de mediano tamaño, varios meses de supervivencia. Así que, por lo que se ve, no pierden la ocasión.

También encontramos con frecuencia Jinetas, Civetas, Mangostas y otros pequeños carnívoros nocturnos. Reconozco que algunos me eran totalmente desconocidos.

Y varias aves de la noche, como Búhos y Chotacabras, se cruzaron volando frente a nosotros a la caza de la multitud de insectos que por allí pululaba.

Un leopardo, animal difícil de ver, apareció a lo lejos. No nos permitió hacerle una buena foto, inconveniente frecuente en los paseos con nocturnidad, pero nos sirvió para

no volvernós a casa sin ver a esa emblemática especie. Dos magníficos machos de león, grandes como ellos solos, no se molestaron ni por el *flash*, ni por el ruido del motor. No conseguimos ponerlos en movimiento ni acercándonos ni dando palmadas. Por lo menos uno de los dos permaneció despierto y con su cabeza levantada 5.56. Quizá su amigo era sordo o se había tomado medio frasco de somníferos, pero no conseguimos que abriera un ojo.

Los Pukus aparecían en grupos en cuanto llegábamos a una pradera despejada. Había tantos ojos brillando que desde lejos daba la sensación de estarte aproximando a un poblado iluminado con velas.

Pero el final de la noche fue lo que tuvo más emoción. No muy lejos de donde vimos los dos leones, y cuando nos aproximábamos a un rebaño de búfalos... una rueda del coche pinchó.

—Todos abajo, todos abajo. No podemos levantar tanto peso con el gato. Todos abajo y no os separéis demasiado del coche, porque cerca de los búfalos estarán las leonas acechando.

Nada más oírse estas últimas palabras, a alguien le entró un ataque de pánico viéndose pasto de un grupo de felinos. Todos echamos pie a tierra y nos situamos alrededor del coche, mientras los expertos procedían a cambiar la rueda. Uno iluminaba la operación, y otros dos focos, dirigidos en direcciones opuestas, nos mantenían alerta por si se acercaba algún peligro. Poco a poco llegaron los que deseaban nuestra sangre con auténtica impaciencia. Por suerte no fueron hambrientos leones ni sanguinarios leopardos, sino que infinidades de mosquitos, mariposas nocturnas y otros insectos voladores, se abatieron sobre nosotros atraídos por los focos logrando que nos sintiéramos verdaderamente incómodos.

Dada mi afición por los insectos, disfruté en cierto modo de aquella explosión de vida. Otros lo pasaron peor.

Costó un rato que la víctima del pánico se repusiese del susto. Solo cuando subimos al coche tras haber cambiado la rueda consiguió despegarse de la carrocería, entrar al vehículo y de nuevo sentirse seguro. El safari nocturno, como era de esperar, terminó felizmente.

Desde la terraza del *lodge* dominábamos una amplia zona de la orilla 5.57. En una ocasión los elefantes residentes, al mando de la hembra con su colmillo derecho torcido hacia el suelo, vadearon la poca agua existente, cruzaron el arenal, treparon por un sendero que probablemente ellos mismos habían excavado, y llegaron frente al árbol de mangos, dedicando un buen rato a comer sus frutos, allí mismo junto a nosotros 5.58, 5.59, 5.60 y 5.61. Todos los expedicionarios lo disfrutamos como niños hasta que se fueron por donde habían venido 5.62.

Andrea nos advirtió que tuviésemos cuidado, ya que ese grupo había adquirido recientemente la costumbre de ir allí cuando maduraban los mangos. Los elefantes, como todos los animales salvajes, son en general pacíficos... hasta que dejan de serlo por alguna razón especial. Puede haber mil causas: el celo de una hembra o un macho adulto, la aproximación excesiva al cachorro que tiene que defender o también, sencillamente, que te interpones entre él y su comida favorita o que has invadido su espacio vital. Ruidos, disparos de *flash*, la proximidad de un grupo rival, olores que nosotros despedimos y de los que no somos conscientes o, en algún caso curioso, una antipatía hacia determinada persona que brota de forma espontánea y sin explicación posible, pueden ser la causa de que el “safaragüi” de turno se lleve un buen susto.

Este tipo de reacciones se da también en aves. Por ejemplo, tenemos el caso de los Cárabos Comunes, rapaces nocturnas europeas. Sus polluelos tienen un curioso comportamiento: bajan del nido antes de saber volar, así que si alguien se aproxima a uno de ellos, los padres se vuelven muy agresivos.

vos, produciendo, incluso, auténticas desgracias. El ejemplo más claro que recuerdo desde mi infancia es lo que le ocurrió al famoso fotógrafo sueco Eric Hosking quien, acechando de noche junto a un nido de estas aves, perdió un ojo a cuenta de un ataque sorpresa. De aquí debe de provenir ese refrán tan popular de “no hay enemigo pequeño”.

Si esto lo puede hacer un ave, mejor no enredar cerca de los elefantes. Pero una cosa es lo que uno quiere y otra muy diferente lo que imponen las circunstancias.

Andrea, al prevenirnos, no contaba con lo que se les podía ocurrir a tan inteligentes como gigantescos animales.

Al siguiente mediodía repitieron la visita pero de forma diferente. En vez de venir desde el río, lo hicieron por el lado contrario, o sea por el acceso principal del hotel, por el mismo lugar donde la víspera explotó la rueda de nuestro coche. Como si de unos clientes más se trataran, por allí entraron hasta la mismísima recepción, lo que obligó a las dos jóvenes que la atendían a refugiarse por la vía de urgencia en la oficina de la trastienda.

Los paquidermos, viendo el terreno despejado, aprovecharon para tomarse una tapita antes de atacar a los mangos (como es sabido, la fruta siempre se toma de postre), así que se dedicaron a arrancar con sus trompas el cañizo decorativo que adornaba el mostrador y allí mismo, en el *hall* del *lodge* de Andrea, se lo comieron 5.63, 5.64, 5.65, 5.66, 5.67.

Continuaron con su visita. El “niño” mayor de la matriarca, la que tenía un colmillo hacia arriba y el otro apuntando hacia el suelo, era un adolescente desgarbado y ya crecido, de unos doce o trece años de edad. Decidió darse un paseo por los corredores del *lodge*, no sin antes abrirse paso derribando una jirafa de madera de tres metros, causándole serios desperfectos. Pero el joven elefante, encantado y disfrutando de su poderío, continuó con su camino por un lugar en el que no tenía suficiente gálibo para pasar su corpachón. Consecuencia: su cabeza se llevó por delante dos lám-

paras de artesanía en barro —como la que se ve en el techo de la foto 5.68— que iluminaban aquel pasillo. Se rompieron y cayeron en parte al suelo, y ya, satisfecho de sus travesuras, salió al jardín a degustar unos mangos.

Mientras tanto su madre, viendo a Maribel y a Neluco tomando un té, decidió que ella no iba a ser menos. Ayudándose de su trompa se sirvió, con sumo cuidado, todos los azucarillos y las rodajas de limón que había en sendos platos.

Maribel y Neluco estaban encantados con los “invitados”. No le ocurría lo mismo a Peter Zulu, el jefe Wombe, quien tomó de la chimenea una tea encendida e intentó, con nulo éxito, que aquella elefanta se fuese al jardín 5.69. Solo cuando acabó con aquellas exquisiteces lo hizo por voluntad propia.

—¡Fíjate con qué cuidado ha cogido todo! ¡No ha tropezado con un solo vaso de los que están en la mesa! —Para Maribel, ese y otros momentos con los mismos elefantes fueron los más memorables del viaje.

“... José Ignacio, con su nuevo telescopio de “brazo quebrado”, está feliz. Mientras yo escribo en la terraza, él haciendo fotos a los monos que hay bastantes. Vino Merlijn corriendo a decirnos, que los elefantes habían entrado en el Lodge... increíble! Ya anoche nos encontramos al salir de la habitación (que por cierto, la nuestra se llama impala) a un hipopótamo bastante cerca”...

Aunque los fotografiamos a placer, fue imposible captar en una sola imagen el espectáculo de varios paquidermos gigantes paseándose a sus anchas por un hotel.

Años más tarde, en una revista del “National Geographic”, encontré un artículo con el nombre de “El Hotel de los Elefantes”. Nos saltó a la vista la primera foto de aquel reportaje: era la de un elefante que se paseaba por el interior de un hotel, el Mfuwe Lodge de Andrea. Con toda seguridad se trataba de los miembros de aquella familia de paquidermos amantes de la hostelería.

Durante nuestra estancia allí conocimos a un joven fotógrafo de animales de nacionalidad británica, que se immortalizó junto a Maribel. Se trataba de Nathan Pilcher, quien estrenó en 2010 —siete años después de nuestra visita— un documental titulado “Elephants in the Room”. Lo protagonizaba esta curiosa familia de elefantes, a cuya matriarca la llama “Wonky Tusk”. Esta hembra inconfundible —un colmillo para abajo y otro para arriba— tuvo un hijo al que pusieron de nombre “Wellington”. Este pequeño sobrevivió al ataque de un cocodrilo que le mordió la trompa. Muerta ya su madre, ha mantenido junto al resto de sus familiares, tías y primos, esa costumbre tan curiosa de pasearse por dentro del hotel, e incluso tumbarse a dormir la siesta en la misma recepción.

Cuando lo vi por televisión y presencié a varios turistas contemplando a los elefantes tras el mostrador, lo primero que me vino a la cabeza fue Andrea y su oposición inicial a las “visitas” de esta familia de paquidermos que, sin quererlo, han puesto a su *lodge* en el mapa del mundo de los safaris. No he vuelto a saber nada de él, pero estoy seguro de que en la época de los mangos maduros tiene una lista de espera más larga que la de las Cuevas de Altamira.

Un atardecer maravilloso nos aconsejaron ir a contemplar el ocaso a un espacioso meandro del Luangwa donde la vista era más amplia. El lugar estaba un poco alejado pero nos aseguraron que iba a merecer la pena porque estaba plagado de hipopótamos, y disponía unas panorámicas maravillosas.

Una hora antes de ponerse el sol, nuestro chófer tomó un camino para mí desconocido y de pronto, al cruzar un bosque, nos vimos en la orilla del río 5.70, 5.71 junto a una larga fila de sillas 5.72, 5.73 perfectamente colocadas, una mesa con mantel, bebidas y una tarta un poco más pequeña que el cráter del Ngorongoro (quizá exagero un poco). Todo ese despliegue constituía un excelente ofrecimiento para rela-

jarse después del continuo traqueteo de un día completo de safari. Mientras esperábamos la llegada del resto del equipo, Merlijn me enseñó una foto con una colección de niños en un poblado que habían visitado la víspera. 5.74

Al poco rato, en el otro coche llegó Neluco Movellán con el resto del equipo. A Neluco esta improvisada fiesta de cumpleaños lo cogió totalmente por sorpresa. Encontrarse aquel montaje en honor de su setenta cumpleaños, en un escenario tan maravilloso, lo emocionó profundamente.

—Ha sido el mejor cumpleaños e mi vida.

Brindamos, cantamos el consabido “Happy birthday to you”, comimos un poco de tarta y, cuando el sol se ponía, apareció una nube por el horizonte que, en tan solo cinco minutos, estaba sobre nosotros soltando agua en una cantidad inimaginable. Pero “todo estaba previsto” y, como los coches no tenían techo en absoluto, nos proveyeron a cada uno de un magnífico impermeable de color verde botella con capucha y un hueco por el que sacar la cabeza. Eran muy amplios y parecían auténticas tiendas de campaña, metidos en las cuales nos encontraríamos a salvo de la lluvia.

Los que pensaron eso se equivocaron por completo, porque no se imaginaban cómo son los chaparrones por estos lares. No se parecen en nada a los chirimiris de mi tierra. ¿Recuerdan que dije que cuando allí llueve lo hace de verdad?

De vuelta al hotel era tal la fuerza del chaparrón y el tamaño de los gotones de agua que, sumado a la velocidad del coche y a pesar de ir todos en posición fetal, las gotas que nos golpeaban en la cara nos producían auténtico dolor. Se podían haber ahorrado los impermeables porque si nos hubiéramos bañado vestidos, nuestra ropa —incluida la interior— no se habría empapado más. Resumiendo: una mojadura de antología... eso sí, inolvidable como el resto del viaje.

Pero a veces surgen sorpresas que compensan ampliamente los malos ratos.

Ocurrió una mañana durante un safari rutinario. En la carretera, cerca del *lodge*, nos cruzamos con un coche del servicio del hotel que nos hizo señas de que nos detuviéramos.

Tras un corto pero excitadísimo parlamento en suajili entre ambos chóferes...

—Este compañero me ha dicho que a cinco kilómetros, en un claro a la izquierda, ha visto un grupo de “Wild Dogs”, o sea Licaones, lo que en esta zona del parque no ocurría desde hace dos años y medio.

Para cuando completó su explicación, rodábamos a cincuenta millas por hora en aquella dirección.

—¡Ahí están! —gritó Merlijn en una especie de éxtasis religioso—. Es mi animal preferido. Solo una vez en Ruaha vi a un grupo de estos perros preciosos.

A todo esto ya estábamos a veinte metros de los perros, que se entretenían jugueteando unos con otros. Distinguimos perfectamente a los siete que conformaban el núcleo de los adultos de los menos corpulentos y más alborotadores cachorros, que eran otros nueve más 5.75, 5.76, 5.77, 5.78 y 5.79. Dada su proximidad pude apreciar, incluso, que los cachorros, a pesar de su tamaño, aún no tenían los colmillos definitivos y alguno parecía desdentado.

Muy próximo a ellos pero en lo alto de un árbol, un Buitre, un “Hooded Vulture” (*Necrosyrtes monachus*) del tamaño de uno de nuestros Alimoches, no quitaba sus ojos del grupo de cazadores. 5.80

Mientras los cachorros jugaban, los adultos se metieron por entre la maleza y desaparecieron de nuestra vista. El Buitre y un amigo, que hasta entonces había permanecido oculto entre las ramas, volaron tras ellos.

Un minuto después los cachorros los siguieron y nosotros más tarde. Los adultos nos llevaban doscientos metros de ventaja, pero tanto nosotros como los dos buitres controlábamos de cerca a los cachorros. Estos encontraron una poza 5.81, 5.82 en su camino, metieron sus patas en ella y

comenzaron por saciar su sed. A continuación, como si de un retrete se tratara, se pusieron todos a orinar y defecar en el agua, algo muy práctico si se desea no dejar demasiadas huellas. Un instante después continuaron la marcha.

Para entonces los adultos se habían perdido de nuestra vista entre unos densos matorrales. Los cachorros los atravesaron por el mismo lugar y nosotros tras ellos. Pero de pronto los jóvenes cambiaron del paso al trote corto, y a continuación emprendieron una ligera carrera en aquella dirección, lo que no fue óbice para que se detuvieran un instante cada cincuenta metros y le dieran unos mordiscos “cariñosos” al más canijo, al que obligaban a caminar separado del grupo, como a un auténtico paria 5.83. Cuando a lo lejos vieron a los adultos, corrieron hacia ellos a toda prisa. 5.84.

Lo que encontramos al llegar nos dejó helada la sangre en las venas. Los siete adultos acababan de cazar a un pobre Antílope Puku y, en cuestión del par de minutos que tardamos en llegar, lo tenían despedazado y lo devoraban con tal ansia, que nunca imaginamos que algo igual fuera posible.

La llegada de los cachorros aceleró el proceso: cada uno tiraba de la presa en una dirección, y trozo de carne que arrancaban, pasaba al estómago del afortunado en un instante y sin masticar 5.85, 5.86, 5.87 y 5.88.

Diez minutos más tarde no quedaba de la pobre víctima más que la cabeza y parte del cuello, y colgando de él, un buen trozo de la piel de su espalda cubriendo un descarnado espinazo.

Dos de los jóvenes se lo disputaron y, tirando uno por cada lado, le arrancaron las orejas, y mientras uno se las comía, 5.89, 5.90 y 5.91 el otro “chico” de la pandilla se hizo con aquel último despojo, llevando su trofeo a rastras no sin esfuerzo 5.92. y 5.93. Tuvo problemas para conseguirlo porque se le atoró al atravesar una zanja llena de lodo. Allí entró un despojo y de allí salió una croqueta de espinazo rebozada en barro. Esto no le importó y se alejó arrastrando aquella

basura maloliente para degustarla a solas y en mejor ocasión 5.94. El resto de la familia se tumbó a la sombra a hacer la digestión. Fin. 5.95.

Nunca imaginé que dieciséis perros de estos, de menos de treinta kilos, fueran capaces de comerse un antílope de mediano tamaño en tan corto espacio de tiempo.

Para los Buitres Encapuchados que los vigilaban no quedaron más que unas briznas de carne, con las que acabaron en unos minutos, dejando solo un esqueleto 5.96, 5.97, 5.98, 5.99, 5.100, 5.101 y 5.102.

Un Águila Rapaz, oportunista donde las haya, se presentó a los postres, pero creo que no consiguió gran cosa.

Desde que nos encontramos los Licaones junto a la carretera hasta que lo dimos todo por finalizado, solo trascurrió una hora, y más concretamente, treinta y siete minutos desde que cazaron hasta que los buitres tomaron posesión de los restos. Todo un récord.

A nuestro regreso, camino del lugar donde en pleno campo, con mesa, mantel y cubiertos, nos servirían una estupenda comida, íbamos pletóricos de felicidad por el inesperado encuentro con el grupo de Licaones. En un momento del recorrido tuvimos que detenernos porque un árbol seco había caído cerrándonos el paso. Nos importó bien poco y fue una estupenda excusa para que parte del grupo se hiciese unas cuantas fotos sobre aquel tronco para inmortalizar aquella felicidad 5.103.

Poco después, durante la comida en un lugar idílico a la orilla de un lago, continuamos con la inmortalización. Esta vez comiendo y brindando sin lluvia en una mesa con platos y tazas de cerámica popular y con absoluta comodidad 5.104, 5.105, 5.106, 5.107, 5.108, 5.109 y 5.110.

Tanto en el hotel como en nuestro balcón privado me dediqué durante los ratos libres a fotografiar todo lo que se movía a mi alrededor. Desde Libélulas 5.111 y 5.112 hasta Elefantes 5.113, 5.114, 5.115 y 5.116 pasando por un Varano

5.117, un Calao Terrestre 5.118, un rabo de Jirafa en el servicio de limpieza 5.119, un Antílope Acuático 5.120, y un resplandeciente Hadada Ibis (*Bostrychia hagedash*) 5.121. Pero quizás, lo que más feliz me hizo fue una pareja de Avefrías, “White-crowned Lapwing” (*Vanellus albiceps*) 5.122, en cuya foto se aprecia claramente el espolón que tienen en las alas. 5.122.

Retraté a unos Impalas 5.123, un macho impresionante de Gran Kudú 5.124, un curioso pato Comb Duck (*Sarkidiornis melanotos*) 5.125, con una cresta del tamaño de una tapa de un bote de Nescafé, un Águila Pescadora 5.126 y una pareja de Grullas Coronadas paseando por una orilla. 5.127. En un árbol frondoso un “Woodland Kingfisher” (*Alcyon senegalensis*) me dejó un buen recuerdo 5.128, 5.129, 5.130, y bajo él, en la orilla, una “Wood Sandpiper” (*Tringa glareola*) 5.131. Pero en nuestro cuarto de baño me quedaba una ranita que vivía con nosotros y a la que casi había olvidado 5.132. Por último, como despedida, me dediqué a fotografiar baobabs 5.133, 5.134, 5.135 y al llegar la puesta de sol guardé mis cámaras 5.136.

Una de las últimas tardes “alguien” optó por echarse la siesta, con lo que cabíamos todos en un solo coche. Carlos decidió irse en el otro, que nadie iba a utilizar. A su regreso le preguntamos si había visto algo interesante y nos contó, sin ningún entusiasmo, que poca cosa: “SOLO a una manada de elefantes vadeando el río”.

—¡Te parece poco! ¡Tienes la suerte de ver lo que habría sido nuestro sueño dorado y no le das el menor valor! —Carlos no protestó, pero la anécdota ratificó que él ocupaba el puesto de “safaragüi consorte”.

No sé si esa misma tarde o a la siguiente, Carlos comentó de pasada que había hablado por teléfono con uno de sus hijos.

—¿Qué tal están? —le preguntó Mareke. Su respuesta, como ocurrió con el vadeo del río por los elefantes, fue motivo de chufra y chirigota.

—Bien. Me preguntó si esto era bonito y le dije que sí, pero que era un paisaje monótono: un río con hipopótamos y con muchos árboles, algunos elefantes por las orillas, un lago aquí y otro allá, más árboles...

—¿A eso le llamas tú un paisaje monótono? —La exclamación, que fue general, no tuvo mayores consecuencias.

La noche de la despedida fue muy perjudicial para el pobre Andrea. No se le pudo ocurrir otra idea peor que ofrecer un whisky a los “safaragüis”, a los que se sumaron deportivamente Peter Zulu, el jefe Wombe, y Quinan, su ayudante y nuestro conductor habitual. Con la decepción amorosa de que no le entregase a Merlijn a cambio de una buena oferta de vacas, el compungido enamorado la tomó con la bebida.

A la mañana siguiente, si todos estaban algo tocados por la mano del dios Baco, nuestro pobre chófer estaba para echarlo a los leones. Pocas veces he visto una resaca de semejante magnitud. ¡Menos mal que en la nevera llevábamos abundantes provisiones de agua helada! Cada vez que detenía el coche para que nos despidiéramos de algún animal, él empinaba el codo y se bebía de una sola vez un botellín. Por suerte en esta ocasión era de agua.

Andrea sufrió una merma importante en sus existencias de whisky. No sé si fue Mon o el jefe Wombe quien sabía, de anteriores ocasiones, dónde estaba escondida la llave de la despensa. Lo que sí quedó claro era que la habían encontrado y que, en ausencia de Andrea que había optado prudentemente por retirarse a dormir lo ya bebido, se la dejaron temblando. Personalmente me perdí aquella pequeña fiesta, pero me contaron que el jefe y su ayudante la terminaron dormidos o semiinconscientes sobre un sofá.

—El jefe y su socio no aguantaron nada. No habíamos empezado la tercera botella y ya estaban derrumbados los dos. ¡Mira qué foto! Sobre todo se les notó la falta de entrenamiento. — Eso lo explicaba todo.

De la misma manera que a la ida fuimos por diferentes caminos, el regreso lo haríamos en dos grupos. Primero se fueron los que volaban a Johannesburgo, después partiríamos nosotros.

Cuando en Lilongüe, capital de Malawi, subí al avión y encontré mi asiento, me llevé una gran alegría. Me había ocurrido lo que casi nunca suele suceder aunque lo solicites, y en esta ocasión me lo habían dado sin pedirlo: ¡un asiento junto a la salida de emergencia! Podría extender mis piernas a voluntad pero... poco duró mi alegría.

Mi vecino resultó ser un joven de color, probablemente luchador de sumo que partía de gira a algún campeonato. Le calculé por lo bajo, ciento cuarenta kilos, que sumados a los ciento cinco míos, éramos como cuatro personas normales en solo dos asientos.

Junté mis dos brazos extendidos todo lo que pude por delante del pecho, me pegué como una lapa al costado del avión y apoyé mi cabeza contra la ventanilla. Me esperaba una noche “toledana”, que diría mi abuela, aunque Dios aprieta —mi vecino también— pero por suerte, ninguno de los dos ahogaba. En la escala en Uganda, Ruanda o Burundi —no recuerdo dónde tuvo lugar— mi vecino descendió del avión, y por lo menos para mí, la situación volvió a la normalidad. No fui el único que sufrió en aquel viaje...

A Neluco, que viajaba solo, le dieron un asiento junto al de Maribel en la última fila de butacas. No sé por qué razón eran un poco más pequeñas. Quizás por la forma del avión. El problema comenzó cuando Neluco llamó al azafato y le comunicó que no le cabían las piernas en ese asiento y el azafato no le hizo el menor caso.

Neluco, que hablaba inglés a la perfección, insistió en su petición, a lo que, poco más o menos, respondió el azafato.

—Si vuelve a importunarme, teniendo en cuenta que esto supone una falta grave para la seguridad del resto del pasaje, no tendré otro remedio que, con la autoridad que me con-

fiere mi compañía, bajarle de esta aeronave, por la fuerza si fuera necesario, en nuestra próxima escala que será dentro de... unos veinte minutos.

Por suerte el azafato recapacitó, sobre todo al ver que a Neluco lo apoyaban más pasajeros que habían presenciado el incidente. Neluco fue trasladado a otro asiento más amplio y el resto del viaje transcurrió sin más incidentes y tanto él como yo, con una cierta comodidad.

En Zambia viví momentos inolvidables: nunca he vuelto a ver en libertad a una manada de Licaones, ni tampoco me he encontrado a unos elefantes por los pasillos de un hotel. No puedo decir lo mismo de la invasión de Babuinos... pero esa es otra historia.

Zambia me decepcionó solo en un aspecto. Al no variar de biotopo en siete días y estar siempre de un lado para otro recorriendo un mismo ecosistema, la variedad de aves con la que te topas es ostensiblemente menor que si subes montañas, recorres zonas lluviosas o te adentras en desiertos, que ha sido el denominador común en mis otros viajes. Por ello, mi bagaje de avistamiento de diferentes especies de aves no superó en esta ocasión la cifra de ochenta. Ridícula si la cotizamos con mi récord personal, en el que sobrepasé el listón de doscientos cincuenta y ocho en un solo viaje, y más aún si la comparo con las que he identificado por estas latitudes hasta el día de hoy, que sobrepasan las trescientas cincuenta y cinco.

En cambio, solo he tenido el privilegio de conocer algunas especies —como las Avefrías de Alas Blancas— en esta reserva, donde por cierto eran numerosísimas. Vaya lo uno por lo otro.

CAPÍTULO VI

VOLVEMOS A KENIA, 2004. UN VIAJE PERFECTO.

En el año 2004 tenía previsto regresar a Kenia. En Zambia me había quedado con hambre de ñus, cebras y de muchas, muchas aves. Echaba en falta los flamencos del lago Nakuru, que en el primer viaje en 1993 me dejaron un recuerdo imborrable. El keniano lago Bogoria de seis años después, no se lo digan a nadie, no es comparable en absoluto al Nakuru. Así que sentí una necesidad imperiosa de comprobar que aquellos millones de flamencos, a los que dejé padeciendo una grave epidemia, seguían visitando regularmente aquel privilegiado lugar.

Sin embargo comencé el año por un lugar del globo que no tiene ningún parecido con mi querida África: Chile y en especial la Patagonia. Se suponía que la visitábamos con su mejor clima de verano, pero la temperatura no superó los veinte grados. Ese tiempo tan frío y ventoso acrecentó mis deseos de atravesar otra vez el ecuador, pero esta vez por donde a mí me gusta hacerlo: cerquita de Nairobi.

En agosto conseguí convencer a otros cuatro acompañantes —seis, a mi parecer, es el grupo ideal para estos viajes— y en septiembre, cuando decrecen las visitas en el Zoo y puedo tomarme un respiro, decidimos comenzar una nueva aventura. Además, las aves acaban su periodo de reproducción y el tiempo no es demasiado inclemente. Esta vez, con más experiencia, me negué a habitar en una “exclusiva” tienda de campaña. No me importaba en absoluto ir a un hotel

concurrido donde reposar del agobio diario en compañía de mis semejantes.

Uno solo de mis cuatro compañeros de viaje, Francisco Ballester, tenía experiencia africana ya que nos había acompañado al primer viaje a Kenia, después al de Tanzania y también se había incorporado al del Okavango. En esta ocasión repetiría curso en Kenia. Por si esto no constituyese suficiente experiencia, también había viajado a África en otras dos ocasiones, pero por libre, con otro grupo de amigos. Esta vez matriculó por primera vez a su hija Estela como acompañante.

Los otros dos miembros de la expedición, aun teniendo mucha más experiencia en viajes que el resto del grupo, nunca habían volado al sur del Sahara. Carmen Canales, a la que conocía desde la adolescencia, y su marido Hermann Díez del Sel, de origen austriaco, recibirían su bautismo y título de “safaragüis” en este su primer viaje por esas latitudes.

Para esta ocasión ya contaba con Jean-Marie Savin, y si ponía a nuestra disposición como chófer a Milton, todo iría sobre ruedas, y nunca mejor dicho.

Con todos dispuestos a emprender juntos este nuevo safari, solo nos faltaba concretar el itinerario.

El vuelo hasta Nairobi lo haríamos con Brussels Airlines. Partiríamos de Bilbao hasta Bruselas y de allí, tras la pesada e inevitable espera de rigor, volaríamos a Nairobi con escala en Kígali, Ruanda. Esos pequeños países, Uganda, Ruanda y Burundi, se conectan con Europa aprovechando escalas de vuelos con destinos más importantes. Por sí solos no completarían el número de pasajeros para resultar rentables a la compañía aérea.

En los aeropuertos de Kampala, Entebbe, Kígali y Bujumbura hemos efectuado cortas paradas para dejar y tomar pasaje, pero no hemos descendido nunca del avión.

El corto tramo final entre la escala técnica y la llegada a nuestro destino, de no más de hora y media de duración, es

el que me pone más nervioso. Cuando atisbo bajo las alas del aparato las primeras luces de las aldeas cercanas a Nairobi, se me pasa la ansiedad y poco a poco me relajo.

En el aeropuerto, después de cumplimentar los ya familiares trámites, un chófer desconocido nos estaba esperando. Milton había desaparecido. O había buscado otra empresa o se había instalado por cuenta propia. Jean-Marie no supo o no quiso decirme cuál fue la causa. Así que no tuve otro remedio que transigir y estrenar nuevo *driver*, lo que no me hacía muy feliz porque un conductor en el que puedas confiar facilita mucho el satisfactorio desenlace de la aventura.

EL HOTEL NORFOLK

Respirar nuevamente el aire africano y ver ese bullicio en el aeropuerto me hizo sentir como si volviera a casa. Doce días de patrullar en busca de animales en general y en mi caso más concretamente de aves, me ponían tan eufórico que era capaz de olvidarme hasta del Zoo. Y eso que no me suele ocurrir ni en sueños, porque desgraciadamente mis peores pesadillas tienen su base en animales escapados correteando a sus anchas y burlándose de mí en insólitas situaciones.

Todo comenzaba bien en apariencia. El nuevo *driver*, de nombre George, de unos cuarenta años, piel muy oscura y etnia kikuyu, nos pareció persona seria y educada. Alternaba los safaris con los trabajos de agricultura en las proximidades del lago Victoria donde, en una granja cercana a Kisumu, vivía su familia que cuidaba de unas tierras no muy extensas pero sí feraces, que completaban lo necesario para su subsistencia. Las épocas de lluvias no son buenas para los safaris y sí lo son para sembrar y que crezcan los vegetales, lo que hace ambas profesiones fácilmente compatibles.

Una hora más tarde de nuestra llegada estábamos ya en el hotel. Nada más recoger las llaves y camino de las habitaciones, Maribel se fijó en una lámpara que colgaba del techo,

fabricada utilizando cuernos de ciervo, de los que se les caen cada año al comienzo del invierno.

—¡Mira, Ignacio! Haz una foto a esa lámpara, que la tenía ya olvidada. Con todos los cuernos de venado que tenemos tirados en el almacén... a lo mejor me haces una para mí 6.1.

Esa primera noche descansamos en el emblemático hotel Norfolk, que en ese 2004 acababa de cumplir un SIGLO, casi nada. Aunque estaba muy bien conservado para su edad, iba a ser próximamente remozado. Por suerte seguía manteniendo el mismo sabor colonial de cuando, cada tarde, el difunto Lord Delamere tomaba su whisky en la terraza. Esa terraza, la de la fachada de la entrada que mira a la calle, quedaría bautizada para siempre como Lord Delamere Terrace.

Según amaneció salí a su jardín para ir habituándome a los cantos de los pájaros. Había pasado cinco años conviviendo en mis vacaciones africanas con otras especies diferentes, así que me convenía repasar y ponerme al día.

Los bancos sobre el césped, el coche de caballos antiguo, la entrada desde el jardín... todo seguía igual que yo lo recordaba. Allí hicimos unas fotos de recuerdo 6.2 y 6.3.

Después de un magnífico desayuno, en que con un ojo miraba el *croissant* y con el otro a los pajaritos que revoloteaban en busca de migajas, salimos dispuestos a meter los equipajes a presión en el hueco existente tras los últimos asientos del vehículo. A la vista estaba que era misión imposible, más aún que en las películas del mismo nombre, por lo que cargamos el equipaje sobrante encima de los asientos, entre pasajero y pasajero.

“...de nuevo en Kenia, llegamos a las 10 de la noche al hotel Norfolk, que es un paso atrás en el tiempo. Nos habíamos levantado a las 4 de la mañana para coger el avión en Bilbao y de allí a las 10 de la mañana a Nairobi, con una escala en Kigali (Ruanda). Hoy después de desayunar hemos salido a las 9,30 en dirección al Mount Kenya. Me ha encan-

tado la salida de Nairobi con los jacarandas, los flamboyanes y otros de flor roja preciosos y el colorido de la gente. Luego entre plantaciones de café y plátanos hemos llegado a comer al hotel. Teníamos la chimenea encendida porque cuando hemos llegado estaba lloviendo. En el jardín muy cuidado, vimos el laberinto que habían inaugurado en la nochevieja del 2000... Como nos quedamos en las casitas de abajo, nos llevaban y traían en coche: Lala salama!, que quiere decir buenas noches...”

El itinerario estaba decidido de antemano y las reservas que íbamos a visitar, por supuesto, también. Solo nos quedaba disfrutar del paisaje, del colorido de las aldeas que atravesábamos y de la luz ecuatorial que hace destacar los intensos tonos de las flores de las buganvillas —que allí crecen por todas las cunetas como en mi tierra las zarzas— lo que hace que uno se sienta más en un jardín, que recorriendo campos incultos.

El viaje por carretera comenzó y, todos con buen ánimo, nos centramos en disfrutar de las maravillas que nos ofrecía el paisaje. Dejamos atrás los primeros pueblos y nos fuimos adentrando en las zonas menos pobladas y secas que anteceden a la populosa ciudad de Nanyuki. Allí el clima es mucho más húmedo, con abundantes lluvias por encontrarse próxima a las laderas de la mole que es el monte Kenia.

Cuando más confiado y distraído estaba cruzamos sobre el ecuador, lo que nos obligó, dado que veníamos con novatos, a repetir el número de la jarra, el embudo y las pajitas que tanto éxito tiene entre los nuevos 6.4.

Aprovechando que estábamos junto a la batería de “tendas” de *souvenirs*, todas ellas numeradas del 1 al 20 para evitar equivocaciones en la entrega del correo, les hice otra foto 6.5.

Desde allí nos fuimos derechos al lujo del Mount Kenya Safari Club. En mi primera y lejana estancia nos instalaron en una *suite* del edificio principal, antiguo y amplio,

pero sin nada que destacar. En esta segunda ocasión nos largaron muy lejos del hotel, al final del jardín, a unos chalecitos espaciosos compuestos de una habitación y un salón, ambos con chimenea, en el llamado “Riverside”.

Estaban ubicados en una hondonada boscosa cercana al río y, debido a la altitud a que está situado ese hotel, es un lugar húmedo y frío. Como nuestro alojamiento quedaba lejos del edificio central, si para desayunar o comer no querías andar medio kilómetro por sus jardines, podías pedir un coche o esperar a que llegara uno de los que periódicamente recorren en círculo todo el recinto. Por lo demás, si exceptuamos lo frescos que eran, no estaban del todo mal.

En la parte frontal hay un porche con asientos desde donde se puede contemplar a placer aquel valle o, como en mi caso, utilizar el telescopio para cotillear la vida de los pájaros.

Después de acomodarnos me di junto a Maribel un paseo por el jardín. Cruzamos frente al seto del laberinto, que se había inaugurado cuatro años antes, e hice una foto de la curiosa ermita que estaba en el centro del jardín 6.6.

Dediqué un buen rato a explorar otras posibilidades pensando en futuras visitas y descubrí unas casitas preciosas cerquita del hotel, soleadas, con unas vistas únicas sobre el jardín y el monte Kenia. En un principio las tomé por viviendas particulares, pero eran en realidad un conjunto de dos habitaciones dobles que compartían salón con chimenea y que estaban decoradas como unas *suites* dignas de Hollywood. La primera de ellas, situada tan solo a veinte pasos del núcleo del hotel, era una tentación, aunque tenía un solo inconveniente... para llegar hasta ella, había que cruzar por encima mismo del ecuador, si el cartelito que yo ponía en duda era correcto. Esas habitaciones eran los “cottages”.

Nuestro paseo terminó a la entrada del parque —por lo poco que recordaba, zona muy pajaril— y allí, en la tienda de *souvenirs* nos reencontramos con el resto del equipo. Con-

templaban láminas antiguas, objetos de decoración e incluso un espejo, en el que se reflejaron Maribel y Hermann 6.7.

Para acudir al comedor por la noche Maribel, Carmen y Estela se vistieron de fiesta. Los hombres nos plantificamos la corbata reglamentaria... ¡y a cenar! 6.8.

Creo recordar que en este hotel la comida del mediodía consiste en el típico *buffet*, eso sí, exquisito y variadísimo, con unos adornos florales que en África resultan aún más sorprendentes, dada la escasa distancia que hay entre el lujo y la pobreza absoluta. La cena, por el contrario, era a la carta.

Después de la sobremesa, frente a una de sus chimeneas y con una copa en la mano, comentamos ampliamente cuánto había sorprendido a los nuevos el paisaje y clima de este país. Un tumulto lejano, acompañado de griterío, nos sacó de nuestro momento de paz. Comenzaban unas danzas típicas a las que acudimos con curiosidad, y yo con sorpresa, pues los bailarines llevaban unos trajes muy extraños, en nada parecidos a los que había visto en espectáculos de otras reservas 6.9. Finalizadas las danzas nos subimos en unos coches del hotel que nos depositaron en nuestras habitaciones del Riverside.

Ya por la mañana, nada más amanecer, me lancé al jardín armado con toda la parafernalia de mi equipo fotográfico. En este viaje no quería dejar “títere con cabeza”, que diría mi abuela. Toda ave que avistase y a la que encontrara el mínimo interés, pasaría a la historia sin ella saberlo.

La primera que vi, posada al sol del amanecer sobre el seto frente a mi habitación, era pequeñaja, amarronada y para mí desconocida 6.10. Resultó ser del género *Cisticola*... pero no me pregunten de qué especie concretamente, porque dado que hay un montón de ellas similares, no voy a cometer la torpeza de aventurar una casi al azar.

Cerca, un diminuto *Zoosterops senegalensis* 6.11, al que ahora llaman en castellano Antejitos Senegalés, me despertó los recuerdos de unos como él que me regalaron ¡en los

años cincuenta! Me los traje desde el mercado de pájaros de París mi tío Agustín, que allí vivía pintando retratos. Cayeron en mis “redes” unos Alimoches Sombríos (*Necrosyrtes monachus*) 6.12, y un Ibis Hadada (*Bostrychia hagedash*) 6.13, un ave gritona, quizás la más gritona y escandalosa de África, que se estaba sobre un árbol seco luciendo al sol sus resplandecientes alas con reflejos verdes.

Como hasta nuestro siguiente destino, Samburu, solo nos separaban dos horas de viaje, aprovechamos un rato tras el desayuno, para acercarnos al Orfanato, donde vimos la Tortuga gigante 6.14 que recordaba de mi primera estancia, el grupo de Antílopes Bongo 6.15 ¡preciosos es poco!, e incluso la huerta que cultivan para alimento de algunos animales y quizás hasta de los propios turistas 6.16.

Ya en el coche camino de Samburu, me quedé dormido como una piedra para reponerme del madrugón 6.17. Desperté fresco como una rosa, casi dos horas más tarde, cuando ya estábamos llegando a nuestro nuevo destino.

No había vacilado al elegir el siguiente hotel, el Sarova Shaba, pues me había encantado en mi anterior estancia de cinco años atrás. En la recepción nos estaban esperando, y nos recibieron con el *Jambo!*, el zumo reglamentario y todo lo demás.

Una breve excursión a los contiguos lavabos y seguimos a los mozos de equipajes hasta nuestras habitaciones, situadas en los edificios de dos pisos. Escogí una de debajo. No me gusta nada subir y bajar escaleras.

Allí nuestra estancia sería de tres noches, con safari de mañana y tarde, este último susceptible de ser sustituido por piscina.

—¿Aquí veremos a los cinco grandes? —La pregunta no era fácil de contestar, por lo menos desde mi punto de vista.

—Por supuesto. Según las agencias de viajes ese es el principal objetivo: ver a los famosos cinco grandes, los *Big Five*. A mí, personalmente, me parece una de esas simplezas pro-

mocionales que carecen de sentido, pero que en todos los programas exponen como si se tratara de lo más importante e imprescindible. Me recuerda a la retahíla que todo el mundo repite de Santillana del Mar: “la de las tres mentiras”, porque “ni es llana, ni es santa, ni tiene mar”. No sé cuál de las dos estupideces he escuchado en más ocasiones, aunque presiento que la segunda se lleva la palma.

»Esa absurda propaganda de los cinco grandes ha calado tan hondo, que a pesar de la mentira que encierra, la sabe todo el mundo al dedillo. Porque el elefante, el rinoceronte, el búfalo, el león y el leopardo, ni son los cinco grandes, ni cosa que se le parezca. —Al llegar a este punto se me calentó la sangre y comencé a despacharme a gusto contra los promotores de esa famosa expresión.

»Al que se le ocurrió ese eslogan fue porque cogió los prismáticos del revés —como en su día hizo la tía de Gila— y confundió un cocodrilo con una lagartija, y lo despreció a pesar de alcanzar los cinco metros de longitud y más de media tonelada de peso. Como junto a los cocodrilos estaban los hipopótamos, también los vio como ratones y se le pasaron por alto. Lo mismo que las jirafas, uno de los animales más majestuosos de África. No encuentro otra explicación posible que una absoluta ignorancia. —Visto que estaba lanzado, continué con mi perorata—: Nuestro hombre habría quedado mucho mejor y habría atraído más clientes a los safaris, si hubiese promocionado los *BIG EIGHT*, que se ajustan mucho más a la realidad y dan más motivos para alargar los viajes. —Con esto casi me di por satisfecho, pero tenía la mañana parlanchina y continué dándole vueltas a esta historia.

»La mayoría de las personas que comienzan su primer safari, lo hacen con ese craso error y con otro aún más importante: intentar encontrar al “escondedizo” leopardo. Los leopardos se encuentran, pero no necesariamente cuando se los busca. Se puede uno obsesionar intentando localizar un

leopardo, que si él no quiere que lo hagas, te toparás con otro inconveniente: si te ciegas buscando a ese magnífico gato, no verás nada más.

»Yo recomiendo un poco de ornitología como medicina. Cómprate una guía de aves, échale un vistazo e intenta sacarle partido al viaje. Cuando veas un pájaro precioso, que los hay a montones, coge tu libro e intenta identificarlo. Si lo consigues —la mayoría de las veces no te resultará demasiado difícil— te sentirás realizado. Buscar pájaros, y lo digo por experiencia, es la mejor forma de encontrar leopardos, porque tanto unos como otros conviven en los árboles, con la ventaja de que los segundos son bastante más grandes, por lo que se los encuentra mejor. Así le sacarás más partido a tu safari y a tu dinero.

En este viaje, decidí hacer de guía en el tema pajaril. Quizás es una obsesión que me persigue, pero ver que muchas personas no aprecian el mundo de los insectos y especialmente el de las aves, me hace sentir obligado a descubrirselo. Sorprendentemente cuando se fijan por primera vez en los colores, aspecto exterior, forma de moverse y volar, así como en su comportamiento social, la mayoría se queda perpleja al ver cómo le había pasado desapercibido hasta entonces ese mundo que se entrecruza con el suyo.

Estas reservas son un lugar idóneo para observar aves. Si eres buen conocedor tanto de los pájaros como de las reservas —yo todavía no lo era— te puedes lucir enseñando aquí y allá cosas sorprendentes. Sobre todo aprovechando para ello los ratos en que no hay mamíferos a la vista, porque no olvido que lo que todos buscan en los safaris son estos últimos, y en especial, elefantes, leones y leopardos. Los rinocerontes son otro cantar. En la mayor parte de las reservas los rinocerontes o están extinguidos o son escasísimos. Tanto es así que en los últimos años han sido cercadas algunas y se han constituido centros de cría que están teniendo mucho éxito. De ellos se extraen jóvenes rinocerontes para la reintroduc-

ción en otros lugares. No era ese el caso del conjunto de las tres reservas a las que acabábamos de llegar sin novedad.

Cuando se viaja en coche, como en esta ocasión, se suele llegar al hotel al mediodía. Por mucho que se madrugue, entre paradas en tiendas y otros menesteres, el safari de estreno es de tarde. Así había ocurrido en esta ocasión.

Tras la comida, que todos sin excepción encontramos estupenda, partimos en el mismo todoterreno, un Toyota estilo Land Rover. Era de color verde y con dos filas de asientos además de la que corresponde al conductor y su copiloto, lugar en el que nos turnamos habitualmente los más voluminosos para dejar más amplitud a los que viajan apiñados con las maletas.

Según se sale del recinto del hotel, protegido y cubierto por densa vegetación, nos encontramos ante una zona árida con un arroyo a la derecha, cerca del cual crecen unas palmeras y por donde es frecuente encontrarse algún niño pastoreando cabras y ovejas. Más adelante, en una pequeña montaña pedregosa habita una familia de antílopes adaptados a este medio rocoso, los Klipspringer (el nombrecito inglés se las trae). Son muy curiosos y bonitos y te pasarán desapercibidos si no sabes que están allí.

En esta primera ocasión no tuvimos la suerte de verlos, sobre todo porque en aquel viaje yo todavía desconocía su existencia. Estos pequeños antílopes caminan de puntillas sobre sus propias pezuñas, lo mismo que las bailarinas de ballet lo hacen en las puntas de sus zapatillas.

Nada más abandonar esa colina pedregosa, torcimos a la izquierda y nos adentramos en la reserva de Shaba, que tan buenos primeros momentos nos proporcionó en el safari con los Pozueta.

Desde ese punto del sendero se observa a lo lejos una escarpada montaña rocosa y en sus laderas muchos chorretones blanquecinos, probablemente producidos por los excrementos de los buitres que allí anidan. Es una montaña un

tanto especial a la que, al desconocer su nombre, bautizamos para nosotros como “La montaña sagrada de los Masái”. La utilizábamos como punto de referencia.

Pero la tarde no fue nada brillante —desconozco la razón— y en aquellas horas apenas vimos animales, por lo que regresamos al hotel un tanto desilusionados. Yo me conformé con una Avutarda, “White-bellied Bustard” (*Eupodotis senegalensis*) 6.18 y un grupo de Búfalos, lejano, pero que se recortaban sobre un paisaje muy bonito 6.19.

Una copa antes de la cena y una amena conversación levantaron los decaídos ánimos del grupo.

Como hicimos la víspera en el Mount Kenya, acudimos a los bailes típicos que también tenían programados. Aquí los danzarines estaban ataviados con telas y colores más familiares 6.20. El personal femenino hizo sus pinitos saltando, y todos contentos.

A la mañana siguiente, en vista del fracaso de la víspera, cambiamos de ruta. No torcimos a la izquierda para adentrarnos en la reserva de Shaba, sino que continuamos de frente, hasta dejar atrás la colina de rocas. Nos encontramos sobre una colada de lava bastante reciente. Su suelo, compuesto de restos de la erupción, es de color negro y de un aspecto bastante siniestro. Pero solo es una franja de un par de Kilómetros. Más adelante llegamos a una carretera, la Transafricana Oriental. Continuamos por esta y tomamos el sendero que discurre paralelo y a su derecha, que conduce hasta la entrada de la Reserva Nacional de Buffalo Springs, mi zona preferida, de la que en su día me negó el disfrute el “jodío” Karioki.

La entrada a esta reserva está bajo un arco que actúa de protección del intenso sol, al que han disfrazado de cebra pintándolo a rayas blancas y negras. Bajo él está la oficina de control de visitantes, de la que se ocupan los *rangers* que componen el equipo de vigilancia. En ese mismo lugar, justo encima de nuestras cabezas, había un montón de nidos de paja cons-

truidos por las colonias de Vencejos de Cola Corta y de Obispillo Blanco que en ellos habitan. Las plumas blancas que cubren su espalda y parte de sus colas los hacen inconfundibles.

Enseguida nos autorizaron la entrada y comenzamos a ver la variada fauna local: dos mamás Babuino llevando a sus espaldas a sendos jovencitos mirándose uno a otro, que parecían ir comentando sus travesuras en el colegio 6.21, y una cuadrilla de hembras de los esbeltos Gerenuk 6.22 que pueden servir por su estilo y delgadez para pasar modelos.

Alguno, deseoso de desayunar, nos hizo regresar momentáneamente al hotel.

Ya con los “depósitos de combustible” bien llenos, salimos nuevamente dispuestos a no parar más que lo imprescindible. Al cruzar junto a la colina rocosa, los vi por primera vez: un par de Klipspringer 6.23, que suelen vivir en parejas o, todo lo más, junto a uno o dos hijos.

“...vimos a los antílopes de montaña, en las rocas a la salida hacia el parque, pequeños con rayas blancas en las orejas, y que no habíamos visto nunca...”

En cuanto apareció frente a nosotros la gran extensión desértica, descubrimos un inmenso macho de Avutarda Kori (*Ardeotis kori*) 6.24, que puede alcanzar 128 cm. de altura. Más alejado, descansaba y pastaba un rebaño de cerca de una veintena de Órix 6.25, y otra madre de Babuino que llevaba a su hijo de excursión o a buscar a sus amigos 6.26.

Maribel, en “su África”, ya había adquirido esa expresión de felicidad que se refleja en su rostro en cuanto pisa estas tierras 6.27. A petición popular, una parada en un descampado para tomar otro café 6.28.

Llegamos a la zona de matorral que más gusta a las Jirafas y vimos cantidad. Tomé alguna muestra: una solitaria 6.29, otra con una deformidad en su cuerno 6.30 y un trío de precioso color colocado artísticamente 6.31.

Pero la suerte nos acompañó y encontramos a un Leopardo somnoliento 6.32 que a nuestro paso, como un favor

especial, levantó ligeramente su cabeza 6.33. Como yo iba a pájaros, aproveché los minutos que estuvimos observándolo para enseñarme con una Abubilla que estaba posada sobre un tronco muy decorativo 6.34. Alguien nos tomó a Maribel y a mí una foto con una leona de fondo 6.35.

Tras un corto recorrido volvimos a pasar bajo el leopardo, esperando tener la suerte de encontrarlo en movimiento, y allí continuaba, pero tan solo medio incorporado 6.36. Nos alejamos y le tomé una foto en la distancia para recordar aquel árbol para futuras visitas 6.37.

Desde allí nos adentramos por la parte del río en cuyos matorrales es frecuente encontrar grupos de leones. No tardamos en dar con una leona 6.38 que nos condujo junto al resto de su familia. La componían un macho y tres hembras más 6.39, 6.40 y 6.41 que descansaban en un sombrero. Poco más tarde, al fotografiar a Francisco junto a ellas, descubrimos que una llevaba en su cuello un collar de seguimiento 6.42.

Vuelta en redondo y nuestro leopardo que seguía en su sitio, sin quererse bajar del árbol 6.43.

En vista de la suerte, nos tomamos un respiro en el hotel Serena. Una bebida refrescante, una buena tumbona, y en unos minutos recobramos el ánimo. 6.44. Mientras zanganeaba en una hamaca junto a la piscina estuve observando a unas Palomas de Guinea 6.45 a las que no les importa acercarse mucho a los humanos, a pesar de ser silvestres. Se arrullaban una a otra en el árbol que nos proporcionaba sombra. El macho, de cuando en cuando, interrumpía el cortejo y daba un vuelo de paseo para controlar su territorio y afianzar así su propiedad sobre él. Pero al contemplar desde allí el río, un desagradable recuerdo reapareció desde lo más profundo de mi mente. Lo tenía olvidado desde hacía once años! Al detener un instante la mirada sobre un árbol en concreto, situado en la orilla de enfrente, me vino su recuerdo...

Ocurrió en mi primer viaje. Frente al hotel, en la orilla opuesta, habían colgado en la rama de este árbol, un trozo de carne como de media oveja más o menos. Supuse que era para atraer algún leopardo, aunque durante aquella mi primera y corta estancia el leopardo no compareció.

Pero en una ocasión, por la mañana, dos águilas blancas y negras de gran tamaño estaban alimentándose de aquella carroña. Me costó identificarlas “Dios y ayuda”, que decía mi abuela, porque no las encontré en mi primera guía, que era una auténtica M..., con mayúsculas. Al final lo logré años más tarde en la segunda, mucho más completa. Eran de la especie “Palmnut Vulture” (*Gypohierax angolensis*), que se podía interpretar como Buitre de las Palmeras.

Entonces no pude fotografiarlos y nunca más desde entonces he vuelto a ver otra ave de esa especie. Por eso los “odio”.

Desde allí nos encaminamos hacia el río, cruzando nuevamente el puente sobre el río Ewaso Ngiro que separa Samburu de Buffalo Springs. Por cierto, este puente, junto con el hotel Serena, años más tarde se los llevó por delante una inmensa riada. Ya del otro lado, a la orilla del camino y sobre un matorral de no más de dos metros de altura, estaba sentado un gran macho de Babuino que nos miró como hace la gente de los pueblos con los extraños que cruzan en coche por su carretera 6.46.

Llegados a las arboledas frente al hotel Serena, donde siempre hay leopardos —solo hay que tener la suerte de que se dejen ver—, comenzamos a registrar con la vista aquellas ramas más gruesas. A nuestro juicio eran las más querenciosas para estos animales. Los minutos pasaban y solo veíamos aves y más aves, por lo que yo insistía en continuar con la búsqueda de los felinos...

—¿Qué es aquel bulto en aquella rama de la derecha de la acacia gigante?

—¡Un Leopardo! —Allí subido, bien arriba, en una rama larga y desprovista de hojas de una grande y solitaria acacia,

tendido sobre su vientre cuan largo era y con unas vistas que le permitían descubrir a cualquier posible presa de caza en la lejanía, estaba nuestro segundo leopardo 6.47.

Por su esbeltez me pareció un ejemplar joven o quizás, por su tamaño, una hembra.

El animal estaba tranquilo y no le molestó nada nuestra presencia por lo que lo admiramos durante largo rato. Después de una larga espera, que aproveché para tomarle un primer plano con mi artillería antiaérea 6.48, el animal se incorporó 6.49, miró hacia abajo y con una agilidad tremenda descendió por el tronco hasta el suelo 6.50. Una vez allí comenzó un paseo de exhibición 6.51 que solo interrumpió para dejar un “mensaje” a sus congéneres junto a un matojo 6.52, hecho lo cual se alejó diciéndonos adiós con su cola levantada cual si fuera un estandarte 6.53. Fue un momento mágico, de una belleza difícil de expresar.

Esta zona próxima al río es ideal para los leopardos y no me extrañó encontrar allí a dos en un mismo día. Desde aquella remota primera vez en que allí vi el primero, es donde me he topado con la mayoría de ellos en posteriores viajes. ¿Por qué les gusta tanto este lugar? Tienen agua abundante, árboles altos desde donde otear y, bajo estos, unos densos matorrales alternando con claros, ideales para camuflarse y sorprender a los Impalas que acuden a las orillas del río, donde crecen estrechas pero jugosas praderas debido al agua que asciende por capilaridad.

A los Impalas en algunos lugares los llaman “7-eleven”, como los almacenes abiertos 24 horas. ¿Por qué ese nombrecito tan raro? Quizás porque los machos, que son polígamos, van acompañados la mayor parte de las veces por un número de entre siete y once hembras. Sin embargo yo he visto a algún acaparador que, como el Maharajá de Kapurthala, llevaba consigo un harén de casi un centenar. Los desafortunados que permanecen solteros se agrupan en clubes y, a falta de golf, se dejan comer por leones y leopardos. Por su parte, las

hembras nacen felices con la certeza de que, pase lo que pase, no se quedarán solteras, lo cual es siempre una garantía.

En uno de esos prados nos encontramos al “7-eleven” de turno, acompañado de unos amigos jóvenes y con unas veinte hembras, paciendо tranquilamente. La escena era como para escuchar al tiempo la Pastoral de Beethoven. Primero fotografié a la hembra que encontré más cercana 6.54 y después hice lo mismo con el grupo entero 6.55.

Pero la manada tenía unos vecinos incómodos: los cinco leones que acabábamos de redescubrir a la orilla del río y que contemplábamos sin prisas.

Mientras el macho y las cuatro hembras de león dormitaban tranquilamente, los Impalas, desde el extremo opuesto, ajenos al peligro, se acercaban a ellos pastando lentamente.

Una leona se puso en pie, miró a ambos lados y los descubrió. Con solo mover la cabeza unos centímetros 6.56 y 6.57, transmitió al resto del grupo su tensión. Todos se incorporaron con mucho cuidado para no llamar la atención, estudiaron la estrategia a seguir y, ya con los impalas más cerca, comenzaron una maniobra envolvente. Primero fue una hembra la que desapareció entre la espesura. Después, cuando la primera ya estaba en posición, otra fue a cubrir el hueco y más tarde la tercera cerró el cerco. La cuarta y el macho apenas se movieron de su sitio. Solo faltaba que los Impalas se adentraran un poco más en la trampa... y lo hicieron.

El ataque por su espalda lo comenzó la leona más alejada, lo que provocó que los Impalas vinieran corriendo alocados hacia nuestro coche. Entonces aparecieron en escena otras dos, con la intención de interceptarlos, pero estos se desperdigaron y dando unos saltos increíbles esquivaron a las leonas. Alguno cruzó por el estrecho espacio que quedaba a nuestra derecha entre el coche y el río. Otro se libró por los pelos y estuvo a punto de caer en las garras de la leona que, a nuestra izquierda, estaba más rezagada y próxima a nosotros. Pero de un giro y un salto, salvó el pellejo. Al final no hubo caza.

Nosotros nos dimos por satisfechos con ver la maniobra. No era nuestra intención ver cómo morían animales, aunque eso fuera el pan de cada día en las reservas. Para los “safaragüis”, simplemente, “con la intención, basta”.

En esas mismas orillas está siempre instalado algún grupo de leones. En este viaje vimos varios por estas tres reservas, quizás la vez que más, generalmente tumbados a la sombra sobre el suelo arenoso, que es para ellos como un colchón de goma-espuma para nosotros. Aquí el río se desborda con las lluvias y sube hasta estas orillas dejando montones de arena que, en función de los remolinos de la corriente, son más o menos altos o profundos. Es la zona ideal para ver felinos y... para quedarse atascado con el coche. Lo mejor es seguir por las rodadas que otros antes han dejado.

Llegada la hora del pícnic, George, nuestro *driver*, nos sugirió acudir a los manantiales de Buffalo Springs, el único lugar que me permitió ver Karioki y al que posteriormente acudí con los Pozueta. La idea me pareció excelente y hacia allí nos dirigimos.

Este es el emplazamiento ideal para comer o para fumar un cigarrillo. Se puede bajar del vehículo pues hay una explanada con amplia visibilidad que evita que te coma un león. Pero si aun así no te atreves, desde el interior del vehículo puedes contemplar el comienzo del arroyo, al que constantemente se acercan multitud de aves a beber, manadas de Babuinos, Cebras también sedientas y algún que otro Varano —especie de lagarto gigante— que por allí busca a sus víctimas.

Ya en los manantiales, sacamos nuestras cajitas individuales con las viandas y comimos una parte. El sobrante, si los veíamos a nuestro regreso, se lo daríamos a los niños pastores que apacientan su ganado cerca del hotel y que, sin duda, necesitaban la comida más que nosotros, en especial la fruta.

De lo que no sobró ni una gota fue del termo con café, ya bastante mermado, que alegró a la parte “cafetera” del

equipo, entre la que no me encuentro. En cambio Maribel lo celebró como si le hubiera tocado la lotería.

Cerca de nosotros, un pariente de los cucos al que llaman “White-browed Coucal” (*Centropus superciliosus*) se aseaba después de un baño 6.58. Se acercaron a beber unas cebras, entre las que destacaban una madre Grévy y su “cebralín” 6.59 y 6.60, otra pareja en todo su esplendor a pesar de la rala comida que masticaban 6.61, y tres culonas de la especie común, de rayado mucho menos elegante 6.62. Al final el grupo optó por continuar con el safari... pero en la piscina.

“...hemos salido después de un corto paseo y de un gran desayuno a las 7,30 y nos llevamos un pícnic que tomamos en Buffalo Springs, cerca de unas cebras. Llevaron café, ¡qué bien! Y hoy Samburu ha respondido a lo que yo recordaba de otras veces.....no cuento los órix, gacelas de Grant y pájaros preciosos que hemos visto, por ejemplo los búfalo ¿Weaver?, con su mancha color naranja encima, etc... al principio vimos a los antílopes de montaña en las rocas de la salida del parque, pequeños y con rayas blancas en las orejas... por la tarde otro leopardo que incluso se bajó del árbol para que le viéramos bien y más leones, otro macho, jirafas a placer, elefantes y cebras de Grévy, o sea mil rayas...”

En la segunda mañana se traslucía el cansancio del día anterior del personal. Puesto que en Samburu, como en las guerras, ya teníamos cumplidos todos los objetivos “militares”, salimos con la sana intención de darnos un paseo en coche y tomar el aire.

El primer disparo lo hice sobre un Calao o Toco Piquirrojo (*Tockus erythrorhynchus*) 6.63 que se calentaba al sol de la mañana. Poco más adelante y a la orilla del río una preciosa Avefría Espinosa (*Vanellus spinosus*) 6.64, y cerca de ella, la cabecita asomada de un macho Gerenuk 6.65 (o “Jeremías”, como los llamábamos a veces). Un grupo familiar de Elefantes efectuaba sus abluciones mañaneras: lavarse y

bañar a los pequeños, eso sí, en barro 6.66 a la 6.70. Después de observarlos durante largo tiempo, regresamos a la piscina, y a comer.

Con los alimentos ya ingeridos y las fuerzas recuperadas nos animamos a salir, no sin habernos tentado una tarde de piscina. Solo al regreso comprendí la tontería que habría cometido de haberme quedado en el hotel.

Cuando circulábamos por la reserva de Samburu, descubrimos comiendo a un “Eastern Chanting-goshawk” (*Melierax poliopterus*) 6.71, que no supimos si lo que devoraba era ave o mamífero. Más adelante encontramos un Ave Secretario, con su melena al viento y su cabeza vuelta hacia nosotros 6.72; una hembra de Tórtola Namaqua o Máscara de Hierro (*Oena capensis*) 6.73 y un Martín Pescador insectívoro, de la especie Alción Cabeciblanco (*Halcyon leucocephala*) 6.74 posado sobre un artístico tronco. Cuando ya poníamos proa al hotel, los dioses de la montaña sagrada de los Masáis nos dieron un soplo mágico y allí, en medio del camino, colocaron frente a nosotros a una Avefría Coronada (*Vanellus coronatus*) con su nido, en el que acababa de depositar el primero de los cuatro huevos que componen su nidada habitual 6.75. Pero a los dioses les debió de parecer esto poco y, un centenar de metros más adelante y como despedida de su territorio de influencia, nos obsequiaron con una de las escenas más entrañables que he presenciado por esos andurriales: una pareja de Gangas “Chestnut-bellied Sandgrouse” (*Pterocles exustus*), que caminaba por delante de nosotros con dos polluelos preciosos vestidos con traje de camuflaje. Los peques se repartían según sus preferencias: ahora los dos con mamá, ahora uno con cada progenitor. 6.76, 6.77 y 6.78. Las madres de esta especie intentan evitar constantemente que alguien vea a sus polluelos, así que descubrir a esa familia fue un logro mayor que toparse con una procesión de leopardos.

Estos parajes son abundantísimos en aves: pintadas o Gallinas de Guinea, tanto comunes como Vulturinas; Tórto-

las; tres especies de Pájaros Ratón; Estorninos, Alcaudones, Carracas Lila, Mosquiteros... y por supuesto rapaces. Ya se sabe que donde hay mucho pájaro, también están quienes se los comen. Las Águilas Marciales, sibaritas donde las haya, crían aquí sin problema. Su alimento a base de pintadas, ardillas, jabatos, etcétera, lo tienen justo bajo los árboles donde descansan y construyen sus nidos.

A pesar de que esta visita nos deparó multitud de avistamientos impensables, un resquemor por uno de ellos me iba a escocer en el alma durante los siguientes años. En una ocasión en que estábamos muy alejados del río, observaba distraídamente el horizonte cuando un pajarito amarillo como el oro voló hacia el coche y se posó en lo más alto de un matojo, por donde nosotros íbamos a pasar un instante después. Di el alto, preparé la máquina, apunté a mi objetivo, disparé cuatro veces y al comprobar en la pantalla cómo habían quedado las fotos... ¡oh, desgracia!, todas estaban blancas. Un error en la selección de los parámetros fue el causante.

Instantes después conseguí tener modificados correctamente dichos parámetros pero el pájaro ya se perdía en la lejanía. Me dejó traumatizado. Lo busqué en mi libro y lo hallé. Su nombre, “Golden Pipit”, se me quedó grabado como una cicatriz en el cerebro.

Durante los safaris de esos días tuvimos que detenernos mil veces. ¿El motivo? Que los novatos se fotografiasen con elefantes, jirafas o leones de telón de fondo, ya que, a pocos metros del coche parecía que los animales nos preguntaban: “¿Os vais a ir sin haceros una foto con nosotros?”. Indefectiblemente nos deteníamos, se echaban las cabezas lo más atrás posible por turno y el fotógrafo, haciendo lo mismo en dirección opuesta, plasmaba en una instantánea a la persona y de fondo al animal. Personalmente “pasaba” de estas fotos, aunque en determinados momentos tengo que reconocer que eran obligadas.

Nuestra estancia en estas tres reservas, que a todos los efectos se comportan como una sola, fue muy placentera. Su buen clima acompaña. Hace calor, pero el justo para disfrutar de los safaris y después de la piscina y, por último, saborear al atardecer un buen *gin-tonic* medicinal. No puede faltar como aperitivo de la animada cena que es el colofón natural de un buen día de safari. En esa ocasión era la última, y nos daba pena dejar ese lugar.

Por la mañana muy temprano, con “safaragüis” y equipajes en el coche, partimos hacia Nakuru. Teníamos por delante un largo viaje de cerca de seis horas.

La primera parada fue en la zona multiuso de las cataratas de Nyahururu. Allí hay un muy necesario *pipi-room* y también la posibilidad de estirar las piernas mirando las telas pintadas de las tiendas y acercándose a tomar unas fotos de las cataratas 6.79

Desde allí a Nakuru basta con mirar por la ventanilla y detenerse un instante, antes de comenzar el descenso, a contemplar la inmensidad del valle del Rift.

CAMINO DE NAKURU

Ya cerca del lago comenzó a llover débilmente.

Trascurrido el ritual de la entrada al parque y el posterior de la recepción del hotel, fuimos hasta nuestros acomodados en procesión tras los maleteros. No recuerdo qué nombre de flor tenía nuestra habitación, pues allí las prefieren a los números para designarlas.

Mi intención desde un principio era hacer el itinerario completo alrededor del lago. La estancia anterior, hacía once años, había sido tan corta que solo me había permitido conocer una pequeña fracción de esa espectacular reserva. En este viaje, dos días completos me sacarían aquella dolorosa espina que llevaba clavada desde entonces.

Pero como para dar la vuelta entera necesitábamos toda una mañana, aquella primera tarde, nada más terminar de

comer, hicimos por segunda vez el trayecto que recordaba a la perfección: parada en el arroyo de agua dulce y recorrido por la orilla viendo volar algunos flamencos, pero no espantándolos “a lo bestia” como hizo Karioki.

Al poco de salir, un Pigargo Vocinglero echó a volar desde la copa de un árbol 6.80, y más adelante una pareja enamorada de Cuervos Píos, sirvió para comprobar que mis dos máquinas disparaban perfectamente 6.81.

En este primer paseo tuvimos la suerte de ser acompañados por un espectacular arco iris que, unido a pelícanos y flamencos, lograron que el lago y su fauna no me defraudaran en absoluto. Empezábamos bien 6.82 y 6.83.

En una acacia de camino al Baboon Cliff una pareja de Pigargos llamó mi atención 6.84, y ya en la cima del altozano una inmensa mancha rosa sobre la orilla del lago me hizo aflorar aquel lejano recuerdo 6.85.

Subimos al Baboon Cliff, y a hacer pis entre la maleza, porque los “servicios” no los habían vuelto a limpiar desde que estuvimos once años atrás. Muy poco o nada había cambiado en aquel lugar. Lo único que eché en falta fue la nube que se descorrió, como la cortina de un escenario, y nos brindó, con la ayuda del sol, aquella escena inolvidable en el viaje anterior.

Como se nos quitaba el poco sol que vimos aquella tarde y el ambiente se oscurecía por momentos, regresamos presurosos a la seguridad del hotel.

“...llegamos a Nakuru... precioso atardecer con dos arco iris enmarcando a los flamencos y los pelícanos... impresionante espectáculo. Vimos rinocerontes a placer...”

Yendo al comedor nos aproximamos a unos estanques unidos por cascadas, y algo lejano y familiar me puso en tensión. ¿Qué era? ¿Qué me había sobresaltado? Unos metros más allá, un ruido metálico, como el de una campanilla de sonido muy agudo, me produjo en el cerebro una especie de fogonazo. ¡Durante once años las había olvidado! ¡Ranas

Campanilla! Me quedé quieto como una estatua de sal y al momento, comenzó la música: “¡tin...tin...tin”. El sonido era como el que produce una pequeña campana y por eso en mi primera estancia en ese lugar, así las bauticé: Ranas Campanilla. Las tenía olvidadas completamente y solo, con un tenue y lejano canto, habían avivado aquel recuerdo.

Ya con calma, escuchando la procedencia del sonido, busqué a alguna por la zona del estanque a la que iluminaban algunos rayos de luz artificial y allí, sentado sobre una flotante hoja de nenúfar, estaba el emisor de aquel singular canto: una ranita diminuta, no más grande que la uña de un dedo pulgar, y en la que bajo su boca, un globito inflado constituía su aparato fonador. Me sigue pareciendo increíble que un animal tan pequeño tenga esa potencia de canto.

Desde entonces, en todos los hoteles que he estado y que disponen de un estanque con vegetación, no he dejado de acercarme a él en plena noche, por si tengo la suerte escuchar ese precioso canto de amor.

En el hotel Norfolk, desde la ventana posterior de la *suite* Kenyatta, a la que tuvo Jean-Marie la delicadeza de invitarnos en una ocasión, pude aliviar un largo insomnio escuchando ese canto.

Por la noche nos prepararon las camas rodeadas por completo de una tela mosquitera. Me pareció que estaba encerrado en uno de los cazamariposas de tul que tanto utilicé en mi niñez.

Por la mañana, al ir a desayunar, todos se lamentaban del frío que hacía. Los consolé asegurándoles que con el sol desaparecería por completo.

Tras el desayuno bajamos la empinada cuesta que conduce al hotel, giramos a la izquierda y nos internamos en lo que para mí era terreno desconocido.

Levantamos el techo del coche, me subí de pie sobre el asiento, como acostumbro a hacer y...

—¡Inmersión! ¡Inmersión! —Y como si bajase el periscopio de un submarino me dejé caer sobre el asiento.

—Ahí arriba hace un frío que pela. No te das cuenta si estás parado, pero en cuanto el coche se pone en marcha el aire te taladra la cara como si fueran agujas.

La zona por donde transitábamos estaba al pie de la colina del león, Lion Hill, que proyectaba su sombra sobre el camino. Así que hasta que no dejamos atrás un precioso bosque de euforbios —hoy derribado por un temporal—, no conseguimos ver el sol.

Ya en zona más abierta, cuando atravesábamos una amplia pradera, divisé a lo lejos dos grupos singulares. Uno lo componían cinco hembras de Impala (¿sin macho? ¡Qué raro!) 6.86, y el otro, seis ejemplares, también hembras, de Antílope Acuático 6.87, de la subespecie “Defassa” que no tiene un círculo blanco en la grupa, como si fuera una diana. Las cinco por un lado y las seis desde otro, estaban mirando fijamente en la misma dirección...

—George, ¿no te parece raro cómo miran esos antílopes?

Al instante nos dirigimos en aquella dirección, no tardando en divisar frente a ellas, pero algo alejado, un bulto entre la hierba.

El bulto, al escuchar el ruido del vehículo, levantó la cabeza y pudimos contemplar una cara tremenda cubierta de sangre 6.88 y parte del cuerpo del macho de leopardo más magnífico que he visto en mis viajes por estas latitudes. Y por si esto fuese poco... ¡estábamos en tendido de sol!

Allí aparcamos, acompañando durante casi una hora a aquel precioso animal en su desayuno o cena, según se mire, ya que los leopardos son principalmente nocturnos.

A este no debió de dársele bien la caza de la noche y no pudo sorprender al pobre impala hasta bien entrada la mañana. Pero a la vista estaba que no tenía la menor prisa en acostarse y, sabedor de su poderío, cenaba con toda la calma del mundo. Una hora larga permanecimos contemplándolo.

A veces, durante una pausa, se lamía la sangre que manchaba su pecho y volvía a la carne que era de una buena pieza 6.89. ¿Serían los restos mortales del macho de las cinco Impalas? En un tirón que dio a su pieza entreví un cuerno que podía ser de esa especie 6.90. Lo sentí por las viudas.

Me extrañó que no hubiese arrastrado su presa hasta un árbol cercano, pero quizás la distancia excesiva y la seguridad de que nadie se atrevería a disputársela fueran las razones.

Viendo que el leopardo no tenía ganas de moverse con su presa de aquel soleado pastizal, continuamos con nuestro recorrido alrededor del lago. El sol calentaba y todos los periscopios se asomaron al exterior.

El paseo en coche bajo las acacias hasta alcanzar el Baboon Cliff, yendo por ese lado del lago, puede ocupar casi toda la mañana.

En alguna ocasión me he topado con leones por estos parajes, pero lo que he visto en cantidad han sido aves. Es, sin duda, la mejor zona para pajarear.

Todos disfrutamos de los Pelícanos 6.91, 6.92, 6.93 y 6.94 y de los Flamencos, entre los que había un reducido pero conspicuo grupo de la variedad común, más grande y clara que los enanos.

Después de un rato de gozo absoluto, no pude por menos que levantar mis brazos en señal de victoria 6.95.

Ya de regreso al hotel me enzarcé con los innumerables pajaritos que pueblan su arbolado: un Mirlo Metálico (*Lamprolanius chalybaeus*) 6.96 que fue el primero en caer y al que siguieron un Canario (*Serinus dorsostriatus*) 6.97, una Tórtola (*Streptopelia semitorquata*) 6.98 que estaba incubando en su nido, una pareja de Brubru (*Nilaus afer*) 6.99, una *Monticola rufocinereus* 6.100 y uno de los muchos Tejedores (*Ploceus intermedius*) 6.101, que construyen sus nidos bajo los árboles que dan sombra al aparcamiento del hotel.

Ante aquella variedad de aves dejé los rinocerontes, búfalos, jirafas y demás mamíferos para mejor ocasión.

El clima, salvo el chaparrón de la llegada y el de la mañana, lo encontraron fantástico y el hotel, especialmente en lo tocante a la comida, cena y desayuno, resultó del agrado de todos sin excepción. Las habitaciones, por su modestia, las calificaron con un notable bajo.

La última mañana en Nakuru nos la tomamos con calma. Nada de prisas, ni carreras, ni frío. Quedamos en que hasta las diez no zarparía el “submarino”.

Aproveché aquel par de horas largas para recorrer el jardín husmeando en todos los matorrales. Se puede estar haciendo eso durante una semana y no verlo todo. Siempre habrá un ave desconocida... o muchas conocidas que te den la alegría del día.

Cuando vi movimiento de personas en el comedor, me dirigí hacia allí. Por el camino en cuesta, una sombra proyectada sobre el asfalto me hizo mirar hacia el cielo, y lo que allí vi me dejó atónito.

Varias nubes de pelícanos, a distintas alturas, 6.102, 6.103 y 6.104 giraban sobre mí. Eran centenares o quizás miles los que, aprovechando una corriente térmica, se elevaban casi hasta el infinito, asemejándose a puntitos. Otras, sin embargo, estaban comenzando la ascensión y giraban a pocos metros sobre las copas de los árboles. Formaban en conjunto una especie de ballet aéreo en espiral que me hizo correr hasta el comedor para que mis acompañantes lo viesen.

Los pelícanos son aves gigantescas y pesadas que despegan del mismo modo que los aviones. Una vez en el aire son unas planeadoras excepcionales, como los buitres. Solo necesitan para eso una cosa a su favor: sol.

El sol calienta la tierra y forma corrientes térmicas ascendentes en las que estas aves apoyan sus alas. La corriente las empuja hacia arriba y ellas solo tienen que girar y girar sin salirse de ella. El espectáculo que producen cientos de estas aves ascendiendo en giros es alucinante.

Antes de partir de Nakuru, cuando todos los pelícanos habían abandonado aquellos cielos y probablemente pescaban ya en el vecino lago Naivasha, alguien, no recuerdo quién, me hizo una foto de recuerdo 6.105.

EL LOLDIA HOUSE

Nuestro siguiente destino era “a estrenar.” Jean-Marie me lo había ponderado y puesto por las nubes en cuanto a pajarerío, belleza natural y exclusividad... sin por ello tener que meternos en tiendas de campaña carentes de iluminación eléctrica.

Su nombre, Loldia House, no me decía más que, con seguridad, se trataba de una antigua mansión colonial inglesa. Como ave acuática que soy encontré apetecible su ubicación en la orilla occidental del lago Naivasha.

Lo que no me advirtió Jean-Marie era que, a pesar de estar cerca de la carretera principal, no era nada fácil acceder desde ella a ese lugar.

El que lo construyó muchos años atrás tuvo que ser muy inglés y muy loco para hacerse una casa en semejante ubicación. No lo digo por el lugar en sí, que es de una belleza y una tranquilidad difíciles de imaginar. El problema son los veinticuatro kilómetros que hay que recorrer para llegar a ese destino, una vez que se abandona la vía principal. Si a uno le encargan una carretera para un enemigo al que esté deseando perder de vista, tome aquella trocha infernal como ejemplo. Lo tiene todo: pendientes de puerto de montaña de primera especial para los aficionados a la bicicleta de montaña; curvas ideales y en abundancia para los que se marean en este tipo de trazados; piedras y más piedras de todos los tamaños para montar allí mismo una cantera sin necesidad de utilizar explosivos... Como se puede apreciar, un camino muy completo.

En él, sufriendo una especie de martirio, desperdiciamos una hora de nuestras vidas. Pero el lugar lo compensó.

No puedo ni imaginarme lo que tenía que ser irse a vivir allí en la primera mitad del siglo XX, en plena etapa colonial. Solo le encontré una ubicación más complicada al campamento del lago Baringo... y en España, quizás, el Castro Cántabro en la cumbre de Peña Amaya, en la provincia de Burgos.

Por el final del horrible camino habíamos atisbado a lo lejos un grupo de búfalos, y más allá unos campos de labranza muy cuidados, donde varios nativos con sus coloridas vestimentas trabajaban a pleno sol.

A nuestra llegada, salió a recibirnos un hombre de mediana edad, alto y delgado, con aspecto de ser persona culta y educada. Se presentó como Peter, gerente de esta edificación ahora reconvertida en establecimiento hotelero.

El lugar, en plena naturaleza, tenía una zona ajardinada que rodeaba a la pequeña pero bonita construcción. Era un chalet estilo inglés con su interior elegantemente decorado. Destacaba un salón agradable provisto de libros antiguos, y un servicio esmerado. Pero lo mejor, sin duda, era su ubicación en aquel jardín y rodeado de aquel paisaje. Por algo dicen que en África estuvo situado el Paraíso Terrenal.

Frente a la casa se extendía el lago Naivasha en toda su amplitud, hasta casi perderse de vista. Sobre sus aguas, una pradera flotante de jacintos acuáticos servía de lugar de pesca a varias bandadas de pelícanos que, coordinados perfectamente por el jefe del grupo, introducían a un tiempo las cabezas con sus bocazas bien abiertas y, todos juntos, cerraban un círculo con aquella especie de red natural que formaban sus picos. El resultado: cada uno tragaba aquellos pececillos que, en su intento por huir, se habían metido en la curiosa bolsa que colgaba de la mitad inferior de sus picos.

Llegamos justo a tiempo para la comida.

“...bolitas de arroz con queso dentro (como los bocaditos que hacía mamá) y con salsa de tomate. Soufflé de queso, carne de cerdo con una salsa dulce con uvas pasas, acompa-

ñando en la fuente a la lombarda con champiñones y dos clases de patatas y judías. “Mousse” de frambuesa, creo, servido en unas tulipas con adorno de bolas de mango y de melón. Cubiertos blanco hueso...”

Comimos bajo un árbol inmenso en una magnífica mesa con el resto de los huéspedes, cuatro ingleses creo recordar. A pocos metros, sobre un comedero de piedra, lo hacía otro grupo de comensales, entre los que destacaba un “Spectacled Weaver” o Tejedor Moteado (*Ploceus ocularis*) 6.106, un Estornino Soberbio (*Lamprotornis superbus*) 6.107, una Tórtola (*Streptopelia semitorquata*) 6.108 y por el suelo un, para mí desconocido, Francolín de Hildebrandt (*Francolinus hildebrandti*) 6.109 que aprovechaba los restos de fruta y las migajas de pan que los otros pájaros, desde el comedero elevado, tiraban al suelo.

Encontré más que satisfactorio comer con los pájaros de vecinos, pero no así con el grupo de extranjeros (sí, ya sé que yo también lo era en ese país). Nos quitaba naturalidad e independencia y eso no me hizo nada feliz.

Terminada la comida, café incluido, y mientras el resto del equipo se colocaba los huesos en su sitio, me di un paseo por el jardín y llegué a un árbol sicómoro, una especie de higuera, en el cual sus frutos maduros habían atraído a multitud de aves. En su copa, algo lejanos para fotografiarlos con detalle, Estorninos Amatista, Palomas Verdes de la fruta, Nectarínidos y otras aves estaban dando buena cuenta de aquella mina inagotable, pues el árbol estaba cargadísimo de frutos.

Cuando más tranquilo iba mirando al árbol, unos pajaritos que hasta entonces nunca había visto volaron desde el suelo unos metros y allí cerca se volvieron a posar. Esto llamó mi atención y, cuando los distinguí picoteando entre las hierbas, casi se me detuvo el corazón. Los machos eran azul violeta con su pico rojo cereza, más pequeños que un gorrión pero más estilizados. Y las hembras, de colorido más discreto

para no ser descubiertas durante la incubación en sus nidos, en su estilo eran también una preciosidad. Su nombre lo decía todo: “Purple Grenadier” o Granadero Púrpura Oriental (*Uraeginthus ianthinogaster*) 6.110, que por todos esos nombres se les conoce. Solo por ese feliz encuentro indulté a Jean-Marie. Y por si eso fuese poco, al minuto un pájaro mayor de color blanco con su espalda gris, me hizo perseguirlo de árbol en árbol hasta que logré mi objetivo: tomar unas fotos a mi primer Barbudo Cabeciblanco (*Lybius leucocephalus*) 6.111. Después, y seguidos, un Mosquitero Gris (*Bradornis microrhynchus*) 6.112, un Nectarínido Variable (*Cinnyris venustus*) 6.113, otro desconocido que era un ejemplar del género *Apalis* 6.114 pero no me atrevo a decir de qué especie en concreto, y por último un Alcaudón 6.115. Un Alcaudón misterioso, he de decir. Yo lo clasifiqué en tiempos como un *Lanius excubitoroides*, al que conozco muy bien. Pero ahora, al ver la foto doce años más tarde y fijarme en su cabeza y espalda blanca, una especie de chispa me ha saltado en el cerebro. No corresponde a ningún alcaudón de mi libro. ¿Es una mutación? La cosa es que después de fotografiar ese extraño ejemplar me avisaron para dar una vuelta en barca por el lago, lo que me obligó a dejar mi productivo paseo. Aun así, eso no evitó que por el camino me encontrara con un Pájaro Ratón Común, en esa postura tan inconfundible que utilizan para posarse colgando de una rama 6.116.

Ya en el embarcadero, una pareja de Avefrías, a la que solo conocía por las láminas de mi libro (*Vanellus crassirostris*) 6.117, colmó por completo mi vaso de felicidad.

Pero se me habían olvidado los prismáticos y tuve que regresar precipitadamente hasta mi habitación, que estaba en la otra punta del jardín, pues no estábamos alojados en el edificio principal sino en otro más alejado, pero que en su modestia era bonito y original. 6.118.

De regreso al embarcadero intenté sin éxito convencer a Maribel de que se subiese a la barca pero prefirió que-

darse sentada cómodamente bajo un árbol, acompañada de un libro, a la espera de que diesen las cinco, la hora del tradicional té. El resto nos subimos y arrancó el motor a la primera.

El paseo por el lago resultó precioso. Recorrimos las orillas lentamente sorteando islas de jacintos de agua, plagadas de aves descansando sobre ellas 6.119. Nos acercamos a pelícanos entregados a la pesca o volando a nuestro lado 6.120 y 6.121, y esquivamos hipopótamos 6.122 que asomaban sus ojos de mirada curiosa, deteniéndonos cuando algún ave de la orilla nos pedía que la fotografiásemos.

Pero lo verdaderamente impresionante era cuando a nuestro bogar se levantaba en vuelo un numeroso grupo de pelícanos 6.123 y 6.124.

Vimos multitud de aves más, como Garzas Goliath —¡figúrense el tamaño!—, Martines Pescadores Malaquita de unos colores increíbles, y cientos de Garzas, Garcetas, Garcillas Cangrejas, Ibis Morito, Espátulas, Pelícanos y Jacanas que, unos caminando sobre la vegetación flotante y otros nadando, se alimentaban todos de lo mismo: pescado. Esto da idea de la riqueza de estas aguas.

A nuestro regreso, Maribel nos contó su propia aventura. Bajo el árbol, después de la paliza de viaje y con una temperatura tan deliciosa, se había quedado dormida. Cuando despertó le llevaron el té y al poco rato le aconsejaron por su seguridad que se refugiase en la casa. No había entrado aún, cuando junto a su silla vacía cruzó una manada numerosa de los temidos búfalos. No descartamos la posibilidad de que durante el sesteo de Maribel hubieran cruzado por allí mismo, a su lado, para beber en el lago, y que solo hubiera sido avisada del regreso de la manada.

No llegamos a vestirnos con nuestras mejores galas para la cena, pero poco le faltó. Alguno, incluso insinuó que nos pusiéramos corbata, para no desentonar con las señoras que se arreglaron como si de una fiesta se tratara 6.125.

En el salón esperamos a que nos avisasen y, sentados en cómodos sofás, matamos el tiempo mirando aquellos preciosos libros y comentando las vivencias que nos había proporcionado aquel día.

La cena, por su exquisitez y presentación, no hacía pensar que estuviéramos tan alejados del mundo civilizado. Resultó todo tan bien que allí mismo decidí, a pesar de lo recóndito y mal comunicado de este lugar, que volvería para disfrutar de aquella paz y de aquel paisaje de ensueño.

El variado canto de los muchos pájaros que pueblan este jardín, me hizo lanzarme de la cama al amanecer y salir el primero a disfrutar de aquel entorno tan especial.

Nada más poner un pie en el exterior comenzaron a volar Palomas Verdes de todos los matorrales y árboles cercanos. ¡Después de tanto buscarlas resultó que casi estaban durmiendo conmigo! Armado con la máquina me dediqué a perseguirlas.

Pronto descubrí que una, en concreto, repetía cada pocos minutos el mismo vuelo entre dos árboles distantes un centenar de metros. Pero había algo más, ya que al hacer el de ida llevaba una ramita en su pico, y en cambio a su vuelta regresaba de vacío.

Tomé posición a la espera y pude disfrutar de cómo se afanaba arrancando ramitas para construir la canastilla de sus futuros hijos 6.126. Su pareja, desde la copa de una higuera, vigilaba toda la operación 6.127.

Más tarde me acerqué a donde el resto del equipo ya estaba desayunando 6.128, y media hora después cargamos los equipajes y continuamos viaje. Nuestro siguiente destino: Masai Mara.

Nuevo tormento al retornar por la carretera y pronto el alivio de la Transfricana Oriental, que nos pareció “gloria bendita” comparada con lo que acabábamos de dejar atrás. Desde ese momento todo discurrió de forma más cómoda y por terreno conocido. El paso por Narok, con su casi obligada para-

da en el *pipi-room* de la gasolinera en cuyo jardín comí años atrás aquellas *samosas* o empanadillas tradicionales, nos sirvió para estirar un poco las piernas, mirar una tienda repleta de artesanía y telas pintadas 6.129 y atacar las últimas horas del recorrido, para llegar a comer al hotel Keekorok.

—*Jambo!* —Ya en la recepción, rellenamos individualmente nuestras respectivas hojas y, siguiendo a la fila de porteadores que cargaban con las maletas, llegamos a los que serían nuestros alojamientos en los siguientes días. Se situaban en la primera hilera de *bungalows*, nada más entrar al recinto hotelero. Tenían aspecto de chalecitos de estación de esquí, con sus tejados tan inclinados. Personalmente no me desagradan porque tras ellos, hay unos arbustos especiales para pájaros.

Lo siguiente fue salir lanzados hacia el comedor, momento en que siempre llevo mi máquina lista para el disparo, lo que aproveché con un Estornino de Hildebrandt que paseaba por el césped 6.130.

Ya en el comedor al aire libre —en años posteriores lo trasladaron a otro lugar cubierto— miramos dónde había mesa disponible y tomamos posesión de una grande, muy próxima al *buffet* y en la esquina exterior del comedor. Junto a nosotros, una mesa ocupada por una anciana me llamó la atención. Algo en su ocupante me resultó familiar. No sabía si era su soledad, su ancianidad o su aspecto, pero algo me decía que no era la primera vez que se cruzaba en mi camino.

—¿Quién es esa señora? —interrogué al camarero, que como pudo se hizo entender.

En esencia saqué en claro que era austriaca, que todos los años venía sola al Mara en esas mismas fechas, que era *very old* —muy vieja—, cosa que saltaba a la vista y que aquella era “su mesa”, la que siempre ocupaba durante los quince días que estaba en la reserva.

Cuando Hermann regresó con su plato bien cargado le comenté:

—Hermann, ahí tienes a una “joven” compatriota deseando hablar contigo.

Poco después Hermann y la ciudadana austriaca mantuvieron una animada conversación.

No sería la última vez que viese a aquella valiente amante del Mara. Fue en otras dos ocasiones y en la misma mesa, como si no se hubiese movido desde el año anterior. Aquella anciana dama se sentaba en solitario al volver de su rutinario safari mañanero y comía de la misma manera que podría hacerlo en su casa vienesa. Absolutamente todos los camareros la trataban con veneración y estaban pendientes de satisfacer sus más mínimos deseos, porque allí, la susodicha “froilan”, era una institución. Más de veinte años llevaba sin faltar a su cita: estaba enamorada de África. No pude por menos de pensar que algún año no muy lejano no podría volver. Con seguridad todos la echarían de menos, incluyéndome a mí.

De regreso a la habitación a por el resto de los bártulos, no perdoné a un machito de Batis (*Batis molitor*) 6.131 que picoteaba insectos entre las ramas de un árbol.

El primer safari de contacto, se hace de postre de la primera comida. Al poco de salir vimos un rebaño de búfalos muy numeroso y nos dirigimos hacia él. Cuál no sería mi sorpresa al descubrir que sobre el lomo de uno de ellos, había congregada una curiosa asamblea de Garrapateros Piquigaldos (*Buphagus erythrorhynchus*) 6.132. Poco más adelante vislumbramos algo que colgaba en uno de los árboles cercano al camino... ¡sorpresa, sorpresa! Y esta de las gordas porque, junto a la pata de un impala que fue la que llamó nuestra atención, estaba acurrucado su cazador, un tímido leopardo que no se dejaba apenas ver 6.133.

De vuelta al camino, hora y media más tarde, sentado en la cuneta estaba esperándonos un cachorro de leopardo precioso... No exagero cuando digo que a los leopardos no hay que buscarlos, sino que lo que hace falta es suerte y que ellos quieran que los encontremos... 6.134.

Lo siguiente que apareció ante nosotros fue un rebaño de incontables búfalos 6.135 que permanecían hechos una piña. Probablemente así se sentían más seguros.

El gigantesco macho de león que vimos 6.136, en otra ocasión habría sido recibido con aplausos. Entonces, con dos leopardos bullendo aún en nuestra retina, el pobre no tuvo ningún éxito. Pero nos dio suerte después de todo, porque haciendo bueno el refrán de que “no hay dos sin tres”, un tercer leopardo salió hasta el camino a saludarnos. ¡Tres, en tan solo una hora y veinte minutos! Si otro me lo cuenta no me lo creo, pero a las pruebas me remito. Quizá fueran de la misma familia, porque estaban en un área de unos dos kilómetros cuadrados, pero lo que tengo bien seguro es que nunca volverá a ocurrirme algo semejante.

Pero retomo a este tercer leopardo, que se sentó a mirarnos para que lo hiciera unas fotos “de estudio,” más que de safari 6.137 y 6.138. Era sin duda un animal joven, de pelaje precioso... y con una mirada ambarina en sus ojos que daba unas ganas de acariciarlo... Por lo menos eso le ocurrió a Maribel, cuya contemplación revolvió sus instintos de “mamá leopardo” de tres como él que tuvimos correteando por casa.

Como estaba a la orilla de la carretera no fuimos los únicos que lo contemplamos, ni mucho menos. Delante de nosotros lo había hecho otro coche y hacia él se dirigió el gatito. Cuando estaba a escasos cinco metros del vehículo, vemos que por la ventanilla se asoma una máquina de fotos y tras ella la cara de un oriental... y el gato continúa acercándose hasta unos dos metros. El feliz asiático tomaba unos primeros planos de antología. Pero al leopardo no le debió de hacer gracia tanta confianza, y de improviso se levantó sobre sus patas traseras y le lanzó un rugido a bocajarro que máquina y cabeza desaparecieron en una centésima de segundo... y en dos más ya había subido la ventanilla hasta arriba.

—Ese no baja otra vez el cristal hasta que vuelva a estar en Pekín.

Con todo lo visto emprendimos la retirada hacia el hotel, pero “cuando uno está de suerte, está de suerte”... y yo, en concreto, esa tarde lo estaba. Allí, sobre un arbusto de ramaje denso como si lo hubiesen podado a menudo, vi posarse a un Ave Secretario. Junto a él asomó la cabecita de su pareja que estaba incubando polluelos 6.139. Ha sido el único nido que he encontrado de esa especie.

La cena fue de lo más agradable, como no podía ser de otra forma estando seis personas totalmente relajadas de vacaciones, en lugar tan bonito y con las vivencias acumuladas aquella tarde. Tan eufórico estaba que poco me faltó para sacar a bailar a la anciana “froilan”...

Tanto lo celebramos que por la mañana todos estaban quejosos de sueño: “Nadie fue a la romería, que no le pesó al otro día”, que dicen en los pueblos; o “Noches alegres, mañanas tristes” que decía la patrona de mi pensión de estudiante cuando me veía amanecer con resaca. Pero un café cargado y el no tener que acudir a trabajar despertaron los ánimos y pronto rodábamos por el Mara.

En el bosque que está a unos cientos de metros del hotel descubrí una rapaz grande que tardé un poco en identificar, pues vestía “raro”, ya que acababa de salir del nido 6.140. Por su forma, tamaño y expresión, era sin duda un Águila Volatinera, aunque su color marrón y homogéneo, tanto en plumaje como en la cara, distara mucho del negro corporal y de la cara roja de sus padres. Debía de haber nacido en un nido de aquella arboleda impenetrable.

“Alguien ha matado a alguien”, que decía el humorista Gila en uno de sus *sketches*. Y allí, frente a nosotros, teníamos las pruebas. Sobre un arbusto, un Buitre Orejudo (*Torgos tracheliotus*) 6.141 hacía la digestión. En otro cercano, un Buitre de Espalda Blanca (*Gyps africanus*) 6.142 estaba ocupado en el mismo menester. Pero tardamos un rato en encontrar el lugar del crimen, donde un curioso y completo equipo de limpieza se encontraba dando los últimos reto-

ques para hacer desaparecer todas las huellas. El equipo en cuestión no podía ser más variopinto, ya que estaba formado por un Chacal Plateado, otro Buitre Orejudo, otro de Espalda Blanca y un Alimoche Oscuro (*Necrosyrtes monachus*) 6.143. Cuando la asamblea se disolvió y quedó solo el chacal vi, por lo dilatado de sus mamas, que era una hembra con hijos lactantes o a punto de parirlos 6.144.

Continuamos haciendo kilómetros en dirección al “Puente de los suspiros”, junto al cual suelen aparecer muchos ñus ahogados.

Por el camino tomé una foto a un Estornino Amatista de un color violeta intenso 6.145, para compararlo con los que a decenas picoteaban por el jardín, que eran azules, no sé por qué extraña razón. Sospecho que es la edad la que les hace sufrir ese cambio... parecido a lo que le ha ocurrido a mi pelo que, desgraciadamente, no ha adquirido ese precioso color.

Ya cerca del río fotografié un Waterbuck descornado 6.146 —mal futuro sexual se le avecinaba, sin poder luchar por un harén—, y las moles de los hipopótamos, en la orilla, en el mismo lugar en que los dejé cinco años antes 6.147. Si no fuera porque sobre uno de ellos se paseaba un Correlimos Común (*Actitis hypoleucos*) 6.148, que como nosotros era un visitante otoñal en estas latitudes, diría que todo seguía igual que un lustro atrás, ya que también los gigantescos cocodrilos 6.149 y los Buitres Moteados 6.150 y 6.151 ocupaban sus mismas posiciones.

En esta época del año los ñus suelen estar condenados a atravesar el río en dirección al Serengeti tanzano por la escasez de alimento en el Mara. Pero ese día aún pastaban tranquilamente ajenos a la mirada de tres buitres 6.152 que, posados en escalera, deseaban ver cómo un felino mataba a uno de ellos para darse con los despojos el gran festín 6.153 y 6.154. Porque cercanos pero camuflados en un matorral, estaban sus eternos enemigos, los leones 6.155 y 6.156.

De regreso divisé a lo lejos a tres jirafas y con ellas y esa extensión inmensa que son estos gloriosos pastizales, tomé mi última foto 6.157. No pude dejar de pensar cuán felices serían nuestras vacas si esos pastizales estuvieran en Cantabria durante el invierno.

“...por la mañana vimos unos rebaños muy grandes de ñus y cebras, que eran una preciosidad; muchos buitres, entre ellos un grupo de Ruppels de 5 o así que son jaspeados y tienen el collar blanco, los de la cabeza roja, otros con dos chales muy bonitos...luego fuimos al río a ver a los “hipos” y cocodrilos ¡inmensos!...”

Dado que éramos seis y que tanto personal en un mismo coche ocasionaba cierta incomodidad, decidí dedicar esa tarde y los dos últimos días a patrullar, cargado con mis artilugios fotográficos, el jardín del hotel. En solitario me sentiría aún más libre que en aquellas inmensas llanuras.

No perdí el tiempo ni un momento. Comencé con un Tejedor de Frente Moteada (*Sporopipes frontalis*) 6.158 y continué con una de mis tórtolas favoritas, que es muy pequeña y que tiene unas manchas inconfundibles de color esmeralda en cada una de sus alas “Emerald-spotted Wood Dove” (*Turtur chalcopilos*) 6.159. A pesar de lo elevado del árbol en que descansaba y a base de paciencia, logré que se hiciese visible esa mancha tan conspicua en un giro de su ala, instante que aproveché para apretar el disparador.

Y también lo hice con un Granadero Púrpura, igualito que el de su descubrimiento en el Loldia 6.160; la flor de una planta epifita, que me pareció una orquídea 6.161; y un pájaro carpintero, Pito Gris Occidental o “Grey Woodpecker” (*Dendropicos goertae*) 6.162 (creo que me gusta más su nombre latino o el inglés, que el castellano con que lo han bautizado recientemente). Ante un Mirlo Metálico nunca me he podido reprimir, y no hice entonces ninguna excepción 6.163.

De aquella especie de ataque de locura —quizás hice más de trescientas fotos en dos horas— ni los vencejos que vola-

ban en las alturas se salvaron 6.164... y mucho menos un precioso Alción Senegalés o “Woodland Kingfisher” (*Halcyon senegalensis*) 6.165.

Al retirarme para dejar a buen recaudo mi equipo me encontré con una escena de lo más divertida, por lo menos para mí. Una familia de Cercopitecos Verdes había robado un bañador rojo a uno de mis vecinos y estaba disfrutando con él, peleando para ver quién era el más fuerte y lo rompía el primero, con lo que las carreras y persecuciones eran de lo más gracioso. Al final uno se hizo con el trofeo y se largó con el bañador, no fuera a ser que le robaran aquel tesoro tan divertido 6.166. Esa noche descansé feliz.

Ni por lo más remoto acepté subirme en el coche para otro safari. Los jardines me proporcionaban mucho más de lo que en un principio pude imaginar, así que, bien temprano, volví a la carga.

La primera pieza la tenía a la vista, era una golondrina grande y de color ladrillo. Miré el libro y al instante la identifiqué como una Golondrina Mezquita o “Mosque Swallow” (*Hirundo senegalensis*) 6.167, muy parecida a nuestra Golondrina Dáurica, pero sensiblemente más grande. Según dice mi Biblia pajaril, exactamente tres centímetros más.

¡Por fin conseguí hacer una foto a uno de los muchos, pero desconfiados, Estorninos Amatista que pululaban por el jardín! Comparándolo con el de la mañana anterior, me quedó aún más clara la diferencia de color 6.168. La hembra que estaba a su lado, era igual que todas las que he visto o tenido en el Zoo 6.169.

Me quedaba otro pájaro que “me traía a mal traer”, porque con sus constantes vuelos persiguiendo insectos resultaba imposible de fotografiar. Pero se debió de fatigar y aproveché su reposo para despacharme a gusto, de frente y de espaldas. Era un “Paradise Flycatcher” 6.170 y 6.171. Lo mismo hice con su “señora”, que lo admiraba desde un árbol próximo 6.172.

Apenas me quedaba tiempo, pero no era mi intención desperdiciarlo. ¿Que me sobrevolaba un Águila Volatinera?... ¡fuego! 6.173; que... ¿qué era aquello rojo que se movía en la espesura?... En la linde del jardín, tras la tela metálica que nos protegía de invasores peligrosos, un pájaro precioso aunque algo siniestro por sus colores negro y rojo, me dejó sin aliento 6.174. La foto de aquel Gonolek (*Laniarius erythrogaster*), decepcionante por interponerse la tela metálica, me obligó a patrullar aquella zona casi hasta la extenuación, pero dos horas y tres minutos más tarde tuve una mísera recompensa. Entre unas hojas, ahora sin tela metálica, por lo que el ambiente era más natural, me permitió fotografiarlo nuevamente y en seguida se fue 6.175.

Ya agotado, con mis últimas fuerzas me senté en la pasarela de los hipopótamos y allí, cómodamente, me entretuve con la pareja residente de Batis, especialmente con la hembra de mancha marrón en su pecho 6.176 y 6.177.

De vuelta en dirección a nuestra habitación, un nuevo reto: un pájaro negro, para mí también novedoso, comiéndose una rana 6.178. Solo conseguí una foto mala que me obligaba a perseguir a muerte a este nuevo enemigo. A falta de encontrarlo, una pareja de Granaderos Púrpura, ella con una pluma camino del nido, me sirvió de consuelo 6.179 y 6.180.

Con un Nectarínido de Pecho Rojo 6.181, un Turaco de Cuello Blanco o “Bare-faced Go-away-bird” (*Corythaixoides personatus*) 6.182, y otro picamaderos diferente 6.183 cerré la máquina por esta vez.

En vista de mi renuncia a acompañarlos, esa tarde se fueron todos menos yo a una cercana aldea masái y allí estuvieron comprando chucherías y manualidades. La aldea era una preciosidad, pero dejaba bastante que desear en cuanto a los expositores de su artesanía, que eran unas baldas apoyados en los palos más rústicos que pude imaginar 6.184 y 6.185

Ese año el hotel Keekorok tenía un invitado un tanto especial. Se trataba de un hermoso facocero que alguien del

hotel, —sin ninguna duda con bastante autoridad, ya comprenderán cómo lo sé— había criado a biberón.

El animal era de lo más sociable y se paseaba por todo el recinto sin limitación alguna. Pero durante el día, cuando todos se iban de safari, se aburría. No le gustaba la soledad y con las estancias tan cortas de la mayoría de los turistas, no tenía tiempo de intimar con ninguno. Pero mi caso era especial, porque yo prolongué mi estancia durante tres días y medio...y me escaqué de los tres últimos safaris. Consecuencia, el animal buscaba mi compañía y yo lo recibí con los brazos abiertos.

Agotado de pasear arriba y abajo el jardín con mi pesado equipo de trípode, máquinas, telescopio y prismáticos a cuestas, me sentaba un rato a leer a la puerta de mi habitación. Allí venía él, se tumbaba a mi lado y yo lo acariciaba, con lo que él se sentía feliz... y yo también. Varias veces me visitó en mi residencia, aunque otras nos encontramos en su habitación privada, que era el salón principal del hotel. Sobre una elegante alfombra dormitaba tranquilamente. No sé si por la noche se tumbaría en el sofá, pero apostaría a que sí. De todo esto deduje que estaba protegido por las más altas jerarquías de este hotel.

Pero todos los viajes llegan a su fin y este lo iba a hacer aunque de forma diferente a los anteriores.

Por primera vez, el regreso hasta Nairobi lo haríamos cómodamente en avión en lugar de madrugar, desayunar a toda prisa y meternos en el cuerpo un kilometraje importante, con la incertidumbre añadida de una avería y el riesgo derivado de perder el vuelo.

En esta ocasión dormimos tranquilamente, desayunamos y en el salón nos encontramos y saludamos al “faco” que seguía dormitando 6.186.

Yo, al tener tiempo disponible, continué con mis fotos. No me alejé de la habitación, sino que patrullé por los alrededores. Aquí los pájaros están por todas partes y es tontería

alejarse, porque quizás el que más deseas esté posado en la puerta de tu “casa”. No fue eso lo que ocurrió y al primero que vi fue a un precioso Estornino Soberbio, que hacía honor a su plumaje 6.187. Cuando me acerqué aún más para hacerle un primerísimo plano, algo negro se movió por el prado. Volví la vista y allí estaba el que la tarde anterior, después de merendar rana, se dedicó a darme esquinazo. Solo conseguí una foto modesta 6.188, justo antes de que huyera volando, que me dejó con la conciencia bien tranquila. Ahora sí que podía volver con el Estornino Soberbio que, en premio a mi constancia, posó para mí a dos metros de distancia 6.189 con un resultado inmejorable.

Un Brubrú (*Nilaus afer*) 6.190 y un Tejedor de Frente Moteada (*Sporopipes frontalis*) 6.191 fueron los últimos pájaros que posaron.

Pero mientras yo pajareaba, otros eligieron la piscina y allí coincidieron otra vez con el “facó” que se acercó a beber agua 6.192.

Ya cansado de hacer fotos y con la hora del avión más próxima, me fui a recoger el equipaje. Tumbado a la puerta de mi modesta residencia, estaba esperándome para decirme adiós mi amigo el facocero 6.193. Lo acaricié un rato, me despedí de él rápidamente porque en el *bungalow* de al lado Francisco me estaba esperando 6.194, y de allí al coche 6.195.

Ya en el “aeropuerto” y a la espera del avión, foto con el “duty free” de fondo y la “terminal” a nuestra izquierda 6.196, y otra más de la “terminal” con todos los pasajeros esperando 6.197. Cómodamente volaríamos hasta Nairobi... si no nos estrellábamos por el camino.

Subimos al avión, despegamos, volamos 6.198, aterrizamos en el Wilson Airport y llegamos al hotel Norfolk. En él hicimos tiempo hasta las nueve de la noche, en que volvimos al Jomo Kenyatta International Airport... y desde allí, vuelta a casa.

Todo acabó felizmente. Como siempre debería ser.

Fue, sin yo saberlo entonces, el viaje a esos preciosos lugares en que he visto más aves diferentes. Y sobre todo, más especies nuevas para mí.

Por otro lado nadie había sufrido ningún percance, el coche respondió a la perfección, y el tiempo —salvo el chaparrón de Nakuru y su mañana heladora — fue el ideal para corretear de aquí para allá. Vimos los ocho grandes —no los cinco— y, en cuanto a leones, pasamos de los cincuenta.

Yo lo calificaría como “EL VIAJE PERFECTO”.

CAPÍTULO VII

KENIA CON JÓVENES, 2005

Un nuevo otoño y, siguiendo la costumbre ya adquirida, un nuevo viaje a Kenia. “¿Por qué tanto Kenia y más Kenia?”, nos preguntaban extrañados nuestros amigos. Porque ese país es tan variado y tan diferente que nunca, por muchas veces que se visite, quedará uno defraudado. Siempre se ven especies nuevas que reavivan la ilusión y hacen palpitar el corazón del fotógrafo, o siempre ocurre algo singular e inesperado que se refleja en una vivencia única; eso es lo que me atrae. Por eso vuelvo. Es como un vicio.

En esta ocasión invitamos para que nos acompañase a Beatriz, nuestra sobrina por parte de Maribel, que iría con un amigo.

Podríamos viajar más cómodamente gracias a la cualidad de angloparlantes de los jóvenes que yo no comparto, pero de cuya ausencia tampoco me arrepiento. Al llevar intérpretes desde casa perdería la preocupación de hacerme entender y dejaría más libres a mis neuronas.

Para entonces la organización era ya casi pura rutina. Repetiría en esencia el viaje del septiembre anterior, comenzando por coordinarme con Jean-Marie. Le expuse mi plan, él me hizo sugerencias y yo acepté en parte las novedades. Después nos pusimos de acuerdo en el precio de sus servicios, ya que los billetes de avión los sacaría yo mismo.

Tras estudiar todas las posibilidades y combinaciones había llegado a la conclusión de prescindir de mi coche para

acudir al aeropuerto bilbaíno. Contraté a una taxista que nos vendría a recoger a las cuatro y media de la mañana y nos acercaría hasta Bilbao. Fuera preocupaciones y responsabilidades.

La taxista, de nombre también Maribel, se presentó puntual, aparcó fuera y allí salimos nosotros arrastrando los equipajes. En ese momento un coche que circulaba por la carretera dio un frenazo, giró bruscamente y se detuvo a nuestro lado. Mi sorpresa fue mayúscula cuando de él salió, todo acelerado, uno de mis empleados, al que llamábamos Pedro “el Rubio”.

—Es que venía de tomar “una” copa, vi movimiento y pensé que unos ladrones le estaban vaciando la casa.

—Te agradezco el detalle, Pedro, pero vete a dormir que si no mañana, a lo mejor se te escapan los leones por la resaca.

Estaba previsto que a las 6:50 de la mañana nuestro vuelo de Brussels Airlines partiera de Bilbao con destino a Bruselas. Allí enlazábamos a las 10:40 con otro vuelo de la misma compañía que, con una escala técnica de una hora en Kigali, tenía su llegada al Jomo Kenyatta de Nairobi a las 19:55 hora local, las 18:55 hora de España. De allí a mi Norfolk querido faltaba solo un paseo en coche de unos veinte minutos... en el supuesto de que todo fuese de acuerdo con el plan.

Ya en el aeropuerto, según nos acercamos a la ventanilla de Brussels Airlines, una simpática y amable señorita nos llenó de “alegría” al comunicarnos que una intensa niebla mantenía cerrado el aeropuerto de Bruselas. A causa de eso nuestra salida se retrasaba como mínimo una hora, lo que hacía casi imposible que llegásemos a enlazar en Bruselas. Pero según ella no representaba mayor problema, porque cuando llegásemos a Bruselas, desde allí podíamos volar a Londres y, al día siguiente, ahora en British, llegaríamos felizmente en vuelo nocturno a nuestro destino africano.

La posibilidad de otra combinación alternativa volando desde París quedó rechazada de salida, porque en Francia había huelga del personal de aeropuertos.

Estuvimos a punto de lanzarnos a su cuello, porque si perdíamos un solo día todas las reservas se quedaban colgadas en cadena a causa de esa jornada de retraso, y nuestro plan de viaje se derrumbaba como un castillo de naipes.

—Si quieren arriesgarse, yo les doy las tarjetas de embarque, pero que quede claro que de llegar a tiempo tendrán que recorrer el aeropuerto de Bruselas de punta a punta en un cuarto de hora.

Cada minuto de espera en Bilbao se nos hacía eterno. ¡Qué tensión! Pero por fin embarcamos y nuestro avión despegó. Con poco más de una hora de retraso, pero despegó, que era lo más importante. No quité ojo al reloj en todo el trayecto. Antes de aterrizar en Bruselas, ya estábamos mentalizados para lo que nos esperaba.

“...corrimos durante un cuarto de hora, desde las 9,50 en que aterrizamos en la A-47, hasta la B-5... donde hemos estado esperando durante una hora más, o sea que estamos saliendo a las 11,40...vamos vía Kígali...J.I. está el pobre con un catarrazo bueno...”

Lo mismo que la niebla nos perjudicó en Bilbao, ahora, como compensación, retrasó el vuelo a Nairobi y todos contentos.

Llegamos a nuestro destino sin novedad. Nos esperaban y nos trasladaron al Norfolk 7.1 y 7.2. A la mañana siguiente partiríamos hacia Samburu.

“...noche en el Norfolk de Nairobi que, como siempre, da gusto por lo bien montado que está y con el sabor de antaño que aún conserva...”

A SAMBURU, DE CABEZA.

Tras esa noche en el Norfolk comenzamos con un paseo por su jardín, un desayuno como para un día entero de andadura y partimos camino al aeropuerto de vuelos interiores, el Wilson Airport.

El hacer esta primera etapa en avioneta era novedoso. Con ello ganábamos en comodidad y nos evitábamos cinco de las seis horas de coche. La sexta la canjeábamos por una hora de vuelo.

Despegamos a las nueve y, como estaba previsto, en poco más de una hora nos trasladamos desde el aeropuerto Wilson, dedicado a vuelos nacionales, hasta el mismísimo parque de Samburu.

Nada más despegar sobrevolamos un barrio de chabolas 7.3, espectacular por su miseria. Poco después, unas tierras de labor cultivadas con mucho mimo 7.4 y 7.5 despertaron mi admiración. Enseguida llegamos a la zona desértica 7.6 y vi las primeras “bomas” 7.7, esos cercados circulares contruidos con ramas repletas de espinas, en los cuales los pastores encierran al ganado para que pasen allí la noche a salvo de leones y otras fieras.

Una parte del vuelo la dediqué a poner en antecedentes a Bea y a su amigo, de cuál era el principal objeto de mis deseos en aquel parque en el que próximamente aterrizáramos.

—Ahí abajo vive un pajarito amarillo, cuyo nombre en inglés es “Golden Pipit”. El año pasado uno de su especie me dejó con la miel en los labios. Le tomé cuatro fotos y salió volando ante mis narices, pero... las cuatro estaban en blanco por un error mío. Desde entonces lo busco sin cesar. Cuando me refiero a él, desde aquel aciago momento en que nos encontramos por primera y única vez, yo lo llamo “cariñosamente” el “Fucking Golden Pipit”.

El golpeteo de las ruedas de la avioneta sobre la irregular pista de aterrizaje disolvió por completo aquel primer ataque de odio.

Nada más pisar la roja tierra con nuestro pies, un solícito George, el mismo que nos acompañó el año anterior, se acercó para ayudarnos.

—*Jambo, Bwana Pardo!*

La combinación de que un coche nos lleve hasta el aeropuerto y que otro nos espere en la reserva, resulta maravillosa. Con esa nueva opción ganábamos varias horas de viaje y... mucha comodidad.

Ni que decir tiene que estar treinta horas más tarde de nuestra salida de Bilbao viendo Cebras de Grévy, Gerenuks, Jirafas Reticuladas y Elefantes nos pareció un sueño, y más aún al equipo novato, que de repente se vio inmerso en la maravilla que es esa reserva.

Tras un corto pero intenso primer safari con equipaje incluido, detuvo George el coche en la puerta del Hotel Sarova Shaba justo a la hora de la comida.

—*Jambo, “Big Machine Man”!*—El que pronunció aquella bienvenida era Charles, un africano corpulento y cuadrado como un armario ropero. Era el jefe de los mozos de equipaje y quien me bautizó de esa manera, “El Hombre de la Máquina Grande”, ya que llevaba mi máquina con un teleobjetivo de 400 milímetros al que yo, cariñosamente, apodaba “el cañón”. Nos conocíamos desde quizás mi primera estancia en ese hotel seis años atrás. Siempre estaba al pie del cañón —no del mío— porque su puesto era muy importante y devengaba abundantes propinas. Charles era ya mayor y le quedaba poco para retirarse... o para que lo retirasen forzosamente, que no sé cómo funcionan esas cosas en ese país. Pero era amable, buen trabajador y le tomó afición a que nos fotografiásemos juntos, cosa en la que yo no tuve el menor inconveniente 7.8.

Nos colocaron en los chalés de dos pisos, con una habitación en cada uno de ellos, que están en la parte izquierda del recinto según se llega. Nosotros elegimos la de debajo y a ellos, más jóvenes, les tocó subir escaleras 7.9.

El Sarova y su piscina estaban espléndidos como en anteriores ocasiones. Lleno de turistas y con un ambiente muy animado, tanto en el bar como durante la cena en el comedor.

“...esta mañana salimos a las siete y vimos muchas jirafas y elefantes, pero nos costó mucho encontrar a un grupo de siete leones, madre con hijos, dos de ellos como de cinco meses. También vimos allí mismo a unos Barbet, pájaros preciosos con cola larga y lunares. A J.I. le encantó el Barbet y vio que tenían el nido en un agujero en el suelo...”

Tras la entrada en Samburu por su puerta disfrazada de cebra 7.10, comencé a ver animales interesantes. Un rebaño numeroso de Antílopes Acuáticos 7.11 pastaba en una junquera. Pronto nos encontramos con los primeros elefantes 7.12, 7.13, pero continuamos sin detenernos y esperamos hasta el río para disfrutar con la contemplación del numeroso grupo que allí se congrega para calmar su sed.

Capté una cebra con un “cebralín” pequeño 7.14 —así los había bautizado en anteriores viajes— y, sobre un árbol, cantando a un mundo de felicidad y amor, un espléndido macho de Calao Piquigualdo (*Tockus flavirostris*) 7.15 en plena danza nupcial.

Después de cruzarnos con un nutrido grupo de las llamativas Guineas Vulturinas, encontramos a otro grupo, este de siete leones 7.16, entre los que había dos cachorros crecidos. Mientras los reporteros tomaban fotos con sus teléfonos, yo hacía lo mismo, pero con mi teleobjetivo. Concretamente con una pareja de Barbudos de D’Arnaud o Capuchinos (*Trachyphonus darnaudii*) 7.17 que descansaba en un matojo. Cuando comencé a tomarles fotos, uno de ellos con pocas ganas de colaborar, voló hacia el coche y a solo cinco metros de él se posó en el suelo de tierra y desapareció colándose por un pequeño agujero del terreno, lo que me dejó sorprendido. Siempre creí que estas aves anidaban en agujeros de árboles.

Al mirar con detenimiento las fotos descubrí que el que se coló en el agujero era el que tenía su pico lleno de unas frutas diminutas, parecidas a las grosellas 7.18, por lo que deduje que en el fondo de aquella madriguera tenían hijos crecidos a los que alimentar.

Por la zona del río acudimos a “repostar” al hotel Serena, donde habíamos dormido en nuestro primer viaje. Enfrente de él vimos un Azor Gris posado sobre el suelo 7.19, una preciosa Jirafa bebiendo en esa incomodísima postura que la madre Naturaleza les ha obligado a adoptar 7.20, y un Pájaro Ratón de Cabeza Blanca 7.21 (*Colius leucocephalos*) que rellenaron el safari de aquel día.

En el hotel, y por la orilla del río, me lo pasé pipa viendo a la pareja de Martín Pescador Gigante (*Megaceryle maxima*), afanándose en excavar con los picos un nuevo túnel para su nido, lo que hacía que los tuviesen constantemente llenos de pegotes de arcilla 7.22 y 7.23.

Frente al hotel, pero como siempre en la orilla opuesta, tenía su territorio una pareja de Alcaravanes del Cabo (*Burinus capensis*). Su lejana ubicación no me permitía más que una mala foto, pero una mañana durante el safari encontré a otra pareja desprevenida y se calmó en parte mi frustración 7.24.

Durante nuestra estancia hice de guía y de cicerone, y traté de aficionar a mi nuevo equipo al arte de localizar e identificar animales. Aprendieron rápidamente y con sus móviles tomaban fotos del paisaje, de las personas y de los animales grandes, con lo que me quitaban la obligación de ser el fotógrafo de sociedad y pude centrarme en las aves. Pero a cada rato me volvía una y otra vez a la mente el dichoso pajarito.

—Estamos casi al final del safari en Samburu, ¡y el “Fucking Golden Pipit” sin aparecer! ¡A que me voy otra vez sin verlo! Como se me ponga a tiro, lo ametrallo.

Pero aún nos quedó tiempo para encontrar un nutrido grupo de Órix presidido por una jirafa 7.25, una Cebrá de Grévy mirándonos fijamente 7.26, un matrimonio de Gerenuk comiendo en su curiosa postura habitual 7.27, y una hembra que parecía tocar la flauta con la rama de la que se alimentaba 7.28. Con otra Cebrá de Grévy, a la que yo llamo “mil rayas”, puse punto y final 7.29.

Esa última tarde, cuando en una curva vimos en toda su amplitud el río Ewaso Ngiro, un pequeño grupo de elefantes bebía metido en su cauce 7.30. El precioso contraluz, ya cuando dábamos el safari de tarde por terminado, nos permitió gozar unos largos minutos con aquella postal y con otra aún más bonita por el lugar donde en ese momento se ocultaba el sol 7.31. Otra vez el “Fucking Golden Pipit” había logrado darme esquinazo.

CAMINO DEL MOUNT KENYA

Al día siguiente tocaba lujo: el Mount Kenya Safari Club, que era ya una cita obligada en nuestro recorrido.

“...dejamos Samburu después de dos agradables días a las 9,30 más o menos y a las 11,30 estábamos en el Mount Kenya ¡Qué bien llegar descansados a un sitio tan bonito!... Esta es la tercera vez que nos quedamos aquí y hoy no ha llovido...ahora estoy escribiendo con una magnífica fogata en la habitación y en el salón, José Ignacio y Bea han estado por ahí toda la tarde recorriendo el Hotel. Bea quería montar a caballo, pero la pareja con la que coincidimos en el avión y hoy aquí y que son de Santander, dijeron que no les gustó el paseo a caballo...”

Nos instalaron en los apartamentos Riverside, frescos como una nevera pero con chimenea, lo que atenuaba en parte el frío reinante.

Paseo por el jardín, primero hasta la capilla 7.32, después hasta el laberinto vegetal 7.33 y por último hasta la piscina 7.34. Conseguí fotos de una pareja de Alimocho Sombrío o “Hooded Vulture” (*Necrosyrtes monachus*) 7.35, de un “Martinetillo” —nombre de mi propio cuño—, que es una Garza Estriada o “Striated Heron” (*Butorides striata*) 7.36, y ya en el estanque, de un Pato de Pico Amarillo (*Anas undulata*) 7.37 y de un Zampullín Chico (*Podiceps ruficollis*) 7.38 como los de mi tierra. A este último los científicos le han cambiado de

género hace poco y lo han bautizado como *Tachybaptus ruficollis*. ¿Comprende ahora el lector por qué decía al principio que los nombres científicos también “tenían lo suyo”?

Ya de regreso al hotel contemplé la panorámica de aquella maravilla: el jardín, el lago, las aves paseando y, a lo lejos y como telón de fondo el impresionante monte Kenia 7.39.

En el interior del edificio unos gigantescos colmillos de elefante, convertidos en vigilantes de marfil, escoltan la cristalera de un ventanal y las entradas de los principales salones junto a los vanos de las puertas.

Solo nos faltaba la visita a la tienda del recinto hotelero y yo, mientras el resto la pateaba, me quedé fuera viendo a mis amigos los Turacos de Hartlaub, que frecuentan estos árboles de la entrada para comer sus frutos como cerezas amarillas. Son aves preciosas, de cuerpo verde y alas azulonas por fuera y rojas por dentro. El rojo es tan intenso que a un pigmento puro de ese color le han llamado “Turacina” en su honor. El efecto que produce ese color rojo al desplegar las alas y echar a volar, hace que parezca una llamarada que se mueve entre los árboles. Cuando estas aves frugívoras de bosque, del tamaño de una paloma, cierran sus alas y se posan para comer o descansar, el rojo de sus alas desaparece de la vista y el verde de su cuerpo las mimetiza con la vegetación. Pasé mis buenos ratos buscándolas y esperando ver cómo tragaban un fruto entero, pero en esa ocasión no aparecieron.

En los árboles con flores, los Nectarínidos o Suimangas Bronceados, que se alimentan de néctar como los colibríes, son otros de mis favoritos.

Esa noche durante la cena nos encontramos nuevamente con nuestros paisanos que estaban de viaje de novios, algo habitual allí. Como no podía ser de otro modo, les deseamos mucha felicidad.

Por último, nos tomamos la foto de rigor junto al cartel que está en el mismísimo ecuador, en que detallan la altitud, la latitud y la longitud de este espectacular lugar.

EL COUNTRY Y EL ARK 2005

Desde el Mount Kenya Safari Club descendimos hasta Nanyuki. Allí giramos a la izquierda y tomamos la ruta hacia los montes Aberdares. Dormiríamos en el Ark, arriba, casi con toda seguridad sin que un timbrado, dos, o tres, nos advirtieran de la llegada al abrevadero de algún magnífico animal. Ya me conocía la historia y sabía que, con suerte, disfrutaríamos de la visita de algún elefante al anochecer.

Pero mientras tanto pasaríamos el día abajo, en el Country Club, que sí que era santo de mi devoción. Lugar bonito, buena comida y cosas curiosas no me iban a faltar.

Ya para entonces me había aficionado al golf, aunque no pensaba perder el tiempo dando bolas en África teniendo el resto del año a mi disposición. Pero acercarme a pisar su campo de golf y aprovechar para ver su fauna, era cosa bien diferente. Dicho y hecho.

El campo, corto y de nueve hoyos, tenía unas cualidades especiales y difíciles de igualar en mi tierra. En el Country, de repartirse algún bolazo, lo sufrirían los facoceros que habían tomado por asalto los *greens* y los Antílopes Impalas que pastaban las “calles”. Tomé buena nota de todo para, a mi regreso, hacer unas sugerencias a los directivos de los campos en que jugaba habitualmente, porque a pesar de la presencia de estos animales el estado del césped era más que decente.

De vuelta del paseo por el golf encontré a un Mosquitero de Ojos Blancos que empollaba en su nido. Una foto mantendría vivo su recuerdo 7.40

Allí abajo dejamos nuestro equipaje y en el autobús, ascendimos hasta el Ark.

Entre el anochecer y el amanecer, se acercaron a beber bastantes animales, pero yo me entretuve, ya por la mañana, con cuatro Palomas Verdes de la Fruta, “African Green Pigeon” (*Tieron calvus*) 7.41, que buscaban piedrecitas minerales junto

a la charca. Pero una pareja de Calaos Chocolate “Crowned Hornbill” (*Tockus alboterminatus*) 7.42, fue mi mejor “caza”... aunque las fotos que tomé resultaron una porquería.

Por la mañana salimos del Ark 7.43 y, ya bajando en dirección al Country Club, Maribel vio un Colobo 7.44 al que inmortalicé. Tomé fotos de una curiosa planta de flores amarillas 7.45 que constituye una auténtica plaga. Una vez allí recogimos el equipaje y directamente salimos hacia Nakuru.

De camino, la catarata 7.46 nos estaba esperando. Nadie me llamó “Inasio” en esa ocasión y me quedé con ganas de saludar a mi amiga.

Maribel tanteó el mercado de las *kanga*, esas telas multicolores con que se cubren aquí las mujeres y que atraen a las europeas como la miel a las moscas.

“...empezó pidiendo 2.800 shiling por dos, yo le dije que 600 por cada una y no quiso o no sé si yo no estaba animada...el caso es que en el hotel me costaron dos a 700 shiling. Me gustó el Ark y vimos una hiena, elefantes, búfalos y unas jinetas que venían allí a comer...”

La parada en el descenso al valle del Rift tan solo duró cinco minutos que aproveché para echar un vistazo, tomar unas fotos de aquel impresionante paisaje 7.47, 7.48 y comprar unos animalitos que casi me metieron en el bolsillo. Fueron dos Gallinas de Guinea hechas a mano con cierta gracia. Aún las conservo.

NAKURU 2005

Continuamos hacia el lago Nakuru. Junto con el Marason, sin duda, los lugares más fotografiados de Kenia.

Esta vez estaba perfecto, sin epidemias, con el agua justa para que prosperasen centenares de miles de los rosados Flamencos Enanos 7.49 y 7.50. Los novatos dispararon hasta la saciedad, porque como recuerdo de un viaje, una foto de aquella inmensidad de flamencos es lo mejor.

Comenzamos por subir al Baboon Cliff para que contemplasen desde la altura aquel anillo rosa que festoneaba el lago. Por el camino vimos un precioso rinoceronte 7.51, y al llegar allí admiramos el increíble panorama. 7.52.

Durante el resto del día recorrimos las orillas y disfrutamos de las aves y los rinocerontes, de los que había cerca de ochenta en esta reserva cercada. Alguno tenía un pequeño 7.53 y a otros adultos los encontramos por parejas o tríos. Contemplar a estos carros de combate del mundo animal a diez metros de distancia intimida a cualquiera, pero aquí solo se pelean entre ellos, haciendo caso omiso de los coches y de las personas, siempre y cuando estas viajen dentro.

Vimos una especie de jirafa llamada “de Rothschild”. Por lo que se ve, los millonarios tienen hasta jirafas en Kenia con su nombre 7.54.

Tras la cena, mientras Maribel y Beatriz remiraban la pequeña pero coqueta tienda de *souvenirs*, yo me dediqué casi por entero a escuchar nuevamente a mis Ranas Campanita, que conservaban extraordinariamente bien la potencia de sus voces. Saludé en la recepción, decorada con un cuadro de flamencos bastante rudimentario, a “la doble” de Whoo-pi Goldberg 7.55 que había sustituido a las mellizas del año anterior.

Pero no pude contenerme y regresé a la habitación, cogí una linterna y busqué con su luz hasta encontrar una diminuta rana subida sobre una hoja de nenúfar con su saco fonador, igual de grande que ella, hinchado como un globo 7.56. No estoy seguro, pero podría ser la misma del año anterior o un pariente cercano... esto va de broma. Ya con su foto hecha, me pude marchar tranquilo.

Por la mañana, después de la despedida ritual, nos marchamos de Nakuru en dirección al Mara, aunque por la puerta trasera, esquivando así la ciudad de Nakuru. Pero antes de llegar al Loldia House, nuestra siguiente cita, teníamos pendiente aún el tramo de piedras en la “carretera”, que con-

tinuaba igual de insoportable. Pasados los malditos kilómetros pedregosos, llegamos a aquella belleza de lugar.

“...estupenda la estancia en Nakuru, preciosos los flamencos... pero de leopardos ni rastro, Bea me decía que se los buscara pero no aparecieron. Después de dos horas de la Transafricana y la zona llena de baches, aquí estamos en el Loldia. Al encargado le dije que quería la habitación “best” y me hizo caso. Nos recordaba y yo le recordaba del año pasado. Después de comer se fueron a un paseo en barca...”

Pero la comida, como me temí desde un principio, no la haríamos los cuatro en solitario. En esta ocasión éramos diez en aquella mesa corrida. Nosotros, y un grupo de anglosajones en el que destacaba “por su hermosura” una mujer joven a la que calculé unos cien kilitos de nada, traduciendo de las libras o “piedras” (*Stone*), que es la unidad de masa utilizada en Gran Bretaña para cuando el que se pesa es un ser humano¹. Pero el estar más que gordita no le inhibía su alegría de vivir... ni siquiera se la mermaba la mayor desgracia que puede sufrir un glotón, que es que le quiten la comida del plato.

En esas estábamos, Bea charlando animadamente en inglés, cuando un ave que cruzó volando camino de su retrete particular no pudo contenerse más y soltó todo el contenido de sus intestinos que cayeron —¡vaya mala suerte!— justo en el centro del plato que acababan de servir a la gordita. Todos lamentamos terriblemente que aquella ave diarreica hubiera echado a perder el plato de quien más necesidad tenía de alimento. Pero la extranjera lanzó unas risitas cristalinas y, con esos nervios de acero que caracterizan a los anglosajones, comenzó a comer sin el menor reparo, esquivando el plastón como si tal cosa, hasta acabar con todo lo no contaminado.

¹ Esta unidad, *Stone*, no sé si se utiliza ya en la actualidad, pero yo la recuerdo de mi infancia, cuando mi prima Ana, más inglesa que española, venía a veranear a casa. Al no saber la equivalencia entre *stones* y kilos, año tras año, cuando se pesaba al final del veraneo, siempre tenía la duda de si había adelgazado o no.

Ante aquello, aprovechando que ninguno de los desconocidos era hispanoparlante, le comenté a Bea:

—“Nadie engorda de respirar fuerte”. —Bea, con sus pocos años, comenzó a reír de esa forma alegre, tan propia de la juventud.

Mientras tanto, desde mi sitio en la mesa, escruté todo aquello que se moviese por los alrededores, y así pude ver sobre las piedras en que ponen comida a las aves una Tórtola (*Streptopelia semitorquata*) 7.57, una pareja de preciosos Francolines de Hildebrandt (*Francolinus hildebrandti*) 7.58 y 7.59, un macho de Lavandera Africana (*Motacilla aguimp*) 7.60, y otra pariente europea de invernada: una Lavandera Boyera (*Motacilla flava*) 7.61. Desde un árbol, un Alcaudón (*Lanius excubitoroides*) 7.62 acechaba a sus presas, insectos en su mayor parte.

Por el lago se divisaban varios grupos de Pelícanos pescando 7.63. Sobre un tallo de papiro, un Martín Pescador Pío 7.64 acechaba a los pececillos y una Gaviota Cabecigrís perseguía una embarcación 7.65.

Cerca de todos estos, un Búfalo Nadador se alimentaba de plantas flotantes 7.66.

Después de la comida salimos de paseo en barca. Mari-bel, en evitación de incómodas visitas de búfalos y no siendo nada aficionada a estar subida en algo que se pueda hundir aunque sea un trasatlántico, se quedó leyendo en la terraza en compañía de un perro negro. Allí compartieron un bizcocho casero riquísimo.

A nuestro regreso del paseo, en nada comparable al del año anterior, nos estaban esperando dos coches en el embarcadero porque el mismo dichoso rebaño de búfalos del año anterior andaba por allí pastando y nos cortaba el camino 7.67.

Más tarde, cuando salí a hacer fotos, noté que me seguían discretamente. Era un hombre del hotel que velaba por mi seguridad, lo que me hizo sentir incómodo. Una

Oropéndola pagó el pato de mi malhumor, y le robé el alma 7.68.

En esta segunda visita nos dieron las habitaciones en una casita diferente situada cerca de la edificación principal, lo cual no valoré en su justa medida hasta el amanecer del siguiente día. Lo primero que me sorprendió al abrir la puerta fue un aleteo que partió del matorral que tenía enfrente. Me acerqué hasta él y se repitió el estruendoso aleteo, porque comenzaron a salir, tanto de ese arbusto como de todos los cercanos, una gran cantidad de Palomas Verdes de la Fruta o “Green Dove”. Habían sido para mí aves casi desconocidas hasta una lejana mañana en el Ark, y por eso mismo me encantaba verlas. Allí, amparadas de sus predadores naturales por la presencia humana, habían instalado su dormitorio sin tener que pagar un solo *shilling*.

Me topé con los Granaderos Púrpura que ya conocía del año anterior. Descubrí entre la hojarasca de un arbusto un precioso nido de Pájaro Ratón, imposible de fotografiar en tan denso ramaje. En un árbol de bastante altura, un “Tropical Booboo” 7.69. Solo me consoló en parte de la menor cantidad de aves de ese año, el ver cruzando sobre las aguas del lago a un grupo de vociferantes Grullas Coronadas 7.70.

Así todo, me juré no regresar a aquel lugar en que carecía de libertad de acción 7.71, 7.72.

Me despedí de Peter, el *manager* que regentaba aquella pequeña mansión perdida en el mundo, que era un hombre afable y educado con el que intercambié tarjetas y a quien prometí —una mentira piadosa— que volvería al año siguiente. Miré aquel bonito jardín por última vez.

“...estuvimos estupendamente en el Loldia, con su agradable jardín. Peter, el encargado, muy agradable. La comida estupenda y en el desayuno nos puso unos “panqueques” recién hechos que estaban riquísimos. Mientras desayunábamos veíamos a un grupo de pelícanos pescando ¡preciosos!...”

AHORA, CAMINO DE MASAI MARA 2005

Todo continuaría igual que en anteriores viajes hasta llegar cerca de Masai Mara, porque en esta ocasión haríamos la entrada por una puerta más al oeste de la que nos conducía hasta el Keekorok.

Camino de nuestro nuevo destino, un mercado masái en una explanada hizo detenerse a George por algún motivo particular, minutos que aprovechamos para observar aquel espectáculo tan auténtico y tan puro, sin ser enturbiado por turista alguno 7.73.

No nos perdimos el crepúsculo, como casi nunca hacemos en los safaris, ya que es un momento de luces mágicas 7.74, 7.75.

El Hotel Sarova Mara, nuestra nueva y provisional residencia, estaba situado junto al río y disponía de una buena terraza sobre él. Justo en la otra orilla comenzaba la reserva —porque esta vez estábamos fuera pero en la misma linde—, con lo que los dos días de estancia en él tendríamos que entrar y salir a cada safari.

Las laderas de esa zona eran distintas y con diferente vegetación. Conseguí fotos de un montón de especies. Entre ellas, Leones dormitando 7.76, un Topi con un pequeñajo 7.77, una Avutarda Jaspeada (*Eupodotis elanogaster*) 7.78, Cebras y Elands mezclados 7.79; un retrato de carné a un Topi 7.80; dos buitres seguidos, el primero, un Buitre Africano (*Gyps africanus*) 7.81, y un par de *Torgos tracheliotus* o Buitre Orejudo 7.82, 7.83. Y, ¡ya iba siendo hora!, un Guepardo descansando 7.84 y una Leona medio kilómetro más allá 7.85. Y también cayeron en mis “redes” dos rebaños numerosos de Topis 7.86, 7.87, otra Avutarda, esta de la especie *Eupodotis senegalensis* 7.88, y un Chacal disfrutando para él solo de una monumental carroña 7.89. Así íbamos casi uniando un safari con otro, solo volviendo al hotel a reponer fuerzas o dormir.

En uno de estos paseos en coche se cruzó en nuestro camino un Secretario 7.90, rapaz estrafalaria y de hábitos terrestres, que tiene esa particular forma de andar. No sé cómo lo hace, pero muy pocas fotografías hacen honor a su belleza. En esta ocasión conseguí, de entre muchas, una aceptable.

En cambio las hienas, con lo asquerosas que parecen, resultan de lo más fotogénicas 7.91.

Sobre un matojo parecido a un laurel, un Bisbita Gorgigualdo se brindó a dejarme un buen recuerdo 7.92, 7.93. Cerca, una leona con su hija sacaba partido de lo que quedaba de un ñu 7.94, 7.95, y un Buitre Cabeciblanco (*Trigonoceps occipitalis*) hacía lo mismo aprovechando restos de cuero, su menú favorito 7.96.

Las Jirafas Masái son muy variables 7.97, 7.98. A mí las que más me gustan son las que tienen su piel manchada con figuras irregulares, como mapas de islas.

Un Águila Culebrera de Vientre Blanco o de Pecho Negro, según se mire, “Black-chested Snake-Eagle” (*Circaetus pectoralis*), nos contemplaba desde un árbol seco 7.99.

En ocasiones veíamos a lo lejos un grupo de elefantes y, por supuesto, infinidad de gacelas diseminadas por el paisaje, y leones durmiendo tan tranquilos a pesar de tener varios coches a su alrededor.

En el último safari por la mañana descubrimos otro *cheetah* (guepardo) debajo de un árbol... también rodeado de coches, por lo que lo dejamos en paz y continuamos nuestro camino. Más tarde Maribel vio de lejos una leona y su cachorro crecido. Estaban los dos juntos, vigilando los restos de un ñu que habían comido la noche anterior.

Buscamos sin cesar un leopardo para que Bea lo viera, y lo que encontramos en cambio fue otro Bisbita Gorgigualdo y un Serval 7.100, más difícil aún de ver que un leopardo y de su mismo diseño con manchas, pero este mucho más pequeño, esbelto y patilargo.

Por la tarde, llegando a nuestro alojamiento, nos encontramos con otras dos leonas y con un chacal.

Ya en el hotel, se posó en un tronco seco muy cercano a nosotros un “Oxpecker” de Pico Amarillo o Garrapatero (*Buphagus africanus*). No desperdicié la ocasión 7.101.

Un Martín Pescador (*Halcyon senegalensis*) 7.102 me sirvió para despedirme de las aves de ese entorno. Pero a la salida zanganeaba un precioso macho de Agama, y como de los reptiles aún no me había despedido, aproveché la ocasión para tomarle dos fotos muy seguidas. Al verlas en la pantalla pasando de una a otra muy deprisa, me hizo gracia: el animal parecía estar vivo, pues giraba la cabeza sin que su cuerpo se moviese un átomo 7.103, 7.104.

“...en la cena nos hemos reído mucho, y nos hemos comido unos filetes de cerdo asado con salsa de piña y patatas con hierbas aromáticas ¡buenísimo! El camarero que nos ha atendido ¡habla español! Y el masái que nos ha acompañado nos ha dado clases de masái “Lala Salama, Ole Sopa...”

Batimos aquel lugar durante una tarde y dos días completos, y Beatriz aprendió rápidamente a distinguir las especies de los nuevos antílopes de estas colinas, totalmente diferentes a los que había visto en el resto del viaje hasta ese momento.

Si descansábamos durante el día lo hacíamos asomados con los prismáticos a la terraza, porque el río y las arboledas eran una gran atracción para muchas aves y me fascinaba su contemplación. Además, las aves como los “Paradise Flycatchers”, Loros, Estorninos Soberbios, Carracas, Tejedores, Tórtolas y Martines Pescadores, formaban el grupo de solistas de una orquesta, en la que los sonoros gruñidos y resoplidos de los hipopótamos hacían las voces más graves del acompañamiento. De aquel original concierto, los cocodrilos y yo éramos solo espectadores y oyentes. Todo un lujo.

Desde allí nos adentramos en la reserva a la búsqueda de nuestro nuevo, y para nosotros desconocido, Hotel Mara Serena Simba.

Las habitaciones que nos adjudicaron estaban a la izquierda y en la parte más baja de un camino descendente, con ambos lados cubierto de flores y arbustos, también en flor.

Este hotel está situado en lo alto de una colina y tiene cerca de él, aún más alto, el árbol más extraño que he visto en África y puedo añadir, sin miedo a equivocarme, que lo puedo extender al resto del planeta 7.105.

¿Qué tiene este dichoso árbol de original? Que es muy alto, se asemeja un poco a un baobab joven deshojado... y es inmortal. El susodicho árbol es una imitación de plástico y esconde en su interior camufladas, para no desentonar con el paisaje, toda una colección de antenas de comunicaciones. Si no te lo dicen o no lo miras detenidamente, lo que llevas en tu foto son dos toneladas de plástico hueco bien trabajado. El árbol, para nosotros, se comportaba como un faro para la navegación de cabotaje. Su posición elevada era la mejor referencia durante nuestras correrías. Su copa, sin apenas hojas, se divisaba desde varios kilómetros a la redonda.

Al mirar por la ventana de nuestra habitación parecías estar en un castillo medieval. Allí abajo, en la llanura infinita y vacía de construcciones humanas, se adivinaban reses pastando y unos preciosos Nectarínidos aficionados a las alturas que se movían cercanos al ventanal-observatorio.

El paisaje del lado opuesto a nuestra habitación se podía ver perfectamente desde la terraza del bar. Además tenías la ventaja de disfrutar de la inmensa llanura cómodamente sentado y con una “Tusker” en la mano, mientras bajo las mesas varias especies de pájaros aprovechaban las migajas que caían. Me dejaron un estupendo recuerdo un *Petronia pyrgita* 7.106, del que desconocía su existencia hasta minutos antes de pedir mi cerveza; una pareja de Tejedores Enmascarados o de Baglafecht (*Ploceus baglafecht*) 7.107; un precioso Tejedor Amarillo (*Ploceus xanthops*) 7.108, el único que he visto que yo sepa; una Cosifa de Ceja Blanca (*Cossypha benglini*) 7.109; una pa-

reja muy enamorada de Bulbules 7.110, y dos Enmascarados más 7.111 haciéndose arrumacos sobre una hoja de palmera. Suerte que los vi, porque con algunos de ellos no me he vuelto a cruzar en ninguna otra ocasión. Quizás sea por eso que su recuerdo se conserva tan vivo.

Hay veces en que por mucho que hayas pateado un terreno no has visto animales teóricamente abundantes. Pero un día, de forma inesperada, te acompaña la suerte y todo son descubrimientos afortunados.

A la sombra de una mata encontré un chacal 7.112 con aspecto lobuno como no he vuelto a ver otro semejante. Hoy es el día en que aún dudo dónde encasillarlo. Creo que es de la especie *Canis mesomelas*, pero no tengo ninguna certeza. Es la foto del misterio que guardo como oro en paño porque quizás algún día lo descifre con total seguridad.

Por la mañana, según abandonamos el hotel, nos topamos con unos preciosos zorritos 7.113, 7.114. Eran dos “Battered Fox”, o lo que es lo mismo, Zorros Orejudos. A estos pequeños zorritos los caracterizan unas descomunales orejas que les permiten escuchar los movimientos bajo tierra o entre la hierba. Así perciben a ratones e insectos, que constituyen su principal alimento, en sus propias madrigueras.

Los encontramos tomando el sol tranquilamente, uno junto al otro y con cara de dormidos, consecuencia de alguna correría nocturna. Nos pareció que la proximidad del hotel y de sus clientes los había hecho más confiados, así que pudimos disfrutarlos a placer. Pero poco más tarde desechamos esta teoría porque a una buena distancia del hotel nos topamos con una segunda pareja en parecidas circunstancias.

Esa misma tarde repetimos con la tercera. Todos sin excepción tenían cara de adormilados y me pregunté si estos zorros, como hacemos los humanos, salen de fiesta de vez en cuando y padecen también la resaca correspondiente.

En el resto de mis viajes, solo he visto otra pareja de estos curiosos animales pero, eso sí, bien despierta, porque

huyó de nosotros a más de doscientos metros sin permitirnos tomarles una sola foto.

La misma tarde del día de los zorritos resacosos la suerte estaba con nosotros. Poco antes del crepúsculo, en una ladera no muy pendiente, encontramos a los dos protagonistas.

Sentado sobre un termitero oteaba el horizonte un precioso Guepardo 7.115, 7.116, 7.117, 7.118, y a más de trescientos metros descansaba, tumbada sobre la hierba y sin saberse observada, una solitaria Gacela Thomson.

El guepardo, tras un buen rato de analizar la situación, descendió de su oteadero, se estiró y pegó su vientre al suelo, procurando pasar inadvertido 7.119.

No he visto en toda mi vida una maniobra de aproximación más lenta. Avanzaba pasito a pasito con tanto cuidado, que a veces mantenía un minuto la pata suspendida en el aire, como si se hubiese convertido todo él en una estatua. A continuación la posaba con infinita lentitud, sin emitir el más ligero ruido. Cada dos o tres pasos se detenía unos segundos que a nosotros se nos hacían eternos, para asegurar su posición. Aunque la aproximación no duró más allá de media hora desde el comienzo hasta el desenlace, nos pareció interminable, pero el largo lapso de tiempo no mermó en nada la emoción que vivimos los espectadores.

Cuando estaba ya a unos cien metros de su posible víctima, que a todo esto permanecía ajena a aquella maniobra envolvente, de improviso el guepardo aceleró sus movimientos hasta lanzarse a una desenfrenada carrera en dirección a la gacela que, en cuanto percibió el movimiento, arrancó a correr y a lanzar gritos de terror. Tras pocos segundos de persecución, el guepardo desistió y detuvo su carrera. Había arrancado desde demasiado lejos y la gacela lo había descubierto demasiado pronto. Pero la historia no terminó ahí, porque la aterrorizada gacela continuó corriendo y corriendo, como si llevase al perseguidor a su grupa quinientos metros más allá de donde lo había dejado.

Lo que más me sorprendió fue que durante toda la huida el pobre animal, viendo la que se le avecinaba, no dejó un instante de lanzar los gritos de terror más espeluznantes que en mi vida he escuchado. Perdón, oí otros peores aún, cuando en mi niñez presencié cómo degollaban a un pobre cerdo.

Desde entonces, en los muchos documentales de guepardos cazando gacelas, he echado en falta lo mismo: los gritos del pobre antílope. Supongo que, al igual que la del Mara, los lanzan todas ante la inminente proximidad de su muerte.

“...el safari de la tarde, glorioso, big elefante, dos zorriillos como los de la mañana, inmensos rebaños de ñus y... ¡ UN CHITA! Hemos visto cómo se acercaba a una gacela y cómo ¡por fin! salió a por ella...ella corría y saltaba dando gritos como una desesperada...”

En aquel viaje en que recorrimos zonas del Mara desconocidas para mí, los ñus eran también una plaga 7.120, 7.121, 7.122, 7.123 7.124, aunque estaban en plena migración. Resulta muy curioso que se desplacen en larguísimas hileras, pisando por el mismo sendero que han esculpido muchas generaciones anteriores.

Pero lo que más me gusta de esas hileras de corte casi militar es cuando uno de ellos, no sé por qué razón, se detiene unos segundos. Al ponerse otra vez en movimiento se ve obligado a dar una carrerita hasta alcanzar al grupo que camina delante, lo que se trasmite como una onda en el mar, y uno tras otro corren lo que les corresponde para ponerse nuevamente en formación.

Me recuerdan a los obreros de la cadena de montaje en la película de Charles Chaplin “Tiempos modernos”. Si un trabajador se detenía un momento, tenía que alcanzar la tuerca que se alejaba y apretar tuercas a toda prisa, hasta conseguir regresar a su puesto de trabajo. Esto, como en el caso de los ñus, también se trasmitía como una onda y hacía darse prisa a los que estaban detrás.

Pero a pesar de viajar en equipo los inmensos rebaños de

ñus pagan un buen precio. La misma tarde del guepardo perseguidor encontramos a una leona y sus dos cachorros con los restos de un ñu. Cuando se pasea en coche por el Mara en esta época de la abundancia, el número de espinazos y restos de ñus con que uno se encuentra da una idea de lo que sufren durante las noches estos rebaños 7.125. Porque la mayor parte de las cacerías de los leones y las hienas se produce con nocturnidad y alevosía.

Tanto ñu junto me hizo pensar que las personas y los ñus tenemos costumbres parecidas, y muchas veces, para no tener que pensar o por comodidad, nos incorporamos a una manada humana para sentirnos más cómodos y seguros.

Ya de retirada, al remontar la orilla de un badén encharcado, una especie de preciosas codornices corrieron unos metros delante de nuestro coche. Eran Francolines Coqui (*Francolinus coqui*) 7.126, 7.127. ¡Bonito encuentro para terminar un viaje!

“...intentamos ver un leopardo, pero este año no se nos arregló, en cambio vimos unos rebaños de ñus bastante impresionantes. Ha resultado muy bien el safari, hemos disfrutado mucho de Kenia, su agradable clima, sus bonitos paisajes y sus extensiones con tanta cantidad de animales...”

Por la tarde contemplamos el paisaje desde la atalaya que era nuestra habitación 7.128, 7.129, aunque la vista en nada era comparable a la del anterior hotel a la orilla del río 7.130. Recordamos al viejo elefante que tanto nos impresionó 7.131 y nos fuimos en el coche hasta el cercano aeródromo. Allí nos despedimos de George —a quien nunca más volvimos a ver— con una buena propina, que bien se la había ganado. Desde el *airstrip* volamos a Nairobi para comenzar el regreso sin novedad, como en anteriores ocasiones 7.132.

CAPÍTULO VIII

LOS AUTÉNTICOS “SAFARAGÜIS”. KENIA, 2006

Comencé a preparar la siguiente aventura después de convencer a Conchi y Manolo, primos de Maribel, de que se animasen a hacer un safari con nosotros. Así él podría comprobar con sus propios ojos cómo eran en la realidad las imágenes que le dediqué trece años atrás, cuando filmé para impresionarlo aquellos millones de flamencos del lago Nakuru. Conseguí, sorprendentemente, que también se animaran a acompañarnos mi hermana Concha y su marido Pablo Salvador. Y digo “sorprendentemente”, porque mi hermana estaba convaleciente de una operación de espalda y, *a priori*, las carreteras de Kenia no son el lugar ideal para ese tipo de dolencias. Otra razón para sorprenderme más aún fue que a ambos, hasta entonces, los había tenido por “gente normal”. Verlos animarse a un viaje tan denso de naturaleza, repito, me dejó un tanto perplejo.

Me puse manos a la obra con los preparativos con un mes de antelación. Elegí las fechas, que tenían que encajar con los vuelos de salida y regreso, ya que no eran diarios. Contacté con Jean-Marie y me pasé por la agencia de viajes para reservar todos los pasajes internacionales. También compré unas cuantas tarjetas de memoria de un montón de gigas —en mayo me acababa de comprar la nueva Nikon D200, una auténtica bomba— ya que siempre hay que llevar abundante munición... sobre todo si es barata. Eché un vistazo a la validez de los pasaportes, encargué dólares, y mil

detalles más que siempre surgen en estos preparativos, especialmente si se tiene en cuenta que en el país de destino no encontrarás el antibiótico que necesitas tomar ni muchas otras cosas a las que aquí no das la menor importancia pero que, una vez allí, puedes echar en falta.

Con lo más necesario en marcha, confeccioné el proyecto del viaje que le enviaría a Jean-Marie.

Esta vez cuidaría los detalles y decidiría yo. Me veía animado a tirar la casa por la ventana. En Samburu estábamos deseosos de ocupar por primera vez la *suite* “Born Free”, a la que teníamos echado el ojo desde antaño. Repetiríamos el Mount Kenya, pero con la intención de huir de los chalecitos del Riverside, en los que, cuando al amanecer te levantas con las últimas brasas de la chimenea apagadas, ¡pasas un frío!... Por eso en esta ocasión intentaría alojarme en los preciosos y soleados “cottages”. Otra cosa es que lo consiguiera.

En Nakuru me iría a mi esquina predilecta, la de la *suite* Kifaru, que me había satisfecho plenamente y que por veinte dólares más cada noche... Siempre se dijo: “una vez al año, no hace daño”.

Ese miércoles 20 de septiembre a las 6:50 de la mañana comenzaba nuestro viaje. El regreso estaba previsto para el sábado 30 de ese mismo mes, con retorno a Bruselas el día 1 a las 6:55 y, posteriormente la llegada a Bilbao en torno a la una y media del mediodía.

La mañana de la partida Conchi, la prima de Maribel, se presentó a “diana” con bastante mala cara, ya que la víspera había estado en urgencias por no encontrarse bien. Le dieron un medicamento, y a correr. Por lo menos, de momento.

Aparte de la salud de un tercio del equipo femenino, una sola preocupación importante llevaba de casa. ¿Esperaría hasta ese día nuestra orangutana María para dar a luz a su segundo hijo? También, aunque menos, nos preocupaba Gambrinus, Ganito o Gan-Gan, que por los tres nombres atendía por igual uno de nuestros dos perros. La víspera,

con los nervios de ver nuestros preparativos, se había peleado con su hermanastro y en esa ocasión y por primera vez, se había llevado la peor parte y tenía maltrecha una de sus patas. Por suerte, era poca cosa.

Concha y Pablo volaron desde Madrid a Bélgica y nosotros, trasportados previamente por la taxista, lo hicimos desde Bilbao.

En Bruselas, nos reunimos sin novedad y, puntualmente, embarcamos para despegar rumbo a Nairobi. Imposible reunir mejor ambiente y más ánimos en un grupo expedicionario.

Aterrizaje sin sobresaltos, cambio de moneda y... un desconocido *driver* esperándonos.

—*Jambo!* —En el instante mismo del saludo, algo noté en aquel “nuevo” chófer que me resultó familiar. No dejé de mirarlo durante la carga del equipaje. ¿Se parecía a un actor secundario de alguna película? Me cuesta distinguir a unos hombres de color de otros, y con los orientales aún soy peor.

Lo primero fue acomodar a mi hermana Concha en la plaza más estable. Elegimos como prueba la de copiloto. Más tarde, con todos subidos en el vehículo, yo continuaba rumiando el mismo tema en mi cerebro: ¿de qué me resultaba familiar aquel rostro? La autopista me aportó una idea.

—*On one occasion a truck...* (En una ocasión, un camión...)

El *driver* cambió su expresión y pronunció un “¡yes!” que disolvió todos mis desvaríos.

—*Your name is...?* (¿Tu nombre es...?)

—*Morris.* —¡Ya lo tenía resuelto! El mismo Morris que hacía seis años, de camino al aeropuerto, esquivó con gran pericia un camión en medio de la carretera y evitó que nos estrelláramos.

Me puse muy contento porque en este *driver* podía confiar, ya habíamos comprobado sus reflejos... pero mi alegría duró solo hasta el hotel Norfolk. Allí nos comunicó que por la mañana a las siete quien vendría a recogernos para acom-

pañarnos durante todo el recorrido por Kenia sería otro, de nombre Banam. ¿Qué habría sido de George?

Ya en el Norfolk cenamos algo en la terraza Lord De-lamere y, cuando llegamos a las habitaciones, nos dieron la alegría de que las tres eran magníficas *suites* con terraza. No sabemos el porqué. Quizá por ser clientes repetidores. Por la mañana nos esperaba un buen madrugón, a las seis, y a continuación un largo viaje.

Desde el comedor del Norfolk avistamos a un desconocido desayunando en el jardín. Su comida consistía en un ave pequeña que mantenía entre las garras y que desplumaba cuidadosamente con su pico. Era un precioso Azor Africano joven que había instalado su residencia en medio de Nairobi. Y, ¿qué mejor sitio que el jardín del hotel Norfolk? Allí se alimentan muchas aves con las migas que caen en las mesas de la terraza. Mejor cazadero, imposible. Era mi primer azor y lo celebré brindando con un zumo de maracuyá.

Puntualmente apareció nuestro nuevo conductor. Era joven, alto, educado y, por lo que descubrimos durante el viaje, un águila avistando animales, aunque en el tema ornitológico yo no le iba a la zaga ni mucho menos. Se defendía bastante bien con las aves grandes, pero en lo tocante a las especies pequeñas —que menos un servidor casi todo el mundo pasa por alto— estaba igual de enterado que una tilapia del lago Victoria, o sea, pez. Pero en su terreno, localizando leones y otros animales, me pareció invencible.

Dejados atrás los suburbios de Nairobi y al poco de tomar la carretera general, mi cuñado Pablo preguntó en un momento de inspiración:

—¿Hacia dónde se dirige el grupo de “safaragüis”? —En aquel instante inventó ese nuevo vocablo, aún no admitido por la Real Academia de la Lengua. Quiero que quede constancia de que su creador fue mi cuñado Pablo, ya fallecido. Yo me he tomado la libertad de incorporar ese vocablo a mi vocabulario desde el comienzo. Pido disculpas por ello.

Los problemas comenzaron al cambiar de hemisferio, cuando en la parada obligatoria para comprobar que el ecuador continuaba en su sitio, Manolo se mostró remiso a creerse lo de las pajitas que giran. Comenzamos entonces una discusión sobre la aceleración de Coriolis que a día de hoy aún perdura. En un futuro tendremos que acabar haciendo un último viaje a Kenia con testigos, como si de un duelo se tratara, para ponernos de acuerdo sobre la veracidad del experimento, en el que yo creo firmemente.

Recorrer este primer tramo desde Nairobi hasta Samburu sin escalas es bastante pesado, porque son cerca de seis horas de viaje. Aún así, recomiendo hacerlo por lo menos una vez, ya que los paisajes, los pueblos y sus gentes no defraudan en absoluto. No obstante, con varios recorridos repetidos a mis espaldas, decidí que ya tenía el cupo cubierto y que, en sucesivas visitas lo haría por aire si era factible. Y eso que los aviones, y no digamos las avionetas, no me inspiran demasiada confianza y menos en estos países.

SAMBURU

La llegada al Sarova Shaba fue pura rutina: *Jambo!*, zumo, toallitas y abrazo de aquella especie de Oso Grizzly que era Charles, el jefe de los maleteros. Me había tomado cariño, no sé si por lo generoso de mis propinas o porque al verme de su tamaño me consideraba como un miembro albino de su tribu. A mí Charles me cayó bien desde el primer momento. Probablemente le transmití ese sentimiento y él correspondió de la misma manera.

En contra de nuestros deseos no tenían la “Born Free” disponible, y nos alojaron en uno de los chalets de dos pisos y de una habitación por planta. Por lo menos me dieron la del piso bajo que me ahorra las escaleras.

Tras la comida y cargados del equipamiento necesario, nos echamos al campo.

—Fijaos bien por si veis por estos andurriales a un pájaro pequeño, de color amarillo oro, con un collar negro en su pecho. Yo lo llamo el “Fucking Golden Pipit”, que es un pájaro que me “odia” casi tanto como yo a él. Si lo veis, avisadme, por favor, que se la tengo jurada.

Al poco de salir, en el cerro rocoso que está a la izquierda del sendero y a escasos quinientos metros del hotel, nos encontramos con una preciosa pareja de un antílope que para mí es ya casi un viejo conocido, llamado Klipspringer 8.1. Siempre que lo veo, me recuerda más a una cabritilla que a un antílope que supiese trepar por las rocas. Me informé un poco más en mi guía de mamíferos, y descubrí que esta especie de antílope ha conquistado ese biotopo rocoso aprovechando que aquí no existen cabras. Se comporta como ellas, trepa por las rocas con total facilidad y, como ellas también, se alimenta de brotes de las plantas espinosas.

Su forma de apoyar solo la puntita de sus pezuñas le hace parecer una bailarina de ballet. Su mirada, con grandes ojos negros, es muy diferente a la de otros antílopes. Yo diría que inspiran cierta ternura, pues tiene un mirar muy especial.

Enseguida nos encontramos con un bonito macho de Antílope Acuático o Kobo 8.2 y a continuación comenzamos a ver aves preciosas por todos lados: un Drongo Ahorquillado (*Dicrurus adsimilis*) negro como el carbón, junto a un Gorrión Tejedor (*Plocepasser mahali*) 8.3; un Barbudo Cabecirrojo (*Trachyphonus erythrocephalus*) aún más bonito 8.4, y un Alcaudón Pechirrojo (*Rhodophoneus cruentus*) que, buscando novia, no cesaba de cantar 8.5 y 8.6.

Poco después nos adentramos en la zona más árida con una suerte increíble, pues ver una Ganga Marrón (*Pterocles exustus*) 8.7 no fue nada comparado con encontrarnos al borde del camino con un Corredor de Heuglin (*Rhinoptilus cinctus*) 8.8 acompañado de un polluelo chiquitín, cosa que nunca imaginé que pudiera ocurrirme. Estas aves, además de

escasas, son desconfiadas por naturaleza, y si encima tienen un hijo que no vuela a quien cuidar, aún se vuelven muchísimo más precavidas. Una Avutarda de Cuello Marrón (*Eupodotis gindiana*) 8.9 completó ese momento de gloria.

Poco a poco decaía la luz y nos volvimos al hotel. Charla, “Tusker” y cena, todo casi seguido, porque aquí la última comida del día se hace temprano, y se desayuna al amanecer o incluso de noche. En la mesa nos atendió una camarera joven, tímida y bien parecida, con la que no intercambiamos más de tres palabras, lo justo.

La mañana era espléndida y el paisaje estaba precioso. Nos dirigimos a la reserva de Buffalo Springs, donde a esas horas es muy fácil encontrar muchos animales. Enseguida vimos un macho de Gacela de Grant 8.10 de cuerna espectacular; un Órix con un Garrapatero de Pico Rojo limpiándolo la piel 8.11 y 8.12; un Alcaudón posado sobre una rama 8.13; y otro impresionante macho de Gacela 8.14; una pareja de Gangas 8.15; una Avefría Espinosa (*Vanellus spinosus*) 8.16 y varios Búfalos 8.17 que nos miraban con interés. A mí ya no se me alteró el pulso, pero a Manolo...

Manolo no salía de su asombro, a pesar de que todo lo veía a través de un objetivo, que sin duda desvirtuaba las imágenes. Él, igual que en una guerra, no hacía más que disparar y disparar su máquina como si en ello le fuera la vida.

Yo, por mi parte, no le iba a la zaga. Con mi “cañón” Swarovsky adaptado a la Nikon D200 que acababa de estrenar, era como si funcionara con un objetivo de ¡1.500 milímetros! Esto me permitía cubrir, con tan desmesurado alcance de “fuego”, las zonas más alejadas. Con este equipo, siete veces más potente que el objetivo de 200 que utilicé en mi primer y lejanísimo viaje, estaba dispuesto a causar “estragos” entre la fauna plumífera de este paraíso, trayéndome en mis tarjetas de memoria todas sus “almas”, como las gentes de algunas tribus creen que ocurre con las suyas cuando les tomas una fotografía.

Pero cuando alguien vio que a lo lejos se movían cuatro guepardos entre la maleza, todos nos pusimos de pie sobre nuestros asientos para no perder de vista a aquella familia 8.18.

A los pocos segundos desaparecieron entre la vegetación, pero uno de ellos, por sorpresa, reapareció de un salto subido en un pequeño promontorio, probablemente los restos de un termitero. Un instante después el resto de la familia se subió junto a él y los cuatro comenzaron a explorar el territorio en busca de una posible presa 8.19. A pesar de la distancia les lancé una ráfaga de recuerdo.

Lo primero que deseaba ver era cómo estaba el nido del Águila Marcial. Tomamos el camino hacia el río y fuimos descubriendo, para alegría de los novatos, muchos animales y aves preciosas como unos Francolines 8.20. En un pequeño arroyo pescaba un inconfundible Avemartillo o “Hammerkop” (*Scopus umbretta*) 8.21 y muy cerca de él, una cigüeña o Tántalo “Yellow-billed Stork” (*Mycteria ibis*) 8.22 descansaba sentada sobre sus tarsos. Una cabeza de Jirafa 8.23 se asomó para mirarnos desde detrás de un árbol. Una Tórtola Senegalesa (*Streptopelia senegalensis*) 8.24 picaba en el suelo, y una estilizada y blanquísima Garceta Grande (*Casmerodius albus* o *Ardea alba*) 8.25 competía en lo de la pesca con el Avemartillo. Pero se nos hizo tarde con tanto detenernos a hacer fotos, y tuvimos que dejar para mejor momento la visita al Águila Marcial.

Después de reposar un poco y comer en el *buffet*, hice tiempo paseando por la orilla del río, donde descansaba posado un Cormorán Pigeo 8.26, dormitaba un gran Cocodrilo 8.27 y digería la pesca de la mañana un macho de Martín Pescador Gigante 8.28, que para mí ya era casi de la familia. Descubrí que muy cerca tenía a sus tres polluelos, ya de su mismo tamaño, y que habían tomado como base de operaciones un estanquito, con puente incluido, que está en la trasera de las edificaciones.

En ese intervalo de antes o después de la comida, cuando pajareaba por el jardín del hotel Sarova, divisé en la orilla opuesta del río a una mujer ataviada con el precioso traje de colores habitual entre las fémimas de la tribu Samburu. Estas gentes no son nada partidarias de que se les tomen fotos porque, como he dicho, creen que la foto les “roba el alma”. Se me ocurrió, que a aquella distancia —unos doscientos metros— y con ella recogiendo leña, era imposible que se percatase ni de mi presencia entre unos arbustos, ni de que le estaba tomando una foto. Pero lo hizo y me largó toda suerte de gestos agresivos y de maldiciones que por suerte no comprendí. Decidí que en adelante con este tema de “robar almas” sería mucho más cuidadoso, y solo lo haría con la fauna local, nunca más con las personas.

Manolo, desde el comienzo de este primer safari, se ensañó, como si en ello le fuera la vida, con las “almas” de las jirafas reticuladas. Ante todas las que nos encontrábamos teníamos que detenernos a tomarles una foto.

Cuando remitió el calor salimos nuevamente, e hicimos un corto recorrido en el que coincidimos con un macho de la otra especie de Ganga que hay por este semidesierto, y que a diferencia de la anterior tiene la cara blanca y negra “Black-faced Sandgrouse” (*Pterocles decoratus*) 8.29. Una señora Elefante 8.30, comiéndose unos matorrales puso punto y final a nuestro paseo.

A la mañana siguiente continuamos con nuestro trabajo. Esta vez lo del nido del águila iba en serio.

Entre la salida del parque de Shaba y la entrada a Buffalo Springs hay que atravesar una zona pedregosa formada por lava negra. Es un lugar inhóspito, y pocos animales, salvo algunas aves, se adentran en él por la dificultad de andar sobre aquel material tan incómodo. Pero, por lo menos, allí vi una birria de pajarito, e hice detenerse a Morris para tomarle una foto. Todos me miraron como si estuviese perdiendo la cabeza, sin comprender que para mí, aquella birria

era totalmente desconocida y que no podía evitar hacerle una foto para intentar identificarlo, lo que desde el principio comprendí que no iba a ser tarea fácil 8.31.

Ya junto al nido del águila, estaba un “White-headed Buffalo Weaver” (*Dinemellia dinemelli*) 8.32 o Tejedor de los Búfalos, un pájaro pequeño pero inconfundible a la vez que muy bonito y abundante. Verlo levantar vuelo luciendo en todo su esplendor las plumas rojas de alrededor de su cola, te hace recordarlo para siempre con solo un avistamiento.

La pareja de Águilas estaba posada sobre su nido 8.33, y en el momento en que apreté el disparador una de ellas echó a volar y se posó en un árbol seco cercano 8.34, vigilándonos por si se nos ocurría la tontería de expoliarle el precioso polluelo. El pequeño, vigilado por su madre, asomaba la cabeza para ver a aquellos humanos que lo miraban con tanto interés.

Cuando nos hartamos de contemplar a aquella espléndida ave de presa, continuamos hacia el río. Fotografíé una “Lilac-breasted Roller” 8.35, un árbol seco que parecía de Navidad al estar lleno de brillantes y llamativos Estorninos Espléndidos 8.36, y debajo de él, una hembra de Gerenuk 8.37 y un grupo de jirafas 8.38.

Un kilómetro más adelante, nueva sorpresa: una preciosa hembra de Halconcito Pigmeo 8.39, mucho más colorida que sus machos, que carecen de la mancha chocolate de su espalda, y un atontado Turaco Gris 8.40 y 8.41 que me dejó acercarme a dos metros sin por eso hacerme caso.

Entre la hierba dormitaba una Mangosta 8.42 y cerca paseaba un grupo de preciosas Gallinas Vulturinas 8.43 y 8.44.

La segunda tarde, durante la espera hasta la hora del safari, iba yo pajareando y me encontré a unos ingleses dedicados a idéntico cometido. No pude por menos que pegar la hebra, ya que el poco inglés que sé lo forman los nombres de casi todas las aves que conozco. Señalé con la mano la charca.

—*Over there lives a Giant Kingfisher family.* (Allí vive una familia de Martín Pescador Gigante) —Al oír mis palabras sus ojos se iluminaron.

—*Where?* (¿Dónde?) —Decidí enseñárselos en persona.

—*Follow me!* (¡Sígueme!) —Ahí se agotaron mis conocimientos de inglés.

Al llegar cerca del estanque vi a una de esas imponentes aves, —imponentes para el tamaño habitual de los Martines Pescadores— posada en la barandilla. Comenzamos a acercarnos lentamente al tiempo que le disparábamos con la cámara, pero el Martín voló en dirección al río, del que le separaba la fila de chalets entre los cuales había huecos ajardinados. Desgraciadamente el ave no lo tomó en consideración y fue derecho a uno de los edificios y... ¡plas!, chocó a toda velocidad contra el cristal de la ventana del piso inferior, rebotó contra él como una pelota y cayó al suelo aleteando con convulsiones de moribundo. La inglesa comenzó a llorar, echó a correr como una gacela herida y su pareja fue tras ella. Yo me quedé paralizado. ¿Cómo aquella ave había cometido aquel error? ¿Cuál había sido la causa de su fatal equivocación?

Me acerqué lentamente y observé que todavía respiraba. Miré el lugar donde había chocado, marcado por esa especie de talco que tienen las plumas de las aves. En línea recta con el lugar del impacto y al lado opuesto del chalet, una ventana abierta y las cortinas descorridas habían engañado a la sin duda joven ave, que pensó que por allí, el camino más corto, se podía cruzar hasta el río.

Mientras estaba en estas cavilaciones el ave hizo un movimiento brusco y se sentó jadeando con el pico abierto. Me alejé despacito sin dejar de vigilarla. Me pareció que no todo estaba perdido y un rato más tarde me marché. Ya la notaba más normal y no quería que volase insegura y antes de tiempo.

De vuelta del safari me acerqué a inspeccionar el lugar. El Martín había volado y estuve un buen rato mirando por entre los árboles y contando a la familia. Descubrí a los adul-

tos y a tres hijos, me pareció que eran los mismos que vi el día anterior y di el accidente por zanjado. Busqué a los ingleses y no los encontré y lo sentí. Para un amante de las aves ese mal trago es suficiente para dejar un penoso recuerdo de todo un viaje.

Esa noche comenté aquella historia triste para los extranjeros pero feliz para otros: “el accidentado” y yo.

Mientras cenábamos, la joven camarera tímida y de expresión muy agradable nos atendió con las bebidas. Su nombre, Gladys, coincidía con el de la primera leopardo que criamos a biberón, por lo que, con solo escuchárselo, nos transportó mentalmente junto a nuestra familia animal. A la chica se la veía poco desenvuelta en su trabajo y supuse que era nueva en el oficio de camarera.

Las cenas eran relajantes y el hotel estaba lleno. Tenía que hacer cola cada vez que me acercaba al lugar que ocupaban las sopas, mi plato favorito, aunque no me pregunten el porqué de que lo sea.

Pero la preocupación por el ave me duró hasta la mañana siguiente, así que volví a la carga por tercera vez y me dirigí al río. En esta ocasión pude distinguir perfectamente al padre, por su pecho anaranjado y su vientre grisáceo y rayado, y después a la madre, de pecho gris rayado y vientre anaranjado, justo lo contrario que el macho. Creí localizar a tres jóvenes, uno por cada lado y me fui más tranquilo.

El paseo de la tarde, corto como obliga el temprano anochecer, nos deparó otra Carraca Lila 8.45, más vista que el TBO pero a la que me es imposible dejar de admirar o disparar una foto. Continuamos deambulando y apareció un “Golden-breasted Starling” (*Cosmopsaurus regius*) 8.46 cuyos colores brillantes me impactaron a pesar de que lo veía todos los días en mis aviarios desde hacía un par de años. Otra vez nos topamos con unas Jirafas 8.47, un Águila Rapaz descansando 8.48 y en esas estábamos cuando, durante el regreso, nos cubrió el crepúsculo 8.49.

Nuestra estancia en Samburu tocaba a su fin. Solo nos faltaba hacer las maletas y disfrutar de lo que viéramos durante el trayecto hasta la salida, que se redujo a poca cosa: un macho de Tórtola Máscara de Hierro (*Oena capensis*) 8.50; un grupo de Avestruces 8.51 picoteando un arbusto junto a la carretera, lo que me sirvió para una foto de carné; y, ahora sí hubo suerte, un machito de Halconcito Pigmeo o “Pygmy Falcon” (*Polihierax semitorquatus*) 8.52 que completó mi pareja.

Los tres últimos encuentros, por motivos bien diferentes, merecieron mi atención. Primero un Francolín de Garganta Amarilla (*Francolinus leucoscepus*) 8.53 por su proximidad; después le tocó el turno a una leona por su cara de sufrimiento, ocasionado por una rama con agudas espinas que llevaba el pobre animal clavada a su espalda 8.54; y por último un macho de ardilla... 8.55—¿o una hembra?, tengo mis dudas— nos despidió de este maravilloso parque.

Desde Samburu continuamos el viaje saliendo por la puerta disfrazada de cebra en dirección al Mount Kenya 8.56. El “Fucking Golden Pipit”, una vez más, me dio esquinazo. Juré que volvería a Samburu tantas veces como fuera necesario y que, cuando consiguiese su foto, la pondría junto con su alma en un marco de mi despacho para nunca, nunca, olvidar la frustración que me estaba produciendo.

MOUNT KENYA 2006

“...pasamos por Isiolo y Nanyuki, y llegamos al Mount Kenya. ¡En cinco veces que hemos venido ha sido la primera vez que no nos ha llovido! Venimos contentos del último safari que resultó muy bien. Volvimos a ver la pareja de leones y el halcón pigmeo, pero la sorpresa fue ver aquí un grupo de 12 colobos, ¡Increíble!” ¡Qué bonitos! y J.I. vino corriendo a avisarme. El Mount Kenya, con sus jardines pre-

ciosos y el monte Kenia a la vista cuando se quitaron las nubes... salimos a las diez para Nakuru... Resulta, que en la tienda del Mount Kenya, tienen las láminas de los cuadros del Norfolk que me gustan, cuestan sobre cincuenta mil pesetas, como andábamos con prisa, compré una pequeña con unos masái...”

Nos acomodaron otra vez en el Riverside. No hubo forma de que me cambiasen, asegurándome que todo estaba lleno.

Los paseos por los jardines, aunque cortos porque nuestra estancia se prolongaría tan solo una tarde y dos horas por la mañana, resultaron de lo más agradables.

Delante del hotel me encontré con unos viejos conocidos míos, dos Marabús que estaban dedicados a preparar un ejercicio de gimnasia sincronizada. El movimiento que hacía uno, lo realizaba su amigo al mismo tiempo y exactamente igual 8.57, 8.58, 8.59. También disfruté de un Alcaudón con plumaje infantil, a cuyos padres tenía archifotografiados, pues año tras año seguían instalados en el mismo arbusto 8.60, y por último de la familia de Colobos 8.61 que ocupaba un grupo de árboles parecidos a pinos. Calculé que eran por lo menos una docena, pero dado que no cesaban de dar saltos de un árbol a otro, me fue imposible precisar más. Asimismo se dejaron ver un par de Nectarínidos de Doble Collar (*Cinnyris mediocris*) frente a nuestra casita de Riverside 8.62, 8.63, 8.64 y otro diferente joven y a medio emplumar 8.65, al que le faltaba el plumaje negro, pero ya tenía su pecho rojo y... ¡al coche con todos los bártulos!

A nuestro paso por Nanyuki, un breve alto para una foto de recuerdo de Pablo y Concha 8.66, con el mismísimo ecuador a sus espaldas. Aprovechamos la proximidad de la fila de *boutiques* numeradas para un breve y rápido recorrido comenzando por la uno hasta terminar en la última. Desde allí, todo seguido, hasta las cataratas Thomson en Nyahururu, donde foto, pis y tiendas son de obligado cumplimiento 8.67.

La siguiente parada, como si fuéramos un autobús urbano, la teníamos prevista en el comienzo del descenso del valle del Rift 8.68.

NAKURU

“... Salimos a las 10 para Nakuru. Llegamos a las dos después de parar en Nyahururu...ya en Nakuru, José Ignacio se desilusionó, porque hay poquísimos flamencos. El año pasado toda

el agua estaba rosa y este solo hay unos grupos pequeños. Este es el año de los colobos, en el bosque de acacias al lado de las Euphorbias hemos visto esta mañana a dos familias seguidas una de la otra... ayer nos sobrevolaron los pelícanos y fue muy bonito, se oían sus alas...”

En cuanto cumplimentamos los requisitos necesarios de la llegada, cada mochuelo se fue a su olivo. El mío lo tenía al final del jardín y con vistas al campo. Los demás estaban situados a mitad de camino, en los chalecitos de bloques de hormigón y nombres de flores 8.69.

Después de la comida y un merecido descanso, en torno a las cuatro de la tarde, descenso hasta el lago, vistazo rápido, y subida al Baboon Cliff, desde donde la vista continuaba siendo igual de espectacular 8.70.

A pesar de la escasez de Flamencos Enanos, el lago en esta ocasión tampoco me defraudó. Poco a poco fuimos descubriendo cosas interesantes y explorando allí lugares hasta entonces desconocidos para nosotros. No faltaron todos los recorridos que yo tan bien conocía, sin olvidarnos de la clásica foto con los flamencos al fondo 8.71.

MASAI MARA

El viaje hasta Masai Mara, lo hicimos, desconozco la razón, por unos caminos de tierra endiablados: todo eran

curvas, baches y pozas de agua. Vamos, lo mejor para colocar bien las vértebras a mi hermana. No me di cuenta de dónde nos habíamos metido y supuse que era para atajar y hacer menos kilómetros. Pero había llovido, y bien, y en dos o tres ocasiones creí que tendríamos que bajar a empujar. Por suerte, la tracción a las cuatro ruedas de nuestro Toyota, no sin esfuerzo, nos sacó del atolladero.

En el Keekorok de Masai Mara, nos acomodaron en unos adosados separados de la charca de los hipopótamos tan solo por una alambrada y un denso seto de matorrales. Nosotros en medio, y a cada lado, nuestros compañeros de viaje. Desde allí veía la preciosa buganvilla que está junto a la piscina 8.72. Catorce años antes, en ese mismo adosado oí rugir a “mi león” —que no lo era— y que me hizo creer que estaba durmiendo en casa. Por aquel recuerdo tengo a este emplazamiento un cierto y especial cariño. A ver qué sorpresa me reservaban para esta nueva ocasión.

Aquella noche después de la cena nos acostamos pronto, leí y me dormí profundamente. A eso de las tres de la mañana me desperté, como en mí suele ser bastante habitual, así que me armé de mi libro, y para no desvelar a Maribel me encerré a leer en el cuarto de baño. Al cabo de unos minutos comencé a escuchar un extraño y rítmico sonido: “ris, ras, ris, ras, ris, ras...” ¿Qué podría producirlo?

Meditando sobre el tema, lo primero que me vino a la mente era que unos de mis vecinos estaban haciendo el amor. Al instante deseché a la prima Conchi, que había recaído de sus dolencias y estaba bastante pachucha y con fiebre.

Me regodeé un rato pensando en tomar el pelo al día siguiente a mi hermana y a su marido Pablo, dos “héroes del amor” que tras un día ajetreado dedicaban esas horas de la madrugada a “eso”. Pero deseché la ocurrencia porque mi hermana estaba todavía convaleciente. ¿Quién lo producía? Apagué la luz a toda prisa y me centré en descifrar el enigma, porque el insistente y rítmico soniquete continuaba. Tanteé

sobre la mesita de noche hasta hacerme con la linterna que siempre dejan para casos de apagón, y volví al baño. Sin encender la luz me puse de pie sobre el retrete, abrí el ventanuco, enfoqué la linterna hacia el exterior, encendí su luz y... problema resuelto ¡Seis magníficos hipopótamos, seis!, como en las corridas de toros. Estaban pastando justo detrás de mi adosado. Solo se les escuchaba el ruido que producían al desarraigar la hierba. Me pareció increíble que aquellas diez toneladas de vida se moviesen en la noche con tanto sigilo como para no producir más ruido que el de la hierba al ser arrancada.

Por la mañana nos adentramos en el Mara y fuimos hasta el monolito fronterizo, donde Pablo se hizo una foto de recuerdo 8.73. Después, en el río, vimos hipopótamos. Unos descansaban poniéndose morenos tumbados en la orilla y el resto se estaba dando un baño 8.74, 8.75. No me parecieron sus costumbres tan diferentes a las nuestras, en el tema del sol y del agua. Ya de regreso, en el jardín del hotel, nos saludó un masái muy atento 8.76.

Por la tarde volvimos a ver a los ñus. Encontramos grandes rebaños, uno de ellos incluso cortándonos el camino, y más tarde otros ñus bajando hasta el río. Bebieron y se dieron la vuelta sin atreverse a cruzarlo 8.77, 8.78, 8.79.

En cierta ocasión seguimos hasta el anochecer a un grupo de tres jóvenes machos de león que estaban empeñados en cazar a uno de los búfalos de un numeroso rebaño que por allí pastaba.

Uno de los machos acechaba escondido entre unos matorrales y los búfalos se iban acercando cada vez más a él. Parecía inminente el desenlace y hacía presagiar una cacería en toda regla. El león estaba ya situado en el centro de la manada, con todo búfalos a su alrededor. Era imposible que fallara...

En esto, los búfalos descubren al león escondido, estrechan su cerco y lo atacan. El león, dando saltos y esquivando cornadas, huye como puede y se salva por los pelos.

La oscuridad se abate rápidamente sobre el Mara y no nos queda otro remedio que dejar a los tres leones, ya reunidos nuevamente, haciendo planes para una nueva intentona.

A la mañana siguiente regresamos al mismo lugar, a ver si la noche les había sido propicia y habían cenado búfalo.

Cuando los encontramos descubrimos que sí, que les había sido propicia... pero a los búfalos. Habían corneado a uno de los tres leones y este tenía su pata trasera derecha con un boquete de campeonato, del que colgaba un trozo de carne medio arrancado, como para tres raciones, de haber sido carne de vacuno.

Nos fuimos aquella mañana y nunca supimos nada más de aquel pobre y desafortunado felino. Pero en eso consiste la lucha por la vida. Los machos de león, en su juventud, tienen que vivir durante unos años solos o en compañía de algún hermano con poca experiencia en la caza y sin ayuda. Unos pocos sobrevivirán y, si tienen suerte y fuerza, destrozarán a un Rey León, matarán a sus hijos, y engendrarán los propios. Es ley de vida. Han demostrado que son los mejores y tienen ese derecho.

Nuestra estancia en el Mara dejó muchos recuerdos y pocas fotos... porque muchas perecieron en un accidente informático, por lo que he decidido ser parco y ceñirme a cuatro cosas para evitar que afloren esos dolorosos recuerdos. Perdí la única fotografía de Ganga Amarilla de mi vida, así como un parto de un Kongoni, un montón de leones e infinitos ñus, entre otras cosas.

Cuando llegamos al “aeropuerto” del Keekorok, nos encontramos frente a una pista de grava con bastantes pedruscos irregulares repartidos aquí y allá, algunos del tamaño de un puño o mayores.

Para hacer tiempo nos fuimos a la “duty free shop” 8.80, que estaba allí mismo. Era un edificio “espectacular”. Lo menos medía ocho por cuatro metros y no tenía necesidad de luz eléctrica, ya que aquí al atardecer hay que recogerse en el

hotel como hacen las gallinas. El complejo comercial lo regentaba una desdentada anciana masái, ella solita. El suelo del local era de ceniza y piedras y los objetos de recuerdo se limitaban a cuatro cosas y poco más... y en vista del éxito nos fuimos pronto a la terminal.

El edificio de la terminal era un poco más amplio 8.81. Disponía de bancos corridos de tablas apoyadas sobre tocones y un techo peculiar: dos capas de tela metálica formando una especie de sándwich con un “relleno” de paja y plástico a modo de jamón de York y queso. La terminal estaba muy bien ventilada, mejor imposible. Además de los numerosos agujeros en el plástico del techo, sus “paredes” carecían hasta de la sencilla tela metálica de gallinero.

Allí nos acomodamos y rezamos para que la tormenta llegase después que el avión, porque en caso contrario, a más de uno le iba a tocar empaparse bajo alguno de los agujeros del tejado.

Por suerte el avión no se hizo esperar 8.82, 8.83. Posó sus ruedas sobre la pista y aparcó a pocos metros de la terminal.

A mí no me sorprendió que fuera un de hélices, un cuatrimotor grande, ya que lo utilicé en una ocasión anterior, pero no así al resto de los viajeros. Los demás, viendo el estado de la pista y los numerosos cortes en la goma de sus neumáticos, comenzaron a preocuparse seriamente por su seguridad. Analicé el problema: si conseguíamos despegar sin sufrir un reventón, nuestras probabilidades de volver a casa eran grandes, pues en Nairobi esperábamos encontrar una pista asfaltada y sin pedrería.

El avión despegó sin problemas, y pasado ese mal trago aterrizamos, tras dos escalas intermedias, en el aeropuerto Wilson de Nairobi.

Una sorpresa nos esperaba a nuestra llegada al Norfolk, para completar allí el tiempo de espera hasta ir al aeropuerto.

Era domingo, y no sé si fue por eso o porque el viaje se estaba acabando felizmente, por lo que Jean-Marie se rascó

el bolsillo, y para las seis horas que tendríamos que esperar puso a nuestra disposición tres comodísimas *suites*, la mía de nombre Kenyatta, cómo no.

Situadas casi al nivel del suelo, sus balcones se convertirían en una especie de entrada de “barrera”, si lo que apareciesen por allí fueran toros de lidia. Pero no fue así. Las que allí se sentaron sobre un banco frente a nosotros fueron unas chicas un tanto especiales: una muy emperifollada vestida de blanco, y las otras de rosa, ya que era la novia con sus damas de honor.

Al poco se presentó una esteticista, y sentándola sobre un banco del jardín nos dio una clase magistral de maquillaje 8.84. Más tarde hizo lo propio un fotógrafo y también se despachó a su gusto haciendo fotos a la novia en todas las posiciones imaginables: de pie, sentada, con la cabeza hacia atrás, de perfil, de cuerpo entero, de medio cuerpo y por último, como plato fuerte, sentada en el antiguo carruaje de caballos que de siempre conocí en este jardín. Terminado esto, se fueron todos.

Pero poco después llegaron los relevos y el proceso se repitió de igual forma, incluso con similares y llamativos colores, aunque con distintos actores.

El espectáculo terminó y salí de la habitación para ver cómo iban vestidos los invitados y no encontré a ninguno, pero conseguí interceptar a parte de la comitiva y, discretamente, robarles una foto de recuerdo 8.85.

Intrigado, pregunté a un mozo de equipajes, y aunque apenas lo entendí llegué a la conclusión de que la boda se celebraba en otro lugar diferente. El hotel solo aportaba el escenario fotográfico y la sala de maquillaje, no sé si a cambio de cobrar un peaje o no.

Estas novias y sus damas nos entretuvieron más de una hora. Me habían retrasado la siesta y tuve que reducirla un poco, para tener tiempo de darme un buen baño y recoger todo el equipaje. Se me venía encima el peor trago de todo el

viaje: las tres horas de tiempo muerto en la terminal del aeropuerto que, después de un día interminable con madrugón, safari, vuelo y espera en el hotel, acababan con mi resistencia. Y aún me quedaba toda una noche en el avión.

Finalizado aquel precioso viaje, la pena del regreso se compensó con la alegría de encontrar por aquí todo en orden: la orangutana María nos había esperado para tener a su bebé.

Llegamos a casa al mediodía y María continuaba igual. A pesar de que el tiempo no estaba frío, ordené que subiesen a tope el termostato de su habitación, aunque se pusiese como un horno. Mi temor no era que el parto no fuese con normalidad, sino que, como ocurrió con el primero el año anterior, no se atreviera a coger a su hijo en brazos y se quedase sobre el frío suelo. Por eso mismo habíamos criado a la pequeña Victoria a biberón.

A la mañana siguiente, según me levanté, fui a visitar a la embarazada. Ya no lo estaba, porque de su mano y sujeta por su cabecita, pendía un bebé orangután. Sus brazos y piernas pegaditas a su cuerpo, le daban un aspecto de ahorcado que me volcó el corazón... pero respiraba.

—¡Rápido! Hay que retirárselo inmediatamente. Traed el cazamariposas grande, ese al que le tiene miedo, y abrid la puerta exterior. —María salió de inmediato, y al instante, para poder escalar la estructura de palos, posó aquel cuerpecito en el suelo.

Quince minutos más tarde estábamos dando su primer biberón a aquel bebé de 1.300 gramos, al que pusimos de nombre Juliana, en honor de Santa Juliana, patrona de Santillana del Mar.

Fue un retorno feliz que compensó con creces el tristísimo de 1999, cuando ya en la autopista de Barajas a Madrid, supimos que Annie, la anciana madre de María, había muerto durante nuestra estancia en Kenia.

CAPÍTULO IX

KENYA 2007: SORPRESAS ANIMALES... Y HUMANAS

Durante el último viaje no solo Conchi tuvo una ligera indisposición. También Manolo. No supimos en aquel momento cuál había sido la causa o el virus que lo atacó, pero transcurridos ocho meses lo descubrí. Había sido víctima del peor e incurable “mal de África”, el cual, como ocurre con el paludismo, rebrota y rebrota, sin que sepas cuándo te inmunizarás. ¿Qué virus concreto es el causante? Lo desconozco, pero sé que se manifiesta periódicamente y que el principal síntoma es un deseo irrefrenable de volver a esas tierras.

El “mal de África” —o el bien, según se mire— te deja siempre insatisfecho de tu estancia en ese continente. Te sabe a poco y quieres y necesitas regresar. La mejor forma de curarlo es volver una y otra vez... mientras el cuerpo resista.

—¿Qué? ¿No has pensado en que vayamos a Kenia este año? —La pregunta de Manolo, a comienzos de ese verano de 2007, me dio una idea de lo terrible de su enfermedad. Me iba a costar curársela—. Si os empeñáis en ir, ¿qué otro remedio me queda que acompañaros?

No le quedaba otro, así que los cuatro emprenderíamos una nueva aventura africana.

Antes de dar el sí definitivo, analicé cómo quería que fuera ese viaje. Ya sabía qué no quería, lo que me aproximaba bastante a saber lo que verdaderamente consideraba importante.

Tres variables eran esenciales y me centré en optimizarlas. Por una parte estaba la duración del viaje asociada a las

fechas elegidas. Los domingos son días sagrados y para mí, que es la jornada en que más visitas tiene el Zoo, más aún. Saliendo un lunes y volviendo un viernes faltaba solo dos fines de semana, pero podía estar de viaje diecinueve días. Era el máximo y quizás demasiado, por lo que reduje la duración a catorce días adaptándome a las fechas de los vuelos.

Por otra parte, y aquí sí que le veía posibilidades a la optimización, tenía que organizarlo de forma que se redujeran al mínimo los recorridos en coche. Siempre, a partir de ahora, realizaríamos el primer y el último trayecto en avión o avioneta, a pesar del miedo que me producían.

Para entonces ya estábamos adquiriendo complejo de aves migratorias, y cada verano nos atacaba el mismo nerviosismo que a muchas aves europeas, que las arrastra a un largo viaje hasta el sur del Sahara. Pero nunca éramos los primeros en llegar a nuestro destino. Ya nos esperaban allí, si no todos, parte de los Combatientes Europeos, esa ave acuática caprichosa en la que cada macho se viste de un plumaje diferente al llegar la primavera. También coincidíamos allí con las Golondrinas, con los Abejarucos madrugadores y frioleros y con las Collalbas Europeas; a todos ellos nos los encontrábamos año tras año por esos sus cuarteles de invierno. A mí me producía envidia que fueran capaces de realizar aquella proeza de viaje por sus propios medios, y que como compensación pudiesen permanecer en esta tierra cálida hasta decir adiós al invierno. Desgraciadamente ese no era nuestro caso.

Con todo resuelto —pasajes, divisas, medicinas, equipo fotográfico, etcétera— nuestra habitual taxista nos trasportó hasta el aeropuerto y partimos desde Bilbao el lunes 17 de septiembre, con el firme propósito de regresar el lunes 1 de octubre.

Llegamos a Nairobi en nuestro vuelo belga pero con puntualidad inglesa. Tras los trámites de rigor en la aduana y otras zarandajas, sacamos rodando nuestro abundante equipaje y...

—¿Dónde diablos se habrá metido Jean-Marie? —En un principio no nos preocupó su ausencia y continuamos charlando. Diez minutos más tarde dejamos de charlar y decidimos llamarle. En ninguno de los dos teléfonos que teníamos contestó nadie. Nueva espera y ya el *parking* del aeropuerto se fue quedando vacío. Eran más de las diez de la noche, por lo que decidimos tomar un taxi e irnos por nuestros propios medios al Norfolk, que era el alojamiento que teníamos previsto.

Al llegar al hotel otra desagradable sorpresa nos estaba esperando: no había efectuada reserva alguna a nuestro nombre. Entonces comenzaron las especulaciones y a continuación nos entró el pánico.

¿Qué estaba ocurriendo? Habíamos pagado a Jean-Marie el viaje por adelantado, más de seis mil euros entre los cuatro. Ya el año anterior, cuando estuvimos con él, no gozaba de buena salud y tampoco era un niño. ¿No nos la habría jugado y recogido a nuestra costa un complemento para su jubilación antes de desaparecer en su Francia natal?

Por suerte en el hotel disponían de dos habitaciones, pero como demostraban a las claras la misma desconfianza hacia nosotros que nosotros hacia Jean-Marie, exigieron nuestras tarjetas de crédito por lo que pudiera pasar. De nada sirvió explicarles que éramos clientes desde 1999. No conocían, por lo menos los que trabajaban en ese turno en recepción, ni a Jean-Marie ni a su actual empresa “On Safari”, sucesora de “Uthali Tours”... Esperábamos que tal cambio no hubiera sido para dar esquinazo y borrar sus huellas a otros “safariagüis” estafados.

Sin siquiera cenar, sobre las doce comenzamos a barajar posibles soluciones. Si rehacíamos el viaje con otra empresa, aparte de tener que volver a aflojar la pasta, deberíamos reservar nuevamente, cosa complicada porque en aquellas fechas casi todos los *lodges* estaban al completo. El panorama era bastante negro y lo último que yo deseaba era perder dos días

peleando en Nairobi para luego tener que hacer un safari a uña de caballo.

Con la moral por los suelos, ya a la una de la mañana nos acostamos muertos de hambre. Me costó dormirme, fruto de tanta tensión acumulada, y en cuanto lo hice sonó el teléfono dos veces. Antes de poder cogerlo, se quedó callado como un muerto.

Una noche entera planeando un asesinato no es la mejor forma de conciliar el sueño. A eso de las siete y media, cuando rozábamos la desesperación, nueva llamada. ¡Era Jean-Marie deshaciéndose en explicaciones! Que si había sufrido un accidente camino del aeropuerto, que nos había llamado al hotel cuando pudo, en torno a la una de la madrugada, que no habíamos cogido el teléfono, pero que a las ocho y cuarto nos recogía en la puerta del hotel para llevarnos al aeropuerto Wilson a tomar un avión hasta Samburu.

¡Vaya novecita negra que nos dejó de recuerdo! Solo de pensar en el peregrinaje por Nairobi en busca de solución...

Después de desayunar volvió la calma al equipo de los cuatro “safaragüis”. Con Jean-Marie en vivo y en directo, cargamos equipajes y abandonamos el hotel. Nos frotábamos las manos de alegría al imaginarnos en un par de horas viendo Samburu desde el aire.

El viaje parecía ir “sobre alas”, pero no contábamos con que en la parada técnica en el Legwa Ranch nos iban a trasladar a una avioneta más pequeña. Efectuado el trasbordo, enseguida estuvimos volando, si a ir dando saltos por el aire se le pueda llamar volar. El viento empezó a arreciar y a arreciar, y nuestro pequeño avión de hélice comenzó a bailar con alegría, como si el ruido del vendaval que se estaba desatando lo animase a ello. Conchi, la prima de Maribel, se mareó en los primeros compases y devolvió el desayuno. Maribel se quedó tan solo a falta de unos pocos saltos más para conseguirlo.

Cuando próximos a nuestro destino el avión comenzó a descender, el baile pasó del Vals al “Rock and Roll” de mi

juventud. Iba de un lado a otro y saltaba en el aire como una hoja movida por el viento.

Nada más divisar la pequeña pista de tierra el aparato descendió hasta volar por debajo del nivel de ella, atravesando aquel valle protegido del viento, y cuando ya estábamos con estrellarnos contra la ladera... de pronto se elevó y, rozando unos árboles, cayó sobre su destino dando bandazos.

Enseguida se nos olvidó el mal trago. Felices, abrazamos a Morris que nos estaba esperando junto al coche, y diez minutos más tarde veíamos los primeros impalas y elefantes. No había duda. Estábamos otra vez en África. Todavía no se habían acabado nuestros problemas, aunque ya en tierra de leones nuestras preocupaciones eran menores.

El trayecto al hotel lo hicimos dando un rodeo para ir calentando motores. Esa primera toma de contacto siempre produce una cierta sensación de bienestar, prólogo de lo que serán los siguientes días.

El viaje había comenzado con problemas y ya se sabe, “a perro flaco, todo son pulgas”.

Por el camino hacia el hotel contemplamos todo tipo de animales, pero aún no había llegado el momento de sacar del equipaje las cámaras.

Al llegar al Sarova nos dijeron que la *suite* “Born Free”, la única habitación del hotel que disponía de aire acondicionado y que ya teníamos pagada a Jean-Marie, no estaba disponible. Maribel hizo salir de su despacho a Francis Msengeti, el director. Poco después, con todo resuelto y ya instalados, recibimos en cada habitación una cesta de frutas con una carta suya disculpándose.

Salvo los Adamson y su leona Elsa, protagonistas de “Nacida libre”, que estuvieron en este lugar varios años pero que no se hospedaron en este hotel sencillamente porque aún no existía, creo que nosotros hemos sido unos de los mejores clientes que han tenido.

Mientras que lo habitual es que los turistas pernocten una o dos de noches en él, nosotros lo solemos hacer cuatro en cada estancia y lo hemos repetido en total en ocho ocasiones. ¡A ver quién lo mejora!

Algo me causó desasosiego y tardé en darme cuenta de cuál era la causa. Cuando a nuestra llegada esperé ver el cor-pachón de Grizzly de Charles, el jefe del servicio de maleteros, este no apareció.

Más tarde comprendí que Charles ya no trabajaba en este hotel. Nadie supo o quiso decirme lo ocurrido, pero en sus expresiones noté que algo raro debía de haber pasado. La versión de que se había jubilado e ido a su pueblo, no me convenció en absoluto. Nunca más supe de Charles.

En cambio me alegró descubrir más tarde que Gladys, a la que conocí de camarera, ahora estaba en recepción. Sin duda la habían ascendido pues vestía el uniforme naranja que distingue al personal de administración del que se dedica exclusivamente a la hostelería o la limpieza, y la noté muy feliz en su nueva ocupación. Su timidez había desaparecido y se sentía más segura en su nuevo puesto. Me contó que tenía un hijo de doce años que vivía con la abuela. Charlé con ella varios ratos después de cada safari de tarde. No me habría importado que trabajase en el Zoo, lo que nos permitiría a ella y a nosotros aprender.

Ya instalados en la habitación y mientras nos dirigíamos al comedor, descubrí a uno de mis amigos Martines Pescadores Gigantes 9.1 que, tomando el sol sobre el entablado de un puente, tenía una sofoquina de campeonato. Respiraba agitado y con el pico abierto de tanto calor. Un Loro macho 9.2, con su pecho anaranjado, me contemplaba desde la seguridad de una acacia espinosa.

Mientras cargaban los bártulos para salir por la tarde, en un paseo por la orilla del río y sin salirme de los jardines del hotel, me encontré con varios conocidos más, como un Cormorán Africano, “Long-tailed Cormorant” (*Phalacroco-*

rax africanus) 9.3, un Avemartillo o “Hamerkop” que se comía los peces de un estanque 9.4 y una Avefría Espinosa 9.5. Por su comportamiento y soledad, deduje que cerca debía de estar su compañera empollando los huevos.

Durante el corto paseo de esa primera tarde por Shaba, nos encontramos, posada sobre la inclinada rama de una acacia, un Águila Azor Africana o “African Hawk-eagle” (*Hieraaetus spilogaster*) 9.6, que en esta ocasión se estaba merendando a una ardilla terrestre.

Ya casi anocheciendo vimos un nutrido bando de Tejedor Quelea (*Quelea quelea*) 9.7 bebiendo por turno en un arroyo, mientras el resto de la bandada vigilaba desde la copa de un árbol. Según dicen los libros, es quizás el ave más numerosa del mundo y en África constituye una auténtica plaga de las cosechas. Comprendí que su éxito es fruto de su gran número y de su buena organización social.

La primera mañana de safari completo, porque el de nuestra llegada apenas había alcanzado las dos horas de duración, comenzamos por dirigirnos a la entrada de la reserva de Buffalo Springs. Conchi y Manolo, él armado con una cámara de video, nos guardaban las espaldas desde el asiento de atrás 9.8.

Un facocero de gigantescos colmillos 9.9 nos miró al pasar. Por su aspecto limpio y bien cuidado, supuse que era joven pero con una muy potente genética que se manifestaba en sus extraordinarias defensas.

De pronto, a lo lejos, vimos primero una, después dos y por último tres leonas. Hacia allí enfiló Morris nuestro coche.

Ya cerca, cuando más lentamente nos íbamos aproximando a ellas, un pequeño y despreciable pajarito que correteaba por el suelo a lo lejos llamó mi atención y me obligó a desviar la mirada hacia él. Al principio no le di importancia, era uno de tantos Bisbitas de color verdoso y amarronado que corretean de aquí para allá, pero este era demasiado cla-

rucho por su vientre; se diría, incluso, que más bien parecía... ¿amarillento? ¿Podría ser una hembra de mi pájaro soñado? 9.10 ¿De aquel que me rehúye desde hace más de tres años? ¿Aquel al que yo cariñosamente bauticé “Fucking Golden Pipit”? En esto que, un poco más alejado, sale de entre unas hierbas un pájaro color oro... ¡¡¡Un “Golden Pipit”!!! ¡Mi precioso, maravilloso y deseado Golden Pipit! Ahí lo tenía, a gran distancia pero no tan lejano como para no hacerle, por lo menos, una mala foto. Sus andares eran de Bisbita, parecido al de los que corretean por los prados europeos pero, como de su nombre se puede desprender, su color era amarillo oro y portaba de adorno un precioso collar negro. Nuestros discretísimos Bisbitas europeos, sin ánimo de menospreciarlos, eran infinitamente menos vistosos.

Las leonas pasaron tan a segundo plano que no volví a mirarlas y me centré en aquellas pequeñas avecillas.

Enseguida descubrí que la pareja de aves no estaba sola. No eran solo dos, sino que eran tres. Dos machos preciosos en cuyo plumaje amarillo oro refulgía el sol de la mañana y una hembra de colores crípticos que la confundían con las hierbas. Esa característica de mimetizarse con el terreno la beneficia a la hora de incubar en su nido, lo que no es óbice para que a los machos los tuviera encandilados hasta el punto de no alejarse más de unos metros de ella ni perderla de vista.

Me centré en el macho que, estando lejano, era el más próximo a mí. Lo enfoqué con mi artillería más potente, la que montaba el telescopio Swarovsky, y le tomé la primera foto 9.11.

Al principio estaba correteando en la lejanía y, poco a poco, persiguiendo insectos, se fue acercando a nuestro coche 9.12 hasta situarse a cinco metros de él, lo que me obligó en dos ocasiones a cambiar la óptica de mi artillería a otra menos potente. Ya muy cerca se giró para mirarme y se plantó frente a mí como retándome 9.13.

“Hace tres años te vi de cerca, pero me asustaste y huí. Sé las ganas que tienes de volver a encontrarme, así que aprovecha y dispara tu cámara, porque nunca tendrás otra oportunidad como esta”, parecía querer decir. Fue una profecía que se cumplió.

En aquella primera y lejana ocasión le lancé un impropio que perduró en mi mente tres años...

“¡Ese “Fucking Golden Pipit” acaba de joderme!”. Y con ese nombre despectivo pasó a la historia. A partir de ahora, hechas las paces, nunca más lo volvería a insultar.

Este simpático y amable pajarito, al final, se puso tan cerca de mí que su imagen me llenaba la cámara 9.14. Solo entonces dejé de tomarle fotos. Ya tenía suficientes. Me relajé y lo contemplé a placer a través de los prismáticos.

Poco a poco mis pulsaciones volvieron a la normalidad pero la cara de felicidad y el recuerdo me duraron mucho más.

El nombre latino, por si alguien se anima a buscarlo en internet, es muy sencillo y fácil de aprender: *Tmetothylacus tenellus*. Así, como suena.

Comprendo que me he puesto pesado con este pajarito, pero queda el consuelo de pensar que pudo ser peor.

Ya en Buffalo Springs, las pequeñas piscinas naturales que forman el manantial estaban rebosantes de aves: un Alcaudón muy común, “Northern White-crowned Shrike” (*Eurocephalus rueppellii*) 9.15, un raro, por lo menos para mí, “Red-billed Buffalo Weaver” (*Bubalornis niger*) 9.16 y mi primera observación de un Estornino Urraca, “Magpie Starling” (*Speculipastor bicolor*) 9.17. Acompañando a estos, otros muchos pájaros 9.18 que se estaban dando un magnífico baño en aquellas límpidas aguas.

A continuación nos alejamos del manantial y por aquella llanura seca que se extiende paralela al Ewaso Ngiro pero bastante más elevada que este, comenzamos, despacito, a inspeccionar meticulosamente todos los matorrales y posibles

escondrijos que pudieran albergar alguna especie interesante. Nos cruzamos con varios animales, entre otros con un gran macho de Avestruz Somalí 9.19, que se diferencia de la más común en que tiene los muslos azulados en vez de rosáceos. Dos terneros de Órix 9.20 y 9.21, de distinta madre pero muy amigos a pesar de contar con muy pocos días de vida, y un macho de Avutarda Cuelligrís (*Eupodotis senegalensis*) 9.22. Con estas fotos di la mañana por cubierta.

Por la tarde, nada más comer, el resto del equipo se quedó a disfrutar ampliamente de la piscina mientras que yo, entre baño y baño y en un corto paseo, vi a un gran Cocodrilo 9.23, un Marabú con el buche bien lleno 9.24 y un Escinco a rayas, ¡precioso! 9.25. Más tarde salimos a dar un paseo en coche, durante el que nos encontramos a dos “Buffalo Weavers” 9.26 mirándose tiernamente a los ojos y a un Azor Gris (*Melierax poliopterus*) 9.27, que buscaba su cena.

Cerramos el programa de tarde con ese crepúsculo y puesta de sol que tanto juego da en el ecuador, y especialmente en África 9.28.

Aquella segunda mañana habíamos salido con mucho ánimo y el safari se estaba dando bastante bien. Nos detuvimos a contemplar durante un momento a unas jirafas 9.29. Poco después un elefante cruzó por detrás de nuestro coche. 9.30.

El aire fresco de la mañana invitaba a observar aquella explosión de naturaleza, y la presencia de innumerables y variadas especies de aves, más aún.

En un paraje bastante desolado me topé con una familia de Corredores Somalís (*Cursorius somalensis*) 9.31, los únicos que he encontrado en todos mis viajes. Tenían bajo su cuidado un hijo casi de su mismo tamaño, pero al que se le distinguía perfectamente por su plumaje menos brillante 9.32.

Maribel y Conchi —a las dos les encanta el sol— iban felices rodeadas de elefantes 9.33. Yo les seguía el rollo 9.34.

Cuando salimos de los intrincados senderos de la orilla del río, divisé a lo lejos un árbol aislado que me era familiar. Pregunté a Maribel:

—¿No es ese el árbol en el que, en otra ocasión, descansaba un leopardo?

—Sí, sobre una rama de la parte de allá.

Al acercarnos, miré en aquella dirección y... ¡allí estaba de nuevo ese u otro leopardo! Justo en el mismo lugar y yo diría que en idéntica posición. Me lancé a por la cámara 9.35 y 9.36. Al marchar le di las gracias por brindarme aquella sesión fotográfica y soportarme con santa paciencia.

Casi sin darnos cuenta se nos echó encima la hora de regresar. En un momento del safari cruzó a lo lejos del coche un pájaro blanco y negro que me pareció un Calao desconocido. Se posó en una acacia donde media docena de nidos de Tejedor destacaban entre las ramas sin hojas. Cogí los prismáticos y me dediqué a observarlo por curiosidad. El dichoso pájaro iba de nido en nido, se agarraba fuertemente a uno de ellos e introducía su pico por el agujero. Así registró uno por uno todos los nidos, comiéndose a los pocos pollitos que encontró. Tiré de libro y lo identifiqué: era una hembra de Toco Keniata (*Tockus deckeni*). Fue mi primer avistamiento de esa especie 9.37.

En Samburu hay unas aves que me llenan de admiración a mí, pero puedo asegurar que menos de uno de cada mil visitantes es consciente de su existencia. Hay que ser muy retorcido para fijarse en ellas. Su nombre, “Palm Swift”.

Son unas aves tan especiales que es prácticamente imposible tomarles una foto por dos razones. La primera es que son tan pequeñas y vuelan tan rápido que no se les puede seguir con el objetivo. La segunda, que cuando se posan lo hacen en la espesura de las hojas de las palmeras. ¿Qué tienen de extraordinario para que sin poderlas fotografiar y siendo de un color crema, sienta esa admiración por ellas? Una sola y es la forma tan especial que han inventado para criar a sus hijos.

Los Vencejos de las Palmeras o “Palm Swift” (*Cypsiurus parvus*) construyen su nido, que cuelga vertical, depositando una secreción de su estómago en una hoja de palmera y allí pegan unas hierbas y su huevo, se sujetan a aquel armadijo con sus uñitas, ¡y a incubar!

Por su parte, el pequeño se agarra con fuerza a esa miniestructura pegajosa desde que nace, y allí crece alimentado por sus padres. Como es fácil suponer me fue imposible tomar una sola foto de esa diminuta y rapidísima ave.

Otros parientes suyos del sudeste de Asia, las Salanganas, construyen su nido también con una secreción parecida que se ha hecho internacionalmente famosa en gastronomía. Sus nidos se utilizan para cocinar la famosísima y carísima “sopa de nidos de golondrina”. Los vencejos de las palmeras han tenido más suerte porque no se les ha encontrado utilidad culinaria.

En cada palmeral de Samburu hay una colonia y yo me suelo detener a observar sus rapidísimos vuelos. Me parece increíble que esas aves tan livianas, compuestas de un cuerpo en miniatura que contiene un motor de precisión diminuto recubierto de plumas y dos alas largas y estrechísimas que lo impulsan a una velocidad endiablada, puedan sobrevivir en este ambiente tan hostil y casi desértico.

Salimos tarde y con calma. Ya tenía fotografiado casi todo lo que se movía por aquel parque, así que me dediqué casi exclusivamente a mirar por mis prismáticos. Solo logró sacarme la pereza un Pecho Colorado o “Rosy-patched Bushshrike” (*Rhodophoneus cruentus*) 9.38, y también aproveché la ocasión para fotografiar a una Palmera Candelabro 9.39... que se mantuvo quietecita mientras la enfocaba.

Ya de regreso por la margen derecha del río, me encontré con un Dik-dik 9.40 que nos miró con curiosidad.

Al pasar junto a un árbol seco, una caradura de Águila Marcial se posó encima de nosotros a solo ocho metros sobre nuestras cabezas 9.41, 9.42. Por más que intenté espantarla

tirando el sombrero al aire no lo conseguí, por lo cual me dediqué a hacerle fotos, primero de carné y después de aquellas gigantescas garras asesinas. ¡Es increíble el grado de mansedumbre que pueden alcanzar estas aves cuando descubren que los hombres no son sus enemigos!

Un poco más adelante, un grupo de Estorninos Soberbios “Superb Starling” (*Lamprotornis superbus*) 9.43, junto con otros grises o “Fischer’s Starling” (*Spreo fischeri*), constituían la mejor decoración para un árbol.

Cuando estábamos viendo cerquísima a un Alción Cabezablanca (*Halcyon leucocephala*) 9.44, observamos a lo lejos que en un gran árbol se movían varios babuinos saltando de una a otra rama, lo que, dado lo terrestres que son estos primates y que era la hora de su siesta, nos decidió a dejar nuestro camino y desviarnos para averiguar cuál era la causa de esa actividad inusual.

Al llegar cerca del árbol descubrimos a un gran babuino arrastrando el cadáver de un pequeño impala. Pero el movimiento continuaba en la copa.

Entonces lo vimos: un leopardo con aspecto de joven o de hembra 9.45 estaba cercado por varios machos adultos de babuino. Su situación a pleno sol y su agitación y jadeo, eran claras muestras del mal rato que estaba pasando aquel animal. No podía moverse porque cuando intentaba avanzar, un macho atacaba por detrás. 9.46, 9.47, 9.48 y 9.49. Si por el contrario, intentaba girarse para ascender por la rama hasta un lugar de sombra, otro lo hacía desde abajo 9.50.

Quedó claro desde el principio que los grandes machos de babuino estaban dispuestos a acabar con él. Tras media hora de incertidumbre el leopardo se estaba agotando debido al calor y al incesante acoso a que estaba siendo sometido. A pesar de sus contraataques rugiendo y enseñando los dientes 9.51, 9.52, no conseguía alejar a sus enemigos. Así que Morris sacó su teléfono y llamó al puesto de los *rangers* de la guardería.

Una hembra, y si es joven más aún, es muy valiosa en este ecosistema. Ellas y sus hijos controlan la superpoblación de los medianos antílopes y por eso estábamos seguros de que los guardas, sin intervenir en su favor, ayudarían a resolver la situación.

Más de media hora esperando y la partida a muerte continuaba en tablas y sin resolverse. Los babuinos situados en los mejores lugares y a la sombra, tenían todas las de ganar. En eso escuchamos el lejano ronroneo de un motor. Cinco minutos más tarde un todo terreno con dos *rangers* entró en escena. Iban provistos de rifles y uno de ellos, sin esperar un segundo, levantó su arma y efectuó dos disparos al aire. No sé si la munición utilizada era o no de fogueo, pero todo lo que sucedió a continuación fue visto y no visto. Los babuinos, de dos saltos, se bajaron del árbol por el lado opuesto al de los *rangers* y echaron a correr huyendo a la espesura, y el leopardo, por su parte, hizo lo mismo pero por el lado contrario, justo junto a nosotros, y de dos saltos llegó al suelo y desapareció entre la fronda de unos matorrales.

Fue uno de los momentos más intensos que hemos vivido por estos lugares. Las fotos que tomé reflejan con toda exactitud la tensión que supuso ese encuentro para los contendientes.

A Maribel se le saltan las lágrimas al ver un leopardo. Ha criado tres a biberón: Timoteo, Macaulin y Gladys. En especial con esta última, durante los diecisiete años que vivió con nosotros, mantuvo una relación de amistad tan entrañable que el temible felino le permitía retirarle a uno de sus cachorros mientras lo amamantaba, para llevárselo a casa y reforzarle la dieta con un buen biberón.

Ni que decir tiene que llegamos tan tarde que el comedor estaba ya vacío.

En vista de la fructífera mañana y del retraso que supuso este leopardo, por la tarde le dijimos a Morris la palabra

mágica: “Holidays” y nosotros nos quedamos en la piscina bañándonos y tomando medicinas.

Ya en la cena, apagón y nuevo cumpleaños. Hasta ese momento no tenía ni idea de que iba a regresar de ese viaje a Kenia con, por lo menos, otro “cumpleaños” más a mis espaldas. Aún me faltaban cinco meses para eso, pero como nos conocían se les ocurrió la gracia de obsequiarme en este viaje con un cumpleaños sorpresa. Era divertido verlos llegar a todos cantando y en procesión hasta nuestra mesa. Me habían tomado por cabeza de turco y yo me dejaba querer. A falta de otro huésped que cumpliera los años de verdad, el hotel salía del paso con esta falsa celebración que tenía mucho éxito entre sus clientes y además despertaba cierta envidia en el resto de la clientela. También, este paripé de cumpleaños servía de ensayo a camareros y cocineros que, encabezados por el *maître* y a veces por el director, daban rienda suelta a sus aficiones operísticas con su “Jambo, Bwana” y el “Lala Salama”, muy de moda durante esos años por esas latitudes.

Después de mi cumpleaños, a los postres, me hice una foto de recuerdo con Gladys 9.53.

Otra mañana, nuevo safari y nuevos avistamientos. En esta ocasión fueron abundantes y variados. Comencé con un precioso Pájaro Ratón de Nuca Azul (*Urocolius macrourus*) 9.54 y continué con un grupo de leonas en una sombra 9.55.

Por una sola vez nos cruzamos con un grupo escolar de nativos que estaban por allí de excursión 9.56. Eran jovencitos de catorce años que nos miraron con más curiosidad que a las gacelas. Un precioso Gavilán Rayado (*Micronisus gabar*) 9.57 puso punto y final a nuestros safaris por Samburu.

“...Estupendo Samburu, dan ganas de quedarse unos días más...”

Con eso está dicho todo.

HACIA EL “MOUNT”

Después de tres días de recorrer estas reservas, tras una rápida despedida, salimos por un atajo hacia la carretera de Isiolo. Por el camino, sobre un poste de tendido eléctrico, descansaba una “Long-crested Eagle” (*Lophaetus occipitalis*) 9.58.

Al llegar a la ciudad de Nanyuki viramos a la izquierda, repostamos combustible y, junto a la entrada del Mount Kenya, nos encontramos picoteando en un prado un bonito bando de “Viudas”, pájaros con aspecto habitual de gorrión. Pero, sorprendentemente, llegada la época de cría los machos sufren una increíble transformación en su plumaje. Se les desarrolla una cola larguísima, se “visten” de negro con un collar rojo y se lanzan a la conquista de las hembras que permanecen sin cambiar su color de gorrión. Pero no les hice caso, la verdad. En esta ocasión dedicaríamos los dos días en este balneario de montaña al relajo.

Llegamos a tiempo del *lunch* y nos encontramos con el hotel patas arriba. Estaban metidos en obras, pero “en profundidad”.

Después del largo recorrido todos teníamos una imperiosa necesidad de ir al lavabo. Decir urgencia sería poco. Pero la primera persona que nos encontramos nos negó el paso en aquella dirección y nos señaló un gran toldo, para nosotros desconocido de anteriores ocasiones. Una y otra vez, insistimos en ir al edificio principal, que conocíamos perfectamente y cuyos lavabos podíamos ubicar con exactitud.

Al final de la discusión nos aclararon que durante las obras habían cerrado algunos de los servicios del hotel y habían habilitado unos nuevos provisionales junto a la carpa en que habían instalado la recepción.

La carpa era una tienda de campaña gigante. Pero los servicios no estaban en ella. Los servicios, nuestra más urgente necesidad, resultaron ser dos casetuchas, mitad de ladri-

llo, mitad de madera, con más rendijas que una parrilla de asador. Sin duda, eran muy adecuadas para sordos y mejor aún, si carecían de olfato. Para el resto de los seres vivos dejaban mucho que desear. Pero todo tiene su parte buena y allí, acompañándome en mis funciones vitales, descubrí posada sobre la pared a una preciosa mariposa nocturna, pariente cercano de nuestro Gran Pavón 9.59. La cogí con mucho cuidado, la saqué de aquel cuchitril y la coloqué sobre unas raíces aéreas donde seguro que disfrutaría de mejores olores y de muchos menos “ruidos” molestos.

Al reencontrarnos, un ataque de risa colectivo nos ocupó el tiempo que tardó la espectacular recepcionista en recoger nuestras hojas de llegada y darnos las llaves de nuestros nuevos alojamientos.

Después de comer desenfundé la máquina y maté el gusanillo con un “Cape Robin-chat” (*Cossypha caffra*) 9.60, un precioso Turaco de Hartlaub (*Tauraco hartlaubi*) comiendo unos frutos amarillos junto a un grupo de amigos 9.61 y un calao “Toco Coronado” (*Tockus alboterminatus*) 9.62, bastante escaso por cierto, pero al que ya tenía identificado de anteriores ocasiones.

Al llegar al hotel un empleado de la dirección se brindó a enseñarnos los chalecitos que me producían envidia: los *cottages*. Los acababan de reformar y decorar y cuando los vimos nos dieron ganas de ocuparlos por la fuerza, pero decidimos que serían nuestras próximas habitaciones en futuros viajes, porque eran tal que de película. La cena fue, como suele ser habitual en este hotel, excelente.

La mañana siguiente amaneció preciosa, con el monte Kenia completamente despejado 9.63. Después de un corto paseo me encontré con un Alcaudón 9.64 que siempre vivía en el mismo arbusto y que para mí era como de la familia, y un Pájaro Ratón Común (*Colius striatus*) 9.65 que tomaba el sol aterido de frío. Sobre unas flores como espigas rojas, un Zosteropo Abisinio (*Zosterops abyssinicus*) con sus pár-

pados blanquísimos, se alimentaba de néctar 9.66. Un macho de Lavandera Africana (*Motacilla aguimp*) 9.67 llevaba el pico lleno de gusanos para sus hijos. Entre todos me mantuvieron entretenido hasta el desayuno.

Para ese día entero y libre teníamos planeada una visita al cercano rancho Ol Pejeta, un Santuario cercado donde se mantenía una extensa área controlada. Dentro se encuentra un refugio de chimpancés huérfanos provenientes de parques de los vecinos países, que allí habían encontrado acomodo en un amplio bosquecillo protegido con una malla electrificada.

Recorrimos la zona, vi unos preciosos Jabirús y llegamos donde los Chimpancés, pero antes nos acercamos a unos servicios. Solo por volver a verlos y tomarles una foto, merecería la pena viajar hasta allí. Semejante e indescriptible alarde de diseño no lo he encontrado en ningún W.C. del mundo. No sé si su origen era un potro de tortura de la Inquisición o fue inspiración original de su creador. El artilugio estaba construido con unos cuantos tubos de hierro en forma de varios aros concéntricos a distintas alturas del suelo. A estos iban soldadas cuatro patas inclinadas en forma de pirámide. Allí, a lo alto de aquel extraño taburete de metro y pico de altura y patas separadas, tenían que subirse las señoras para, desde la cúspide, arrojar los desechos humanos a un agujero típico de letrina. Si el que lo diseñó lo hizo para que los usuarios pasasen un rato riendo a causa de aquel ingenio, lo consiguió plenamente, porque nos partimos de risa con aquella ocurrencia durante toda la mañana... hasta que otro suceso imprevisto nos hizo cambiar de rumbo mental.

Tras aquella experiencia “inolvidable” —y ya era la segunda consecutiva y por idéntico motivo, durante este viaje— nos trasladamos nuevamente a ver los chimpancés. El primero que se acercó a la valla tenía cataratas en un ojo, lo que le hacía, como es lógico, estar de mal humor.

Acompañados por unos guías nos metimos por la espesura que crecía abundante a lo largo de todo el perímetro y vimos a dos o tres más 9.68 y 9.69 que dormitaban en la copa de un árbol. Por más que buscamos y rebuscamos no aparecía ningún otro a pesar de que nos aseguraron que había varias decenas por el recinto.

Pero Conchi no se había conformado con salir indemne del potro de tortura y quería su momento particular de gloria, que se le presentó de forma casual, imprevista y no deseada.

Conchi, que durante el safari del año anterior había demostrado una vista y unas cualidades extraordinarias para detectar animales, se aprendió la fauna africana en ese primer cursillo acelerado que son los safaris, pero...

—¡Allí! ¡Allí! En aquel árbol. ¡Mira cómo le brilla la calva!...

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntábamos el resto, preocupados por si estábamos perdiendo visión. Pero Conchi insistía con su “¡Allí! ¡Allí! ¡Allí!” y nosotros continuábamos escudriñando las ramas sin localizar a ningún otro. Tras insistir unos minutos y “despistojarnos” sin éxito Conchi se rindió ante la evidencia y con expresión avergonzada dijo por lo bajinis:

—Me parece que me he equivocado...

Una hora más tarde, de vuelta al hotel, comíamos felices en nuestra mesa predilecta 9.70.

Por la tarde, durante un paseo rutinario, me encontré con un archiconocido Papamoscas de Fischer (*Melaenornis fischeri*) 9.71 y con el también abundante Tejedor Baglafecht (*Ploceus baglafecht*) 9.72. Ya me estaba aburriendo cuando oí ruido en unos árboles que parecen pinos, pero que no lo son.

Al llegar al bosque de “pseudopinos” escuché el griterío ronco típico de los Colobos y me fui tras ellos. Eran más de una docena y estaban muy agitados y saltadores, menos tres

que permanecían acurrucados uno junto a otro. ¿Cuál era el motivo? Los miré a través del telescopio que llevaba adaptado a la máquina. Así los distinguía a la perfección. Pero, ¿qué era aquel trozo de cuerda gruesa y de color blanco que colgaba entre ellos? En un movimiento de un colobo perdí de vista la cuerda y entonces vi aparecer... ¡una también blanca cabe-cita! Los colobos tenían un hijo tan blanco como un corderito 9.73, 9.74, que al principio di por albino. Pero en cuanto conseguí verle bien la cara y distinguí sus ojos negros, me asaltaron las dudas. Comprendí que estos monos de adultos son mitad negros y mitad blancos, pero en su infancia son totalmente blancos. Me harté de tomarle fotos junto a sus padres...

Cuando consideré que ya tenía alguna decente corrí en busca de Maribel y del resto del equipo para que gozasen de aquella maravilla. Fue uno de esos momentos que te compensa de todo un viaje.

Durante los días siguientes, cada vez que Conchi descubriría un animal le preguntábamos: “¿Has mirado bien si le brilla la calva?”

LAGO NAKURU

Desde el Mount Kenya viajamos a Nakuru. Realizamos las paradas rutinarias como en anteriores ocasiones y, a la hora prevista, subíamos la rampa que conduce al Lion Hill.

Después de la comida decidimos visitar el grupo de Flamencos que siempre se reúne junto al arroyo de agua dulce. Recién llegados a este parque, haya muchos o haya pocos, es inevitable acercarse a verlos. Pero nos entretuvimos más de la cuenta.

Cuando circulábamos a toda prisa bajo el dosel de las acacias camino del Baboon Cliff para presenciar el magnífico crepúsculo que se avecinaba...

—¡Para, para! ¡Ahí, a la derecha, sobre ese árbol inclinado hay un leopardo!... ¡y no le brilla la calva! 9.75.

Allí, tumbado sobre la curvatura de un árbol inclinado y quebrado, descansaba un estupendo ejemplar de su especie. Observaba el entorno tumbado sobre aquel magnífico y cómodo apostadero.

De pronto apareció entre la hierba del suelo otra cabeza, esta más pequeña, y de un salto trepó al mismo árbol donde descansaba el otro animal.

—¡Toma ya! ¡Tiene un hijo! Por tanto, Conchi, a ESTA también le brilla la calva, porque no es un leopardo sino ¡UNA leoparda! 9.76.

Durante un buen rato disfrutamos de aquella conmovedora escena de la madre y su cachorro, quien tenía una tripa redonda como un balón, la mejor prueba de lo buena cazadora que era su madre 9.77.

Tras jugar un rato, el adolescente, que resultó ser un “posturitas” al que le gustaba posar, se colocó sentado de espaldas a su madre 9.78 y a continuación, la imitó y se tumbó sobre el mismo tronco pero mirando en sentido contrario, así la vigilancia cubría todos los ángulos posibles 9.79. Después, no descubriendo en el suelo nada interesante, entreceñó los ojos porque era la hora de su siesta. Ha sido la segunda vez, en todos estos viajes, que me he encontrado a una madre junto a su hijo.

Desde entonces cada vez que atravieso en coche ese tramo de carretera, reviso todos los árboles inclinados. Así he logrado ver a una leona encaramada a uno, pero nunca ningún otro leopardo.

De todas formas, unos meses más tarde un vendaval arrasó esa parte del bosque y cayeron infinidad de árboles, entre los que se encontraba el nuestro, que ya estaba bastante maltrecho cuando descubrimos sobre él a los leopardos.

Junto al manantial vimos a un grupo de cinco Waterbuck, 9.80 con un bando de gaviotas delante y una orla de flamencos detrás. A nuestro lado, unas cebras nadadoras vadearon el arroyo sin ningún problema 9.81.

Consecuencia directa de todo esto, llegamos todavía con más retraso al Baboon Cliff.

Por suerte, de regreso al hotel la luna 9.82 estaba esperando para iluminarnos, ya que es una costumbre muy extendida circular por los parques al anochecer sin encender los faros de los vehículos, para no molestar a los animales.

La alborada del día 25 me encontró leyendo en un sofá. La noche anterior me acosté demasiado pronto y lo pagué viendo amanecer, que no es un mal precio. Enseguida toqué a diana y, tras un buen desayuno, otra vez asomados por el techo del coche...

Lo primero que vimos digno de destacar fue un segundo SUPERFACOCERO 9.83 o sea, como Superman, pero en facocero. Por el tamaño de sus colmillos y su expresión de viejo resabiado y sucio, me hizo imaginar a más de un cazador babeando por aquel trofeo. En cambio yo, con un sencillo movimiento del índice sobre el disparador de mi máquina, ya me había hecho con él para colgarlo en casa. Verdaderamente me impresionó aquel par de colmillos, los más grandes que había fotografiado...hasta ese instante. El animalito debía de estar tan orgulloso de su armamento natural que no le importó lo más mínimo que le robase el alma.

Un búfalo disfrazado de perchero nos obligó a detener el coche. Posadas en sus cuernos y lomo, varias Garcillas Bueyeras le hacían compañía dándole un cierto aspecto de árbol de Navidad. Él rumiaba en absoluta relajación, confiando en que al echarse ellas a volar, le advertirían de la cercanía del peligro. Pero la escena de las garcillas posadas sobre un búfalo es tan frecuente que no me tomé la molestia de hacerle una mísera foto.

En uno de nuestros recorridos por la “carretera” que atraviesa el bosque de acacias entre la entrada al parque y el Lion Hill, nos encontramos en medio de nuestro camino con una madre Impala acompañada de un bebé de muy pocos días. Al ver acercarse nuestro coche, la madre, de cuatro

saltos, se retiró hacia la derecha, mientras el pequeño sufrió un despiste y se fue hacia la cuneta de la izquierda. Detuvimos el coche para tomar unas fotos y al pobre recental, desorientado por no ver a su madre a su lado, no se le ocurrió otra cosa que tomarnos a nosotros por ella. O quizás pensó que se había metido bajo el coche. El caso es que se puso muy nervioso a dar vueltas a nuestro alrededor y cuando intentamos dejarlo solo para que volviese junto a ella, quiso venir detrás de nosotros. Consecuencia. Tuvimos que detenernos y esperar a que la madre se acercara nuevamente y lo llamara. Él por fin, se situó y localizó de dónde procedía la llamada, y feliz y contento se acercó a ella y se puso a mamar. ¡Qué mejor cosa podía hacer! Tras el feliz desenlace nosotros, también felices, continuamos nuestro camino.

A esa hora de la mañana mi sitio ideal es pasado el bosque de euforbios, en unas extensas charcas de agua dulce, donde la riqueza de fauna acuática es espectacular.

Descubrí un precioso “Wood Sandpiper” (*Tringa glareola*) 9.84 que se reflejaba sobre el agua como en un espejo y un Zampullín Común 9.85, inflado su plumaje para aumentar la flotabilidad. Cinco locos de la subespecie *Homo sapiens ornitologicus* 9.86 que, como petrificados, parecían un pelotón de fusilamiento apuntando sus cámaras en dirección a los flamencos, me hicieron sentir menos “bicho raro” porque estaban aún más en éxtasis que yo.

Allí mismo decidí hacerles la competencia, aprovechándome de tres Correlimos 9.87, con absoluta seguridad recién llegados de la lejana Europa; dos Flamencos Enanos 9.88 practicando *snorkel*, y por último una Carraca Picogorda o “Broad-billed Roller” (*Eurystomus glaucurus*) 9.89, especie para mí bien conocida desde mi viaje a Zambia, pero que aquí constituyó una novedad.

Ante un intento de motín por dedicarme tanto a los pájaros abandonando a los mamíferos, le indiqué a Morris un magnífico Rinoceronte 9.90 que nos estaba esperando, con

lo que, de momento, calmé la rebelión. Muy cerca de él, y que conste que no fue intencionado, descubrí un Alcaudón Culiblanco o “White-crested Helmet-shrike” (*Prionops plumatus*) 9.91, uno de los pájaros en mi *Top Ten* de los más deseados, y que revolvió en mí un viejo recuerdo. Ocurrió en Samburu la primera vez que estrené la máquina digital. Nos habíamos adentrado en un bosque solitario y lejanísimo en el que sólo pude tomar un par de malas instantáneas. A lo lejos, cerca de doscientos metros, vi unas manchas blancas revoloteando entre los árboles. Tomé varias fotos casi al azar y cuál no sería mi sorpresa cuando al ampliar una de ellas mil veces descubrí un borroso ojo amarillo y una cabeza, desenfocada pero inconfundible. Desde entonces, disparo a cualquier pájaro que me resulte desconocido, aunque esté en la luna, para intentar clasificarlo.

Con un macho precioso de Azulito Bengalí (*Uraeginthus bengalus*) 9.92 y una “Long-crested Eagle” (*Lophaeetus occipitalis*) 9.93 cerramos el día, y ya casi de noche llegamos al hotel 9.94.

MASAI MARA

Estábamos en la última etapa de nuestro viaje: Masai Mara.

Después de una buena ración de coche desde Nakuru, llegamos a comer al Hotel Keekorok en el Mara. Aprovechamos el corto tiempo de la tarde para disfrutar de esos empedernidos dormilones a los que llamamos leones. Si estás de suerte pueden llegar a regalarte un espectacular bostezo. Con solo eso te das por satisfecho 9.95, 9.96, 9.97. Un retrato de carné de un Topi 9.98 y otro retrato de Maribel 9.99, iluminada por los rojizos rayos del sol de la tarde, remataron el corto paseo.

El siguiente día se redujo a una Avefría de Senegal (*Vannellus senegallus*) 9.100, un macho de Antílope Jeroglifi-

co 9.101, una Lora para hacer pareja con el macho que se quedó en Samburu 9.102, un Granadero Púrpura 9.103 y un “Woodland Kingfisher” (*Halcyon senegalensis*) 9.104. Y “cacé” un Cuco Verde, este del *Top Five*, birra, pero al fin y al cabo, un soñado Cuco Verde (*Chrysococcyx klaas*) 9.105, en nada parecido al que vi en Sekenani en 1999... y una inolvidable y auténtica puesta de sol africana 9.106.

Las cenas eran cada vez menos alegres. Mal síntoma. A las claras estaba que lo bueno llegaba a su fin. Pero por la mañana, como el Ave Fénix, renacíamos de nuestras propias cenizas y salíamos al campo con toda la ilusión, lo que aportaba nuevos descubrimientos.

Yo tengo el sueño muy ligero, y aun profundamente dormido distingo cualquier sonido que llega a mis oídos, incluso soñando. Así que no me extrañó al despertarme a las cuatro y pico de la mañana que identificara un ruido parecido a un siseo como el producido por un hipopótamo pastando. Ya lo había escuchado anteriormente y en este mismo lugar. Esta vez no cometí el mismo error de interpretación.

Al mirar delante de nuestra *room* vi, justo delante de mí lo imaginado: un solitario hipopótamo pastando, levemente iluminado por el resplandor de las luces del jardín 9.107. Enseguida me percaté de que yo no era el único en contemplarlo, pues desde la habitación de al lado unos desconocidos vecinos lanzaban destellos de *flash* en aquella dirección, lo que era prueba evidente de que a ellos también los había despertado la misma causa.

Avisé a Maribel para que no se lo perdiera y tomé unas malas fotos, ya que el *flash* tiene su limitación en grandes distancias y el animal se encontraba a más de quince metros.

Por la mañana me acerqué a comentarlo con mis vecinos desconocidos y, cuál no sería mi sorpresa cuando descubro que en aquel matrimonio, ella era parapléjica. Había acudido con su silla de ruedas desde Inglaterra ayudada por su marido. Su deseo era conocer en vivo la fauna de Kenia.

Me dejaron impresionado esas ganas de vivir y ese espíritu de sacrificio y superación. ¡Y yo que me quejaba por arrastrar mi maleta repleta de equipo fotográfico!

Cada vez que me los crucé en los siguientes dos días, que me ocurrió en varias ocasiones a la salida o llegada de los safaris, no pude por menos que saludarlos con admiración.

Antes de subirme al coche, encontré tomando el sol bajo una de las acacias del hotel a un Estornino de Hildebrandt (*Lamprotornis hildebrandti*) 9.108, y en las ramas más altas a tres golondrinas de mayor tamaño que las europeas, de cuerpo redondito y color azafrán, de la especie *Hirundo senegalensis* 9.109, que uno más profano que yo podría confundir con nuestras Golondrinas Dáuricas. Las tres refulgían al sol de la mañana como unas auténticas joyas.

En esta ocasión fuimos a sufrir un poco, o un mucho, ya lo veríamos al llegar, a la zona donde se ahogan tantos ñus.

Por el camino observamos una silueta a la sombra de un matojo. Nos acercamos al lugar y resultó ser un Guepardo asesino 9.110, ya que acababa de matar a una pobre gacela recién nacida. Nos estaba esperando con su presa delante, servida a la mesa, pero a la que por una desconocida razón no había hincado aún el diente.

La “razón” 9.111 apareció por sorpresa de entre las ramas del arbusto. Tendría unos cinco meses y aún conservaba parte de ese pelo fino y alargado que, creciendo sobre su espalda, simula hierba seca, lo que le hace confundirse en el herbazal y parecer una parte más de la llanura.

Al instante, bajo la supervisión de su madre, comenzó a devorar aquella tierna cría de gacela. Pero aquello que nos pareció duro por su crudeza, se iba a quedar en mantillas con lo que nos esperaba más adelante.

Antes de llegar al puente fronterizo, un olor a muerte entró por las ventanillas del coche haciendo el aire irrespirable. En los árboles plagados de buitres, teníamos la prueba de que cerca había ocurrido algo inusual.

Según atravesamos el puente un espectáculo horroroso apareció a nuestra izquierda. Centenares de cadáveres de ñus flotaban en un remanso del río, como si fueran una isla. Más lejos se adivinaban muchos más. El aire se tornó más irrespirable aún. Tomé un par de fotos y salimos huyendo de aquel cementerio 9.112.

Hay veces que la naturaleza se ceba con estos pobres animales. Si uno de ellos comienza a cruzar el río por donde no debe, o debido a las lluvias la corriente ese año es demasiado fuerte, puede ocurrir una catástrofe que lleve a la muerte a millares de ejemplares. Este año fue el peor de todos los que estuve presente.

Un poco más lejos del “cementerio” y aprovechando que era una zona despejada, detuvimos el coche, nos bajamos y lo dejamos abierto de par en par para que se ventilara.

Cerca había un grupo de Jirafas, una de las cuales se acercó a curiosar 9.113, y un Agama 9.114 también se asomó a ver cuál era la causa de que unos “safaragüis” descendieran de su vehículo.

De regreso al hotel nos encontramos con un grupo de españoles que también había visto el horrible espectáculo de los ñus. Si a nosotros nos había impresionado, a ellos los había dejado catatónicos, especialmente a una chica que no hacía otra cosa que repetir como una retahíla: “Ha sido una bofetada de realidad, ha sido una bofetada de realidad...”. La frase nos hizo cierta gracia, a pesar de lo terrible de su origen, y desde entonces, a la zona fronteriza, la llamamos “la de la bofetada de realidad”.

El 29 era nuestro último día completo y paseamos medio Mara viendo bastantes leones. Para entonces, como rondábamos ya el medio centenar de avistamientos de estos carnívoros, no me tomé la molestia de tomar una foto más hasta que...

Rodábamos por los senderos del Mara, mirando en todas direcciones. Gacelas, Ñus, Cebras, Topis, etcétera, queda-

ban a uno y otro lado. Solo cuando algo diferente aparecía en nuestro radio de visión, efectuábamos una corta parada.

Unos Francolines Patirrojos, con pollos crecidos, nos animaron a detenernos un momento. Mientras los contemplábamos descubrimos algo a lo lejos que se movía sobre una obra construida por humanos —parecía una presa de hormigón para retener agua— por lo que abandonamos a los francolines y nos dirigimos hacia allá. Antes de aproximarnos ya descubrimos que merecía la pena una buena parada porque allí, jugueteando uno con otro, estaban una mamá leona y tres preciosos cachorritos 9.115, 9.116, de esa edad en que más parecen peluches de trapo que animales carnívoros.

Daba gusto verlos jugar entre sí o incordiando a su madre, que les dejaba hacer pero les enseñaba los dientes de vez en cuando para reclamar respeto. Si esto ocurría, volvían a jugar entre ellos y dejaban momentáneamente en paz a la madre.

Sus poses y sus juegos me permitieron hacer más de un centenar de fotos en el rato que dedicamos a su observación.

Los cachorros tenían la edad perfecta para recrearse en su contemplación: ni demasiado pequeños ni demasiado grandes, en su justa medida. Entre dos y tres meses, según nuestra amplia experiencia, pues hemos sido papás forzosos, debido a las circunstancias, de siete leoncitos como aquellos.

Con todo recogido y abonada la cuenta de bebidas del hotel, emprendimos la última y corta singladura, más que nada, porque no se nos ocurrió nada mejor que hacer para dejar correr el tiempo. Pero en el bosque que hay a cien metros de la salida, vi un ave para mí desconocida que se lanzó en picado sobre una zona encharcada de la orilla de la carretera. Rozó el agua con sus garras y se posó en la rama seca de un árbol. Detuve a Morris al instante.

El ave en cuestión resultó ser un Cernícalo Gris o “Grey Kestrel” (*Falco ardosiaceus*) 9.117, 9.118 que yo no recordaba ni de los libros, y el motivo para lanzarse en picado hasta la charca lo tenía ahora bien sujeto entre en sus garras: una pe-

queña y desafortunada rana. Un minuto más tarde, se tragó a la rana entera, aún pateando en su intento de escapar de aquel abrazo mortal.

Ya en el hotel nos encontramos al Maasai Ole Nkuya y su amigo y nos despedimos de ellos 9.119. Pagamos en recepción las bebidas, como de costumbre, y partimos a nuestro siguiente destino: Nairobi. Y de allí, a casa.

A unos kilómetros de abandonar la reserva, en una zona semidesértica en la que pastaban cabras y vacas enanas custodiadas por algunos pastores, vislumbramos a lo lejos dos formas blancas que desentonaban en aquel paisaje tanto o más que un elefante en una discoteca. ¿Qué eran aquellas dos estatuas de mármol que refulgían al sol y a las que aparentemente, cosa insólita, un pastor estaba fotografiando? Cuando llegamos cerca vimos la escena más sorprendente que cabe imaginar. Insuperable. Cualquiera de las presenciadas hasta entonces parecería ridícula comparada con esta. Descubrir que dos novios orientales, vestidos de largo con impolutos trajes blancos, están siendo fotografiados por un pastor masái en medio de la nada es completamente chocante. De no ser por las fotos que tomamos nadie nos creería.

Allí detuvimos de inmediato el coche. No podíamos perdernos esa historia.

Bajo un árbol, la pintoresca pareja que había llegado hasta allí desde donde hubiesen contraído matrimonio —quién sabe, quizás desde Japón— estaba cumpliendo su original deseo de fotografiarse allí, en medio de la nada, con sus trajes de novios. No había coche alguno a la vista, ni maletas, ni otro equipamiento. ¿Cómo continuarían viaje? ¿Lo harían de esa guisa caminando hasta el Keekorok, distante más de cuarenta kilómetros?

Si la inglesa parapléjica me había dejado anonadado, estos dos, con su capricho, la superaron con creces.

Les deseamos toda la felicidad del mundo, y allí los dejamos, comprobando en la máquina qué tal quedaron las

fotos. Supongo que el masái no se había visto en otra más gorda en su vida 9.120 y 9.121.

Nosotros por nuestra parte, tuvimos tema de conversación para unos cuantos kilómetros, y para contar a nuestras familias y amigos a nuestro regreso, que concluyó felizmente.

Veinte días más tarde, de nuevo en el Zoo, comprobaba cómo estaban los principales animales en mi paseo matutino. Cuál no sería mi sorpresa cuando, en brazos de Tana, nuestra hembra de Colobo, descubro un pequeñísimo colobito blanco como la nieve, que había nacido esa misma noche. Era más blanco y más pequeño que el que días antes fotografié en el Mount Kenya, por lo que calculé que “el africano” ya tendría como poco quince días. Corrí a casa.

—Maribel, el otro día en el Mount Kenya me harté de fotografiar a un cachorro de Colobo, ¿lo recuerdas?

—¡Qué cosas tienes, Ignacio! ¿Cómo lo voy a olvidar?

—Pues estuve perdiendo el tiempo y haciendo una tontería con tanta foto.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se te han borrado?

—No, no. Lo que ocurre es que ahora, si quiero hacer fotos a una cría de colobo, no tengo más que acercarme hasta ahí mismito. Ahora estoy totalmente seguro de que no era un albino. —Para entonces Maribel ya se había ido corriendo en dirección a nuestra zona de primates.

Desde entonces, esta pareja de colobos que tenemos por vecinos han traído al mundo siete preciosos monitos blancos que poco a poco van mudando su color hasta convertirse, en tres meses, en una pequeña copia en blanco y negro de sus papás.

El último ha nacido el día 24 de diciembre de 2015, dos días antes de que llegase a escribir ese primer encuentro tan especial.

CAPÍTULO X

KENYA 2008: SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

Tomada la decisión de comenzar una nueva aventura, le enviamos el primer mensaje a Jean-Marie y no contestó. Ya mosqueados, unos días más tarde le enviamos un segundo mensaje con idéntico y descorazonador resultado.

Intentamos la vía de su socio o exsocio, no lo sabíamos a ciencia cierta. Ídem de lienzo. No sé exactamente qué significado ni qué origen tiene esta expresión, pero el recuerdo del cabreo sufrido con esos fracasos la ha traído a mi mente.

Estaba dispuesto a irme a Kenia aunque tuviese que hacerlo andando. Desde la primavera soñaba con ese momento porque en esta ocasión iba a llevar conmigo un nuevo y profesional equipo fotográfico. El 7 de abril anterior no pude contenerme y me compré la nueva y magnífica Nikon D3 que acababa de aparecer en el mercado. Aunque era para Kenia, me había costado un Congo, pero estaba seguro de que su calidad me iba a abrir un nuevo horizonte en cuanto a prestaciones y disfrute personal.

Con esta máquina que disponía de sensibilidad hasta 20.000 ASA y cuyo motor era una especie de ametralladora y muchas cosas más, pensaba traerme las “almas” de innumerables pájaros y mamíferos que se pusieran a mi alcance. Pero todo estaba pendiente de un hilo... telefónico, porque si Jean-Marie no aparecía, habría tirado el dinero de mi inversión a la basura.

Meditaba acerca de eso cuando de pronto, como un ángel salvador, aparece por el Zoo mi sobrino lejano José Pardo de Santayana y su familia. Él, que es militar de la ONU, me cuenta que por motivos de trabajo ha estado varias veces en Kenia, y que en una de sus últimas visitas aprovechó unos días libres para hacer un safari precioso y muy bien organizado, con la empresa de una señora local llamada Eunisa.

Cambio de planes. Contactamos con Eunisa, le contamos nuestras experiencias anteriores, le explicamos con exactitud cómo lo queremos, lo comprende, nos hace una propuesta con algunas modificaciones de itinerario y le contratamos el viaje. De la misma forma que lo hacíamos con el desaparecido Jean-Marie, ahora con la nueva empresa: Eunisa Holidays Ltd.

Se hizo necesario un cambio de orden en el circuito por lo avanzada que estaba la estación, debido al retraso que nos ocasionó la no aparición a tiempo de Jean-Marie. Comenzaríamos por el Mara, ya que los ñus en octubre lo abandonan rumbo al Serengueti y aquellas llanuras inmensas se quedan semidesiertas. Si queríamos disfrutar de un buen número de ñus, tendríamos que darnos prisa en llegar, y para eso, lo mejor era invertir el orden habitual.

El 26 de septiembre volamos a Nairobi. A nuestra llegada, como si se tratara de una máquina bien engrasada, todo iba sobre ruedas.

En el aeropuerto, tras los trámites habituales, el cartel de “Mr. Pardo” que nos serviría para contactar con el *driver* desconocido, estaba esperándonos junto a la entrada.

—*Jambo, Mr. Pardo!*—Media hora más tarde llegamos al Hotel Serena, elegante, moderno y con vigilancia policial en el acceso al recinto. Fui el único que añoró al querido Norfolk.

A las ocho de la mañana se presentó Eunisa, una mujer de color, empresaria, sorprendentemente joven, delgada, esbelta y de facciones más que agradables. Nos sentamos en

unos cómodos butacones y nos pormenorizó todos los detalles del viaje y, lo más importante, ella misma nos trasladaría hasta el aeropuerto de vuelos locales. A nuestra llegada al Mara nos recogería un coche del hotel Keekorok. Nuestro chófer definitivo, de nombre Walter, se encontraría con nosotros en ese hotel a las dos de la tarde.

A las 10:45 embarcábamos en el “Wilson Domestic Airport” y una hora más tarde aterrizábamos en el “Mara Airstrip”. De allí al Keekorok. ¡Ya estábamos en casa!

Según lo programado, nos esperaba un coche que nos condujo hasta el hotel. Realizados los trámites de filiación y pasaporte, nos alojaron en las habitaciones más alejadas. Es un lugar privilegiado porque sus terrazas traseras dan al “puritito campo”, como dicen en Venezuela.

Tanto por delante como por el balcón trasero la variedad de aves es impresionante, especialmente para los europeos. Te puedes pasar toda una tarde asomado al balcón o paseando por el jardín delantero, que si te gustan los pájaros no te vas a aburrir ni un momento. Yo lo hice en cada ocasión que estuve allí alojado.

Según me asomé por primera vez, vi en una rama seca muy cercana al suelo un precioso Martín Pescador Pigmeo, que aunque así se le conoce, no pesca peces sino insectos. El lugar para él era extraordinario. Tanto excremento de mono y otros animales atraía a muchos bichitos. Sólo tenía que esperar a que alguno delatase su presencia con un movimiento para lanzarse sobre él, subirlo al árbol y allí golpearlo contra el palo para después tragárselo entero. Mientras tanto yo, tan solo con su contemplación, disfrutaba lo inimaginable. Ya lo fotografiaría a su tiempo...

Desde nuestro balcón solo veía campo y más campo con Impalas, Jirafas, Cebras y Ñus en la lejanía. Por los árboles y por el suelo, unos ejemplares jóvenes de Monos Verdes se habían hecho amigos de una numerosa familia de Mangostas y jugaban con ellas como si tal cosa.

Allí, en aquel balcón, me pensaba pasar las horas muertas esperando a que el Martín u otro voluntario me sacasen de mis pensamientos. Frente a la habitación buscaban insectos por el jardín una pareja de Abubillas, una familia de Pájaros Carpinteros, Estorninos Metálicos que refulgían al sol como si estuviesen bruñidos, y otros estorninos parecidos a los soberbios —menos brillantes— pero que a mí por su escasez me atraían bastante más. A todos les llegaría su hora a su debido tiempo.

Lo primero, después de estar instalados en la habitación y ya pertrechados con el equipo fotográfico, un paseo de toma de contacto por los jardines, donde unos Monos Verdes con crías 10.1 y 10.2 nos entretuvieron un buen rato.

En el mismo árbol, un Nectarínido 10.3 en posición invertida libaba flores al tiempo que imitaba con su postura a dos amantes murciélagos 10.4 de gigantescas orejas, que estaban “amarraditos los dos” —como en la canción de María Dolores Pradera— descansando de sus correrías nocturnas. Vimos también un Mosquitero Gris 10.5, un Batis 10.6 y 10.7 y otro Nectarínido diferente, precioso. ¡Y todo eso en cincuenta metros cuadrados! Pero como la hora de comer se nos echaba encima, tuvimos que acudir al hotel y dejar el paseo recién comenzado.

Camino del comedor medité sobre cómo estaban de unidos aquellos dos murciélagos. Uno junto a otro constituían la prueba evidente de que el amor o el cariño por la pareja no es solo atributo del hombre. A la vista estaba que a los murciélagos también les gusta estar juntitos.

Después, comida y, a las dos de la tarde...

—*Jambo! My name's Walter. I'm your driver.*

—*Jambo, Walter!*—contestamos los cuatro a coro. Minutos más tarde, ya en marcha, comenzamos el primer safari.

Este era nuestro décimo viaje a África, la sexta vez que patrullaba estas planicies y la cuarta que lo hacía con el Kee-korok como punto de partida. El entorno y hasta los anima-

les me resultaban familiares y estaba seguro de que algunos de ellos me reconocerían por mis máquinas y atuendo.

Como si se tratara de un rompecabezas, coloqué todo en su sitio dentro de mi cabeza. El paisaje, los árboles individualizados, los lugares que preferían los animales...

En el primer paseo en coche encontramos entre unos matojos a un Guepardo desperezándose que, al poco, se puso en marcha y se alejó en dirección a un solitario árbol 10.8. Llegado a él, realizó una rigurosa revisión olfativa y ya satisfecho de la correspondencia olorosa que otros de su especie le habían dejado en aquel tronco, levantó el rabo y, como si de un *spray* se tratara, lanzó sus orines contra él 10.9. Así dejó la contestación a los mensajes de sus amigos porque, desgraciadamente, los guepardos no disponen aún de *Whats-app* para comunicarse con sus semejantes.

También vimos un gigantesco macho de Elefante 10.10 al que se le notaba la vejez en su andar cansino. No obstante era un ejemplar impresionante con el extremo de un colmillo roto como consecuencia de las peleas por aparearse. Seguidamente aparecieron una Avutarda Estriada 10.11 y un Buitre Orejudo 10.12 descansando tranquilamente. Lo mismo hacía, pero tumbada en la pradera, una Hiena 10.13. La corta tarde tocaba a su fin y regresamos al hotel.

Si hay un lugar en que al levantarse de inmediato se esfuma la pereza, ese lugar existe y se llama África, y más concretamente el Mara.

Bien abrigados —porque aquí, a pesar de estar junto al ecuador, hace frío— salimos por la mañana a buscar nuevos animales.

Ante un auténtico paso de cebras —no un paso de peatones con rayas— 10.14 tuvimos que detenernos un instante. Caminaban en dirección a otros grupos más numerosos que se divisaban a lo lejos.

A partir de ese primer encuentro no cesamos en toda esa mañana de descubrir aquí y allá nuevos y diferentes anima-

les: un solitario León, 10.15 una preciosa Jirafa Masai 10.16 viajando sola, un matrimonio de Avestruces Comunes 10.17, Topis 10.18, dos Kongonis 10.19 y, como ocurre por estas llanuras herbáceas y para mi desgracia, ¡muy pocas aves!

El regreso desde una zona alejada, muy alejada, mucho más allá que el *airstrip* –pista de aterrizaje– lo hicimos dando un gran rodeo en sentido de las agujas del reloj. Nos adentramos por unas abruptas colinas, para mí desconocidas, y en una bajada del sendero observamos a nuestra izquierda un rebaño mixto de Impalas y Eland. A lo lejos descubrí, en la punta de un árbol con aspecto de seco, una preciosa Garza Goliat, que es abundante en los lagos pero no en este lugar tan árido y reseco y tan alejado del río. Por lo curioso del encuentro, le tomé dos fotos, una con mi nueva D3 y un objetivo normal de 300 milímetros 10.20, y la segunda con mi artillería antiaérea, un telescopio Swarovsky conectado a mi D200, lo que equivalía a 1.500 milímetros de objetivo 10.21, con lo que pude comparar las diferencias. Minutos después dediqué unos instantes a una Jirafa de un color intenso 10.22 y 10.23.

De regreso al hotel, con hambre de pájaros, me dediqué a fondo a las aves del jardín. Por experiencias anteriores sabía que el Mara me ofrecía muchos mamíferos pero poquísimas aves. Desde el balcón me estrené con una buena foto del Martín Pescador Pigmeo (*Ispidina picta*) 10.24. Ya delante de nuestra *room*, un macho de Zorzal Hormiguero (*Myrmecocichla nigra*) 10.25. Curioso que un pájaro se alimente exclusivamente de hormigas. Un Granadero Púrpura o “Purple Grenadier” (*Uraeginthus ianthinogaster*) que vi 10.26, debía de tener su nido en un angosto agujero, porque de pasar tantas horas incubando en la misma postura tenía la cola torcida hacia un lado.

Continuando con el paseo por los jardines del hotel y de camino a la charca de los “hipos”, un Búho Lácteo (*Bubo lacteus*) 10.27 sesteaba en la copa de uno de los frondosos

árboles que crecen en aquella zona gracias al agua que rebosa de la charca. A un precioso “Spectacled Weaver” (*Ploceus ocularis*) 10.28, lo descubrí en ese mismo lugar, sacudiéndose las plumas después de un agradable baño. Sobre un arbusto seco cuajado de espinas, un Martín Pescador Estriado (*Halcyon chelicuti*) 10.29 escudriñaba entre los cuerpos de los “hipos” por si algún pez cometía el error de asomarse a la superficie más de la cuenta. Y para no perder el tiempo, se comía a los desdichados insectos que pasaban a su vera.

De regreso a la habitación descubro que tengo un vigilante cerca de nuestra puerta 10.30, porque en el agujero de un tocón había instalado su nido una pareja de Barbudos Diademados (*Tricholaema diademata*) 10.31 y por el orificio del tronco asomaba, exclusivamente, la cabeza de su señora.

El corto paseo de la tarde se redujo, en el tema fotográfico, a una Cebra taxista 10.32 trasportando a cuatro Estorninos Carunculados y a un retrato de carné de identidad que le hice a una Jirafa 10.33 que, escondida tras un arbusto, cotilleaba con curiosidad lo que hacíamos. No presté atención al resto, pero a punto de entrar en nuestro *bungalow*, un Nectarínido Verde (*Cinnyris mariquensis*) 10.34 sí que me mereció la pena.

Nuevo y prometedor amanecer. Aire fresco y sol en el horizonte. ¿Qué más se puede pedir antes de echarse a esos benditos campos?

Después de desayunar y camino del coche me topé con un “Caza-ranas Negro” (*Laniarius funebris*) 10.35. Lo llamo así porque la primera vez que vi uno estaba comiéndose una rana. Me costó tanto clasificarlo, que durante bastante tiempo funcioné con ese nombre que aún perdura en mi cabeza. Legalmente en castellano se llama Bubú Fúnebre. Seguidito de él, un Hildebrandt (*Lamprotornis hildebrandti*) 10.36, ¡precioso a los rayos del sol naciente! Entre el uno y el otro me compensaron por sí solos del madrugón.

El día se presentaba tranquilo. Aunque había muchos animales no estaba dispuesto a verlos todos a través del objetivo de una cámara y cambié esta por los prismáticos. Pero no pude evitar la tentación de retratar primero a un Bisbita Gorgigualdo (*Macronyx croceus*) 10.37 y después a un Ñu 10.38 que carecía de un cuerno... y también el culo redondo de dos Cebras 10.39, tan apreciado por los leones. Y más tarde, una pareja de ellos, 10.40 y 10.41 a los que unos minutos después repetí la foto 10.42 cuando se enzarzaron en una disputa conyugal. Mientras, desde lejos los contemplaba un gran Búfalo 10.43 que parecía hablar al masticar hierba. Creí entender, por el movimiento de su boca y por la expresión de su cara, que estaba mascullando: “¡Así se maten los dos!”. A lo lejos, su manada pastaba tranquilamente ajena a la presencia de la pareja de leones 10.44.

Una preciosa Cosifa de Ceja Blanca (*Cossypha heuglini*), 10.45 del color del pimentón de la Vera, pagó con su imagen su exceso de confianza.

Poco a poco fui descubriendo que nuestro *driver* Walter no estaba a la altura de los anteriores, lo que fue ampliamente confirmado cuando esa tarde nos condujo hacia el sur y acabamos en un lugar sin salida, perdidos. Nos llevó un buen rato escapar de allí. Para más desgracia, nos cayó un buen chaparrón estilo africano que nos hizo parar unos minutos hasta que terminó de descargar.

Pero no hay mal que por bien no venga. Ya encarrilado el regreso, nos encontramos a dos preciosos, melencidos e inmensos, machos de león. Se estaban sacudiendo el agua que habían soportado bajo un matorral. Instantes después, tras unos estiramientos estilo atleta, uno junto a otro, nos deleitaron con el mejor y único dúo de leones 10.46 que he escuchado en África en primera fila de butacas. Esto, por sí sólo, fue suficiente para olvidar la torpeza del *driver*.

Nos aproximábamos al hotel cuando comenzaba ese corto crepúsculo que en el ecuador antecede a la oscuridad

total. La silueta de una Jirafa recortada en la lejanía contra el típico horizonte rojizo, como suele ocurrir tras las tormentas, nos dio la ocasión de tomar unas preciosas fotos, primero de ella 10.47, y a continuación de un maravilloso atardecer africano 10.48.

En cuanto a los ñus, su población era razonablemente abundante. Suficiente para hacer unos cientos de miles de fotos sin repetir un solo animal, a no ser que se sea un zoque y no se distinga a un ñu de otro. Y no debe de ser nada difícil, ya que los ñus son seres inferiores a nosotros y lo hacen sin equivocarse ni una sola vez. En mi caso los ignoré para no repetir a ninguno.

EL CHUI LODGE

El martes 30 abandonamos el Mara camino de un destino desconocido en las orillas del lago Naivasha.

El *lodge* que nos acogería una sola noche tenía un nombre aparentemente chino: Chui Lodge. Pero da la casualidad de que “chui”, en suajili significa “leopardo”, lo más bonito.

El Chui era un *lodge* de altura por dos razones bien diferentes. La primera, por su ubicación en lo alto de una montaña elevada sobre este lago. La segunda, por el lujo y las comodidades de sus habitaciones, acompañadas de un excelente equipo humano.

Todo él estaba en una amplia reserva protegida con una alambrada de seguridad, lo que nos permitió disfrutar de la presencia de una manada de seis Rinocerontes a salvo de furtivos de la que escogí al más vistoso 10.49, y de un grupo de Cebras de Grévy 10.50, más apropiado quizás para un lugar de mayor aridez que para esa húmeda montaña. Sin embargo dada la abundancia de pasto y el buen aspecto de los animales, no me pareció que tanta humedad tuviese sobre ellas consecuencias negativas. A su lado, en un árbol frondoso, localicé a mi primera Tórtola Oscura (*Streptopelia lugens*),

lo que me alegró un poco más la tarde... aunque no me diera ocasión de tomarle una foto.

Ya por la mañana, antes de desayunar, descendimos aquel puerto de montaña y nos detuvimos en otro “puerto”, en esta ocasión del lago, más bien un sencillo punto de atraque para las barcas.

El paseo por el lago, ESPECTACULAR, con mayúsculas. Borear al sol de la mañana lentamente sus orillas es inolvidable. Ver brillar sobre el tallo de un papiro el plumaje perfecto de un Martín Pescador Malaquita (*Alcedo cristata*) 10.51, una maravilla. Encontrarse con un grupo de “hipopótamos-taxi” 10.52 ocupados por unas familias de Cormoranes descansando y secando sobre ellos su plumaje, lo mismo. Completaron la visita un bando de Pelícanos 10.53, 10.54, un grupo lejano de Espátulas Blancas, una Garza Goliath y otra Garza, pero Imperial Europea, que estaba haciendo turismo invernal como nosotros.

Mientras presenciábamos esta explosión de vida, bandos de más de veinte Cormoranes nos sobrevolaban constantemente de aquí para allá 10.55, en sus viajes desde la colonia de cría instalada sobre un bosquecillo cercano hasta sus zonas de pesca.

Un Pigargo Vocinglero de blanca cabeza se lanzó al instante sobre el pez muerto que —con un trozo de grueso junco sujeto a su boca a modo de flotador para evitar que se hundiera antes de tiempo— le tiró nuestro piloto 10.56. Aquello resultó una orgía de vida difícil de imaginar.

Junto al lago se encontraba una preciosa mansión 10.57 en un lugar privilegiado, y daban unas ganas de comprarla... ¡Qué importaban un par de millones más o menos en la cuenta corriente! Seguro que nos la vendían. Al final desistimos... pero solo porque nos quedaba un poco a desmano desde nuestra residencia habitual.

De regreso, con un hambre de leones, desayuno al aire libre y, más tarde piscina optativa. Yo rechacé la propuesta a cambio de pajarear por aquellos nuevos lugares.

“Calenté” la máquina de fotos disparando contra una colonia de Tejedores. Después les di más “leña” a los gigantescos Antílopes Eland que acudían a un bebedero construido en hormigón. Seguí con un Escribano de Vientre Amarillo, unos Nectarínidos y un grupo de Canarios Silvestres. Cuando comenzaba a tranquilizar mis nervios, una “Lilac-brested Roller” (*Coracias caudatus*) que estaba posada sobre una rama seca 10.58, se lanzó a volar y comenzó a elevarse en el cielo a gran altura, hasta que casi la perdí de vista. Yo, sabiendo lo que iba a venir a continuación, no le quité ojo y pude presenciar su descenso en giros vertiginosos 10.59, que es lo que hacen los machos de estas aves para conquistar a sus parejas. Cuando me estaba reponiendo de esa emoción, una pequeña tórtola que picoteaba por el césped llamó mi atención: su pecho blanco indicaba que era un machito de Tórtola Tambor. Solo la conocía de los libros e ignoro por qué la llaman así. En el momento en que comencé a prepararme para una sesión fotográfica intensa, el ave echó a volar y me dejó mirándola con desesperación por no poder incluirla en mi colección de especies africanas fotografiadas. Pero, tristemente, en su precipitada huida encontró su justo castigo: chocó contra el cristal del ventanal de un *bungalow*, cayó al suelo y yo la di por muerta. Sin embargo, ella se rehízo del batacazo al instante y se perdió volando por la espesura como si tal cosa.

Los cristales y ventanales son un mal enemigo para las aves. No los ven al volar, y chocar perpendicularmente y a toda velocidad contra un vidrio que no cede una décima de milímetro, suele acarrear en la mayor parte de los casos su muerte instantánea. De mis recuerdos afloraron las escenas de aquel Martín Pescador Gigante del hotel Sharova Shaba. En ambos casos, aparentemente, salvaron sus vidas, pero quién sabe si sufrieron lesiones internas, que unos días más tarde pusieran un triste final a estas historias.

En un bebedero artificial se bañaban unos pajaritos 10.60, y entre los tallos carnosos de un euforbio criaba un Ojos Blancos 10.61.

Después de una estupenda comida en una mesa del jardín continuamos a media tarde viaje a Nakuru, donde descansaríamos en nuestro habitual Lion Hill Lodge. Nos tocó, por supuesto, la *suite* Kifaru, situada en el lugar más silvestre del jardín.

NAKURU

El lago lo encontré maravilloso. Los flamencos, a miles, estaban en pleno celo, lo que solo he presenciado en esa ocasión. Su comportamiento era precioso de observar. Caminaban en grupos compuestos por una hembra y una corte de varios machos que la rodeaban con sus cabezas un poco dobladas hacia el suelo y con su plumaje inflado para parecer más atractivos. Si ella volaba, todos volaban detrás queriendo conquistarla.

También estaban los que preferían ligar en una especie de botellón multitudinario 10.62, en el que machos y hembras, codo con codo, o ala con ala, como se prefiera, se desplazaban juntos emitiendo una especie de ronroneo característico.

Para sacar el máximo partido al espectáculo y aprovecharme del intenso tráfico aéreo, eché pie a tierra y me acerqué a la zona de más actividad cámara en ristre. Pero a “alguien” no le pareció bien que me apease del vehículo y se dedicó a no perderme de vista, observándome con cara de pocos amigos.

Aquel “dichoso” y solitario búfalo, que parecía una estatua negra con cuernos 10.63, se empeñó en estropearme la mañana, y a fe que casi lo consiguió. Y no sé por qué. Se puso a mirarme fijamente sin quitarme ojo un solo instante, con lo que no pude acercarme todo lo que deseé “a la pomada”, que decía Manolo.

No obstante, ese impedimento no logró evitar que unos cientos de fotos llenasen una de mis tarjetas de memoria: Pelícanos posados o en vuelo 10.64, 10.65, 10.66, 10.67, Espátulas Africanas, Cigüeñas de Pico Amarillo y, por supuesto, Flamencos y más flamencos.

Por el jardín tampoco me fue nada mal y un “Tropical Boubou” o Bubú Abisinio (*Laniarius aethiopicus*) 10.68 comiéndose una oruga peluda, me trajo el recuerdo de cuando conocí a esta ave en el delta del Okavango, donde escuché también por primera vez su misterioso e indescrutable canto.

Un Mirlo Africano, un macho de Azulito de Angola y un pajarín insectívoro de difícil clasificación, fueron una pequeña parte de mis “trofeos”. Y el último, un Gorrión Rufo (*Passer rufocinctus*) parecido a los europeos pero con más colorido y con ojos amarillos 10.69.

Ya en el corto paseo de la tarde Manolo se entretuvo haciendo fotos a los Pelícanos 10.70, y yo al gigantesco bando y a las parejas de Flamencos que continuaban su cortejo 10.71, 10.72, 10.73.

Proseguimos con nuestro recorrido habitual hasta llegar al mirador del Baboon Cliff. Celebré con entusiasmo la vista de aquel impresionante espectáculo 10.74.

Poco después, junto al “rincón de los olores” tomé varias fotos. Una a un Mirlo Metálico de la especie *Lamprolornis chalybaeus* que me miraba 10.75, y otra a un Cucal Cejiblanco (*Centropus superciliosus*) 10.76 que se arreglaba las plumas. Encima, en la copa de un árbol, descubrí una Oropéndola Enmascarada (*Oriolus larvatus*) 10.77.

Emprendimos el regreso bajando por el mismo camino. Cuando más relajados estábamos, un punto lejano que se desplazaba por la orilla haciendo volar a los flamencos llamó nuestra atención. Detuvimos el coche y echamos mano de los prismáticos.

—¿Qué es aquello que se mueve en la lejanía? ¿Por qué se espantan los flamencos?

—¡Es una hiena! ¡Y parece como si estuviera atacándolos!

A todas estas, la hiena trotaba por la orilla del agua en nuestra dirección. Yo, con mis prismáticos, veía perfectamente las salpicaduras que producían sus pisadas.

De pronto, frente a una masa inmensa de flamencos, giró bruscamente y se lanzó derechita hacia ellos. Todos huyeron volando, como era lógico. Ella volvió a la orilla y emprendió nuevamente la carrera.

Un poco más adelante, nuevo giro y otro bando inmenso que es obligado a volar... pero uno de ellos, quizás más débil o enfermo, con tanto empujón y aletazo, da un traspie y cae de bruces al agua. Antes de que consiga incorporarse para reanudar su huída, la hiena lo aferra entre sus poderosas mandíbulas de hierro y lo acerca a la orilla. Y allí, cerquita de nosotros, lo deposita en el suelo y emprende otra vez su loca carrera, abandonando el cadáver de su víctima.

—Pero... ¿no se lo piensa comer? —El mismo comentario nos salió a todos del alma al ver que, después de matar al pobre flamenco, lo desdeñaba dejándolo tirado sobre la pradera de la orilla. La hiena tenía otros planes y un poco más adelante continuó con la carrera y los ataques, capturando una segunda ave. Esa sí que comenzó a despedazarla.

Pero ya es sabido que “a río revuelto, ganancia de pescadores”: un Águila Rapaz se estaba aprovechando del trabajo de la hiena y ya tenía medio pelado el flamenco para consumo propio 10.78.

Donde existen muchos depredadores, la muerte, el robo y la rapiña son un juego constante del que sacan partido los más listos, que muchas veces son solamente unos oportunistas.

El método que utilizó la hiena —con una sencilla adaptación— también lo utilizan los humanos para capturar flamencos. No sé quién me lo contó o dónde lo leí, pero me pareció convincente.

Consiste básicamente en, donde existen grandes concentraciones de estas aves, colocar a baja altura largas cuerdas fi-

nas y tensas paralelas a la orilla separadas entre sí unos pocos metros. De ese modo si los flamencos, en su patear la playa, se meten inocentemente entre las cuerdas. Basta con que los cazadores salgan de su escondrijo y, como hizo sabiamente la hiena, espanten a las aves.

Los flamencos para volar cogen carrerilla sobre la playa. Si tropiezan contra las cuerdas caen de bruces y esto, al haber varias cuerdas en su camino, sucede varias veces consecutivas lo que permite al cazador disponer de tiempo suficiente para caer sobre ellos. Así lo debían de hacer en Tanzania, de donde se exportaban hace muchos años cantidad de Flamencos Enanos para zoos y colecciones privadas de todo el mundo “desarrollado”. Hace bastante tiempo que está prohibido y por eso puedo estimar, con cierta aproximación, la edad de mis flamencos.

Liquidada la cuenta del hotel y “engrasada la maquinaria” con algunas propinas en previsión de futuras visitas, continuamos viaje hasta las cataratas Thomson, a las que yo llamo siempre “de Nyahururu”, que es la localidad más cercana a donde están ubicadas. Parada obligatoria a saludar a nuestras amistades, foto a la catarata y “carretera y manta”, que dicen en los pueblos.

MOUNT KENYA

Al poco de llegar al Mount Kenya y mientras tramitaban el papeleo, Maribel y su prima se compraron sendos sombreros y posaron con ellos entre dos colmillos de elefantes que había en el jardín interior del hotel 10.79. Poco después junto a los mozos de equipajes, fuimos a nuestras habitaciones.

Esta vez, ¡por fin!, nos alojaron en los *cottages*. El lugar resultaba de lo más acogedor. Nos encendieron la chimenea del salón que compartíamos con Conchi y Manolo.

Según comencé un corto paseo por el parque me encontré con una auténtica preciosidad. Nueve ejemplares de

Grulla Coronada, una de las aves más bonitas del mundo, se paseaban como Pedro por su casa sin importarles quién las mirase o les tomase fotos. Estaban justo delante de nuestra nueva y flamante residencia. Eran cuatro parejas y un desparejado, intentando robarle a otra el novio o la novia. Pero todavía se llevaban bien, pues faltaba tiempo para que la llegada del celo y su consiguiente aumento de agresividad.

Dos de las parejas y el soltero, después de posar con “nuestro *cottage*” de fondo 10.80, se marcharon volando dando por concluida su sesión fotográfica. Pero ya solas, las otras dos parejas se dedicaron a realizar composiciones con la colocación de sus cuerpos, a cuál más atractiva 10.81, 10.82. Frente a ellas, el monte Kenia con un sombrero de nubes, completaba aquel espléndido escenario 10.83.

Harto de hacer fotos a las grullas, las abandoné y corrí tras un gigantesco Calao Cariplateado (*Bycanistes brevis*). Como un ave antediluviana, cruzó volando sobre mí y se posó en un árbol cuajado de diminutos frutos, de los que se pegó un atracón de campeonato. Manejaba su inmenso y curioso pico con la misma precisión con que un oculista utiliza su bisturí operando unas cataratas: arrancaba con sumo cuidado una a una aquellas bolitas y las lanzaba hacia su garganta con absoluta puntería, no fallando un solo intento 10.84.

Cuando ya íbamos de retirada, un precioso Guenon de Cuello Blanco (*Cercopithecus mitis albogularis*) 10.85, rebautizado por Maribel como “Mono Cara de gato”, se cruzó en mi camino.

Aprovechando este encuentro, alguien con algo de mala leche —creo que fui yo— le hizo a Walter un discreto examen.

—¿Qué clase de mono es ese tan raro que ha cruzado el camino?

—Un colobo —fue su respuesta. No quise revolver el puñal en la herida. El suspenso al final del viaje lo tenía asegurado.

SAMBURU

El 5 de octubre partíamos hacia nuestro último y deseado destino: las tres reservas que se conocen en conjunto con el nombre genérico de Samburu.

En ellas, con calma, disfrutaría durante cinco días de la mayor variedad de aves y mamíferos, de un clima ideal y de unas medicinas para la malaria que en el atardecer africano saben “a gloria bendita”, que diría mi abuela.

Acabábamos de dejar atrás Isiolo y sus tiendas de chanclas, zapatos viejos, fruta, piezas para coches, reparación de bicicletas... Allí todo está a tiro de piedra, en la misma orilla de la carretera. Si buscas una mezquita o prefieres una iglesia, las tienes a mano y de diversas confesiones. Es un colorido y un movimiento de gente que abruma. Alguna vez, dependiendo de la hora, hemos presenciado la salida del colegio. Los niños visten uniforme y se desparraman en todas direcciones como en desbandada. A algunos los encuentras a un par de kilómetros caminando por la carretera camino de sus casas. Otros, agrupados por familias: los de azul, los de verde y los de granate, caminan cogidos de la mano. Como decía mi abuela cuando veía muchos niños, “el mundo no se acaba”.

Unos kilómetros más allá el panorama era desconcertante. Los árboles, y especialmente los matorrales espinosos, se encontraban sin hojas, lo que daba una idea de la sequía que padecían. Sin embargo, tanto la carretera como las cunetas estaban a rebosar de agua. La tormenta que acababa de descargar unas horas antes debió de ser de órdago.

Durante todo el trayecto hasta Samburu la vegetación se apreciaba más descarnada y aumentaba el tamaño de las charcas y la profundidad del agua en las rodadas de los coches.

Ya casi a la vista de nuestro hotel Sarova observamos que la montaña de los antílopes cabritilla estaba sin una sola hoja: solo palos y espinas componían aquel esqueleto vege-

tal. Ni rastro de los pequeños antílopes que caminan de puntillas, como si fueran bailarinas de ballet.

Al llegar a la recepción, fue nuestra amiga Gladys la que nos recibió. ¡Qué alegría volverla a ver!

Nos aposentamos en la “Born Free Suite” y Maribel y yo, concretamente, teníamos de vecinos a una hembra de Babuino con un pequeñajo 10. 86 y a un macho de Cercopiteco Verde 10.87 con sus atributos masculinos azul cobalto bien a la vista, como en todos los de su especie. Tienen muy buena acogida entre los “safaragüis” noveles pero nosotros ni nos fijamos. Era macho, y con saber que ese sexo va asociado a una buena dosis de malas pulgas, nos conformamos. Una mariposa muy bonita, casi con seguridad del grupo de los ninfálidos, se solazaba posaba sobre una planta 10.88.

Pero aquellos días tuvieron momentos estelares en que la naturaleza parecía inspirada y deseando darnos satisfacciones.

Una mañana, poco después de detenernos a contemplar de cerca a la liebre de orejas más grandes que he visto en mi vida 10.89, mi esposa y la naturaleza se asociaron en mi favor. El árido entorno 10.90 y 10.91 puso a nuestro alcance muchas aves, y con la inspiradísima ayuda de Maribel las fuimos descubriendo: primero fue una amorosa pareja de Pájaros Ratón Cabeciblancos (*Colius leucocephalus*) 10.92, y a pocos metros un Gorrión Tejedor Cejiblanco (*Plocepasser mahali*) 10.93 afanándose en construir su nido. Un Pájaro Carpintero (*Campethera nubica*) 10.94 fue el siguiente, y un poco más lejos un Tejedor Cabecirrojo (*Anaplectes rubriceps*) ¡precioso! 10.95 para rematar con el capote la corta faena del primer tercio. Ya con la muleta, siguió ligando pases con un Estornino Soberbio (*Lamprolornis superbus*) 10.96; una Abubilla- arbórea Verde (*Phoeniculus purpureus*) 10.97; unos Gansos Egipcios con polluelos 10.98; una pareja de Barbudo Capuchino (*Trachyphonus usambiro*) 10.99 entregados al canto sobre un arbusto; un Águila Marcial so-

brevolándonos 10.100, rematando la faena con una pareja de Tejedor Social de Cabanis (*Pseudonigrita cabanisi*) 10.101, 10.102 y 10.103 construyendo su nido. En pocas ocasiones he podido fotografiarlos: alguna vez en años de sequía y siempre en pequeño número. Para un final glorioso, un Calao Piquigualdo maravilloso (*Tockus flavirostris*) 10.104.

En esta ocasión, me dediqué a reflejar en fotos las diferencias de coloración de las preciosas Jirafas Reticuladas. Es curioso ver lo variables que pueden ser animales de una misma familia. Unas tienen el fondo del pelaje color anaranjado, otras lo tienen negro y algunas blanquecino y, por supuesto, toda la gama intermedia. 10.105, 10.106 y 10.107.

A media mañana, nuestro inefable y maravilloso *driver* Walter nos embachó en una poza.

Cuando estábamos en plena faena de liberar el coche del barro, llegó otro con intención de auxiliarnos. En él viajaba una pareja de jóvenes, que al verme...

—¿No es usted el director del Zoo de Santillana? —Como no podía ser de otro modo, mi respuesta fue afirmativa.

—Somos de Laredo y yo voy mucho por su Zoo —dijo él—. Estamos en viaje de novios y Kenia nos está gustando muchísimo. ¡Que tengan mucha suerte y consigan sacar el coche! ¡Adiós! —Y siguieron su camino...

De nada nos sirvió pedir ayuda a un cercano hotel ni por teléfono a los *rangers*, a la vista de lo cual Manolo, a quien encantan estos saraos, tomó el mando de las operaciones. Comenzó a arrancar maleza para introducirla bajo las ruedas. Levantó el coche con el gato, limpió parte del barro con una pala, metió otro montón de maleza, lo calzó con la rueda de repuesto para que no se nos volviera para atrás y poco a poco el coche salió de su tumba y continuamos nuestro camino 10.108.

Durante las dos horas que duró la chapuza, yo no permanecí ocioso ni un solo momento: hablé un poco con los laredanos, contemplé a un Águila Marcial que se posó en

un árbol seco a escasos cien metros de nosotros, y constantemente le di ánimo y le presté ayuda moral a Manolo, procurando no tocar nada y dejándole hacer todo el trabajo a él solo y a su gusto, para que lo disfrutase aún más.

Durante el tiempo que estábamos en el hotel, ellas solían ir a la piscina y yo, la mayoría de las veces, a pajarear. Pero alguna vez transigí y me fui a dar un glorioso y refrescante baño. Si no lo hice en más ocasiones fue porque el poder de atracción pajaril superó a mi fuerza de voluntad y me arrastró siempre hacia la frondosa orilla del río.

Las cenas nos venían bien para comentar las vivencias y vicisitudes del día y, por supuesto, para revisar las fotos.

Todos los safaris llenábamos una tarjeta de memoria con imágenes variopintas de Gerenuk 10.109, orejas de cebra 10.110, elefantes que nos perseguían por los caminos 10.111, ardillas superdotadas 10.112 o águilas dormitando, como el *Hieraetus spilogaster* 10.113 que descubrí con el buche bien lleno descansando, posado sobre una gruesa rama de un árbol.

En la última cena de Samburu, Reuben, el camarero que nos atendía muy amablemente, nos hizo una pregunta:

—¿Desean que mañana les sirvamos el desayuno en su habitación? —Yo, que disfrutaba con el bullicio del comedor, contesté que no se tomasen la molestia, pero de inmediato intervino Maribel.

—¡Sí, sí! Me parece estupendo. —Y dirigiéndose a mí—: Ya que nos ofrece llevárnoslo a la habitación, no vamos a rechazarle la oferta.

Después de eso se acercó Gladys a despedirnos y nos hicimos juntos unas fotos 10.114. y 10.115.

A la salir del comedor, un mono noctámbulo quiso tener un recuerdo de Maribel y no pudimos defraudarlo 10.116.

Cuando por la mañana comenzamos a despertarnos, ya había amanecido y se oía cierto trajín frente a nuestra pequeña residencia de vacaciones.

Después de asearnos y vestirnos, llamaron a nuestra puerta.

—*Jambo!* Tienen preparado el desayuno. —Era Reuben el que nos iba a servir.

Cuando creí que iban a entrar con bandejas repletas de cosas ricas, Reuben nos señaló la orilla del río, nos asomamos a la puerta y descubrimos que allí, en un prado con césped, habían instalado una mesa alargada con cuatro sillas, dos en las cabeceras y las otras dos mirando hacia el río. A un costado y retirada unos metros, otra mesa sobre la que tenían un completísimo y variado *buffet* con tostadas, pastelitos, *croissants*, zumos, frutas y quesos. Sobre una tercera, un cocinero tenía frente a él una barbacoa con brasas, un cesto lleno de huevos, beicon, salchichas... Y aparte una cafetera y una jarra con leche. Para servirnos y cocinar lo que deseáramos, cuatro personas nos estaban esperando. Nos emocionamos ante aquel derroche dedicado a nosotros exclusivamente.

Esa mañana con aquel detalle del desayuno, unido al sol iluminando aquel verde prado y las aguas del Ewaso Ngiro, no podía ser más espléndida y provocó unos sollozos de emoción en Maribel y su prima Conchi 10.117, 10.118.

Mientras desayunábamos por última vez, frente a nosotros, en la orilla opuesta, un cocodrilo pequeño se calentaba a esos primeros y tan agradables rayos de sol. En eso se metió en el agua y un segundo más tarde comenzó a saltar como lo hacen los peces, sacando su cuerpo por completo. Al mismo tiempo, una especie de submarino salía a la superficie y, produciendo una onda en las aguas como si fuese una lancha patrullera, se lanzaba como un torpedo gigante en su persecución.

—¡Mira qué cocodrilazo! ¡Se está queriendo comer al pequeño! ¡Qué barbaridad! ¡Vaya tamaño! —Fue todo en un instante 10.119. El pequeño, que ya debía de conocer de anteriores persecuciones las intenciones del titán, consiguió bur-

lar al atacante, pero a nosotros nos impactó la velocidad a la que saltaba sobre el agua como si fuera una lagartija, huyendo de aquel monstruo de agua dulce. Lo que más sentí fue no poder grabar en vídeo aquella cortísima pero intensísima persecución.

Con todos esos recuerdos amontonados en nuestras mentes preparamos unos minutos después nuestro regreso, aunque la salida la haríamos lentamente, ya que hasta el mediodía no tomaríamos la avioneta. Así que con pena, pero sin pausa, comenzamos ese último safari.

Nada más abandonar el hotel, en los riscos de la colina nos encontramos con el Klipspringer, 10.120, 10.121 y 10.122. Después, un grupo de Elefantes 10.123, un Pecho Colorado cantarín subido bien alto para extender mejor su melodía 10.124, y cerca uno de los infinitos Dik-diks de esta reserva 10.125. Cuando estábamos cerca del *airstrip* — si una explanada llena de cascotes puede considerarse una pista de aterrizaje— encontramos a una Impala en pleno parto. El cachorro o ternero, como quiera que se llame, nació sin problemas y nosotros permanecemos vigilantes unos minutos contemplando cómo, en muy poco tiempo era capaz de ponerse en pie tras repetidos e ímprobos esfuerzos 10.126 10.127 y 10.128 Cerca de esa bonita escena, una Guinea Vulturina (*Acryllium vulturinum*) 10.129 y una Tortuga Leopardo de considerable tamaño 10.130, no mostraron ningún interés por la maternidad y permanecieron totalmente ajenas al evento.

Lo último que vimos llegando al “aeropuerto” fue un Calao raro echándose a volar, que resultó ser de la especie *Tockus nasutus* 10.131, una Leona a la sombra 10.132, una Cebra 10.133, una familia de Avestruces Somalíes 10.134 y una mona con su bebé 10.135. Ya en la rampa del *airstrip* una pareja de “Calaos Comepollitos”, Toco Keniata (*Tockus deckeni*) 10.136 y 10.137, y por último y como fin de fiesta y de safari, un Búho Lácteo 10.138.

En los cuatro días que estuvimos por esta reserva tuvimos la suerte de presenciar una transformación casi increíble, pero cierta.

Al siguiente día de nuestra llegada, a aquellos matorrales espinosos desnudos, se les apreciaban pequeños brotes de los que carecían la víspera.

Un día más y pequeñas hojas verdes comenzaban a abrirse, donde treinta y seis horas antes no había nada.

Al siguiente día, la transformación del paisaje se manifestaba como una repentina primavera. Y el último día, cuando ya nos íbamos, todo el cerro estaba de color verde esmeralda, plenamente cubierto de hojas. No se veían los palos de los arbustos mirases desde donde mirases.

Por todas partes resurgía el verdor como si fuera un milagro

CAPÍTULO XI

“LA PICCOLA SIGNORINA”. KENIA 2009

Teníamos intención de hacer un nuevo viaje, pero ya desde los preparativos quedó claro que no estábamos dispuestos a padecer a otro “Walter”. Pero a la vez tampoco queríamos sincerarnos con Eunisa y contarle con detalle nuestras dudas acerca de la sobriedad de Walter al volante.

¿Qué hacer? Intentamos vía Morris la opción Jean-Marie y... ¡bingo!, localizamos al desaparecido. De ahí en adelante todo siguió su curso normal.

En este vuelo desde Bruselas, “visitamos” otra ciudad africana: Bujumbura, la capital de Burundi. Fue solo una escala, pero durante unos minutos y a oscuras, vimos sus luces desde el aire.

Ya en el Jomo Kenyatta me sorprendió un nuevo avance tecnológico: todos los que llegábamos o salíamos de Kenia, éramos inmortalizados para pasar a la historia con una maquinita de fotos o vídeo.

Después de recoger el equipaje de la cinta transportadora, cambiar moneda y contar con un *driver* y su coche a nuestra disposición, partimos hacia el hotel. En este caso, a petición de las señoras y dado que el año anterior lo encontramos muy confortable, habíamos sustituido el Norfolk por el Nairobi Serena Hotel, más moderno... y con más y mejores tiendas.

A la mañana siguiente nos recogió Jean-Marie y nos fuimos al Wilson Airport... donde empezaron los problemas.

Jean-Marie comenzó a deambular de un lado a otro de la terminal de este aeropuerto de vuelos domésticos. El tiempo tras-

curría. Ya no quedaba nada sin pasar por nuestras manos en la pequeña tienda, y allí no se veían trazas de que aquello avanzase.

Busqué a Jean-Marie. Ya me estaban aflorando otra vez los instintos asesinos aunque solo conseguí sonsacarle un: “Calma, todo está en marcha”. Su respuesta me dejó como estaba, pero con la absoluta convicción de que no había sacado los billetes para nuestro vuelo.

Ya casi al mediodía regresó Jean-Marie.

—Todo resuelto. Ya podéis embarcar.

Tomamos nuestros equipajes y salimos a la pista. Allí nos hicieron señas para que nos acercásemos a una mísera y pequeñísima avioneta donde deberíamos embarcar cuatro personas, el piloto y más de cien kilos de equipaje.

El piloto resultó ser de origen italiano, aunque nacido en Etiopía. Nos ayudó a acomodarnos en aquella avioneta de cuatro plazas... y éramos cinco personas. Situó a Manolo como copiloto —había adivinado por su expresión su gusto por enredar con las máquinas— previo juramento de que no iba a tocar un solo mando de la avioneta.

A Maribel y a mí, nos “acomodó” en el asiento doble, con parte de nuestros equipajes entre los pies y el resto en brazos y... a la “Piccola Signorina”, como bautizó el piloto a Conchi, la metió en la gatera que había detrás de nosotros con el resto del equipaje.

No temí en ningún momento que a causa de la carga la avioneta se viniese abajo... porque nunca imaginé que con aquel peso lograra despegar las ruedas del suelo.

La pista, diseñada para reactores, era por suerte suficientemente larga para que después de una carrera interminable aquel trasto levantase el vuelo.

Muy poco a poco tomó altura suficiente y, volando entre buitres y disfrutando del paisaje junto con ellos, acabamos aterrizando felizmente en el Mara.

Allí regresamos a lo que para mí ya era pura rutina. Difícilmente me sorprendería un ave o mamífero desconocido.

MASAI MARA

En el hotel Keekorok existen varias posibilidades de habitaciones donde acomodarse. Básicamente se reducen a tres: los catorce *bungalows* independientes de la derecha a la entrada del recinto; los que justo enfrente, pero alejados, tienen su parte trasera con balcón mirando al campo abierto; y los adosados de la pradera, situados entre el edificio principal y la charca de los hipopótamos. He estado en los tres modelos, y si me dan a elegir me decido por unos u otros en función de lo silvestres que sean mis acompañantes.

En este caso, con Manolo y la “Piccola Signorina” los ideales era los de la izquierda con vistas al campo. Desde su balcón podía tomar fotos a animales, casi de igual manera que si fuera de safari en el todoterreno. Así que esos pedí y de esos nos dieron los dos últimos, que hacen esquina con la nada. Concretamente el último se lo adjudiqué a mis acompañantes.

Completados los trámites administrativos y para estirar las piernas, encogidas a causa del enclaustramiento en la avioneta, salí a pasear y a disfrutar de las primeras aves que me brindase aquella naturaleza prodigiosa. Al instante encontré a viejos conocidos como un Granadero Púrpura 11.1 posado en una roca, un Estornino Metálico en todo su esplendor 11.2 y un Nectarínido 11.3 que no le iba a la zaga. Manolo, mientras tanto, armado con máquina pero de vídeo, disfrutaba también de lo lindo, sin desperdiciar una sola ocasión 11.4.

El primer safari, la misma tarde de nuestra llegada, descubrimos que ñus, cebras, jirafas y búfalos no nos iban a faltar, pues los había en abundancia.

Para entonces ya tenía tal almacén de fotos en casa que, en lo referente a mamíferos, solo las tomaba de aquellos que aportasen algo nuevo o seminuevo, bien por alguna característica del animal o bien por su comportamiento.

Siguiendo con mis fotografías de animales defectuosos, me hice con un Ñu descornado del derecho 11.5 —me comprometí a comprobar en casa si ya estaba en la colección, aunque lo consideré improbable— y otro ñu más adelante —si a aquella piltrafa se le podía llamar ñu— que, como habría dicho un pintoresco chófer que tuvo mi padre, “no le quedaban ni cinco minutos para morirse” y no iría muy desencaminado 11.6.

Por la noche en el hotel preguntamos por nuestros amigos: Ole Nkuya, el masái, y Dorkas la simpática camarera; del primero no sabían nada y a Dorkas no la veríamos porque estaba disfrutando de dos semanas de vacaciones. Lo sentimos, pero nos conformamos con dejarle una nota para que supiera que aún nos acordábamos de ella.

A la mañana siguiente, ya recuperados del viaje, salíamos de desayunar dispuestos a no perdernos nada cuando...

—Morris, para un momento, que tengo urgencia de pasar por la habitación. —Morris aparcó a la salida del jardín y yo corrí a mi *bungalow*.

Es un *bungalow* con un balcón de estupendas vistas panorámicas, pero tiene dos inconvenientes. El primero es la posibilidad de encontrarse un hipopótamo al regresar de cenar. Del segundo inconveniente me di cuenta en ese mismo momento. Encontré abierta la puerta, ya que estaba el servicio de limpieza trabajando, y entré al baño precipitadamente. Fue al salir de él cuando tomé conciencia de que el papel higiénico estaba colocado de un modo ligeramente distinto. Tuve la confirmación de mis sospechas al comprobar que los cepillos de dientes no eran los nuestros. Entonces con sigilo emití un tímido “*Jambo!*” para la limpiadora e hice mutis por el foro sin más explicaciones. ¡Es un gran inconveniente que sean tan iguales!

Por fin salimos en el todoterreno y enseguida nos encontramos con una hiena que trasportaba en sus mandíbulas una pata de ñu 11.7. ¿Sería del pobre esquelético de la vispe-

ra? Le deseamos, por su bien, mejor suerte. Pata con hueso y además de ñu desnutrido, poco alimento le iba a proporcionar a su familia.

No es muy frecuente ver medidas en el agua hasta medio lomo a unas cebras, teniendo en cuenta lo que temen a los cocodrilos, así que disparé sobre ellas sin dudarlo un segundo 11.8.

Nos acercamos a un rebaño de búfalos. Me encantan sus cabezas, con esos cuernos negros y encorvados y esa mirada siniestra en la que es imposible adivinar si están pensando en atacarte o en enseñarte la grupa y salir huyendo 11.9. Como alguno tenía trabajando al equipo de limpieza, también lo aproveché. Eran dos “Oxpecker” o Garrapateros de Pico Amarillo que debían de estar en la hora del café, porque descansaban posados sobre su lomo 11.10

A otro ñu le había tocado la china de que ese amanecer se lo comieran. Lo acababa de cazar una leona y lo estaba arrastrando a un lugar más fresco y más protegido de las miradas de los buitres 11.11. El animal jadeaba por el esfuerzo y eso me dio una idea de lo dura y azarosa que es en realidad la vida de estos felinos cazadores.

Esa tarde salimos con retraso —tocó siesta— pero tuvimos la suerte de cara. Primero apareció una cebra con una malformación curiosísima en su rayado. Parecía como si hubiesen estado probando la brocha para pintarla en un trozo de su piel 11.12. Lamentablemente, la vista de esa malformación me hizo recordar a otra cebra cuyas rayas del lomo estaban cortadas y vueltas a unir, de forma que las blancas continuaban en negro y las negras en blanco. Le había sacado una foto a tan curioso ejemplar, pero por desgracia esos “dichosos” aparatos que son los ordenadores y los discos externos me la jugaron con una avería. A pesar de asegurarme que por “solo” ochocientos euros de nada recuperaría las fotos, yo me quedé sin ellas y el experto, por supuesto, sin mis ochocientos euros. Allí volaron al cielo fotos de Kenia,

República Dominicana, Yucatán, las mariposas monarcas del valle de Bravo — ese espectáculo de millones de mariposas que ya solo conservo en mi recuerdo— y con ellas bastantes instantáneas más.

Después vi un árbol que ya conocía pero cuya ubicación tenía olvidada. Me intrigaba porque era muy raro, pues me hacía pensar que era un árbol parásito encima de otro. Me recordaba a un ejemplar extrañísimo que tenía un amigo en su jardín. Era básicamente una palmera en cuyas palmas más altas había enraizado una semilla de eucalipto con tanto éxito, que era más alto el eucalipto que la palmera. Con la ilusión de encontrarme algo parecido, nos acercamos hasta él. Lo único que se me ocurrió al verlo de cerca fue tararear aquella canción mejicana de mi infancia:

“Han nacido en mi raaancho dos arbolitos.

Dooos arbolitos queeee parecen gemelos”....

(El que desee escucharlo, lo puede buscar en internet)

A la vista estaba que de gemelos tenían poco, pero estaban tan juntos los arranques de sus troncos que de lejos hacían el efecto de ser uno solo, aunque con ramaje y hojas diferentes 11.13. Vistos de cerca, el más alto resultó ser un euforbio y el más canijo un auténtico desconocido.

Ya comenzando el crepúsculo y de regreso... ¡¡sorpresa!! ¡¡sorpresa!!: un Rinoceronte Negro, mucho más escaso que el blanco. Hasta entonces solo había visto uno en el lago Nakuru, pero allí están cercados con alambradas. Foto, de mala manera, pero foto al fin y al cabo 11.14.

Entre safari y safari buscaba aquellos pájaros más escasos y difíciles de fotografiar que tanta satisfacción me procuraban. Salía armado con mis tres cámaras —de una de las dos D100, ya me había desprendido— y en especial con mi nueva artillería agotadora de transportar. Esa nueva D3 pesaba más que un muerto.

Cuando tocaban a safari me subía al coche y, ¡en marcha!, a hartarme de ñus y de leones. En una de esas ocasio-

nes, con un pie dentro del coche y el otro fuera, Maribel hizo un comentario sin darle la menor importancia.

—Ahí, bajo ese árbol, se ha posado un pájaro negro con el pecho rojo...—No hice más que escuchar el comentario y ya tenía los dos pies sobre el suelo. Era él, el odiado pero deseado “Black-headed Gonolek”, o *Laniarius erythrogaster* 11.15. ¡Casi nada! A él o a un hermano suyo le hice una malísima foto en 2004, a solo cincuenta metros de allí, medio oculto por las ramas y una tela metálica. Unas horas más tarde, a base de paciencia, conseguí otra un poco mejor que guardaba con el mismo cariño que si fueran unas valiosas tanzanitas, piedras preciosas de color azulado, que solo existen en unas pocas minas de Tanzania.

Había llegado el momento de sacarme aquella espina y, por supuesto, lo aproveché. El ave en cuestión, un pariente de nuestros alcaudones, tiene pico, patas y plumaje negros, a excepción de su pecho y vientre que son rojos como tomate maduro. Los ojos de color amarillo le confieren un cierto aire de maldad, como corresponde a un pariente de los alcaudones.

Hasta que el pájaro no voló a la maleza, resistí las llamadas al orden del resto del grupo. Entonces acudí y me regodeé en la contemplación de aquellas imágenes poco espectaculares pues, aquí y entre nosotros, el pájaro era bastante cabrón y se escondía entre las ramas para fastidiarme. Una foto en especial me dejó suficientemente satisfecho. No la cambiaba ni por una de cien leones bailando la conga. A continuación salimos a campo abierto.

Vimos un árbol de flores grandes y moradas, con unos frutos alargados y apepinados, por lo que todo el mundo lo conoce como “el árbol de las salchichas”. En él había varios Nectarínidos o “Sunbirds” de pecho escarlata (*Chalcomitra senegalensis*) libando de sus flores, circunstancia que yo aproveché 11.16. Me resultó curioso haberme topado casi consecutivamente con dos pájaros que no se parecen en nada pero que tienen idéntico diseño en su coloración.

Al otro lado de un arroyo con abundante vegetación, por el que buscábamos leopardos con nulo éxito, vimos a unas jirafas muy concentradas mirando en nuestra dirección. No a nosotros concretamente. Su preocupación se situaba a mitad de camino: eran unas leonas que estaban a jugar, en vez de a cazar 11.17.

Muy cerca, sobre unas ramas secas, descansaban unas Cigüeñas Lanudas.11.18.

La mañana terminó con una pobre leona tuerta, supongo, porque supuse que su ojo más reducido de tamaño estaba inutilizado para la visión 11.19. Comida y vuelta al pajareo por el jardín. Tiré a todo lo que se me puso cerca, pero solo seleccioné a una hembra de Mosquitero del Paraíso (*Terpsiphone viridis*) 11.20, a un Granadero Púrpura (*Uraeginthus ianthinogaster*) espectacular de bonito 11.21, y por último, a una Abubilla Africana (*Upupa africana*) 11.22, porque todas las abubillas sin excepción son preciosas.

En una palmera repleta de dátiles sorprendí in fraganti a un Pájaro Ratón Común (*Colius striatus*) 11.23 que se estaba poniendo morado de comer.

El corto paseo de la tarde me proporcionó un fornido macho de Eland dedicado al aseo personal, encomendado a sus asistentes 11.24.

Esa tarde nos quedamos charlando en el bar del hotel, hasta que casi sin darnos cuenta se nos hizo de noche. Siendo todavía pronto para cenar y estando algo desarrapados, nos acercamos hasta nuestras habitaciones para adecentarnos antes de ir al comedor. Al llegar a la pradera de delante de estos *bungalows*, tres moles inmensas pastaban tranquilamente. A estos tres hipopótamos madrugadores —los “hipos”, al ser nocturnos, “madrugan” a las siete de la tarde— los tuvimos que esquivar iluminándolos con una linterna, al tiempo que nos movíamos lentamente pegaditos a la fila de edificios, hasta alcanzar los nuestros. Ellos no nos hicieron el menor caso y continuaron cenando, pero cuando tienes a

uno de estos animalazos a solo quince metros de distancia, casi prefieres que te lo cambien por una manada de Mihuras, que solo pesan quinientos kilos cada uno.

“...safari mañanero en el que vimos tres chitas, tras los que se fueron un montón de coches. Luego vimos a siete jirafas y unas Gacelas Thomson muy preocupadas y entonces vimos a tres “lions” y luego a otros tres durmiendo. Fuimos hasta el río Mara a 25 km. Y no había ñus muertos, solo estaban los “hipos” y los cocodrilos. Por la noche hemos estado hablando con 2 chicos que hacen safaris y hablan español. Nos escribirán un mail...”

NAKURU

Desde el Mara, con Morris al volante, salimos de mañana en dirección a Nakuru. Descansamos y repostamos en la gasolinera de Narok y teóricamente subiríamos la empinada cuesta que conduce hasta el Lion Hill a la hora de la comida.

Según llegamos a la entrada del parque de Nakuru, Morris descendió del coche y se encaminó al puesto donde se paga la estancia. Pero en esta ocasión comenzaron a surgir complicaciones, porque una mujer armada y con vestimenta paramilitar le puso la proa a Morris. Comenzó a acosarle y a revisar todos sus papeles y Morris acabó nervioso. Nosotros, viendo los movimientos felinos de aquella *ranger* o lo que fuera, no pudimos evitar bautizarla como “la mujer pantera”.

Poco tiempo después Morris nos confirmó lo que ya habíamos apreciado nosotros.

–This woman is as bad as a leopard. She doesn’t accept my credit card. She says we must pay in dollars. (Esta mujer es mala como una pantera. No acepta mi tarjeta de crédito. Dice que debemos pagar en dólares)

Tuvimos que adelantar nosotros el dinero en metálico.

Ya, ¡por fin!, en el hotel escuchamos el *Jambo!*, nos tomamos el zumo de bienvenida y rellenamos los papeles. Nos

instalamos a toda prisa, Maribel y yo en la que ya considerábamos nuestra “residencia”: la *suite* Kifaru. Dejamos en ella el equipaje y bajamos al comedor, donde Betty, la *maître*, nos recibió con su habitual simpatía desbordante. Betty era una mujer joven, de tez no demasiado morena, a la que ya conocíamos de otras ocasiones.

Con la disculpa de bajar la comida no puede evitar, a los postres, echarme al campo cámara en ristre. Este hotel, después del Keekorok es mi segundo en preferencias. Nunca me ha fallado y la proximidad del lago hace que su riqueza en aves sea espectacular. Pero mi equipo me llamó al orden, y me vi obligado a subir al coche. Nos dio tiempo a un corto recorrido. Hice una foto de los Flamencos del manantial 11.25 y de un grupo durmiente de Cercetas del Cabo (*Anas capensis*) 11.26, de las que crío en el Zoo cantidad, y regresamos al hotel a cargar pilas para los tres días que dedicaríamos a este lago.

Después de esa primera cena había un concierto para el que tenía entradas. En este caso no se trataba de cantos regionales como otras veces, sino del popular recital que cada noche ofrecían las Ranas Campanilla.

Muy de mañana y frescos con el descanso, volvimos al ataque. El primero que pagó el pato fue un cachorro de rinoceronte con un cuerno incipiente, que acompañado y protegido por su madre se mostraba feliz jugando y revolcándose en el suelo. 11.27 y 11.28.

Como había una luz excelente, el lago estaba como un espejo. Aproveché la ocasión para obtener como premio en cada foto el número de flamencos por duplicado. Era tal la nitidez del reflejo que si daba la vuelta a la máquina apenas notaba la diferencia. Solo lo delataban los que estaban más alejados. 11.29 y 11.30.

Atravesando una pradera nos encontramos con dos contendientes dirimiendo a cuernazos una disputa. Uno frente a otro, con los cuernos cruzados como los sables de dos es-

padachines, estaban enzarzados en una pelea espectacular. Cada vez que uno lanzaba un nuevo ataque se levantaba un buena polvareda a su alrededor. No parecía que fueran a hacerse daño, pero dos rinocerontes de más de dos toneladas arreglando sus diferencias a cuernazos no es cosa que se vea todos los días, así que permanecimos de espectadores hasta que se calmaron los ánimos 11.31.

Con lo visto nos dimos por satisfechos. Continuamos con el safari pero apenas tomé fotos, y menos aún dignas de destacar.

Después de comer y tras una buena siesta, nos las prometíamos muy felices leyendo a las puertas de nuestro alojamiento y viendo desde él a los múltiples Nectarínidos que visitaban las flores del parterre frente a la terraza, cuando veo llegar a Morris un tanto agitado.

—Hay un “leopard” en la carretera, donde comienza la subida hacia el hotel. —Maribel que lo oyó, salió corriendo hacia nuestro coche, yo detrás de ella y Morris a mi lado.

Ya comenzaba el crepúsculo y aunque habíamos dado dos pasadas a la carretera, el “leopard” seguía sin aparecer. Pero nuestra insistencia tuvo su fruto y allí, subido en un árbol muy lejano, descubrimos al felino de nuestros sueños 11.32.

Maribel se deshizo en palabras de agradecimiento a Morris. Si ya teníamos buena opinión de él, el hecho de que hubiese venido corriendo para ofrecernos, casi como un regalo, la posibilidad de contemplar a un leopardo nos había llegado al corazón. Especialmente al de Maribel, que por un leopardo es capaz de cualquier cosa.

Pero no era esa la última sorpresa del día...

Cuando por la noche llegamos al comedor, Betty nos dijo que no podíamos cenar allí, que nos fuéramos al jardín. No entendimos qué quería decirnos, pero acabamos yendo en la dirección que ella nos señaló... y allí descubrimos que en el centro de una zona llana y desprovista de maleza ha-

bían montado nuestra mesa, cuatro sillas, un circuito eléctrico y además unas antorchas que iluminaban el prado y una espléndida barbacoa, todo en nuestro honor y solo para nosotros cuatro.

La parte femenina del equipo, muy sensible a este tipo de atenciones, lo disfrutó como si la invitación hubiera sido en el mismísimo Buckingham Palace. Nosotros también, pero nos abstuvimos de las lágrimas de emoción.

Aquel amanecer merecía una foto. Las acacias y el lago con sus puntitos rosa... no me pude contener y, antes de subirme al coche, immortalicé el momento 11.33.

Ya en la orilla, vuelta a empezar con la misma ilusión de la primera vez. Disfrutamos de un montón de Pelícanos “alaguizando” o “lagunizando” —me habría gustado que fuese un mar, pero era un lago y no encuentro otra palabra— 11.34, una pareja de Cercetas Hotentote (*Anas hottentota*) 11.35 chiquitas y preciosas, de las que yo tengo y crío.

A la vista de que apenas había flamencos de los comunes o “Greater Flamingos”, que son los que hay en España, los buscamos por otros lugares.

Uno de esos lugares fue la zona de los depósitos de agua, cerca de la depuradora de la ciudad, a la que llegamos en cierta ocasión casualmente al salir de un denso bosque en el que buscábamos pájaros. Son varios estanques grandes en los que se concentra bastante fauna acuática como Garzas, Garcetas, Ibis, y patos raros como el “Southern Pochard” (*Netta erythrophthalma*). Otros no tan raros, como los de Pico Amarillo y los Gansos del Nilo, son abundantísimos, y siempre se encuentran agrupados por familias, porque son agresivos y territoriales como pocos.

En la ocasión en que los descubrimos, también había algunos “Greater Flamingos”. Por eso repetimos nuevamente.

Ya atravesado el bosque de acacias y a la vista de los lagos, se nos presentó un extraño espectáculo que todavía hoy me mantiene intrigado.

En uno de aquellos embalses, el grupo de aves más variopinto que pude imaginar estaba reunido en una orilla mirando con gran sorpresa algo que había en el agua y que nunca llegué a saber qué era. Ver juntas ocho diferentes especies de aves con los ojos fijos en el mismo lugar, no es cosa que me haya ocurrido en ninguna otra ocasión. 11.36.

Estoy seguro de que su inquietud la provocó una gran serpiente, porque de los cocodrilos pasan olímpicamente. Por más que escudriñé el agua con los prismáticos, nada vi.

De vuelta por la arboleda apareció una familia de canarios a la que nadie prestó atención, pero que a mí me puso el corazón a mil pues no los había visto nunca 11.37. Tiré de libro: “African Citril” (*Serinus citrinelloides*). ¡Qué felicidad!

Mejor mañana en Nakuru era difícil de imaginar porque con once viajes a mis espaldas me era cada vez más difícil avistar una especie nueva. Si esto ocurría —especialmente si el “descubierto” era de una de las que a mí me gustan— lanzaba gritos de alegría. Y continuamos, porque cuando se está de suerte hay que aprovecharla.

Tuvimos que conformarnos con un Colobo tumbado sobre una rama 11.38, y más tarde —ya frente a nuestra Kifarú— un “Ojos Blancos” o Papamoscas de Fischer (*Melanornis fischeri*) 11.39 y dos Nectarínidos 11.40 y 11.41 que, como todos allí saben, son las niñas de mis ojos.

En esa primera tarde no hubo sobresalto alguno y en la mañana siguiente tampoco. Todos estaban reservados para la última mitad de ese día.

Después de la segunda comida, Maribel y yo nos fuimos a descansar y nos tumbamos en la cama con sendos libros. La *suite* que ocupábamos disponía de un amplio salón situado entre la habitación y la terraza que daba a la calle.

Yo no pude con el peso de mi libro y de sueño se me cayó de las manos... y en eso me despierta el ruido de la puerta exterior al abrirse. Maribel, creyendo que era alguien del

servicio que aprovechaba esa hora de descanso para preguntar si necesitan algo...:

—¿Quién anda por ahí? —Y al instante se abre nuestra puerta y entra decidido un macho de Babuino que por su tamaño podía sin duda jugar en la NBA de estos primos de los mandriles.

Maribel al verlo cruzar impasible la habitación, le increpó.

—Pero... ¿tú qué haces por aquí?

El entrometido se explicó por señas a la perfección. No nos costó nada entenderle porque, dirigiéndose directamente a la mesa donde teníamos una tetera y lo necesario para autoservirnos el té de las cinco, echó mano a todos los azucarillos, dio la vuelta en redondo, y, cuando pensábamos que todo había acabado, me robó de la mesita de noche una bolsa de caramelos. Como si tal cosa, se fue por donde había entrado. Maribel, admiradora y fan de los primates, estuvo encantada con el asalto.

Nueva mañana y nuevo safari, derechos al lago por la zona del manantial. Allí esperándonos, cuatro Cercetas del Cabo reflejadas en el agua posando en una preciosa composición, resolvieron mis sentimientos 11.42. Un poco más allá la escena de muerte era menos bucólica, porque Marabús y Cuervos Píos estaban acabando con los restos de la cena de algunos leones 11.43. Un marabú dormilón llegó retrasado al festín 11.44

En mitad de la pradera, alejado de matorrales que pudieran esconder algún peligro, un grupo blanquísimo y numeroso de Espátula Africana (*Platalea alba*) dormitaba al sol de la mañana 11.45.

Pero locos hay por todas partes y allí estaba él para demostrar que mi grado de enajenación no era aún preocupante. Un desconocido, tirado en el fango del suelo sobre una lona, hacía fotos con más entusiasmo que yo 11.46.

Otra ave, a la que no puedo evitar fotografiar, se puso a mi merced: un Calao Terrestre como un pavo de grande

11.47. Y en una rama otro del *Top Ten*, un *Prionops plumatus* 11.48.

Ya de regreso al hotel, nadie quería llevar a unos Monos Verdes haciendo autostop, así que uno se tomó la justicia por su mano y decidió que él viajaba gratis en coche, gustase o no 11.49.

Maribel es fan de los primates, pero aún lo es mucho más de los felinos. Entre sus hijos adoptivos preferidos, criados por ella a biberón, se cuentan siete cachorros de león, tres de leopardo africano, una tigresa de Sumatra y un precioso macho de leopardo de las nieves, que es el “pequeñín” de la familia. Alguien llamó a Morris y le comunicó que cerca del camino había sido vista una pareja de leopardos en luna de miel. ¡Cómo no aprovechar esa oportunidad de hacer feliz a Maribel!

Tardamos un buen rato en dar con ellos, pero al final los encontramos. Efectivamente, era una pareja que estaba haciendo su viaje de novios alrededor del lago, caminando semiocultos por entre la maleza a un centenar de metros de la carretera. Primero vimos a uno, grande, supusimos que el macho, paseando con parsimonia, sentándose o tumbándose a cada rato. Después localizamos a su pareja, sensiblemente más pequeña, que iba unos metros detrás de él, más metida en la espesura. Las fotos, a tal distancia y con tanto obstáculo, no fueron nada buenas, pero aún nos sirven para recordarlos. La emoción del momento no la cambiamos por la que produce ver a uno a menor distancia 11.50.

Por la noche, a los postres, se apagan las luces del comedor y aparece Betty al frente del personal cantando el “Jambo, Bwana” 11.51. Para entonces, aunque nuestra pronunciación no era la correcta, lo coreamos sin saber que iba dirigido a nosotros, ya que ningún “safaragüi” cumplía años en esa fecha.

Concretamente fue a mí al que otra vez tomaron por homenajeados. Invité a tarta a los de las mesas de al lado, que me felicitaron efusivamente.

La letra y su traducción, por si alguien quiere ir a Kenia o Tanzania con el máster hecho, dice así.

Jambo, jambo Bwana..... Hola, hola Señor.
Habari gani.....¿Cómo está usted?
Mzuri sana Muy bien.
Wageni, mwakaribishwa, Extranjeros sois bienvenidos.
Kenya yetu Hakuna Matata En nuestra Kenia,
no hay problema.

Kenya nchi nzuri,..... Kenia es un bonito país,
Hakuna Matata no hay problema.

Nchi ya maajabu..... Un país maravilloso,
Hakuna Matata no hay problema.

Nchi yente amani,..... Un país pacífico,
Hakuna Matata no hay problema.

Hakuna Matata,..... No hay problema,
Hakuna Matata no hay problema.

Watu wote,..... Todo el mundo,
Hakuna Matata no hay problema.

Wakaribishua, Es bienvenido,
Hakuna Matata no hay problema.

Hakuna Matata No hay problema.
Hakuna Matata No hay problema.

Como sobraba tarta, Maribel se acordó de Morris que cenaba en mesa aparte y hasta allí fue con una ración para él. Algo hablaron entre los *drivers*, porque a partir de ese momento no nos quitaron sus ojos de encima.

Por la mañana, cuando nos preparábamos para cargar el equipaje, nos cruzamos con un grupo de españoles. Eran en su mayoría biólogos y resultó que varios escuchaban mis programas de radio. Les pregunté qué tal les iba y me contestaron algo sorprendente: que tenían muy buen *driver*, que iban en un autobús todos juntos y que, por si me interesaba para otra ocasión, me podían dar el contacto de su *driver* que hablaba perfectamente castellano y que se llamaba MILTON.

Un minuto después estábamos saludando a nuestro chófer de diez años antes.

—¡Joder, Milton!, ¿dónde has aprendido tan bien el castellano? —Su contestación me dejó pasmado.

—EN OVIEDO. —¡Vaya casualidad!

MOUNT KENYA.

Continuamos con el viaje. Dejamos a Betty, que antes de marchar obsequió a Maribel con un típico collar, y a mí con una cachiporra masái que me hizo mucha ilusión. Era igualita que la utilizada por esta etnia para ahuyentar leones y, ¿quién sabe?, quizás a mí me sirviera para hacer lo mismo con leones o tigres, en lo que ya a principios de los noventa adquirí alguna experiencia... pero esa es otra historia.

“...el 17 llegamos al Mount Kenya a las 12,30 ya está todo el arreglado y lo de los Cottages es genial. Hemos tomado un té de mango con el Mount enfrente...”

La llegada al Mount Kenya, después de las cuatro horas reglamentarias de viaje que incluyen las inevitables paradas, se realizó con toda normalidad.

Una sola vez en todo el trayecto descendimos del coche fuera de programa. Maribel quería traerse una parte de Kenia, eso sí, pequeñita, que no era su intención destrozar el país. Se limitó a llenar una bolsita de esa tierra roja que, aun habiéndola muy parecida en España, tiene un gran valor sentimental para ella. La guarda como una reliquia sagrada.

Ya en nuestro destino, nos instalaron esta vez en el *cottage* número uno, compartiendo salón con Conchi y Manolo, al que como buen jefe de varios parques de bomberos, le gusta especialmente hacer fuego.

Como encontró la chimenea encendida, tuvo que conformarse con atizarla y puso el salón que echaba chiribitas, palabra que no he escuchado en los últimos treinta años, pero que define muy bien el proceso. Terminamos abriendo todas las ventanas para no asfixiarnos de calor.

El paseo de la tarde a ver a la familia de Colobos y a todas las aves de sobra conocidas es obligado, pero basta que uno crea que las conoce a todas, para que lluevan las sorpresas aquí y allá.

Ya contaba con los Nectarínidos o Suimangas de Doble Collar (*Cinnyris mediocris*), pero algunos estaban con ganas de que les hiciese fotos, y yo no iba a ser el que les negase el capricho 11.52. 11.53 y 11.54. Sin embargo no compartí con su autor la elección del nombre científico. ¡Llamar *mediocris* a un pájaro tan bonito! En cambio, dos desconocidos se me marcharon volando dejándome con cara de tonto y sin una mala foto. Se trataba de unos Maniquí Bronce (*Loncura cucullata*), que buscaban semillas en la pradera y que eran nuevos para mí, y de un Serín de Burton (*Serinus burtoni*), con su grueso pico especialmente diseñado por la naturaleza para alimentarse de semillas. Al bando de Viudas u Obispos Acolларados ya lo había avistado por las cercanías en otra ocasión.

Pero a pesar de todas estas novedades, lo que más me impactó fue que el hotel había sustituido al que custodiaba los palos de golf por un Marabú gigante 11.55 quien, con su imponente aspecto y su descomunal pico, quizás se hiciera respetar más que el empleado que cumplía esta función anteriormente. No me atreví a preguntarle si estaba en posesión del título de *caddie*. Es probable que sí porque lo vi muy seguro de sí mismo. Y bien es sabido que estas aves son muy versátiles... Le hice una foto de recuerdo.

A otro Marabú —este por sucio y asqueroso, ¡no he visto cosa igual! — también lo retraté como escarmiento 11.56.

En el lago jugueteaba la pareja de Zampullines de siempre, y por la orilla paseaba un Pato de Pico Amarillo Africano al que encontré precioso 11.57. Como él he criado cantidad, pero visto aquí, libre, es otra cosa.

Foto a dos Suimangas Bronceados, uno tomando el sol y el segundo tomando... un traguito de néctar de esas flores rosas que tanto les gustan 11.58 y 11.59.

Llegando a la terraza y sobre el camino, un “Amaranta”, como es conocido por todos los pajariteros españoles el *Longonosticta senegala* 11.60, completó el paseo.

El desayuno, con el solecito calentando en lo alto, lo estaban sirviendo en la terraza, enfrente de la piscina. Desde allí, la vista de la mole del monte Kenia, sin neblina a esa hora, era extraordinaria.

Elegimos la mesa más alejada del grueso de la gente, que ya estaba terminando de desayunar.

Poco después solo quedábamos nosotros y una curiosa pareja de orientales. Por lo menos él lo era seguro, porque “ella” podía ser hasta un robot de plástico, si su vestimenta, digna de destacar, no nos impidiera corroborarlo. Empezando de abajo arriba: zapatos blancos, calcetines y pantalón también, igual que sus guantes, su cazadora de manga larga, la camisa, la mascarilla que cubría toda su cara y su tocado, con pañuelo colgando sobre su espalda, estilo Lawrence de Arabia. ¡Todo blanco! Solo desentonaban sus grandes gafas de sol negras. Iba tan bien tapada que ni un solo centímetro de su piel quedaba al descubierto.

Durante el desayuno su compañero se levantó y la dejó desprotegida. En esto que veo acercarse a ella discretamente, no un camarero como era de esperar, sino un gigantesco Marabú. Ni corto ni perezoso, abre sus inmensas alas, da un salto al frente, lanza adelante su gigantesco pico y... ¡zas!, ¡zas!,

se come las dos salchichas “tipo Frankfurt” que la mujer, o lo que fuera, tenía aún en su plato.

El agudo chillido de la supuestamente oriental, atrajo al *maître* que espantó al ave. Esta, de cuatro aletazos, se plantó en el jardín para saborear su desayuno.

Se presentaron las consabidas disculpas y retiraron el servicio, que colocaron sobre una mesa próxima.

Dos minutos más tarde el Marabú, que tenía una excelente memoria, regresó al lugar del crimen, atacó por un ángulo muerto y... ¡zas!, se zampó un buen trozo de beicon que había quedado en el plato cuando lo espantaron sin dejarle terminar su desayuno...

Para el que no se haga una idea del tamaño real de una de estas aves, basten los datos que aparecen en el primero de los dieciséis tomos, de seiscientas páginas cada uno, del mejor libro de aves que se ha editado hasta este momento: el “Handbook of the Birds of The World”. Dice así: “Longitud del ave, entre 1,15 y 1,58 metros, envergadura de sus alas 2,87 metros y peso entre 4,5 y 10 kilos”... y con un pico monstruoso. (Esto último lo he añadido yo).

SAMBURU

Durante el recorrido hacia nuestro último destino, Samburu, nos fueron llegando de refilón noticias alarmantes: que si por culpa de la sequía las tribus del norte habían bajado hasta allí con sus vacas y cabras; que algunos turistas habían tenido con ellos experiencias desagradables; que a otros los habían asaltado; que la sequía era tan grande que se estaba muriendo todo el ganado; que si el río Ewaso Ngiro se había secado completamente... Solo escuchábamos cosas desagradables, lo que como no podía ser de otra manera, comenzó a preocuparnos.

A partir de Isiolo, a un centenar de kilómetros de Samburu, comenzamos a apreciar cada vez con mayor intensidad los efectos de la sequía.

Véiamos ganado esquelético abandonado por el campo, y... ¡buenos son estos pastores como para perder de vista a una sola cabra! Nuestra preocupación, como no suele ocurrir con el mercado bursátil, subió varios enteros.

Cuando dejamos la “East African”, la carretera Transafricana Oriental, y tomamos el sendero a la derecha, empezamos a ver aquí y allá vacas muertas tiradas por el campo y otras diseminadas por todos lados, flacas como espadas. Un olor a muerte comenzó a sentirse en el coche, a pesar de llevar las ventanillas cerradas para evitar el polvo.

A la derecha, muy cerca ya de nuestro destino, un pastor desollaba una vaca, pero no para aprovechar su carne, ya que el animal era todo pellejo, sino para aprovechar el cuero de su piel.

En la montañita pedregosa no avistamos ningún Klipspringer, los cariñosamente llamados “antílopes-cabritilla”. Estaba cubierta de esos espinosos matorrales, pero sin una sola hoja verde en toda la ladera, por lo que no divisamos ni uno solo de estos animales ¿Se habían muerto? ¿Habían huido a tiempo a otro lugar?

Continuamos viendo ganado abandonado a su suerte, hasta la misma puerta del hotel. Ya dentro del recinto, el panorama no había mejorado en absoluto. Apenas había personal y menos aún turistas. Fuimos a nuestras habitaciones a refugiarnos y huir de aquel olor a muerte que nos perseguía.

Al descorrer la cortina de “mi *suite Born Free*”, allí delante, a diez metros y dentro del jardín del hotel, tenía a una vaca de color canela que acababa de morir. Fui a avisar a los vecinos para que vieran hasta donde llegaba la catástrofe. Estaban deshaciendo el equipaje. Vendrían más tarde, cuando tuviesen todo colocado.

Cuando vinieron y se la enseñé por el ventanal, la vaca había desaparecido. Salí por la puerta trasera del salón y entonces la vi. Caminaba tambaleante gracias a la ayuda de dos pastores, que escoltándola uno a cada lado, la mantenían en pie.

No sé si la llevaron para sacrificarla o, si la lluvia de la víspera los animó a intentar salvarla.

Al caer la noche nos instalaron para cenar en un cuartucho, porque el comedor estaba en obras y tenía levantado todo su tejado de paja. La cena no podía ser más íntima con solo nosotros cuatro en la mesa de una esquina y otros dos, más extranjeros que nosotros, en la opuesta. Por supuesto, de aquel estupendo *buffet* de dos años atrás no quedaba nada. Una cremita y un par de cosas más y a la cama, porque allí se levantaba el campamento. Menos un guarda que quedaba patrullando, todos los demás del servicio del hotel dormían en una zona separada.

Allí nos quedamos solos y a merced de los bandoleros del Turkana o de los fieros etíopes, que a cualquiera que de-sease rebanarnos el pescuezo para robarnos le iba a resultar fácil. Nada más tenía que forzar la puerta de la “Born Free”, ¡y a trabajar!

(Si quisieran hacer lo mismo con Manolo y Conchi, que no nos preguntaran a nosotros, porque estaban en un *bungalow* más alejado, y no sabría decir en cuál).

Bromas aparte, cuando a las doce de la noche desconectaron el generador y nos quedamos a oscuras y con la certeza de que los últimos operarios habían abandonado el campamento para refugiarse en sus barracones, nos cerramos en la habitación. Rodeados de un silencio absoluto, con aquella pestilencia a vaca muerta que flotaba en el ambiente y con la casi seguridad de que el único vigilante se había largado a descansar, nos dormimos con la esperanza de seguir vivos al día siguiente, que teníamos safari.

El amanecer goza de una característica maravillosa: con las primeras luces todo, por malo que sea, se ve con un poco más de optimismo. La luz del sol anima el espíritu, y si además acabas de desayunar, ves la vida desde otro prisma muy diferente.

Así nos ocurrió aquella mañana cuando salimos de safari... aunque aún nos quedaban algunos malos tragos por digerir.

Por la reserva había bastantes animales en movimiento buscando comida. No iban en rebaños y, especialmente a los elefantes, los encontrábamos de uno en uno o por pares, madre e hijo generalmente. Pensamos que con aquella escasez de alimentos era más fácil sobrevivir si cada uno se buscaba la vida por un lado. Así y todo, encontramos algunos muertos.

A los Dik-dik, de puro pequeñajos que son, les iba mejor. En su hábitat, entre la maleza, no tenían competidores y con cuatro briznas o unos palos resecos podían salir adelante.

Nos cruzamos por la orilla del río con unos ejemplares de Gran Kudú, a los que ni antes ni después he vuelto a ver por la reserva. Concretamente, con un precioso grupo formado por dos machos 11.61 con una cuerna respetable, y media docena de hembras. Estaban muy mansos, no sé si con la mansedumbre propia de la debilidad que precede a la muerte. Sin embargo creímos que no, que saldrían adelante comiendo palos deshojados.

Por el cauce seco del río —ahora cruzábamos en coche— vimos varias Águilas Rapaces. Dos en concreto. Tenían algún problema entre ellas y se estaban atacando una a otra con bastante mala intención 11.62.

Un solitario Buitre Cabeciblanco 11.63 descansaba en el seco cauce del río. Especialista en comerse el cuero que las otras aves carroñeras desprecian, debía de estar harto de tanto zampar, porque carne quizás no sobrase, ¡pero lo que es cuero! Era lo único que les quedaba a muchos animales: el pellejo.

Tres cebras bebiendo en la única poza de todo el río me dejaron perplejo. ¿Cómo podían estar aquellos animales gordos y lustrosos? No sé qué arte se dan, pero nunca he visto una cebra que no tenga su culo relleno hasta no haber más carne en él 11.64.

Me extrañó que con tanto animal muerto no hubiese buitres por todas las esquinas, pero debía de ser tal la canti-

dad de cadáveres que no se molestaban en desplazarse de un lado a otro.

El río, por primera vez en ocho visitas, estaba convertido en un reseco arenal. Tan solo había agua en el lugar donde se le incorpora un arroyo que viene desde el monte Kenia, y que tiene nombre de ciudad, *Isiolo River*. En él se habían refugiado los cocodrilos medianos. A los más grandes no los vimos por parte alguna. No tendrían problema de comida, ya que era lugar obligado para quien quisiera sobrevivir, como hacían en ese momento dos magníficos machos de Impala 11.65.

La sequía había afectado menos a los pájaros. Unos se habrían largado pero otros habían venido.

En el hotel teníamos una colonia de un estornino grande, negro y con una especie de inconfundible moño que ayudaba a identificarlo. En el libro descubrí que era propio de zonas aún más áridas, así que allí se encontraban felices. Habían tomado el hotel al asalto y dormían en la estructura de madera del techo del bar. Su nombre, “Bristle-crowned Starling” (*Onychognathus salvadorii*) o Estornino Coronado de Cerdas 11.66.

Por aquí y por allá, alguna Pintada Vulturina 11.67 o una Garceta Grande y blanca como lavada con “Ariel” 11.68 nos hacían olvidar por un momento el drama que se estaba desarrollando a nuestro alrededor. Todavía nos infundió más ánimos contemplar a una leona —esa sí que no tenía falta de comida— que entre tanta abundancia se sentía absolutamente feliz 11.69.

Cerca del cauce seco encontramos a un búfalo muerto que nos dejó boquiabiertos: al tomarle una foto... pestañeó. Estaba en las últimas, porque a pesar de que pusimos nuestro coche a su vera, lo más que consiguió fue eso, pestañear. Descanse en paz.

Lo bueno dentro de lo malo era que el resto de los animales salvajes había perdido su preocupación por sus enemi-

gos naturales, los leones. Estos, al haber soltado los pastores el ganado en un intento desesperado de que sobreviviesen por el interior de la reserva —lo que está prohibidísimo— tenían carne fácil para comer allá donde mirasen. Encontramos a varios leones durmiendo a pocos metros de un espinazo de vaca.

La única zona en que la fauna no había sufrido tanto era Buffalo Springs. Allí los manantiales manaban como siempre los había visto. Decidimos centrarnos en sus proximidades y utilizarlos como centro de operaciones hasta el final del viaje.

A las Gacelas de Grant la sequía, aparentemente, las traía al fresco 11.70. De idéntica manera, muchos pájaros ajenos al problema incluso preparaban su nido, como un Tejedor Rojo 11.71, que trabajaba tan contento.

A los Gerenuk, que nunca beben y se alimentan de palos si es necesario, 11.72, tampoco se les notaba mal.

Un águila (*Hieraetus spilogaster*) 11.73, tenía todo el aspecto de estar bien alimentada.

Las Avutardas de Kori, inmensas, venían a beber a los manantiales 11.74, igual que hacían los Francolines 11.75 y las parejas de Gangas (*Pterocles decoratus*) 11.76, que nada más beber emprendían vuelo 11.77.

Una familia de Cebras: padre, madre, el hijo mayor y el más pequeño, posaron como lo hacíamos todos en mi casa, ordenados de mayor a menor, o sea “en escalera” 11.78.

Algunos pastores intentaban mantener vivos a sus rebaños. ¡Pobres gentes! 11.79. Lo tenían muy difícil, y para muchos esta sequía significaba más pobreza y el hambre.

En la zona de los manantiales estaba concentrada gran parte de la vida salvaje, fueran aves o mamíferos.

Pululaban por ahí un Jabirú 11.80 y una pareja de Gansos de Gambia (*Plectropterus gambensis*) a los que nunca había visto en este parque 11.81, llegando después un grupo de Estorninos Soberbios y unos Gansos Egipcios 11.82.

Cerca, a una Garcilla Cangrejera solitaria o “Squacco Heron” (*Ardeola ralloides*) 11.83 se le acercaron para acompañarla un Ibis Sagrado y un Ibis Morito 11.84. La escasez de agua hacía florecer extrañas amistades.

Cuando comenzábamos la retirada, una escena entrañable de una madre Kobo amamantando a su recién nacido 11.85, nos convenció de que la vida continua, haya o no sequías.

Cambiamos nuestros planes y volvimos nuevamente a la aridez más absoluta. A lo lejos divisamos un grupo numeroso de Pintadas Vulturinas 11.86 y, cuando intentamos acercarnos, algo las asustó y no fuimos nosotros 11.87. Comenzaron una loca carrera en dirección al bosque más cercano y, al final, no contentas con eso, rompieron a volar al unísono, dejando tras de sí una tremenda polvareda 11.88.

Nunca supe qué o quién, les infundió aquel ataque de terror. Probablemente un águila en el cielo infinito, a la que mis humanos ojos fueron incapaces de distinguir.

Por el secano vimos varias Jirafas de diversas tonalidades e intensidades de color 11.89, 11.90 y 11.91. Por mucho que se las contemple o se las fotografíe, es imposible no emocionarse con su grandiosidad.

Por allí, y estos en su salsa, estaban esparcidos grupos de Órix. Como son capaces de sobrevivir en los desiertos de arena de Namibia, eso les parecía un vergel como la Albufera de Valencia 11.92

Merodeaban de aquí para allá otras aves a las que la escasez de agua no intimida porque la obtienen de los frutos o de los insectos: un Loro Abisinio (*Poicephalus rufiventris*) 11.93 y un Estornino de Pecho Dorado (*Cosmopsarus regius*) 11.94 precioso e idéntico a los que tengo volando por mis aviarios. Bajo su árbol descansaba un Guepardo 11.95. Distinguí un Barbudo Capuchino (*Trachyphonus darnaudii*) 11.96 y un Drongo Ahorquillado (*Dicrurus adsimilis*) inconfundible por su negrura y su cola ahorquillada, como su propio apellido indica 11.97.

Una elefanta había acercado a su hijo de unos cinco añitos a beber a una charca, en vez de tenerlo en el colegio 11.98. Con esta familiar estampa terminó aquella jornada, que los cuatro habíamos pronosticado peor.

Última cena, despedidas, y lo que menos gusta hacer al terminar un viaje: el equipaje. Suerte que Maribel me considera un inútil colocando la ropa y asume ella esa responsabilidad.

Ya en dirección al aeropuerto, dijimos adiós con la mano a una leona que descansaba a la sombra 11.99.

Al último macho de Gerenuk, con una cornamenta preciosa... ¡no podía dejarlo pasar! 11.100 y 11.101. Lo mismo me ocurrió con las últimas aves, comenzando por un Abejaruco que si alguien sabe de qué especie es, ya sabe más que yo 11.102, un Gavilán Gabar escondido entre el ramaje de un espino 11.103, un Azor Gris 11.104, un precioso Garganta Colorada 11.105 y, como colofón difícil de superar, una mamá elefante amamantando a su recién nacido 11.106. ¡Mejor final, imposible!

CAPÍTULO XII

DESPEDIDA DE ÁFRICA. KENIA 2010

Tenemos como amigos a un matrimonio de músicos a los que conocí gracias a mis programas en Radio 5. Son los Navidad. Principalmente ella, Victoria —alias Vivi— se apasiona absolutamente con todo. La he descrito en mi libro sobre dichos programas de Radio 5, “Animales y medio ambiente”, como “un reactor nuclear en plena ebullición”. Y ya sabemos que “todo se pega”, así que le había despertado la curiosidad por los pájaros, y con una Guía de Aves de Europa hizo sus primeros pinitos.

Pero también a su amiga Mercedes Cabello —colaboradora inestimable en la corrección de mi torpe gramática— la he impregnado con una cierta afición a los pájaros. Posee la imprescindible Guía de Aves de Europa, prismáticos y fijeza en el entorno, con lo que tiene todo lo básico y necesario para aprender de ornitología campera. Además es una gran caminante, lo que representa una inmensa ventaja para practicar la “pajarería” de campo. Con tanto contarles nuestros viajes por África acabaron tentadas de participar en uno de ellos junto a Maribel y “The big Machine Man”, que soy yo.

Durante el verano de 2010 nos fuimos animando unos a otros hasta conformar un grupo de seis personas dispuestas a emprender esa pequeña aventura. Los últimos en agregarse fueron Francisco Ballester, el de siempre, que es pareja de Mercedes, y también Blanca, hermana asimismo de Mercedes. ¡Momento de los preparativos!

Desde que me acostumbré a comenzar y terminar el safari en avión, ganando mucho tiempo y bastante comodidad, nunca más volví a cometer la torpeza de hacer esos viajes en coche. En esta ocasión haríamos el circuito de mi forma más habitual, esto es, en sentido inverso a las agujas del reloj.

Repetimos lo que ya nos sabíamos de memoria: madrugón, taxi y avión hasta Bruselas, donde nos encontramos con los que volaban desde Madrid. De allí a Nairobi con la preceptiva escala en Kígali. A nuestra llegada a Kenia, al anochecer, derechos al hotel Serena, frugal cena, cama y nuevo madrugón.

Ya repuestos del viaje, comenzamos volando del Wilson hasta Samburu 12.1. Desde el aire disfrutamos de ese reseco e inconfundible paisaje rojizo salpicado de matorrales aquí y allá, atravesado por grietas de color verde que indican dónde están los pequeños cauces en la época de las lluvias.

Una escala mínima para dejar y tomar pasaje en el *Legwa Ranch* y desde allí, en veinte minutos, posados sobre la pista de tierra de Samburu. En cuanto me vi pisando el *airstrip* de Samburu con los nativos transportando el equipaje, me atacó la euforia. De inmediato, camino del hotel y dando un rodeo, el primer y corto safari.

“...disfrutamos poco del hotel Serena Nairobi, desayunamos a las 6 en la “room” y a las 8 salimos para Samburu, parada en el Legwa Ranch, para dejar y coger gente y a las 9 y pico empezamos el safari...”

Ya desde el comienzo vi aves interesantes. Empecé descubriendo un Calao de Pico Rojo 12.2, la especie más abundante por estos pagos, un Francolín de Garganta Amarilla 12.3, abundantes a pesar de ser el plato preferido de las águilas. Después, otro nuevo Calao de Pico Rojo 12.4 y una familia casi completa de “Green Woodhoopoe” (*Phoeniculus purpureus*) 12.5. Los tres “niños” tomaban el sol sobre el suelo mientras su padre 12.6 los vigilaba escondido en una

palmera. Pareció como si muchos animales y aves se hubiesen puesto de acuerdo para salir a recibirnos.

Tras esa corta toma de contacto llegamos a las puertas del Hotel Sarova Shaba, que estaba precioso... ¡y con gente! ¡Menos mal!

El primer zumo y la toallita caliente, con algún *Jambo!* que otro de todo aquel que cruzaba a nuestro lado, estamparon en los rostros de los “safaragüis” principiantes esas sonrisas de felicidad que muchos no pierden hasta encontrarse de regreso en su vida habitual. Pero para eso, por suerte, faltaba casi una eternidad.

“...Por la tarde en Shaba un bando de tórtola Namaqua y una Lilac-breasted Roller color de rosa y verde, un cachorro de león y dos leonas más adelante...”

En realidad, por la mañana no había visto nada realmente nuevo, ni tampoco comportamientos dignos de destacar. Todos los animales que se cruzaron en mi camino fueron mamíferos o aves que si hubiese tenido cuatro años en lugar de sesenta y cinco, los habría calificado de “corrientísimos”. Afortunadamente tenía la ventaja de pronunciarlo mejor, pero por desgracia el resto era todo inconvenientes.

Comimos los seis juntos 12.7 en aquel precioso comedor con vistas sobre el río y el jardín, descansamos un rato y a eso de las cuatro, porque aquí las tardes son muy cortas, nos pusimos en marcha nuevamente.

Ya subidos en el pescante, los seis “safaragüis” nos hicimos unas fotos. 12.8, 12.9.

La primera pieza en caer en esa tarde de caza fotográfica fue una Carraca Coroniparda (*Coracias naevia*) 12.10, especie para mí rara, pues solo en dos ocasiones vi otro ejemplar y casi “fuera de tiro”. A este, aunque de lejos, le robé el alma.

Poco más tarde, un encuentro con un cachorro de león prosiguió de una extraña manera.

El pequeño estaba solo y nos llevó un rato encontrar a su familia, que distaba unos trescientos metros, lo que no es

frecuente tratándose de un animal de tres o a lo sumo cuatro meses. Eran dos hembras, muy pegadas entre sí, una de las cuales comía mientras la otra, cosa rara, dormía plácidamente.

Detuvimos el coche, paramos el motor e intentamos identificar de qué se estaba alimentando aquel animal. No sobresalían patas ni piel de ningún color. Desde el coche, a quince o veinte metros, escudriñé con mis prismáticos, hasta que...

—No os lo vais a creer, pero una de las leonas... ¡¡se está comiendo a la otra!!

—¿¿Quéé?? —La exclamación de incredulidad partió al unísono de casi todas las gargantas. Todos los ojos se esforzaron en comprobar que aquello era cierto y que no los estaba engañando. Aún peor, dos minutos más tarde...

—Pero eso no es todo. Porque lo terrible es... que se la está comiendo... ¡¡VIVA!!

Lo detecté cuando un ligerísimo movimiento de una de sus orejas me puso en alerta. Me fijé entonces en su tórax y descubrí que, muy despacio pero rítmicamente, aquel pobre animal estaba respirando.

Amplíé en la pantalla de mi D3 una de las fotos hasta que pude apreciar con detalle una masa de carne de color rosácea 12.11 que colgaba del omóplato de aquel inconsciente animal, y que su ¿hermana? estaba masticando entre sus mandíbulas. ¿Qué explicación encontrar a aquel trágico suceso?

La casi difunta leona no tenía huella externas de haber sido muerta en una pelea, ni el problema era achacable a una falta de alimentación, ya que se la notaba rellenita y con un pelo brillante. Solo se nos ocurrió que un derrame cerebral la había dejado en aquel coma insensible que hacía posible que se la comieran sin manifestar por ello ningún dolor.

Sin duda ha sido la escena animal más impactante y extraña, que he presenciado en África.

Ante la imposibilidad de bajarnos del coche o acercarnos más en él, nos retiramos de aquel horror.

A la mañana siguiente regresamos al mismo lugar, sin encontrar huellas por ninguna parte, pero sabiendo de lo que es capaz un clan de cuarenta hienas en una noche, dimos la tragedia por concluida.

“...Un cachorro de león y dos leonas más adelante, en la zona verde y la sorpresa... una hembra comiéndose a otra hembra de león que todavía ¡¡no estaba muerta!!...”

Continuamos recorriendo la reserva de Shaba sin concentrarnos en los animales con que nos cruzábamos. Solo se disipó la tensión cuando vimos delante a un precioso macho de Kobo 12.12 y señalándolo les hice ver que era ideal para los cazadores... porque llevaba una especie de diana blanca dibujada por el pelo de su grupa.

Antes de la cena me fui al bar a tomar mi medicina de tónica. Allí coincidí con un extraño cliente que estaba colgando del techo sobre el mostrador. Le hablé pero no me contestó... creo que era un murciélago 12.13 que había bajado a tomarse un trago. Porque en este hotel, en la altísima cúpula recubierta de paja que forma el tejado de la entrada, vive un centenar de estos curiosos mamíferos. Concretamente esta especie tiene las orejas pequeñas, a diferencia de otros que son auténticos orejudos.

La tertulia a los postres fue animadísima y discutimos hasta la saciedad la historia de la leona sin por eso sacar ninguna otra conclusión.

A pesar del cansancio acumulado del viaje y del primer día de emociones fuertes, todos madrugamos. A esa primera hora los animales están más activos y es un crimen perderse ese rato cuando sale el sol.

Enseguida encontramos un grupo de Pintadas Vulturinas 12.14 que, aunque aquí son bastante abundantes, impactan a quien las ve por primera vez por su colorido azulón acompañado de un rayado en blanco y negro que las hace inconfundibles.

—¡Vaya suerte!, otro animal defectuoso para mi colección particular.

—¿Qué estás diciendo?

—Que miréis a ese Impala de cuerno torcido 12.15, que además es un valiente porque se quiere pegar con ese otro que viene por ahí 12.16. —Y comenzaron un amago de pelea que en realidad era un juego de entrenamiento.

—¿Ya los habéis visto suficiente? Pues vamos hacia el río.

El río estaba maravilloso con aquel solecillo mañanero. Tras un corto recorrido vimos en la orilla de enfrente a un precioso y nutrido grupo de elefantas con sus hijos 12.17, alguno casi recién nacido. Detuvimos el motor y nos colocamos cómodos para disfrutar un buen rato de aquel rebaño. La mayoría de ellos estaba bebiendo, pero poco a poco unos cuantos comenzaron a rebozarse de barro contra la orilla, y un par de mozalbetes a practicar juegos de guerra, cuyo aprendizaje les sería muy necesario para cuando fueran adultos. Primero se enfrentaron 12.18 y desplegaron sus orejas para intimidar a su enemigo, en este caso primo, tío o sobrino. Después se agarraron con sus trompas 12.19 para tantear las fuerzas del contrario. Nosotros continuamos con nuestro recorrido por la reserva de Samburu.

Después de un rato monótono nos encontramos con lo que más desea un “safaragüi” —si exceptuamos el famosísimo diamante Estrella de África—: un precioso leopardo que, apoyando su espalda sobre el costado de un coche 12.20, vigilaba su cazadero sin importarle para nada si a alguien eso le podía producir un desmayo de la emoción.

Cuando el animal se puso en marcha lo hizo como una *vedette* en una pasarela: cruzó dos veces ante nosotros 12.21, se escondió entre unos matos durante un momento, volvió a salir, se sentó, medio se escondió junto a una piedra 12.22, volvió sobre sus pasos y, por último, levantando la cola se despidió de nosotros 12.23. Todo duró diecinueve minutos... ¡pero qué diecinueve minutos! Ver a un leopardo moviéndose-

se por un lugar tan intrincado y durante tanto tiempo, es casi un milagro.

“...empezamos el safari por la parte de allá de Samburu, por Archers Gate, en vez de por Choka Gate... leones tumbados durmiendo, unos 4 o 5, un grupo de elefantes y ¡¡¡un leopardo!!! mucho rato que fue hacia el río y salió de los matojos bajitos como el que vimos la primera vez, precioso y joven, a lo mejor no tenía ni dos años...”

No sé si los leones o el leopardo fueron los causantes, pero durante esa mañana por allí apenas vimos ni cebras ni jirafas. Yo lo achaco más a la casualidad que a otra cosa. Salvo el rebaño de elefantes a la orilla del río que nos alegró parte de la mañana y alguna jirafa en la lejanía, poco más pude destacar.

Ya de regreso, el mismo grupo familiar de elefantes u otro diferente nos hizo detenernos al observar un problema. El más chiquitín no era capaz de trepar por el resbaladizo talud de la orilla del río 12.24. Les costó un pequeño esfuerzo a su madre y a sus tías sacarlo de allí con ligeros empujones de cabezas y trompas, pero al final logró salir y, ¡tan contento!

Esa noche del diez de septiembre, Blanca Cabello se engalanó para acudir a la cena y el personal del hotel demostró su competencia, presentándose puntualmente con la iluminación apagada, cantando el “Jambo, Bwana” 12.25 y ofreciéndole una tarta de cumpleaños. Esta vez fue un cumpleaños de verdad. Todos nosotros coreamos la canción y le hicimos varios regalos improvisados, comprados en las tiendas de por allí.

A la mañana siguiente, cuando atravesábamos la colada de lava negra, Vivi, “el reactor nuclear”, nos hizo detenernos. Mientras recolectaba unas piedras negras como recuerdo, una bonita pareja de Chacales Plateados 12.26 apareció en la cresta de la ladera. Apunté y disparé para la posteridad.

Ya cruzada Archers Gate, bajamos a la derecha hasta los manantiales de Buffalo Springs. La recua de novatos no podía irse de allí sin conocer este precioso lugar que nunca falla, solo que a veces hay que tener un poco de paciencia.

En cuanto detuvimos el coche vimos posada a una Golondrina Colilarga (*Hirundo smithii*) 12.27. Aún no era un ejemplar adulto y por eso no tenía desarrollada su larguísima cola. Enseguida se acercó volando y se posó sobre un mato cuajado de espinas, un bando de Gorrión Castaño (*Passer eminibey*) 12.28. Había individuos de todas las edades y plumajes. Los que poseían más color chocolate eran los adultos en plumaje reproductor.

Pronto llegó un rebaño de Babuinos con cantidad de hijos pequeños 12.29 que no hacían más que jugar. De vez en cuando una madre conseguía hacerse con su hijo y dedicaba un buen rato a asarlo 12.30, 12.31 y 12.32. Viéndolos, siempre me doy cuenta de lo que nos parecemos, especialmente con los pequeños que juegan a perseguirse y a hacerse uno a otro llaves de judo, como si fueran niños de diez años.

Durante la hora que allí permanecidos sin movernos, fueron acercándose a beber o a buscar alimento diversas aves como un espléndido Jabirú 12.33 y una hembra de Halconcito Pigmeo 12.34, mi preferido y miembro indiscutido de mi *Top Ten* particular.

En la zona más húmeda buscaban insectos los Estorninos de Fischer (*Spreo fischeri*) 12.35, que son de color gris apagado y un poco insulsos, pero cuyos bandos al volar resultan vistosos. Muy cerca y agazapada entre los juncos para pasar desapercibida y poder lanzar su pico con más éxito, una “Squacco Heron”. ¡Me encanta ese nombre que me llena la boca solo con pronunciarlo! En España la conocemos como Garcilla Cangrejera (*Ardeola ralloides*) o simplemente Ardeola 12.36, que es el nombre de la publicación científica de la Sociedad Española de Ornitología, en la que hace más de cuarenta y cinco años publiqué algún artículo como colaborador.

Ya cuando nos íbamos, dos Jirafas 12.37 con un palmeral de fondo me invitaban a tomar una foto. No pude negarme. De allí, sin detenciones a la piscina.

Me levanté con las primeras luces del alba. Es el mejor momento para tomar fotos, no solo por la luz, que es especial a esas horas, sino también por coincidir con la mayor actividad de muchos seres vivos.

Al amanecer, en la orilla del río Ewaso Ngiro siempre había alguien esperando... y la luz no podía ser mejor.

Capturé un Marabú 12.38 con el buche vacío —por lo visto la víspera no encontró nada para cenar— y unos Ibis Sagrados 12.39 rebuscando alimento por la orilla. Y una Cigüeña de Pico Amarillo 12.40 con idéntica intención. El Cocodrilo que las acechaba 12.41 seguramente no iba a tener éxito, porque estas aves están acostumbradas a su vecindad y no se suelen dejar sorprender. ¡Y a desayunar!

Después de abandonar el comedor, con los equipajes ya embarcados en el coche... sorpresa. Todo el personal del hotel en pleno salió a despedirnos.

“...la despedida de Shaba, del hotel, fue espectacular. Salieron todos los waiters, cocineros etc. y Beatrice 12.42 la esteticién, el de la guitarra y los dos samburus a traernos una tarta y cantándonos el Jambo Bwana, una de las chicas se acercó y elevó hasta la tarta para que la partiera. Como le dijimos que no, me echó una parrafada que creo que decía que nos la ponían para que nos la llevásemos. Yo me emocioné y ahí se acabo la estancia en Samburu. A las doce o así ya estábamos en el Mount Kenya...”

Y nunca mejor dicho lo de la despedida, ni tampoco esta pudo ser más oportuna, porque esa sería la última vez que saldríamos de aquel hotel que ya considerábamos parte de nuestras vidas después de haberlo hecho en siete ocasiones más.

Tras el emotivo y cariñoso adiós de todo el personal, entre los que se encontraba la nueva directora, con todo el

equipaje cargado y Morris esperándonos al volante, subimos y comenzamos la andadura.

La carretera me la conocía de memoria, así que aproveché para echar una cabezadita, excepto en la zona en que, posadas sobre los postes de madera del tendido eléctrico, había visto a una pareja de “Long Crested Eagle”.

Dos horas más tarde ya estábamos en el Mount Kenya, en el cual nos tenían reservadas tres estupendas habitaciones en los *cottages*. No hay en todo el hotel lugar que se le pueda comparar.

“...desde el primer momento se volcaron con nosotros. El maître y un camarero que ya nos conocían nos instalaron en un comedor privado, un poco separado del resto y allí comimos y cenamos, y en él estuvimos de maravilla...”

Esa primera y única tarde del doce de septiembre —a la siguiente mañana continuaríamos viaje— la dediqué a pasear y ver a los Colobos, como tenía por costumbre. Pero en esta ocasión encontré primero a una familia de “Blackish-green Guenon” (*Allenopithecus nigroviridis*) o Mono de Allen 12.43 dispuesta a colaborar. Normalmente son unos monos esquivos y poco sociables. Como he comentado antes, Maribel los rebautizó como “Monos Cara de gato”, nombre mucho más práctico de pronunciar. Yo les tenía ganas desde antiguo, ya que en numerosas ocasiones me la “habían jugado” y siempre aparecían por donde yo no estaba. Esa vez, como si presintiesen que no iba a volver, no fue así. Una madre con un hijo grande y mañoso 12.44 y 12.45 abrazado a ella, y su pareja, un mal educado que se permitió la grosería de sacarme la lengua 12.46, me dejaron hacerles unas fotos para nunca olvidarlos. Poco después, un Tejedor Enmascarado 12.47 posado junto a unas flores... a falta de otra cosa.

“...la cena la sirven y todo buenísimo (pastel de aguacate y trocitos de tomate y gambas, riquísimo) Por la mañana vimos el orfanato...”

Pegadito al jardín del hotel existe un orfanato de animales, que sin ser gran cosa, mantiene un proyecto más ambicioso con el módico precio de la entrada. Consiste en criar un grupo de Antílopes Bongo, que para mí es el más bonito de África. Pero ya se sabe que para gustos... Suelo visitarlo si llevo acompañantes nuevos y no llueve, porque el único defecto que le encuentro a este lugar es la abundancia de precipitaciones. Dada la proximidad de la montaña, rara es la tarde que no cae un chaparrón.

La visita al orfanato mereció la pena. Disfruté allí del nutrido y precioso grupo de Bongos y estuvimos un buen rato contemplándolos. Un cuidador los llamó y varios salieron de la espesura y se nos acercaron para ver qué comida rica les íbamos a ofrecer.

Pero habían añadido nuevos animales a la colección de huérfanos. Todos ellos, saltaba a la vista, estaban criados a biberón: un Búfalo, un Eland, un Kongoni, 12.48 y 12.49, una Llama (¿qué pintaba allí una llama?), una Mona Patas, una Tortuga Gigante vieja amiga mía que Blanca utilizó de montura 12.50, y un pollo gigantesco de Avestruz. Estos dos últimos, como es lógico, no habían tomado ningún biberón durante su crianza.

Visto todo, regresamos para el desayuno y marchamos a continuación de aquel precioso lugar.

Aparte de estos auténticos huérfanos tenían en jaulones a una familia de Colobos, unos Monos Patas y otros animales a los que no presté demasiada atención, por lo que no los recuerdo bien. El sitio no está mal, teniendo en cuenta que es una de las pocas actividades que allí se pueden hacer. Bueno... también se podía jugar al golf en su campo de nueve hoyos, o ir a la tienda de la entrada que estaba en fase de liquidación o, por supuesto, lo más importante: pajarear por sus alrededores aunque muchos no lo practiquen y no sepan lo que se pierden.

A media mañana continuamos viaje hacia Nakuru. Es quizás la parte que se me hace más pesada, especialmente

hasta Nyahururu. Después, con la bajada al Rift y la subida por la cuesta de enfrente ya miro menos el reloj.

Por la carretera me surgió la ocasión de hacer una foto que no pude perdonar. Ver a esos héroes que transportan desde lugares muy lejanos unos haces de leña a sus espaldas como para derrengar a cualquiera, me deja sin respiración 12.51. Los inmortalicé para mirarlos cuando me sienta cansado y así no me compadezca de mí mismo viendo lo que otros, sin darse importancia, tienen que hacer para sobrevivir.

No nos pasamos por alto las cataratas Thomson, ni aquellas tiendas llenas de objetos y de recuerdos que nunca se olvidan.

Por suerte “la Mujer-Pantera” no estaba de guardia en esa ocasión y, cumpliendo al milímetro el horario previsto, llegamos a comer al Lion Hill a las 2:30.

Al poco de entrar al hotel una llamada telefónica advirtió a Francisco de que su madre estaba muy próxima a fallecer, y disolvió la alegría del grupo, lo que hasta ese momento había sido la tónica general.

Rápidamente, Francisco comenzó a hacer planes para llegar a Barcelona antes de que su madre falleciera.

Por la mañana un taxi lo recogería y lo llevaría hasta el aeropuerto de Nairobi. Por otra parte se puso en contacto con una persona de la Universidad de Cantabria, de la que él es Catedrático de Construcción, que le tramitó unos pasajes para volar, primero a Zurich y desde allí hasta Barcelona. Todo se realizó en un tiempo récord y unas horas más tarde lo despedíamos deseándole que tuviese buen viaje y que llegase a tiempo de encontrar con vida a su madre.

Me quedé como único varón de la expedición. Junto a mí viajaba un harén de cuatro mujeres, por lo que, tomándolo por el lado bueno y en plan de guasa, comencé a presentar al grupo como “mis cuatro esposas”. Como en este país hay muchos mahometanos creo que a algunos los convencí de que aquello era cierto, apoyándome en que, a mi edad, si eras

un hombre rico, podías tener varias mujeres. Pero solo si eras verdaderamente rico. Unos se reían y notaban la guasa en mi expresión, pero alguno se lo creyó a pies juntillas.

Ya desde el coche se me cayó el alma a los pies. Nunca hasta entonces había encontrado el lago Nakuru con tan pocos flamencos. Me di cuenta desde la misma entrada, cuando cruzamos frente al arroyo de agua dulce, donde suele haber una inmensidad y solo vi unos pocos... Me consolé pensando que el que nunca lo ha visto en pleno apogeo lo encontraría precioso. De todas formas el lago tiene otras ventajas cuando está rebosante de agua.

Por la tarde dimos un corto paseo, amenazaba lluvia y pasé de hacer fotos.

Esa primera noche, antes de la cena, los invité a todos al recital de Ranas Campanilla. Cantaron estupendamente y su actuación resultó un completo éxito. Poco después, el concierto me lo dieron a mí. “Otro cumpleaños” con el que no contaba, y que me cayó como una losa. Más tarde, la actuación de los danzantes masái con sus saltos y extraños sonidos completó aquella primera noche.

La falta de Francisco me obligó a reestructurar el harén. Blanca, mi cuarta “esposa”, prefirió quedarse sola en una habitación. Mercedes, al quedarse sin pareja por tener que marcharse Francisco, se instaló con Vivi, “el reactor nuclear”.

Después del safari mañanero y con la comida recién terminada, entra ese sopor africano que afecta no solo a leones y otros carnívoros que viven de atracón en atracón, sino también a los “safaragüis”. Consecuencia: todos a leer un rato en la cama, hasta que indefectiblemente nos quedamos dormidos.

Cuando de nuevo “nos hicimos vivos” que dicen por La Mancha, Vivi y Mercedes llegaron corriendo y muy sofocadas.

—¿Qué os pasa? ¿Os persigue un león?

—Mucho peor. Nos ha querido violar un tío peludo con cara de perro, que a cuatro patas se ha colado en nuestra habitación. ¡Menos mal que lo vimos entrar y nos escondimos bajo las sábanas! Allí hemos estado un buen rato, en completo silencio y sin mover ni un pelo, porque no sabíamos si se había marchado o no. Al cabo de no sé cuánto nos hemos atrevido a asomar la cara y el presunto violador se había largado. ¡El muy cabrón ha preferido nuestros azucarillos antes que a nosotras!

—Al ladrón ya lo conozco y siento vuestra desilusión. Sin embargo lo has definido estupendamente. La “cara de perro” es la razón por la que a este grupo de primates se los conoce en conjunto como “cinocéfalos”, o lo que es lo mismo, primates de “cabeza de perro”. Entre ellos se encuentran Driles, Mandriles, Geladas y, por supuesto, también vuestro amigo y sus familiares, el grupo de los Babuinos.

—No, si ya nos dimos cuenta de que era un mono. Lo que más nos ha molestado es que no nos haya hecho ni caso. ¡Qué falta de educación!

Aquel elemento era famoso. Según me contó un vigilante de casi dos metros de altura, hasta sabía abrir las puertas con llave, si te la dejabas puesta en la cerradura, claro. El ladrón nunca la llevaba encima por no disponer de bolsillos para guardarla...

Los safaris comenzaban, bien por la izquierda hacia el bosque de euforbios, o por la derecha con la visita al arroyo de agua dulce. En él, la menor cantidad de flamencos, que no era para tanto, se compensaba con un número más abundante de pelícanos y otras aves.

Si se sigue esta segunda ruta, la subida al Baboon Cliff es casi obligada. Desde allí se apreciaba mejor la escasez de Flamencos Enanos. Pero ver con los prismáticos aquellas inmensas praderas de las orillas rebosando de animales pastando, es un espectáculo que no cansa por muchas veces que se repita.

En esta ocasión, como se nos hizo un poco tarde, dimos un paseo hasta el arroyo de agua dulce y poco después volvimos al hotel con el firme propósito de pegarnos un buen palizón al día siguiente, catorce de septiembre.

Mientras esperaba al resto del equipo hice tiempo por el jardín y vi a un “Hamerkop” 12.52, esa garza de color marrón con su cabeza en forma de martillo, del que toma su nombre, y que a pesar de su mediano tamaño es una constructora de nidos infatigable. De hecho sus nidos son los más voluminosos del reino de las aves. Muy cerquita de allí una preciosa Abubilla, casi idéntica a las que viven en Europa, descansaba sobre un tocón 12.53. Aunque es ave común la encontré tan bonita que no pude reprimirme y le largué una foto.

Con los deberes hechos, bajamos hacia el lago. En sus praderas los Búfalos son abundantísimos 12.54 y a los “Rinos”, sin llegar ni mucho menos a su número, los ves desde todos los lugares, mires desde donde mires, debido a su tamaño 12.55.

Al adentrarnos en una zona de arbolado descubrimos a tres leonas con costumbres arborícolas 12.56 y 12.57, subidas en un árbol medio caído. Una de ellas, la más escaladora, estaba tumbada sobre una gruesa rama horizontal, a unos ocho metros de altura. Las otras, a niveles más bajos, aprovechaban como literas las ramas rotas o torcidas para descansar.

Solo en otra ocasión me topé en Nakuru con una leona alpinista. Fue en el extremo contrario del lago y, a pesar de que he pasado por allí decenas de veces, nunca había visto otra escaladora hasta ese momento.

Después de deleitarnos con su contemplación durante un buen rato nos acercamos a la orilla para disfrutar de una, si no espectacular, por lo menos bonita concentración de Flamencos 12.58 y 12.59. Algunos volaban, otros hundían su pico en el agua en busca de algas y microscópicos animalitos

acuáticos. Todos, eso sí, al tiempo que rebuscaban comida emitían ese sonido bajo y gutural. Una vez en que estas aves se contaban por cientos de miles coloqué una grabadora digital entre ellas y obtuve un sorprendente resultado: su sonido difícilmente se diferenciaba del de una concentración de moteros con sus máquinas al ralentí.

De vuelta a la floresta, un Francolín Coqui (*Francolinus coqui*) 12.60, muy parecido a una codorniz grande, dio un corto vuelo y se apartó de nuestro camino.

Al salir de nuevo a la zona desprovista de árboles, el paisaje que se presentó ante nuestros ojos era espectacular. En primer lugar una Gacela 12.61 y en la lejanía un gran grupo de Impalas 12.62 y 12.63, de ese precioso color que los hace inconfundibles. Ya en un plano más alejado se adivinaban, más que veían, unas Cebras dispersas por el verde prado. Más lejos aún, en la misma orilla, estaban los Pelícanos, después el lago y de telón de fondo la ladera cubierta de bosque.

Más adelante volvimos a detenernos. Una pareja de imponentes “Rinos” 12.64 pastaba tranquilamente. Junto a nosotros, en el árbol más cercano, descansaba otra Abubilla 12.65.

La hora de la comida se nos echaba encima, así que giramos en redondo y volvimos a nuestro cómodo hotel. Desde el camino vimos a otros dos “Rinos” a los que no hicimos caso.

Ya por la tarde salimos temprano con la sana intención de recorrer toda la orilla del lago. Tomamos rumbo por la derecha y nos encaminamos hacia el Baboon Cliff. A mitad de camino, pasado ya el árbol de las leonas escaladoras y más adentrados en el bosque de acacias, me dio la sensación de que a todos los leones de esa zona les daba esos días por subirse a las alturas. A tan solo unos cientos de metros de las leonas que nos encontramos por la mañana estaba el que faltaba, el Rey de la Selva, un macho en total plenitud y... con la misma afición escaladora.

Se había subido a un árbol escorado a unos cuarenta y cinco grados en dirección contraria al camino. Sobre su grueso tronco él se encontraba inclinado hacia delante en lo que me pareció una posición incómoda. Aquel gran animal estaba comenzando a desperezarse 12.66. En seguida se incorporó, sacó de sus zarpas unas uñas tremendas y comenzó a hacerse la manicura aprovechando para ello la madera del árbol 12.67.

Solo se escuchaba el “clic, clic” de los disparos de las máquinas de fotos. Nadie hablaba para no distraer a aquel impresionante animal. Yo le hice no sé cuantísimas instantáneas a pesar de la distancia y de la escasez de luz.

Con tanto pájaro y león se nos estaba haciendo tarde, por lo cual aceleramos nuestro desplazamiento.

Ya de mañana, lo primero que me encontré y que me hizo mucha gracia fue a una pareja de Cuervos Píos 12.68 — mitad blancos, mitad negros— que se besuqueaban cariñosamente. Estas aves son inteligentísimas, como el resto de los cuervos, quizás las más inteligentes junto con las Psitácidas, o sea los loros y familiares. Más a lo lejos, y no sé por qué, estaba un Abejaruco de Frente Blanca posado en un árbol 12.69. Este lugar atrae a estas aves de colores de forma inexplicable. Año tras año aquí mismo me las encuentro, y en cambio por el resto de Kenia las veo solo en contadas ocasiones. Como son tan bonitos, no me reprimo y todas las veces que los disfruto, que no son muchas, les tomo unas fotos.

La hora de la mañana, con buena luz y sin niebla, estaba pidiendo a gritos una excursión hasta lo alto del Baboon Cliff para disfrutar del lago en toda su amplitud. Desde allí la vista es espectacular. Con el aire de la mañana todo se distinguía nítidamente. No había muchos Flamencos, pero sí algunas decenas de Pelícanos que se acercaban en busca de comida justo debajo de nuestra posición. A la vista de cómo aterrizaban sobre el agua, como si fueran hidroaviones saltarines, les hice unas curiosas fotos. El espectáculo, a pesar de

su lejanía, merecía la pena, pues dejaban tras ellos al detenerse, todas las huellas de sus saltos sobre el agua 12.70, 12.71 y 12.72.

El resto de la mañana lo dedicamos a ir de aquí para allá sin rumbo fijo. Unas veces nos deteníamos junto a la orilla a deleitarnos con los Flamencos. Otras, en plena arboleda, fotografiaba a los pájaros más bonitos como un “Little Rock Thrush” (*Monticola rufocinereus*) 12.73, unos Tejedores Rojos, ¡preciosos! 12.74, un bonito Escribano de Vientre Amarillo (*Emberiza flaviventris*) 12.75, y Alcaudones Culiblanco (*Prionops plumatus*) 12.76. Luego, otra vez Flamencos y más Flamencos 12.77 y 12.78, y volando sobre ellos un precioso bando de Cercetas del Cabo 12.79. Acabamos la mañana viendo un Waterbuk Defassa, de los que no tienen diana en el trasero y al que le faltaba totalmente uno de sus cuernos 12.80.

Consecuencia de tanta emoción mañanera fue que por la tarde salimos renegando y por cumplir el expediente. Fuimos de aquí para allá dejando trascurrir el tiempo. Considerábamos que todo lo que se podía ver en aquel día, ya estaba visto. Más que mirar nos dejábamos llevar por Morris, mientras hablábamos entre nosotros. El harén, tanto tiempo callado, tenía que desahogarse de alguna forma, cuando... nada más abandonar una arboleda, apareció a nuestra vista el grupo más grande de Jirafas de Rothschild —las típicas de este lugar— que he visto en este parque. Rondaban las treinta pero me fue imposible contarlas. Cuando tan solo había tomado fotos de dos 12.81, descubrí casi por casualidad que sobre el lago, a lo lejos, algo importante estaba ocurriendo y enseguida concentré en ello toda mi atención.

Lo que allí sucedía era algo inusual, o por lo menos yo no lo había presenciado nunca. En muchas ocasiones he visto volar a grupos de flamencos, que generalmente se desplazan en direcciones aleatorias y a baja altura. Pero ahora, muy lejos de nuestra posición, un bando gigantesco de miles de

ejemplares había comenzado a volar de forma sincronizada y a la vista estaba que con un propósito definido.

Avisé a todo mi harén y rogué que prestasen atención, pues en seguida até cabos. Relacioné la falta de flamencos y el gran volumen de agua, llegando a la conclusión de que aquella masa informe de aves volando estaba decidida a irse a cenar a otro lugar que les ofreciese alimento más abundante.

Los flamencos, cuando se lanzan a volar, son como jabalinas con alas. Su estilizado cuerpo y sus excelentes condiciones aerodinámicas, junto con la potencia de su vuelo batido, hace de estas aves unas grandes migradoras. Además, lo mismo que ocurre con tantas otras aves acuáticas, prefieren las noches para los largos desplazamientos, como hacemos nosotros en muchos vuelos transoceánicos. No sé si el frescor nocturno les ayuda o si la escasez de rapaces de alto vuelo durante las horas oscuras les proporciona más seguridad. Para cuando acabé con estas cavilaciones, los flamencos reunidos comenzaron a elevarse.

En unos minutos, el gigantesco bando ya había tomado sus buenos doscientos metros de altura y ya, más ordenados, continuaron girando y elevándose aún más.

Me quedaba sin luz a pasos agigantados y quería inmortalizar aquel momento, fuera como fuera...

En esto que los flamencos, como si leyeran mis pensamientos, enfilan hacia nuestra posición con un frente de ataque de más de dos kilómetros compuesto por centenares o quizás miles de estas aves. A esta primera línea le seguía una masa informe e incontable que, como hacen los ciclistas, se aprovechaba del esfuerzo de los de cabeza. Cruzaron sobre nosotros a toda velocidad y se perdieron por aquel anchuroso valle, camino de otro lago que contuviera más alimento. Nos quedamos sin habla ante aquella exhibición de poderío de la naturaleza 12.82, 12.83, 12.84 y 12.85.

Las fotos, horribles por la distancia y a la falta de luz, no hacen honor a lo que vimos. Pero ampliando la imagen

puede uno imaginarse, viendo solo una parte, lo que sentimos en aquellos momentos.

Ya de regreso, aumenté la sensibilidad de mi máquina y todavía pude fotografiar a un precioso Chorlito de Tres Collares y a una Cebra descolorida 12.86, 12.87 que acompañaba a otras dos de su color habitual. No sé si había confundido la lejía con el champú pero al lado de sus parientes desentonaba tanto que prefería caminar a solas.

Por la noche me obsequiaron con una nueva fiesta de cumpleaños, con lo que ya llevaba dos en el mismo viaje. De seguir así volvería a casa hecho una ruina 12.88, 12.89 y 12.90.

Por la mañana nos acercamos un momento hasta el lago para comprobar si los flamencos habían regresado. No notamos respecto a la víspera ningún cambio significativo en el número de ellos. Seguro que de madrugada regresaron a este lugar, que les era más seguro o confortable para pasar en él el día. Volvimos raudos al hotel para desayunar y marcharnos 12.91.

La despedida fue triste. Maribel intentó, sin éxito, que le dejasen quedarse trabajando en la recepción 12.92. Allí se hizo una foto junto a Betty y la recepcionista como recuerdo, y de paso para conservar la imagen de aquel cuadro que decoraba la recepción.

Así que imitamos a los flamencos de la víspera y nos fuimos de allí, pero para no regresar. Al mirar hacia atrás, el jardín estaba totalmente vacío de personas 12.93 porque muchos más dejaban el hotel a esa misma hora 12.94.

Con los equipajes cargados pusimos rumbo al Mara. Nuestro viaje se aproximaba a su fin.

MASAI MARA

Para el que llega por primera vez al Mara, ver a lo lejos una gigantesca manada de hormigas que se transforman en miles de ñus al acercarse a ellas, lo deja sin habla. Y eso solo

te da una pequeña idea de lo que es este lugar. El resto de lo que veas, quizás te dejará impactado de por vida. Porque la abundancia de mamíferos allí existente solo es superada por la de humanos en las grandes ciudades, que a mí no me resultan nada atractivas.

Los mamíferos del Mara están perfectamente organizados. Forman una sociedad bien diseñada en la que cada una de las especies de herbívoros se alimenta de un determinado tipo de vegetales, lo que les hace poder convivir y no competir unos con otros. Los carnívoros también cumplen su misión y reciclan el exceso de seres vivos devolviendo sus restos al terreno. El Mara forma, junto al Serengueti, una inmensa máquina de producir y reciclar, con movimiento perpetuo.

Allí estábamos nosotros de espectadores, para tener el privilegio de contemplar ese perfecto funcionamiento.

La primera tarde solo tuvimos tiempo para un corto paseo en coche. Lo terminamos viendo a dos leonas sobre unos afloramientos rocosos. Las sorprendimos en plena siesta y con el estómago lleno, durmiendo profundamente. Hasta me planteé acercarme a ellas sigilosamente para comprobar si roncaban. Pero se movieron y mi ánimo se vino abajo. Tras un prolongado bostezo decidieron que no tenían prisa por irse a cazar, giraron sus corpachones, una de ellas se puso patas arriba y la otra rodó hasta un lugar más mullido... y continuaron durmiendo 12.95, 12.96 y 12.97. Dada la hora del crepúsculo, nos volvimos al hotel 12.98.

Una hora después del amanecer del diecisiete de septiembre, tras un buen madrugón y el posterior café en la terraza, salimos de safari 12.99. La mañana es un momento mágico que no se puede desperdiciar quedándose entre las sábanas. Lo primero que encontramos fue un grupo de Impalas capitaneado por un macho conquistador. Más de veinte hembras lo acompañaban 12.100.

Lentamente, por aquellas inmensas praderas nos alejamos en dirección oeste, camino de la frontera con Tanzania.

En unos matorrales de la lejanía observé pájaros de color blanco y negro revoloteando. De inmediato los reconocí y pedí a Morris que me acercara junto a ellos. Era una docena de Alcaudones Urraca o “Magpie Shrike” (*Urolestes melanoleucos*). Nunca vi otro grupo igual de animado, solo les faltaba el carnet de familia numerosa. Antes de volar me permitieron hacerles un montón de fotos 12.101, las últimas ya en el aire. Seguimos camino hasta la zona fronteriza.

Cruzamos el puente y allí estaban, como en otros años, los restos de cadáveres de decenas de ñus que habían muerto ahogados. Por su aspecto, con muchos esqueletos mondos, deduje que eran de meses atrás. No despedían ya ese olor fétido e insoportable de las grandes y recientes masacres que encontramos en otras ocasiones, lo cual no quiere decir que aquella visión constituyese un plato de gusto, ni cosa que se le parezca. Montones de Marabús y algunos Buitres Moteados o de Rupell estaban limpiando los escasos restos de carne 12.102.

Un momento de descanso 12.103 viendo a los zánganos Hipopótamos que dormitaban en la orilla o entre dos aguas, y dimos la vuelta en redondo para cruzar el puente en sentido inverso 12.104 adentrándonos por las praderas.

Antes del mediodía hicimos una corta parada para observar unos Francolines Patirrojos.

—¿Qué es eso clarito que se ha movido entre aquellas raíces? —Enfoqué mis prismáticos hacia allí y descubrí a una leona materialmente incrustada en una grieta del terreno. ¿Qué podía hacer allí? Si estaba en una espera de caza se trataba de una leona tonta: era complicadísimo salir por sorpresa corriendo de su escondite.

Nos acercamos un poco más y en eso, entre aquella mañana, vislumbré la cabecita de un león recién nacido. Dada nuestra experiencia —hemos criado a siete desde su nacimiento— le calculé tres días de vida como máximo. Pero no

era uno, sino dos los que se apretaban a su madre intentando mamar 12.105.

Comencé a disparar con la D3 y más tarde, para lograr planos más próximos, “abrí fuego” con la D200 a la que llevaba incorporado mi “Gran Caruso”, nombre con el que habían bautizado a mi telescopio 12.106 y 12.107.

Para completar la sesión matinal, y ya harto de leones, me centré en buscar aves. ¡Oh fortuna!, un minúsculo mamífero poco más grande que una rata y para mí desconocido, se prestó a alegrarme la mañana 12.108.

Era una Mangosta rubita, pequeña, con esos ojillos de lista y la vivacidad que poseen todos sus parientes: armiños, comadrejas, visones, etcétera. El animal no temía para nada al ser humano, lo que quedó claro enseguida. Eso me facilitó las cosas y disfruté de su contemplación un buen rato.

Vimos otro grupo de leones descansando a los que apenas prestamos atención 12.109, y ya de camino hacia nuestra pitanza, un joven Elanio al que disparé casi en marcha 12.110.

Aquella tarde le dimos vacaciones a Morris y, cada uno a lo suyo, nos quedamos todos por el hotel.

Entre el obligado safari de la mañana y el de tarde —solo probable—colocábamos la imprescindible comida, y para algunos la no menos imprescindible piscina, que yo sustituía por un rato de merodeo en busca de pájaros, o por una reparadora siesta en el caso de que estuviese ya reventado de cansancio.

A la zona de la piscina 12.111 a veces acudía más gente...

Una familia de facoceros compuesta por cuatro adultos y cinco pequeñajos 12.112 y 12.113 pastaba por los alrededores, de esa forma tan curiosa en que lo hacen. Los adultos pacen de rodillas — quizá rezan para que no los sorprenda un león— y de esa manera pueden dar de mamar a sus hijos a la vez. Curiosa forma de optimizar su tiempo. Si tenían sed, se acercaban a echar un trago a la piscina, estuviese ocupada por humanos o no... pero no eran estos los únicos.

Ese mismo verano había descubierto la existencia de un compositor argentino de apellido Piazzola, lo que quizás es una buena prueba de mi ignorancia de los músicos del siglo XX. ¿Qué tiene que ver esto con Kenia?

Por el Keekorok deambulaban unas familias de españoles a los que acompañaba un cierto halo de rusticidad. Eran bulliciosos y tenían subidos los volúmenes de sus voces de forma que se enterasen de sus conversaciones los que se movían por su cercanía... y algo más lejos. Y, todo sea dicho, les importaba un comino.

Estaba mi harén descansando en la piscina. La tarde no podía ser mejor, con todo en silencio, lo que invitaba a la lectura, el relajo y la meditación... hasta que por allí aparecieron dos de esos huéspedes españoles. Comenzaron por bañarse en la piscina armando bastante bulla, y más tarde le escucharon a uno de ellos pronunciar el nombre de Piazzola, lo que dejó a las chicas de mi harén avergonzadas por haberlos tomado por gente inculta. Pero al rato llegó un tercero a completar el grupo y le pusieron al corriente de sus conocimientos musicales. La conversación no pudo ser más aclaratoria:

—Oye tú, me habría gustado que hubieses visto el “piazzola garto” que se me ha cruzado al salir de mi habitación, para enseguida esconderse entre unas hierbas...

Las presentes tuvieron que hacer grandes esfuerzos para disimular la carcajada ante los nuevos visitantes.

No solo no conocía la existencia del compositor sino que no diferenciaba un lagarto de un Varano Africano.

Solo con esto tuvimos para reír en varias ocasiones... cuando alguien veía un Varano, lo llamaba por su nuevo nombre “¡PIAZO LAGARTO!”.

Esa misma tarde paseamos por los jardines. Para que me dejasen en paz, de vez en cuando fotografiaba humanos. Pero lo que encontré más interesante fue un Barbudo Cabeblanco 12.114 que no se me quitaba de delante, y que para

comerse un escarabajo del género *Pachnoda* que acababa de capturar, tuvo que hacer más de veinte intentos. Más tarde, en la buganvilla, descubrí a una preciosa Paloma Verde 12.115. Continué con las fotos de la “familia” 12.116, y a traición, también me hicieron una a mí 12.117.

Nos acercamos al mirador de los hipopótamos 12.118 y 12.119 y tomamos una “Tusker” en su bar 12.120 contemplando a aquellos vecinos que por la noche pastaban en el jardín.

Después, paseando sobre las pasarelas 12.121, llegamos hasta el jardín –Maribel me trasportaba el “Gran Caruso”– cena y descanso que nos lo teníamos bien merecido 12.122.

Nos quedaba un día completo y un poquito de una mañana, así que teníamos que aprovecharlo.

Madrugamos un montón y nos alejamos del hotel por la zona este. Dejamos atrás el *airstrip* e hicimos una decena de kilómetros más. Sobre un antiguo termitero estaban esperándonos dos cachorros de Chacal Plateado. Preciosos y juguetones, nos miraron con ojos sorprendidos mientras bostezaban de sueño 12.123, 12.124 y 12.125.

Tuvimos que recorrer más kilómetros adentrándonos por una zona desconocida para mí, hasta que nos cortaron el paso impidiéndonos continuar por la misma carretera 12.126.

Los causantes no fueron *rangers* ni bandoleros, sino los hijos de unos asesinos de ñus cuyos padres, al costado izquierdo del camino, estaban ante nosotros comiéndose a su última víctima. 12.127

Mientras tanto sus hijos, saciada en parte su hambre, descansaban sobre la plataforma de la carretera. Todos tenían la tripa tensa como un tambor, y de vez en cuando se daban un corto paseo para bajar la copiosa comida ingerida, correteando y persiguiéndose unos a otros. Incluso se dejaban arrastrar asidos con sus dientes al rabo de otro hermano 12.128 y 12.129.

Los adultos vigilaban las sobras de medio ñu, y todavía alguno apuraba las partes más deliciosas de aquella presa recientemente cazada.

Detuvimos el motor y contemplamos aquel numeroso grupo. En total teníamos dieciséis leones a la vista, mitad adultos y mitad jóvenes. Su aspecto denotaba que estaban viendo un momento de abundancia de presas.

Un poco más adelante nos encontramos a dos machos, jefes supremos de aquella numerosa tribu 12.130 y 12.131. Estaban en la cresta de su poderío físico, lo que garantizaba la supervivencia de sus ocho hijos. Ellos preferían la tranquilidad al bullicio y las molestias de tanta chiquillería incordiando. Los machos de león toleran a sus propios cachorros, e incluso les permiten jugar a cazar la borla del extremo de su rabo. Pero en mi opinión no los creo unos padres especialmente cariñosos. Las hembras son justo lo contrario. Como todas las de un mismo grupo son familia y portan los mismos genes, quieren casi por igual a todos sus cachorros, sean hijos o sobrinos. Solo durante el primer mes se muestran más celosas de los suyos propios debido a su indefensión. Los camuflan en lugares increíbles y están pendientes de ellos en todo momento. Unos día más tarde, cuando comienzan a valerse por sí mismos, los incorporan al grupo familiar en el que otras hembras les permiten mamar de ellas y los aceptan como si fueran propios.

Morris nos devolvió hasta el recinto hotelero dando un gran rodeo. El harén, a la piscina. Y yo, como macho de león solitario, a la caza y captura de almas de pájaro. Mis principales víctimas fueron un Barbet de Cara Negra 12.132; un maravilloso, aunque diminuto, Batis 12.133; un rarísimo, por lo menos para mí, “Grey-capped Warbler” (*Eminia lepida*) 12.134 y un pajarito 12.135 de cuya clasificación todavía dudo hoy. Pero la foto que más me satisfizo de todas las de aquella tarde fue, sin duda, la de un precioso Cuco Verde, “Klaas’ s cuckoo” (*Chrysococcyx klaas*) 12.136, que sin estar

en todo su esplendor me consoló de aquel que vi en Sekenani ¡once años antes! y al que nunca olvidé.

Ya en la puerta de nuestra habitación, un macho de Ceropiteco Verde estaba intentando desvalijarnos lo que buena-mente pudiera 12.137.

A la siguiente mañana disponíamos de tiempo suficiente antes de encaminarnos al aeropuerto, así que hicimos otra visita a los leones de la víspera. Los encontramos de paseo, los vimos atacar sin éxito a unos Impalas y... pinchamos una rueda.

A menos de cien metros de las tres hembras de león tuvimos todos que echar pie a tierra y realizar el cambio del neumático. Por fortuna, en esta ocasión no perdí a ninguna de mis cuatro esposas.

Un poco más adelante, una hiena permanecía a la expectativa por si había caza a la vista, o algún resto de ñu que llevarse a la boca 12.138.

El final del viaje consistió en una sesión fotográfica para comprobar que todos seguíamos con vida 12.139 12.140 y 12.141, y directos al *airstrip*. Despegue sin novedad en un bonito cuatrimotor de hélice 12.142.

Para hacer más entretenido el regreso hasta Nairobi me dediqué a revisar las últimas fotos del viaje. Mientras yo las pasaba, Mercedes, a mi lado, me hizo compañía. 12.143.

Ya en el Hotel Serena, una última foto con Maribel 12.144, a quien poco después mis otras esposas regalaron un precioso bolso. Hubo su momento de emoción. Yo me compré media docena de vasos tallados con las imágenes de los animales más emblemáticos, cosa que tenía en mente hacer desde hacía diecisiete años. Entonces o nunca... y fue entonces, porque de haberlo dejado para otra ocasión me habría sido imposible, ya que ese fue nuestro último viaje a África.

Por la noche, vuelo de regreso a España y misión cumplida.

EPÍLOGO

Han pasado cinco años, y ocho meses desde que volvimos de nuestro último viaje a esa África tan querida en la que vivimos momentos inolvidables, incluyendo aquellos que pudieron costarnos la vida.

Desde entonces rara es la semana en que no nos planteamos emprender un nuevo periplo, especialmente a nuestra Kenia del alma, país preferido por nosotros sin duda alguna. Pero unas veces la crisis y otras veces causas varias, como la pereza y nuestra edad —cada vez en mayor medida— nos hacen temerlo. Por lo menos a mí. Allí, un achaque importante y por sorpresa sería terrible. No me gustaría verme internado en un hospital de ese país. Ni a ninguno de mis acompañantes.

Por supuesto existe otro factor: el terrorismo, aunque es el que menos pesa en esta atadura. Concretamente a mí no me preocupa en absoluto.

Puesto todo en la balanza, aquí continuamos anclados sin decidirnos a arrancar de nuevo.

Recientemente ha habido un cambio sustancial que me inclina a plantearme la posibilidad de otro viaje. Pensará el lector que una sencilla máquina de fotos moderna y de escaso valor no puede ser la causa... y se equivocará. Esa máquina que ahora tengo, que con sus seiscientos gramos de peso es capaz de sustituir a una maleta llena a rebosar de pesados cuerpos y objetivos, me tienta a repetir. Ahora podría hacer

mejor y con absoluta comodidad lo que con tanto trabajo e inversión hice durante años.

Verme nuevamente en Kenia sacando miles de fotos de mejor calidad y portando un sencillo equipaje como las personas normales, es mi sueño dorado, y quizá lo único que me despierte de esta apatía. Una apatía que me lleva a vivir de los recuerdos y de contemplar las fotos que, una y otra vez, con cualquier disculpa, me refrescan las vivencias.

Otro motivo probable para emprender un nuevo viaje puede ser el deseo de Maribel de volver a esas benditas tierras. Ella es mucho menos temerosa que yo, y cuando le pregunto “¿Estarías dispuesta a volver a Kenia?”, su contestación es invariablemente la misma: “¿Cuándo quieres que prepare el equipaje?”.

Mientras nos decidimos o no, cualquier noticia en la tele sobre esos países la asumo y la comparto como si fuera en mi vecindario.

Pero también me preocupa acometer los preparativos y encontrarme con sorpresas dolorosas. ¿Qué será de Morris, de Jean-Marie, de Betty, de Gladys, de Rouben y del resto de las personas que con tanto cariño nos han tratado? Quizá si regresamos no encontremos a ninguno de nuestros conocidos, especialmente a la anciana “froilan” que año tras año volvía a su querido Mara. Pero confieso que no solo temo la ausencia de amigos, sino que temo más aún descubrir un entorno profundamente deteriorado. Me llenaría de tristeza. ¿Habrán reconstruido el Hotel Serena que arrasó la riada? ¿Seguirá abierto, pese a la crisis, mi Sarova Shaba y su suite “Born Free”?

Sé que el tiempo también pasa deprisa para ellos y corren malos vientos para el turismo en esos países. Tal vez lo mejor sea quedarme en casa y leer otra vez estas memorias en las que todos —personas, hoteles y animales— tendrán un poquito de esa inmortalidad con la que suspiramos.

